

[OLD TESTAMENT SUMMARY, Marion Cowan Version]

**SUMARIO DE LA HISTORIA
DE LOS ISRAELITAS**

Para uso privado únicamente

No es para publicación o reseña

© Summer Institute of Linguistics, Inc. 1982

Primera edición 1982 300 ejemplares

Edición electrónica 2003

Derechos Reservados

por el

Instituto Lingüístico de Verano, A.C.

México, D.F.

PROLOGO

Este sumario del Antiguo Testamento ha sido elaborado con la idea de proporcionar un trasfondo histórico de las situaciones y los personajes del Antiguo Testamento a los que se hace referencia en el Nuevo Testamento. Como en el Nuevo Testamento no se hace referencia a los reyes del periodo del reino dividido, en este resumen sólo se ha tratado en una forma breve. También, muchas de las citas de los Salmos que se mencionan no han sido incluidas. Asimismo, del libro de los Proverbios sólo han sido incluidos aquéllos que son relacionados con la educación de los hijos, debido a que llenan una necesidad expresada por los creyentes indígenas.

El Apéndice presenta en forma breve los acontecimientos del periodo intertestamentario, lo cual va preparando al lector para poder entender mejor la situación política y social de los israelitas cuando Jesús vino al mundo.

Usted notará que algunas secciones han sido traducidas completas y otras han sido resumidas para que el sumario sea más corto posible, sin dejar por eso de ser interesante.

Se ha tratado de seguir el orden histórico lo más posible, con el propósito de presetar claramente la relación entre acontecimientos y personajes.

SUMARIO DE LA HISTORIA DE LOS ISRAELITAS

según el Antiguo Testamento

Dios comienza a crear el universo

(Genesis 1:1-2:3)

En el principio no había Tierra, ni cielo, ni Sol, ni Luna, ni estrellas. No había gente. No había nada. Sólo Dios existía porque Dios es eterno.

Dios creó los cielos y la Tierra. La Tierra estaba cubierta de agua y todo estaba en oscuridad.

Etonces Dios dijo:

—¡Que haya luz!

Y hubo luz. Dios vio que la luz era buena y la separó de la oscuridad. Eso hizo Dios el primer día.

El segundo día Dios dijo:

—¡Que se separe el agua! Una parte quedará arriba y la otra parte quedará abajo.

Entonces el agua se separó y al espacio que quedó en medio Dios lo llamó cielo. Eso hizo Dios el segunda día.

El tercer día Dios dijo:

—Que el agua que quedó debajo se junte para que se vea tierra seca.

Y así fue; al agua que se juntó la llamó mar. Y a lo que quedó seco, Dios lo llamó tierra. Dios vio que eso estaba bien y dijo:

—Que crezcan plantas verdes y árboles frutales de los que se pueda comer la fruta.

Y así fue cómo crecieron las plantas verdes y los árboles frutales de los que se come la fruta. Dios vio que eso estaba bien. Eso hizo Dios el tercer día.

El cuarto día Dios dijo:

—Que haya luces en el cielo para alumbrar la Tierra y que sirvan también para señalar los días, los meses y los años.

Así fue cómo Dios hizo dos luces, la más grande para alumbrar en el día y la más chica para alumbrar en la noche. También hizo las estrellas. Dios puso el Sol, la Luna y las estrellas para que alumbraran la Tierra y vio que eso estaba bien. Eso hizo Dios el cuarto día.

El quinto día Dios dijo:

—Que haya peces en los mares y en los ríos, y que haya pájaros que vuelen sobre la tierra.

Así hizo Dios a los peces y a los pájaros; de muchas clases los hizo y vio que eso estaba bien. Y Dios les dijo:

—Multiplíquense y váyanse a vivir por toda la Tierra.

Eso hizo Dios el quinto día.

El sexto día Dios dijo:

—Que haya toda clase de animales: los salvajes, los domésticos, los insectos y los que se arrastran.

Así hizo Dios a los animales, a los insectos y a los culebras. Y vio que todo quedaba bien. También dijo Dios:

—Hay que hacer un hombre como nosotros, que tenga poder sobre los peces, los pájaros, los animales, los insectos y las culebras.

Así hizo Dios a las personas. Primero hizo un hombre y luego una mujer y les dijo:

—Vivan aquí en la Tierra. Multiplíquense y llenen toda la Tierra. Ustedes tendrán poder sobre lo que hay en la Tierra. Les doy como alimento, todas las hierbas comestibles y el fruto de los árboles. A los animales, los insectos, las culebras y los pájaros les doy la hierba como alimento.

Así hizo Dios a las personas y vio que todo lo que había hecho estaba bien. Eso hizo Dios el sexto día.

Así, al final del sexto día, quedaron terminados el cielo, la Tierra y todo lo que en ellos hay. El séptimo día Dios descansó de todo el trabajo que había hecho; y por eso apartó el séptimo día y lo bendijo como día de descanso.

Dios hace al primer hombre y a la primera mujer

(Génesis 2:7-9, 15-25)

Cuando Dios hizo al primer hombre, lo hizo del polvo de la tierra y le sopló en su nariz para darle vida. Así fue cómo comenzó a vivir el hombre. El primer hombre se llamó Adán. Había en el Oriente un jardín donde Dios hizo

crecer toda clase de árboles que daban frutos. El lugar se llamaba Edén. Allí Dios puso al primer hombre para que cuidara los árboles. En medio del jardín puso dos árboles. Uno de los árboles era con el que se podía conocer el bien y el mal, y el otro, era el que podía dar la vida eterna.

Dios dio esta orden al hombre;

—Puedes comer la fruta de todos los árboles del jardín. Pero no comas de la fruta del árbol del bien y el mal, porque si la comes de seguro morirás.

Dios hizo del polvo de la tierra todos los animales, los insectos, las culebras y todos los pájaros y se los llevó a Adán para ver qué nombre les pondría. Adán les puso nombre a cada uno y ése es el nombre que llevan todavía.

Pero Adán no tenía compañía ni ayuda. Entonces dijo Dios:

—No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacer para él alguien que lo acompañe y lo ayude.

Entonces Dios hizo dormir al hombre y mientras dormía le sacó una de sus costillas. Dios hizo de la costilla una mujer y la trajo a presentársela al hombre. Al verla, el hombre dijo:

—Esta compañera fue hecha de mi carne y de mis huesos, y será llamada mujer porque Dios la formó del hombre.

Es por este motivo que los hombres dejan a sus padres para unirse a su esposa y los dos llegan a ser como una sola persona. Adán le puso a su esposa el nombre de Eva.

Y Adán y Eva estaban desnudos y no se avergonzaban.

El primer hombre y la primera mujer pecan

(*Génesis 3:1-24*)

La culebra era más lista que los demás animales que Dios hizo, y le preguntó a la mujer:

—¿Así es que Dios les dijo que no comieran la fruta de todos los árboles del jardín?

La mujer le contestó:

—Podemos comer la fruta de todos los árboles, menos la del árbol que está en medio del jardín. Dios nos ordenó que no comiéramos ni tocáramos la fruta de ese árbol, porque si lo hacemos moriremos.

Pero la culebra le dijo a la mujer:

—¡No morirán! Dios sabe muy bien que cuando ustedes coman de la fruta de ese árbol, podrán saber lo que es bueno y lo que es malo y entonces serán como Dios.

La mujer se dio cuenta que la fruta del árbol se veía hermosa y se antojaba comerla. Creyó que llegaría a ser muy inteligente si la comía. Así es que tomó una de las frutas y la comió. También le dio de la fruta a su esposo y él la comió. En ese momento se dieron cuenta de que estaban desnudos y cosieron hojas de un árbol para cubrirse.

Después oyeron que Dios se paseaba por el jardín en aquella tarde fresca y el hombre y su mujer se escondieron entre los árboles. Entonces Dios llamó al hombre y le preguntó:

—¿Dónde estás?

El hombre le contestó:

—Aquí estoy. Oí que andabas por el jardín y tuve miedo porque estoy desnudo. Por eso me escondí.

Entonces Dios le preguntó:

—¿Quién te dijo que estás desnudo?

¿Acaso comiste la fruta del árbol que te dije que no comieras?

El hombre contestó:

—Sí, la comí. La mujer que me diste por compañera me la dio.

Entonces Dios le preguntó a la mujer:

—¿Por qué hiciste eso?

Ella le contestó:

—Porque la culebra me engañó: por eso comí la fruta.

Entonces Dios le dijo a la culebra:

—Por lo que has hecho, maldita serás entre todos los animales. De hoy en adelante te arrastrarás sobre tu barriga y tan sólo comerás tierra. Y haré que tú y la mujer se vuelvan enemigos, y también serán enemigos tus descendientes y sus descendientes. Uno de sus descendientes destruirá lo que tu haces, pero tú no vas a poder destruir lo que él haga.

Después Dios le dijo a la mujer:

—Cuando tengas hijos, los darás a luz con mucho dolor. Aunque el parto sea muy doloroso, la aguantarás porque desearás estar con tu marido, y él mandará sobre ti.

Dios le dijo al hombre:

—Por haber obedecido a tu esposa y por haber comido la fruta del árbol que te dije que

no comieras, la tierra será maldita por culpa tuya. Con mucho trabajo obtendrás tu comida durante toda la vida. Crecerán espinas en la tierra y tendrás que comer plantas del campo. Trabajando y sudando ganarás tu comida hasta que vuelvas a la misma tierra de la cual fuiste hecho, ya que polvo eres y en polvo te convertirás.

Entonces Dios les hizo ropa con pieles de animales para que el hombre y su esposa se vistieran y dijo:

—Ahora el hombre se ha vuelto como uno de nosotros, pues sabe lo que es bueno y lo que es malo. No vaya a ser que tome también de la fruta del árbol de la vida y se la coma y viva para siempre.

Entonces Dios sacó al hombre y a su esposa del jardín de Edén y envió al hombre a trabajar la tierra. Dios envió unos ángeles para que cuidaran que nadie llegara al árbol de la vida a comer su fruta.

El primer asesinato

(Génesis 4:1-22, 25-26; 5:3-5, 9-29; 6:1-3)

Después de que salieron de Edén, Adán y su esposa tuvieron dos hijos. El hijo mayor se llamaba Caín y el menor, Abel. Abel se dedicó a criar borregos, y Caín a trabajar la tierra.

Pasó el tiempo y un día los dos hermanos le llevaron a Jehová Dios una ofrenda. Cain llevó una ofrenda de su cosecha y Abel, las mejores crías de sus borregos. Jehová Dios miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró así a Caín y a su ofrenda. Entonces Caín se enojó muchísimo.

Jehová Dios le dijo a Caín:

—¿Por qué te enojas? Si me hubieras sacrificado un borrego como lo hizo tu hermano, te vería con favor. Pero como no hiciste lo que yo quería, por eso tienes pecado. Pero si me obedeces, podrás dominar el pecado.

Pasó el tiempo, y un día cuando Caín y Abel se encontraban en el campo, Caín mató a su hermano. Entonces Jehová Dios le preguntó a Caín:

—¿Dónde está tu hermano?

Caín contestó:

—No sé ¿Acaso tengo yo que cuidar a mi hermano?

Jehová le dijo:

—Aunque no me lo digas, yo sé que has matado a tu hermano y por eso te voy a castigar. Tu castigo será, que cuando trabajes la tierra, ésta no te dé nada. András vagando por el mundo en busca de un terreno mejor, pero ningún lugar te dará cosecha.

Entonces Caín dijo a Dios:

—No puedo soportar castigo tan grande. Si tengo que andar por otras tierras, cualquiera que me encuentre me matará.

Pero Dios le dijo:

—Cualquiera que te mate será duramente castigado.

Entonces Dios le puso una señal a Caín en el cuerpo, para que aquél que lo encontrara no lo matara. Caín se alejó de aquel lugar donde había estado hablando con Dios y se fue a vivir a otro lugar llamado Nod.

Después Caín tomó esposa y tuvieron un hijo al que llamaron Enoc. Luego Caín fundó una ciudad. Enoc tuvo un hijo que se llamó Irad. Irad tuvo un hijo que se llamó Mehujael. Mehujael tuvo un hijo que se llamó Metusael. Metusael tuvo un hijo que se llamó Lamec.

Lamec tuvo dos mujeres. De los hijos de Lamec, uno fue el primer hombre que vivió en una carpa y crió ganado; otro fue el primero en tocar arpa y flauta y otro fue el primer herrero.

Cuando Adán tenía 130 años, tuvo otro hijo llamado Set. Adán tuvo también otros hijos. Llegó a tener 930 años de edad. Set tuvo un hijo que se llamó Enós. Set y Enós respetaron a Dios.

Enos tuvo un hijo que llamó Cainán. Enós tuvo también otros hijos. Cainán tuvo un hijo que se llamó Mahalaleel. Cainán tuvo también otros hijos. Mahalaleel tuvo un hijo que se llamó Jared. Mahalaleel tuvo también otros hijos. Jared tuvo un hijo que se llamó Enoc. Jared tuvo también otros hijos. Enoc tuvo un hijo que se llamó Matusalén. Enoc tuvo también otros hijos. Enoc siempre respetaba y obedecía a Dios. Por eso cuando Enoc tenía 365 años, Dios se lo llevó al cielo. Enoc no murió, se fue vivo al cielo.

Matusalén tuvo un hijo que se llamó Lamec. Matasalén tuvo también otros hijos. Matusalén murió a los 969 años. Lamec tuvo un hijo que se llamó Noé. Lamec tuvo también otros hijos.

Fue así cómo empezó a haber mucha gente en la tierra. Pero así como aumentaron ellos, aumentó también el pecado. Por eso dijo Dios:

—No permitiré que la gente viva tanto tiempo. Por largo tiempo he sentido pena al ver cómo se comportan, pues sólo hacen lo que quieren. Los dejaré vivir sólo 120 años.

El gran diluvio

(Génesis 6:5-18, 20, 22; 7:1-8:22; 9:1-3, 11-13)

Cuando Dios vio que la gente era ya mucha y que siempre estaban pensando en hacer cosas malas, se sintió muy triste por haber hecho a la gente. Entonces dijo:

—No tuvo ningún caso que yo hubiera creado a la gente, mejor la voy a eliminar de la Tierra, lo mismo que a todos los animales, chicos y grandes, a los insectos y a las culebras y también a los pájaros. Estoy muy desilusionado por haberlos hecho.

Hubo un solo hombre a quien Dios vio con buenos ojos. Ese hombre se llamaba Noé. Noé era un hombre recto porque siempre obedecía a Dios. Entre todos los hombres de su tiempo, Noé era el único que vivía de acuerdo con la voluntad de Dios. Noé tuvo tres hijos que se llamaron Sem, Cam, y Jafet.

Entonces Dios le dijo a Noé:

—He decidido destruir a toda la gente de la tierra porque han pecado mucho y sólo piensan hacer lo malo. Por eso los voy a borrar de la Tierra, pero voy a salvarte a ti y a tu familia. Así que, quiero que construyas un barco de madera y que en él hagas cuartos para toda tu familia. Embárralo por fuera y por dentro con brea para que no entre el agua. El barco debe ser de estas medidas: 135 metros de largo, 23 metros de ancho y 14 metros de alto; debe tener tres pisos y una ventana como a medio metro del techo. Además debe tener una puerta en uno de los lados. Cuando hayas terminado el barco, voy a mandar muchísima lluvia sobre la Tierra para destruir todo lo que ahora vive en el mundo. Sólo salvaré a ti y a tu familia.

Noé hizo todo, tal como Dios se lo había mandado. Cuando el barco ya estaba terminado, Dios le dijo:

—Entra ya en el barco con toda tu familia, porque de todos los que viven en este tiempo, sólo tú has sido un hombre bueno delante de mí.

Entonces Noé entró en el barco con su esposa, sus hijos y sus nueras para protegerse de tanta lluvia. Con ellos entraron toda clase de animales, insectos, culebras y pájaros. Entraron un macho y una hembra de cada animal, tal como Dios le había mandado a Noé que hiciera para que no se acabaran todos. También entraron otras seis parejas de cada clase de las que se podían comer. Después de siete días todos estaban adentro del barco. Entonces Dios cerró la puerta y en ese momento comenzó a llover muchísimo.

Durante cuarenta días y cuarenta noches estuvo lloviendo. Cuando las aguas crecieron, el barco se levantó del suelo y empezó a flotar. El agua subía cada vez más hasta que llegó a cubrir las montañas más altas.

Después de cuarenta días, Noé abrió la ventana del barco y soltó una paloma para ver si la tierra ya estaba seca. La paloma regresó al barco porque no encontró ningún lugar seco para descansar, pues la Tierra estaba todavía llena de agua. Entonces Noé tomó a la paloma en la mano y la metió el barco. Esperó otros siete días y volvió a mandar a la paloma fuera del barco. Cuando empezaba a anochecer, la paloma regresó trayendo la hoja de un árbol en el pico. Por eso Noé se dio cuenta de que la tierra ya estaba seca. Noé esperó siete días más y volvió a enviar a la paloma, pero la paloma ya no regresó al barco. Entonces Noé quitó una parte del techo del barco y vio que la tierra estaba ya bien seca.

Dios le dijo a Noé:

—Sal del barco con tu esposa, tus hijos y tus nueras. Saca también a todos los animales, a los pájaros, a las culebras y a los insectos para que vayan por toda la Tierra y tengan muchas crías.

Fue así cómo todos salieron del barco. Después Noé hizo un altar para adorar a Dios. Sobre el altar quemó algunos animales y pájaros y los ofreció como sacrificio a Dios. Cuando Dios lo vio, se puso muy contento y dijo:

—Nunca más volveré a inundar la Tierra por culpa del hombre, porque desde que él es joven solamente piensa en hacer cosas malas. Tampoco volveré a destruir a todas los animales como lo hice esta vez. Mientras exista el mundo, habrá siembra y cosecha; habrá frío y

calor, habrá invierno y verano y días con sus noches.

Después Dios bendijo a Noé y a sus hijos con estas palabras:

—Tengan hijos, multiplíquense y vayan por toda la Tierra. Ustedes mandarán sobre todos los animales de la Tierra, sobre los insectos y las culebras, los pájaros y los peces. Todos los animales y las verduras les servirá de alimento. Ya no volveré a destruir a los hombres y a los animales con un diluvio. Ya no habrá otro diluvio que destruya la Tierra. He puesto el arco iris en las nubes, que será como una señal de que no volverá a haber ningún diluvio que los destruya.

Dios hace que la gente no hable el mismo idioma

(Génesis 10:32–11:9)

Pasado el diluvio, los que se salvaron tuvieron muchos hijos y así fue aumentando la gente sobre la Tierra. En aquel tiempo toda la gente del mundo hablaba el mismo idioma. Un día dijeron:

—Vamos a construir una ciudad grande y una torre muy alta que nos haga famosos. No andemos dispersos por la Tierra. Es mejor que vivamos juntos en un solo lugar.

Cuando Dios vio la ciudad y la torre que estaban construyendo los hombres, pensó: “Han comenzado su obra y nadie los puede detener. Todos hablan un solo idioma y por eso pueden entenderse y hacer todo lo que han pensado. Ahora bajaré a confundir su idioma para que no entiendan lo que dicen sus compañeros.”

Y así Jehová Dios confundió el idioma de toda la gente. Por eso dejaron de construir la ciudad y se esparcieron por toda la Tierra. El lugar fue llamado Babel porque allí se confundió el lenguaje de todas.

Dios escoge a Abraham

(Génesis 11:10, 27-32; 12:1-20)

Había un hombre llamado Taré que era descendiente de Sem. Taré tuvo un hijo que se llamó Abraham. Abraham se casó con una mujer que se llamaba Sara, y con ellos estaba un sobrino llamado Lot. Vivían en la tierra de los caldeos, en un pueblo que se llamaba Ur.

Un día Dios le dijo a Abraham:

—Deja tu tierra, a tus parientes y la casa de tu padre para ir a la tierra que yo te voy a mostrar. Con tus descendientes voy a formar una gran nación; voy a bendecirte, tu nombre será famoso y tú serás una bendición para otras. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan. A través de ti todas las familias del mundo recibirán bendiciones.

Y Taré, el padre de Abraham, salió de su tierra con Abraham, Sara y Lot para ir a otra tierra que se llamaba Canaán. Cuando llegaron al pueblo de Harán, se quedaron a vivir allí. El padre de Abraham murió allí, en Harán.

Cuando murió su padre, Abraham obedeció lo que Dios le había mandado y salió de Harán con Lot, con sus borregos, su ganado y sus pastores y llegaron a un lugar que se llamaba Betel, allí en la tierra de Canaán. Los cananeos vivían entonces en esa región, pero Dios le dijo a Abraham que daría esa tierra a sus descendientes. Entonces Abraham hizo allí un altar y mató un animal como ofrenda a Dios.

Después hubo una gran escasez de alimentos en toda esa región. Abraham pensó que no iba a tener qué comer y se fue a vivir a Egipto porque oyó que allí había alimentos.

Cuando iban llegando a Egipto, Abraham le dijo a su esposa:

—Yo sé bien que tú eres una mujer hermosa y cuando los egipcios te vean, te van a desear. Entonces me matarán para quedarse contigo. Por eso, mejor diles que eres mi hermana.

Cuando llegaron a Egipto, los egipcios vieron que Sara era muy hermosa. Entonces fueron a decirle al faraón, el rey de los egipcios, que esa mujer era muy hermosa. Después Sara fue invitada a ir a la casa del faraón para ver si él se quería casar con ella. El faraón pensaba tenerla como una de sus esposas. Por eso le regaló a Abraham borregos, vacas, burros, camellos y mozos. Pero a Dios no le gustó lo que estaba pasando. Entonces castigó al faraón, a sus esposas y a sus hijos con una enfermedad. Por eso el faraón mandó llamar a Abraham y le dijo:

—¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué no me dijiste que esta mujer era tu esposa? Tú dijiste que era tu hermana y diste lugar a que yo

la tomara por esposa. Aquí está tu esposa.
¡Tómala y vete!

Entonces Abraham salió de Egipto, junto con su esposa y todo lo que tenía.

Abraham y Lot se separan

(Génesis 13–14)

Cuando Abraham salió de Egipto con su esposa y todo lo que tenía, regresó a la tierra de Canaán, y su sobrino Lot iba con ellos. Al llegar otra vez a Betel en donde Abraham antes había construido un altar, se detuvo y dio gracias a Dios sacrificando un animal.

Abraham era muy rico; tenía oro, plata y muchos animales. Lot también era rico, pues al igual que su tío Abraham, tenía muchos borregos, vacas y gente que acampaba con él; pero el lugar donde estaban no bastaba para alimentar a tantos animales. Ya no podían vivir juntos, porque los que cuidaban el ganado de Abraham se peleaban con los que cuidaban el ganado de Lot. Así que, un día Abraham le dijo a Lot:

—Tú y yo somos parientes; por eso no está bien que haya pleitos entre nosotros, ni entre tus pastores y los míos. Sería bueno que nos separáramos. Allí está toda la tierra, para que escojas dónde vivir. Si tú te vas a la izquierda, yo me voy a la derecha; y si tú te vas a la derecha, yo me voy a la izquierda.

Lot miró por todo el valle del río Jordán y vio que el valle tenía bastante agua y era como un jardín de Dios. Entonces Lot escogió todo el valle del Jordán y se fue a vivir allí, entre las ciudades del valle. Finalmente llegó a vivir en la ciudad de Sodoma, donde toda la gente era muy mala y cometía horribles pecados.

Abraham se quedó en la región montañosa de Canaán y Dios le dijo.

—Allí donde estás, mira bien a tu alrededor. Yo te daré toda la tierra que ves, y será por siempre tuya y de tus descendientes. Yo haré que ellos sean tantos como el polvo que hay en la tierra. ¡Levántate, recorre esta tierra a todo lo largo y todo lo ancho porque yo te la voy a dar!

Entonces Abraham levantó su campamento y se fue a vivir en el bosque en un lugar llamado Mamre, cerca de la ciudad de Hebrón. Allí hizo

un altar a Dios y le ofreció un animal como ofrenda.

Mientras Abraham vivía en Mamre, los reyes de Sodoma y Gomorra estuvieron en guerra contra los reyes de otros pueblos. Estos dos fueron derrotados por los demás y huyeron por el valle. Ese valle tenía muchos hoyos muy grandes, y cuando iban corriendo se cayeron en ellos. Entonces, los otros reyes entraron a las ciudades de Sodoma y Gomorra y se llevaron todos los alimentos y las cosas de valor que allí había. También se llevaron algunas mujeres. Al regresar, pasaron a la casa de Lot, el sobrino de Abraham que vivía en Sodoma, y también se lo llevaron prisionero con todo lo que tenía.

Un hombre que se había escapado vino a contarle todo esto a Abraham. Cuando Abraham supo que su sobrino estaba prisionero, juntó a todos los mozos que tenía, que eran en total 318 hombres, y todos juntos persiguieron a los reyes hasta el pueblo de Dan. Abraham y su gente los atacaron, y continuaron persiguiéndolos hasta Hoba, donde les quitaron todo lo que se habían llevado. Fue así cómo Abraham ayudó a su sobrino Lot a escapar y a recobrar las cosas que le habían robado. También libertó a las mujeres y a toda la demás gente.

Cuando Abraham regresó, después de haber derrotado a los reyes, el rey de Sodoma y un sacerdote de Dios salieron a recibirlo. El sacerdote se llamaba Melquisedec y era también rey de Salem. Melquisedec bendijo a Abraham con estas palabras:

—Dios que hizo los cielos y la Tierra, te va a bendecir. Y será alabado Dios, pues te hizo vencer a tus enemigos.

Entonces Abraham le dio a Melquisedec la décima parte de lo que había recobrado.

El rey de Sodoma le dijo:

—Dame a las personas y quédate con las cosas.

Pero Abraham le contestó:

—Le he jurado al Señor, al Dios Altísimo que hizo el cielo y la Tierra, no tomar nada de lo que es tuyo, para que nunca digas que fuiste tú el que me hizo rico.

Después regresó Abraham a su carpa.

Dios hace un pacto con Abraham

(Génesis 15:1-6, 13-14, 18; 16:1-12, 15-16; 17:1-21, 23-27)

Después de lo que había pasado, Dios le habló a Abraham y le dijo:

—No estés triste, Abraham, porque yo soy tu protector. Tu recompensa será grande. Pero Abraham le contestó:

¿De qué me sirve que me des recompensas? Tú sabes que yo no tengo ningún hijo.

Entonces Dios llevó a Abraham afuera a un lugar descubierto, y le dijo:

—Mira bien el cielo y cuenta las estrellas, si acaso puedes; porque así será el número de tus descendientes.

Abraham tuvo confianza de que se haría lo que Dios le había dicho. Por eso Dios lo aceptó como hombre justo.

Dios le siguió diciendo a Abraham:

—Debes saber que tus descendientes vivirán en un país extranjero. Allí estarán como esclavos y serán maltratados durante cuatrocientos años. Pero yo castigaré a la nación que va a hacerlos esclavos y después tus descendientes saldrán libres de allí y serán dueños de grandes riquezas. Esta tierra se la daré a tus descendientes, desde el río de Egipto hasta el río grande, el Eufrates.

Ya habían pasado más de diez años desde que Dios le había dicho a Abraham que le daría a él y sus descendientes la tierra de Canaán, pero Abraham y Sara todavía no tenían hijos. En casa de Abraham había una esclava egipcia llamada Agar, que trabajaba para Sara. Un día Sara le dijo a Abraham:

—Mira, Dios no me ha permitido tener hijos, pero te pido que te unas a mi esclava Agar, pues es posible que tengas hijos por medio de ella.

Abraham aceptó lo que Sara le pedía y se unió a Agar. Cuando Agar se dio cuenta que estaba embarazada, comenzó a mirar a su patrona con desprecio. Entonces Sara le avisó a Abraham, y Abraham le contestó:

—Mira, tu esclava está en tus manos. Haz con ella lo que te parezca mejor.

Desde entonces Sara comenzó a maltratarla tanto que Agar huyó al desierto. Pero el ángel de Dios la encontró en el desierto junto a un ojo de agua y le dijo:

—Regresa al lado de tu patrona y obedécela en todo. Tendrás muchos descendientes. Al hijo que vas a tener le pondrás por nombre Ismael, porque Dios ha visto tu aflicción. Cuando él sea hombre luchará contra todos y todos lucharán contra él.

Entonces Agar se regresó a la casa de Abraham y cuando Abraham tenía ochenta y seis años, Agar le dio un hijo, al que Abraham le puso el nombre de Ismael.

Cuando Abraham tenía noventa y nueve años, Dios se le apareció y dijo:

—Yo soy el Dios Todopoderoso; vive una vida sin pecado delante de mí y yo haré un pacto contigo; haré que tus descendientes sean muy numerosos y de ti saldrán reyes y naciones. El pacto que hago contigo y con todos tus descendientes es que yo seré siempre tu Dios y el Dios de ellos. A ti y a ellos les daré toda la tierra de Canaán, que es la tierra donde ahora vives. Se las daré como herencia para siempre y yo seré su Dios. No olviden lo que les he dicho. Esto deben hacer: todo los hombres entre ustedes deberán cortarse el prepucio, o ser circuncidados. Eso servirá como señal del pacto que hay entre ustedes y yo. De hoy en adelante todo varón entre ustedes deberá ser circuncidado a los ocho días de nacido. Así mi pacto quedará señalado en sus cuerpos como un pacto para toda la vida. El que no quiera ser circuncidado no podrá vivir entre ustedes por no haber respetado mi pacto.

También Dios le dijo a Abraham:

—Te daré un hijo por medio de Sara.

Abraham se arrodilló hasta tocar el suelo con la frente mientras pensaba dentro de él; “¿Acaso un hombre de cien años puede ser padre todavía? ¿Y será posible que Sara pueda tener un hijo a los noventa años?”

Y Dios le dijo:

—Yo he dicho que tu esposa Sara te dará un hijo al cuál llamarás Isaac. Ella dará a luz por estas fechas el año que viene.

Abraham obedeció a Dios y circuncidó a su hijo Ismael ese mismo día; también circuncidó a todos los sirvientes y a todos los hombres que vivían en su casa y le servían, tal como Dios se lo había ordenado. Abraham también fue circuncidado.

Abraham ruega a Dios por la gente de Sodoma

(Génesis 18)

Un día apareció el Señor a Abraham. Abraham estaba sentado a la entrada de su carpa cuando vio que tres hombres estaban de pie frente a él. Uno de ellos era Dios.

Cuando Abraham los vio, se levantó inmediatamente a recibirlos y los invitó a descansar bajo la sombra de un árbol. Mandó a traer agua para que se lavaran los pies y también mandó a traer comida para ellos.

Al terminar de comer, los visitantes le preguntaron a Abraham:

—¿Dónde está tu esposa Sara?

Allí en la carpa —respondió él Entonces uno de ellos dijo:

El próximo año volveré a visitarte, y para entonces tu esposa Sara tendrá un hijo.

Mientras tanto, Sara estaba escuchando toda la conversación dentro de la carpa. Abraham y Sara ya eran muy viejos. Por eso Sara no se pudo aguantar la risa.

Entonces Dios le dijo a Abraham:

—¿Por qué se ríe Sara? ¿Hay acaso algo, por difícil que sea, que Dios no pueda hacer?

Después los visitantes se pusieron de pie y empezaron a caminar hacia la ciudad de Sodoma. Entonces fue que Dios pensó: “Sería bueno que le dijera a Abraham lo que voy a hacer, ya que él va a ser el padre de una nación grande y fuerte. Pues yo le prometí bendecir a todas las naciones del mundo por medio de él; también lo escogí para que mandara a sus hijos y a sus descendientes que obedecieran mis enseñanzas y a que hicieran todo lo que es bueno y correcto, y así yo cumpliré todo lo que le he prometido.”

Así que Dios dijo a Abraham:

—La gente de Sodoma y Gomorra tiene mala fama y su pecado es tan grave que ahora voy para allá a ver si en verdad su maldad es tan grande como se me ha dicho. Si es así, lo sabré.

Los otras dos visitantes se fueron para Sodoma, pero Dios se quedó un poco más con Abraham. Entonces Abraham le preguntó a Dios:

—¿Vas a hacer que mueran inocentes junto con los culpables? Si hay cincuenta personas inocentes en la ciudad, ¿vas a tener misericordia

de las demás personas de la ciudad por esas cincuenta personas inocentes? No es posible que mates al inocente junto con el culpable. Tú que eres el juez supremo de todo el mundo, siempre harás lo que es justo.

Entonces Dios le contestó:

Si encuentro cincuenta inocentes en la ciudad de Sodoma, por ellos tendré misericordia de todos los que viven allí.

Abraham volvió a decirle:

Perdona que sea yo tan atrevido al hablarte así, pues tú eres Dios y yo solamente estoy hecho de polvo. Pero, si faltan cinco inocentes para completar los cincuenta, ¿vas a destruir a toda la ciudad porque faltan esos cinco?

Dios le contestó:

—Si encuentro cuarenta y cinco inocentes, no la destruiré.

Tal vez sólo haya cuarenta inocentes, ¿si los hay, vas a destruir la ciudad? —insistió Abraham.

Por cuarenta, no destruiré la ciudad —dijo el Señor.

Pero Abraham volvió a suplicar:

—Te ruego que no te enojés conmigo por insistir tanto en lo mismo, pero tal vez encuentres allí solamente treinta inocentes, ¿destruirás la ciudad?

Dios volvió a decirle:

—Si encuentro treinta, no destruiré la ciudad.

Abraham siguió insistiendo:

—Mi Señor, soy muy atrevido al hablarte así, pero ¿destruirás la ciudad si encuentras solamente veinte inocentes?

Y Dios le respondió:

—Por veinte inocentes, no destruiré la ciudad.

Todavía Abraham insistió:

—Por favor, mi Señor, no te enojés conmigo, pero voy a hablar tan sólo esta vez y no volveré a molestarte; ¿destruirás la ciudad en caso de encontrar únicamente diez inocentes?

Y Dios le dijo:

—Aun por diez inocentes no destruiré la ciudad.

Cuando Dios terminó de hablar con Abraham, se fue de allí; y Abraham regresó a su carpa.

Dios destruye Sodoma pero salva a Lot

(Génesis 19:1-29)

Empezaba a anochecer cuando los dos ángeles llegaron a Sodoma, en forma de hombres. Lot estaba sentado a la entrada de la ciudad. Cuando los vio, se levantó a recibirlos. Inclino la cabeza y les dijo:

—Señores, por favor les ruego que acepten pasar la noche en la casa de su servidor. Mañana temprano seguirán su camino.

Pero ellos dijeron:

—No, gracias. Pasaremos la noche en la calle.

Sin embargo, Lot insistió mucho, y al fin ellos aceptaron ir con él a su casa. Cuando llegaron, Lot les preparó una buena cena y los visitantes comieron.

Todavía no se habían acostado cuando todos los hombres de la ciudad de Sodoma rodearon la casa. Desde el más joven hasta el más viejo empezaron a gritarle a Lot:

—¿Dónde están los hombres que vinieron a tu casa esta noche? ¡Sácalos! ¡Queremos acostarnos con ellos!

Entonces Lot salió a hablarles, pero al salir cerró bien la puerta atrás de él, y les dijo:

—Por favor, amigos míos, no vayan a hacer una cosa tan perversa.

Pero ellos le contestaron:

—Quítate de ahí!

En seguida comenzaron a maltratar a Lot y se acercaron a la puerta para tirarla. Los ángeles alargaron la mano y metieron a Lot dentro de la casa. Luego cerraron la puerta e hicieron que quedaran ciegos los hombres que estaban afuera. Todos, desde el más chico hasta el más grande, quedaron ciegos; así que se cansaron de andar buscando la puerta.

Entonces los dos visitantes le dijeron a Lot:

—Toma a tus hijas y a los prometidos de tus hijas y todo lo que tengas en esta ciudad; sácalos y llévatelos lejos de aquí, porque vamos a destruir ese lugar. Ya son muchas las quejas que Dios ha tenido de la gente de esta ciudad, y por eso nos ha enviado a destruirla.

Entonces Lot fue a ver a los muchachos, es decir, los prometidos de sus hijas, y les dijo:

—¡Vámonos de aquí porque Dios va a destruir esta ciudad!

Pero los muchachos no tomaron en serio lo que Lot les dijo, y como ya estaba amaneciendo, los ángeles le dijeron a Lot:

—¡De prisa! Levántate y llévate de aquí a tu esposa y a tus dos hijas, si no quieres morir cuando nosotros castigemos a la gente de aquí.

Pero como Lot se tardaba, los dos ángeles lo tomaron de la mano. También tomaron a su esposa y a sus hijas, porque Dios tuvo compasión de ellos, y los sacaron de la ciudad para ponerlos a salvo. Cuando ya estaban fuera de la ciudad, uno de los ángeles dijo:

—¡Corre, ponte a salvo! No mires para atrás, ni te detengas para nada en el valle. Vete a los cerros, si quieres salvar tu vida.

Pero Lot les dijo:

—¡No, mis señores, por favor! Ustedes me han hecho ya muchos favores, y han sido muy buenos conmigo al salvarme la vida, pero no podemos ir a los cerros porque algo malo nos puede pasar allí y entonces moriremos. Allá hay una ciudad muy pequeña. Está cerca y podemos escapar a ella. Déjenos ir para allá.

Entonces uno de ellos dijo:

—Está bien. Voy a hacer lo que me has pedido. No voy a destruir la ciudad de que me has hablado, pero ¡anda!, vete para allá, porque no puedo hacer nada mientras no llegues a ese lugar.

Cuando ya había amanecido y Lot había llegado a aquella ciudad que se llamaba Zoar, Dios hizo llover fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra; las destruyó junto con todos los que vivían allí y acabó con todo lo que crecía en aquel valle. La mujer de Lot, que venía siguiéndolo, miró hacia atrás y allí mismo quedó convertido en estatua de sal.

Al día siguiente, por la mañana, Abraham fue al lugar donde había estado hablando con Dios; miró hacia Sodoma y hacia Gomorra y por todo el valle, y vio que de toda la región subía humo, como si fuera un fuego grande. Así fue cómo Dios, antes de destruir las ciudades del valle donde vivía Lot, se acercó de Abraham y sacó a Lot del lugar de la destrucción.

Un pleito empieza a la casa de Abraham a causa de sus dos hijos

(Génesis 20:1; 21:1-4, 8-21)

Después de la destrucción de Sodoma y Gomorra, Abraham salió del lugar donde estaba y se fue a vivir a una ciudad que se llamaba Gerar. Allí nació su hijo y le puso el nombre de Isaac, circuncidándolo a los ocho días de nacido.

Pasó el tiempo y un día Abraham, con todos sus mozos, hizo una gran fiesta para su hijo. Pero Sara vio que Ismael, el hijo de Agar, su burlaba de Isaac. Entonces se enojó y fue a decirle a Abraham:

—¡Que se vayan Agar e Ismael! Ismael no tendrá nada de la herencia; mi hijo Isaac heredará todo.

Esto le dolió mucho a Abraham, porque no quería echar fuera a Ismael. Pero Dios le dijo:

—Haz todo lo que Sara te pida que hagas, porque tu descendencia vendrá por medio de Isaac. En cuanto a Ismael, aumentaré su descendencia porque es tu hijo también.

Al día siguiente, muy temprano, Abraham se levantó y le dio pan y un cuero lleno de agua, y la despidió. Ella se fue con su hijo y anduvo por el desierto sin saber a dónde ir. Cuando se acabó el agua que había en el cuero, dejó al muchacho debajo de un arbusto, porque hacía mucho calor, y fue a sentarse bastante lejos de allí, pues no quería verlo morir de sed. El muchacho comenzó a llorar. Dios oyó que el muchacho lloraba, y desde el cielo el ángel de Dios llamó a Agar y le dijo:

—Agar, no tengas miedo, porque Dios ha oído llorar al muchacho allí donde está. Cuida a tu hijo, pues Dios hará que de él salga una gran nación.

Entonces Dios hizo que Agar pudiera ver un ojo de agua. Ella fue y llenó el cuero con agua y le dio de beber a Ismael. Entonces vivieron allí cerca del ojo de agua. Dios ayudó al muchacho, el cual creció y vivió en el desierto y llegó a ser un buen tirador con el arco. Su madre lo casó con una mujer egipcia y fueron muchos los descendientes de Ismael.

Dios pone a prueba la fe de Abraham

(Génesis 22:1-18)

Después de algún tiempo, Dios puso a prueba la fe de Abraham. Por eso le dijo:

—Abraham, toma a tu único hijo, Isaac, al que tanto amas, y vete a la tierra de Moriah, aquí en Canaán. Una vez allá, ofréceme a tu hijo como sacrificio, quemándolo sobre uno de los cerros que yo te diré.

Al día siguiente, muy temprano, Abraham se levantó y ensilló su burro; cortó leña para el sacrificio, y se fue al lugar que Dios le había dicho, junto con su hijo Isaac y dos de sus sirvientes. Caminaron tres días y Abraham alcanzó a ver el lugar desde lejos. Entonces le dijo a sus sirvientes:

—Quédense aquí con el burro. El muchacho y yo seguiremos adelante ofrendaremos a Dios, y luego regresaremos.

Abraham tomó la leña para el sacrificio y la puso sobre los hombros de Isaac; luego tomó el cuchillo y la piedra de chispa, y se fueron los dos juntos. Poco después Isaac le dijo a su padre:

—Padre, tenemos la leña y el fuego, pero ¿dónde está el carnero para el sacrificio?

Dios se encargará de que haya un carnero para el sacrificio —respondió su padre.

Cuando llegaron a la cumbre del cerro, Abraham hizo un altar y arregló la leña; luego amarró a su hijo Isaac y lo puso en el altar, sobre la leña; pero en el momento de tomar el cuchillo para sacrificar a su hijo, el ángel de Dios lo llamó desde el cielo, y le dijo:

—No mates al muchacho. Ahora ya sé que tú respetas a Dios, pues no te negaste a darle a tu único hijo.

Entonces Abraham se fijó y vio un carnero que estaba enredado por los cuernos entre las ramas de un arbusto. Abraham fue y tomó el carnero y lo ofreció como sacrificio, quemándolo en lugar de su hijo. Y Dios le dijo a Abraham:

—Te bendeciré mucho por esto que has hecho y por no haberme negado a tu único hijo. Haré que tus descendientes sean tan abundantes como las estrellas del cielo y como los granitos de arena que hay a la orilla del mar. Y todas las naciones del mundo serán bendecidas por medio de ellos porque tú me has obedecido.

Buscan esposa para Isaac

(Génesis 23:1-2, 17-19; 24; 25:5, 7-10)

Cuando Sara tenía ciento veintisiete años, murió; y Abraham pidió a sus vecinos, allí en Siquem, que le vendieran una parcela para hacer un sepulcro y enterrar a su esposa muerta. Se la vendieron y entonces en ese terreno Abraham enterró a su esposa.

Abraham era ya muy viejo, y Dios lo había bendecido en todo. Un día Abraham llamó al más viejo de sus sirvientes, el que esaba a cargo de todo lo que era de Abraham, y le dijo:

—Júrame por Dios, quien creó el cielo y la tierra, que no dejarás que mi hijo Isaac se case con una mujer de esta tierra de Canaán, sino que irás a mi tierra y allí escogerás una esposa para él de entre mis parientas.

El sirviente le contestó:

—Pero si la mujer no quiere venir conmigo, ¿qué hago? ¿Debo entonces llevar a su hijo a la tierra de donde usted salió?

Abraham le dijo:

—¡No, no lleves allá a mi hijo! Dios me sacó de allí para darme esta tierra para mis descendientes, por lo que mi hijo tiene que quedarse aquí. Dios enviará a su ángel delante de ti para que traigas de allá una esposa para mi hijo. Si la mujer no quiere venir contigo, quedarás libre de este compromiso, pero ¡de ninguna manera lleves allá a mi hijo!

Entonces el sirviente le juró que haría lo que le había pedido. Después escogió regalos de entre lo mejor que su patrón tenía, tomó diez camellos y se fue a la ciudad de Harán, en Mesopotamia. Cuando el sirviente llegó a las afuera de la ciudad, ya empezaba a oscurecer. A esa hora las mujeres y las muchachas acostumbraban ir a sacar agua. El sirviente hizo descansar a los camellos junto a un pozo de agua, y comenzó a orar:

—Jehová, Dios de mi patrón Abraham. Muéstrate bondadoso con él y dame esta señal que te pido. Me voy a quedar sentado aquí junto al pozo, mientras las muchachas de este lugar vienen a sacar agua. Permite que la muchacha a la que yo le diga: “Por favor, podría usted bajar su cántaro para que yo tome agua”, y que me conteste: “Cómo no, tome usted, y también traeré agua para sus camellos”, que sea ella la que tú has escogido para Isaac. Así podré estar

seguro de que has sido bondadoso con mi patrón.

Todavía no había terminado de orar, cuando vio que venía una muchacha muy bonita con su cántaro al hombro. Era Rebeca, la hija de Betuel, hijo de Nacor que era hermano de Abraham. Rebeca era muy hermosa y era virgen. Ella bajo al pozo, llenó su cántaro, y ya regresaba cuando el sirviente corrió a alcanzarla y le dijo:

—Por favor, déjeme usted tomar un poco de agua de su cántaro.

Tome usted, señor —contestó ella.

Y en seguida bajó su cántaro y le dio de tomar. Cuando él terminó de tomar, la muchacha le dijo:

—También voy a sacar agua para su camellos.

Rápidamente vació su cántaro en el bebedero y corrió varias veces al pozo, hasta que sacó agua para todos los camellos. Mientras tanto, el sirviente la miraba sin decir nada, pues quería estar seguro de que el Señor le había mandado la muchacha. Cuando los camellos terminaron de beber, el hombre tomó un anillo de oro y se lo puso a ella en la nariz, como era la costumbre. También le dio dos brazaletes de oro y le dijo:

—Dígame por favor de quién es usted hija, y si hay lugar en la casa de su padre para que yo pueda pasar la noche ahí.

Y ella contestó:

—Soy hija de Betuel, el hijo de Nacor. En nuestra casa hay lugar para que usted pase la noche, y también paja y comida para los camellos.

Entonces el sirviente se arrodilló y adoró a Dios, diciendo:

—¡Gracias a ti, oh Dios de mi patrón Abraham! Pues has sido fiel y bondadoso con él, y me has dirigido en el camino a la casa de sus parientes.

La muchacha fue corriendo a la casa de su madre, a contar todo lo que le había pasado. Ella tenía un hermano llamado Labán, el cual fue corriendo al pozo a buscar al hombre, pues había visto el anillo y los brazaletes que traía su hermana, y la oyó hablar de lo que el hombre le había dicho. Labán llegó al pozo, y le dijo al hombre:

—Gracias a Dios que vino usted. Venga a mi casa. ¿Por qué se queda aquí afuera? Ya he preparado en la casa lugar donde puede dormir y un lugar para los camellos.

Entonces el hombre fue a la casa de Betuel. Labán descargó los camellos, les dio de comer, y luego trajo agua para que el hombre y sus compañeros se lavaran los pies.

Cuando le sirvieron de comer, el sirviente de Abraham dijo:

—No voy a comer antes de haber dicho a qué vengo.

Hable usted —dijo Labán.

Y él les dijo:

—Yo soy sirviente de su pariente Abraham. Dios ha bendecido mucho a mi patrón y lo ha hecho rico: le ha dado borregos y ganado, plata y oro, sirvientes y sirvientas, camellos y burros. Además Sara, su esposa, le dió un hijo cuando ya era muy anciana, y mi patrón le ha dejado a su hijo todo lo que tiene. Me hizo jurar, y me dijo: “No dejes que mi hijo se case con una mujer de esta tierra de Canaán. Ve con la familia de mi padre, y busca entre mis parientes una esposa para él.”

’Así fue como hoy llegue al pozo, y en oración le dije a Dios: “Jehová, Dios de Abraham, si de veras vas a hacer que me vaya bien en este viaje, te ruego que, ahora que estoy junto al pozo, pase esto: que la muchacha que venga por agua y la que yo le diga: Por favor, déjeme usted tomar un poco de agua de su cántaro, y que conteste: Tome usted, y también sacaré agua para sus camellos, que sea ésta la muchacha que tú has escogido para el hijo de mi patrón.”

’Todavía no terminaba yo de hacer esta oración cuando vi que Rebeca venía con un cántaro sobre su hombro. Bajó al pozo a sacar, y le dije: “Dame usted agua, por favor”. Ella bajó en seguida su cántaro y me dijo: “Tome usted, y también les daré de beber a sus camellos”. Y ella me dio agua, y también les dio a mis camellos. Luego le pregunté: “De quién es usted hija?” Y ella me contestó: “Soy hija de Betuel, y mi abuelo se llama Nacor”. Entonces le puse el anillo y le di los dos brazaletes; luego me arrodillé y adoré a Dios. Alabé a Jehová, el Dios de mi patrón Abraham, por haberme dirigido en el camino correcto, para escoger como esposa de Isaac a la nieta de

hermano de mi patrón. Ahora pues, díganme ustedes si van a ser buenos y sinceros con mi patrón; y si no, díganme también, para que yo sepa lo que debo hacer.

Entonces Labán y Betuel le contestaron:

—Todo esto viene de Dios, y no podemos decirle que no. Mire usted, aquí está Rebeca. Ella puede ir con usted para que sea la esposa del hijo de su patrón, tal como Dios lo ha dispuesto.

Cuando el sirviente de Abraham oyó esas palabras, alabó a Dios. Luego sacó varias cosas de plata y de oro, y también vestidos, y se los dio a Rebeca. También a su hermano y a su madre les hizo regalos. Después él y sus compañeros comieron y bebieron, y pasaron allí la noche. Al día siguiente, cuando se levantaron, el sirviente dijo:

—Déjenme regresar a la casa de mi patrón.

Pero el hermano y la madre de Rebeca le dijeron:

—Que se quede la muchacha con nosotros todavía unos diez días, y después podrá irse con usted.

Pero el sirviente les dijo:

—No me detengan más. Dios ha hecho que mi viaje haya salido bien; así que, déjenme regresar a la casa de mi patrón.

Entonces ellos contestaron:

—Vamos a llamar a la muchacha, a ver qué dice ella.

Llamaron a Rebeca y le preguntaron:

—¿Quieres irte ahora con este hombre?

—Sí —contestó ella.

Entonces dejaron ir a Rebeca y a la mujer que la había cuidado siempre. Y bendijeron a Rebeca de esta manera:

—Oh, hermana nuestra, ¡qué tengas muchos hijos!, ¡que tus descendientes conquisten a todos sus enemigos!

Entonces Rebeca y sus sirvientas montaron a los camellos y se fueron con el sirviente de Abraham.

Un día Isaac salió a dar un paseo al anochecer. De pronto vio que se acercaban unos camellos. Rebeca, al ver a Isaac, se bajó del camello. Entonces el sirviente le contó a Isaac todo lo que había pasado. Luego Isaac llevó a Rebeca a la carpa de su madre y se casó con ella. Isaaca amó mucho a Rebeca, y así se consoló de la muerte de su madre.

Abraham murió cuando tenía ciento setenta y cinco años y sus hijos Isaac e Ismael lo sepultaron junto a su esposa Sara. Isaac heredó todo lo que Abraham tenía.

Jacob y Esaú

(Génesis 25:11, 19-34; 26:1-5, 12-14, 34-35)

Isaac tenía cuarenta años cuando se casó con Rebeca, y vivieron en la tierra de Canaán; y Dios les bendijo mucho. Rebeca no podía tener hijos, así que Isaac le rogó a Dios por ella. Dios oyó su oración y Rebeca quedó embarazada. Ella no sabía que iba a tener gemelos; entonces, cuando se peleaban dentro de su matriz, preguntó a Dios por qué era así y él le dijo que tendría hijos gemelos. Le dijo que los descendientes del que naciera primero, servirían a los descendientes del que naciera después. También le dijo que los dos tendrían una familia muy grande y serían dos naciones muy grandes.

Llegó el día en que Rebeca tenía que dar a luz, y tuvo gemelos, como Dios había dicho. El primero que nació era pelirrojo y muy velludo, y lo llamaron Esaú. Luego nació su hermano, agarrando el talón de Esaú con una mano; por eso lo llamaron Jacob, que quiere decir: despojador.

Los niños crecieron. Esaú llegó a ser un hombre del campo y muy buen cazador; Jacob, por el contrario, era un hombre tranquilo que cuidaba sus borregos. Como Isaac comía de lo que Esaú cazaba, lo quería más; pero Rebeca prefería a Jacob.

(Era costumbre en esos tiempos que cuando el padre moría, el hijo mayor tomaba su lugar como jefe de la familia. El padre, antes de morir, le daba la bendición de Dios. El hijo mayor recibía dos partes de la herencia de su padre y los hijos menores sólo recibían una parte cada uno.)

Un día Jacob estaba cocinando, y Esaú regresó del campo muy cansado y le dijo:

—Dame tu lentejas, tengo mucho hambre.

Jacob le respondió:

—Te daré mis lentejas a cambio del derecho de ser como el mayor.

Esaú contestó:

—¿De qué me sirve el derecho de ser el mayor si me estoy muriendo de hambre? Si me

das tus lentejas, te daré el derecho de ser como el mayor.

Entonces Jacob le dio las lentejas a Esaú y éste las comió.

Dios bendijo mucho a Isaac, pero en ese tiempo hubo un gran escasez de alimentos en toda esa región. Entonces Dios dijo a Isaac:

—No vayas a Egipto, quédate aquí y te haré mucho bien. Todo lo que le prometí a Abraham tu padre, todo lo cumpliré porque él creyó en mí e hizo lo que le dije. Tus descendientes se multiplicarán mucho y por tu descendencia bendecirá a toda la Tierra.

Cuando Isaac sembró, la siembra produjo mucho. Dios le hizo mucho bien a Isaac. Todo lo que tenía se aumentó mucho.

Cuando Esaú tenía cuarenta años, se casó con dos mujeres cananeas. Rebeca e Isaac se entristecieron por las esposas de Esaú.

Isaac es engañado por su hijo

(Génesis 27:1–28:2)

Isaac estaba ya muy viejo, y se había quedado ciego. Un día llamó a Esaú y le dijo:

—Hijo mío, estoy muy viejo y un día de estos me puedo morir. Quiero darte mi bendición antes de morir. Por eso quiero que vayas al monte con tu arco y tus flechas para cazar algún animal, y luego prepárame un guisado sabroso, como a mí me gusta, y tráelo para que me lo coma.

Rebeca estaba oyendo lo que Isaac le decía a Esaú. Por eso llamó a Jacob y le dijo:

—Haz lo que te voy a decir y tu padre te dará su bendición. Ve a traerme dos de los mejores cabritos; voy a preparar un sabroso guisado para que tu padre como a él le gusta, y luego tú se lo vas a llevar. Así le dará a ti su bendición. Porque esto fue lo que oí que tu padre le dijo a tu hermano.

Pero Jacob le dijo a su madre.

—Mi hermano tiene mucho pelo en el cuerpo, y yo no. Si mi padre llega a tocarme, va a saber que no soy Esaú.

Pero su madre le contestó:

—No tengas miedo, haz lo que te digo. ¡Ve a traerme los dos cabritos!

Jacob fue por los cabritos, los mató y se los trajo a su madre. Ella preparó, entonces, un sabroso guisado, como a Isaac le gustaba. Sacó

la mejor ropa de Esaú, y se la puso a Jacob. Luego le cubrió a Jacob los brazos y un parte del cuello donde él no tenía pelo, con la piel de los cabritos, y le dio el guisado.

Entonces Jacob lo llevó donde estaba su padre, y le dijo:

—Padre, come del animal que maté.

—¿Cuál de mis hijos eres tú? —preguntó Isaac.

—Soy Esaú, tu hijo mayor —contestó Jacob mintiendo—. Ya hice lo que me dijiste. Aquí está tu guisado. Cómelo, y después dame tu bendición.

Entonces Isaac le preguntó:

—¿Cómo lo encontraste tan pronto?

—Dios me ayudó a encontrarlo, por eso lo encontré luego —respondió Jacob.

Pero Isaac le dijo:

—Acércate y déjame tocarte, a ver si de veras eres mi hijo Esaú.

Jacob se acercó para que su padre lo tacara. Entonces Isaac dijo:

—La voz es la de Jacob, pero los brazos son los de Esaú. ¿De veras eres mi hijo Esaú?

—Si, yo soy Esaú —respondió Jacob.

Isaac creyó que era Esaú porque Jacob tenía mucho pelo en los brazos, como Esaú. Isaac comió el guisado y después bendijo a Jacob con estas palabras:

—Dios les dé a ti y a tus descendientes las mejores cosechas de la tierra y que mucha gente les sirva a tus descendientes y que sean benditos los que les bendigan a ustedes.

Había terminado Isaac de bendecir a Jacob, y apenas iba saliendo Jacob de donde estaba su padre, cuando Esaú regresó de cazar. También él preparó un guisado sabroso, se lo llevó a su padre, y le dijo:

—Levántate, padre; come del animal que te maté y dame tu bendición.

Entonces Isaac le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Soy Esaú, tu hijo mayor —contestó.

Isaac se sorprendió mucho y le dijo con voz temblorosa:

—Entonces, ¿quién es él que me acaba de traer el guisado? Yo me lo comí antes de que tú llegaras y también le di mi bendición.

Cuando Esaú oyó lo que su padre decía, lloró de coraje y gritó:

—¡Ya van dos veces que mi hermano me despoja! Primero me quita mis derechos de hijo mayor, y ahora me quita la bendición que me tocaba. Por eso se llama como se llama. Por favor, Padre, dame tu bendición también.

Entonces Isaac le contó cómo había bendecido a su hermano y le dijo:

—No hay otra bendición que te pueda dar.

Esaú insistió:

—¡Bendíceme también a mí!

Entonces Isaac le dijo:

—Vas a pelear mucho, hijo, y también tus descendientes, porque serán sirvientes de tu hermano y de sus descendientes. Una o dos veces se librarán, pero después ellos los dominarán de nuevo.

Desde entonces Esaú odió a Jacob por haberle robado la bendición que le iba a dar su padre, y un día dijo:

—Mi padre está muy viejo; ya pronto va a morir, y después, voy a matar a mi hermano.

Cuando Rebeca supo lo que Esaú estaba planeando, mandó llamar a Jacob y le dijo:

—Mira, tu hermano quiere matarte. Por eso tienes que salir pronto de aquí. Vete a la casa de mi hermano Labán y quédate con él por algún tiempo, hasta que se le pase el enojo a tu hermano y olvide lo que le has hecho. Entonces te mandaré avisar para que vuelvas.

Luego Rebeca le dijo a Isaac:

—Si Jacob se casa con una mujer de las que viven aquí en Canaán, como lo hizo su hermano, me moriré de tristeza.

Entonces Isaac llamó a Jacob, y le dijo:

—No quiero que te cases con una mujer de esta tierra de Canaán. Vete a la casa de tu tío Labán y cástate allá con una de sus hijas.

El sueño de Jacob

(Génesis 28:10-22)

Así que, Jacob salió de la casa de su padre y tomó el camino para Harán. Llegó a cierto lugar y allí se quedó a pasar la noche, porque el sol ya se había metido. Se puso como almohada una de las piedras que había en el lugar, y se acostó a dormir. Allí tuvo un sueño en el que veía una escalera que estaba apoyada en la tierra y llegaba hasta el cielo, y los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. También veía que

Dios estaba de pie arriba de la escalera y que le decía:

—Yo soy el Dios de tu abuelo Abraham y de tu padre Isaac. A ti y a tus descendientes les daré la tierra en donde estás acostado. Ellos llegarán a ser muchos, y todas las familias del mundo serán bendecidos por medio de ti y de tus descendientes. Yo estoy contigo; te cuidaré dondequiera que vayas, y después te traeré otra vez para acá.

Cuando Jacob despertó de su sueño, reflexionó: “Pensaba que yo estaba solo aquí. Pero no es así, porque Dios también está en este lugar. ¡Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo!”

Jacob tuvo mucho miedo. Entonces tomó la piedra que había usado como almohada, la paró como un pilar, y le echó aceite encima. Hizo esto como una ofrenda a Dios. Jacob le puso el nombre de Betel a ese lugar donde durmió. Este nombre quiere decir: casa de Dios. Allí Jacob hizo esta promesa:

—Si Dios me acompaña y me cuida en este viaje; si me da de comer y con qué vestirme: entonces él será mi Dios, y siempre le daré la décima parte de todo lo que él me de.

Jacob encuentra esposa

(Génesis 29:1–31:3, 17-33, 55)

Jacob siguió su camino rumbo al pueblo de Harán. En el campo, cerca de Harán, vio que había un pozo, cerca del cual estaban descansando rebaños de borregos con sus pastores. Los pastores le daban agua del pozo a los borregos. Jacob preguntó a los pastores:

—¿Conocen ustedes a Laban, el nieto de Nacor?

—Sí, lo conocemos —respondieron.

—Está bien de salud? —insistió Jacob.

—Sí, Laban está bien —dijeron los pastores—. Mire usted, aquí viene su hija Raquel con sus borregos.

Mientras él todavía estaba hablando con ellos, Raquel llegó con los borregos de su padre. Tan pronto como Jacob la vio con los borregos, fue al pozo y les dio agua a los borregos de ella, y le contó que él era hijo de Rebeca y sobrino de Labán, el padre de ella. Entonces Raquel fue corriendo a contárselo a su padre.

Cuando Labán oyó hablar de Jacob, el hijo de su hermana, salió corriendo a recibirlo y lo llevó a su casa.

Labán tenía dos hijas: Lea era la mayor y Raquel la menor. Lea tenía mal la vista; Raquel era muy hermosa. Entonces cuando Jacob había estado en la casa de Labán un mes, le dijo a Laban:

—Trabajaré siete años para ti si me das a Raquel.

Labán contestó:

—Me parece bien darte a Raquel, pero quédate conmigo.

Así Jacob trabajó por Raquel durante siete años, que pasaron muy pronto para él porque la amaba mucho. Cuando pasaron los siete años, Jacob le dijo a Labán:

—Dame a mi mujer para que me case con ella, porque ya terminó el tiempo que prometí trabajar por ella.

Pero Labán le engañó y le dio a Lea, la hermana mayor.

Entonces Jacob se enojó y le dijo así a Labán:

—¿Por qué me hiciste eso? ¿No trabajé contigo para que me dieras a Raquel? Entonces, ¿Por qué me has engañado?

Y Labán le contestó:

—Aquí no acostumbramos que la hija menor se case antes la mayor. Cumple con la semana de bodas de Lea y entonces te daré también a Raquel, si es que te comprometes a trabajar conmigo otros siete años.

Así Jacob trabajó catorce años por sus dos esposas, y trabajó otros seis años con Labán para ganar a sus animales.

Mientras Jacob trabajó catorce años en Harán, nacieron once hijos suyos. Estos son los nombres de sus hijos: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón y José. Durante el tiempo en que Jacob vivió en Harán, los animales de Jacob se hicieron más que los de Labán. Por eso Labán y sus hijos odiaban a Jacob.

Un día Dios dijo a Jacob:

—Regresa a tu tierra al lugar donde vive tu padre y te acompañaré.

Jacob les platicó a sus dos mujeres lo que Dios le había dicho, pero no dijo nada a su suegro. Entonces, mientras Labán fue a otra parte a trasquilar a sus borregos, Jacob se

preparó para regresar a Canaán, donde vivía su padre Isaac. Raquel robó los ídolos familiares que tenía su padre y se los llevó también. Y así salieron de la casa de Labán.

Tres días después, Labán supo que Jacob, sus mujeres, sus hijos y todo lo que tenía, se habían escapado, y también que se habían robado los ídolos de la casa. Entonces juntó a sus parientes y salió a perseguirlos, y a los siete días los alcanzó en los cerros de Galaad, reclamándoles así:

—¿Por qué salieron en secreto? ¿Por qué te robaste mis ídolos?

Entonces Jacob le contestó a Labán:

—Es que tuve miedo. Y pensé que tal vez me íbas a quitar a tus hijas. No llevo nada de lo que es tuyo. Pero si alguno de los que aquí están tiene tus ídolos, morirá.

Jacob no sabía que Raquel se había robado los ídolos.

Labán entró en la carpa de Jacob, pero no encontró los ídolos porque Raquel los había puesto dentro de la montura y se sentó sobre ellos. Labán estuvo buscando por toda la carpa, pero no los encontró.

Al día siguiente en la mañana, Labán se levantó y les dio un beso a sus nietos y a sus hijas; después pidió bendición para ellos, y regresó a su tierra.

El nombre de Jacob es cambiado por el de Israel

(Génesis 32; 33:1-11, 18; 35:1-6, 16-20, 27-29)

Jacob no había llegado al terreno de su padre cuando envió a unos mozos para decirle a su hermano Esaú que había salido de la casa de su tío Labán y que venía con mucho ganado, burros, borregos y chivos y también con muchos mozos y criadas, y esperaba ser recibido con agrado por su hermano.

Cuando los mozos regresaron, le informaron a Jacob que su hermano Esaú venía acompañado de cuatrocientos hombres. Al oír esto, Jacob tuvo mucho miedo de que Esaú lo matara, y entonces comenzó a orar:

—Dios, tú me has tratado con bondad y fidelidad. Tú has dicho claramente que me cuidarás. Por favor, sálvame de las manos de mi hermano Esaú.

Jacob mandó regalos para Esaú; muchos chivos, borregos, camellos, toros, vacas y burros, ya que Jacob pensaba: “Voy a calmar su enojo con los regalos que van antes que yo”.

Cuando Jacob y sus esposas llegaron a un arroyo, Jacob hizo que ellas con sus criadas y sus once hijos siguieran hasta el otro lado del arroyo. Jacob se quedó solo a pasar la noche del otro lado del arroyo, y un ángel con apariencia de hombre luchó con él hasta que amaneció. Pero como el hombre vio que no podía vencer a Jacob, lo golpeó en la coyuntura de la cadera. Esa parte se le zafó a Jacob mientras luchaba con él y ya no tuvo fuerza para pelear. Entonces el hombre le dijo:

—Suéltame, porque ya está amaneciendo.

—Si no me bendices, no te soltaré — contesto Jacob.

—¿Cómo te llamas? —preguntó aquel hombre.

—Me llamo Jacob —respondió.

Entonces el hombre le dijo:

—Ya no te vas a llamar Jacob. Ahora tu nombre será Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres y has ganado.

Y Jacob llamó a ese lugar Peniel, porque dijo: “He visto a Dios cara a cara, y sin embargo, todavía estoy vivo”. Jacob iba saliendo de Peniel cuando el sol salió, y debido a su cadera lastimada iba cojeando.

Cuando se encontró con Esaú en el camino, Esaú corrió a abrazarlo y lo besó. Los dos lloraron y Esaú le dijo a Jacob:

—No quiero regalos, yo tengo suficiente. Quédate con lo que es tuyo.

Pero Jacob insistió:

—No, por favor. Acepta este regalo por la alegría que me da de verte otra vez.

Tanto insistió Jacob, que al fin Esaú aceptó el regalo.

Después Jacob siguió caminando hasta el pueblo de Siquem en la tierra de Canaán y allí puso su campamento. En ese lugar hizo un altar a Dios para adorarle. Después abrió un pozo para que tuvieran agua para los borregos, chivos, camellos, vacas y burros que tenía.

Un día Dios le dijo a Israel:

—Levantate y vete a vivir a Betel. En ese lugar harás un altar para mí porque allí te me aparecí a ti en sueños cuando ibas huyendo de tu hermano Esaú.

Entonces Jacob dijo a su familia y todos los que lo acompañaban:

—Saquen todos sus ídolos, purifíquense y cámbiense de ropa. Vamos a ir pronto a Betel para hacerle un altar a Dios, porque me ayudó cuando yo estaba en peligro y porque me ha acompañado por dondequiera que he andado.

Ellos entregaron a Jacob todos los ídolos y tenían; él los enterró allí y luego todos se fueron de Betel y llegaron cerca de Efrata, que ahora se llama Belén. Allí Raquel dio a luz un varón y lo llamaron Benjamín.

Cuando nació Benjamín, Raquel murió y la enterraron en el camino a Efrata. Jacob se fue de allí y llegó a Mamre, donde vivía su padre. Isaac tenía ciento ochenta años cuando murió, y sus hijos Esaú y Jacob lo sepultaron en Mamre, que ahora es Hebrón.

José es odiado por sus hermanos

(Génesis 37:2-34)

Cuando José, el hijo de Raquel, tenía 17 años, pastoreaba los borregos con sus hermanos, y cuando regresaba a casa, le platicaba a su padre de la mal fama de ellos. Jacob quería a José más que a sus otros hijos porque lo había tenido en su vejez. Por eso le hizo una túnica muy elegante. Cuando sus hermanos se dieron cuenta de que su padre lo quería más que a todos ellos, llegaron a odiarlo.

Una vez José tuvo un sueño y se lo contó a sus hermanos; pero ellos lo odiaron más todavía, porque les dijo:

—Soñé que todos nosotros estábamos en el campo, haciendo manojos de trigo; de pronto mi manojito se levantó y quedó parado. Los manojos de ustedes se pusieron alrededor del mío y le hicieron reverencias.

Entonces sus hermanos contestaron:

—¿Quieres decir que tú vas a ser nuestro rey, y que nos vas a mandar?

Y lo odiaron más todavía por sus sueños.

Después José tuvo otro sueño, que también les contó a sus hermanos y su padre. Les dijo:

—Fíjense que tuve otro sueño y en él veía yo que el Sol, la Luna y once estrellas se me arrodillaban.

Al oírlo, su padre lo regañó y le dijo:

—¿Qué quieres decir con este sueño que tuviste? ¿Acaso tu madre, tus hermanos y yo tendremos que arrodillarnos delante de ti?

Sus hermanos le seguían teniendo envidia, pero su padre pensaba mucho en todo esto.

Un día, los hermanos de José se fueron lejos a buscar pastos para los borregos de su padre. Pasaron unos días hasta que Jacob le dijo a José:

—Mira, tus hermanos están lejos cuidando los borregos. Quiero que vayas a verlos. Ve y fíjate cómo están tus hermanos y los borregos y luego regresa a avisarme.

José se fue en busca de sus hermanos. Ellos lo vieron venir a los lejos, y dijeron unos a otros:

—¡Míren, ahí viene el de los sueños! Vamos a matarlo; luego lo echaremos en un pozo seco.

Cuando Rubén oyó esto, quiso librarlo de sus hermanos y dijo:

—No lo matemos; no derramen sangre. Mejor échenlo vivo en este pozo seco.

Rubén dijo esto porque quería poner a salvo a José y enviarlo de vuelta a donde estaba su padre.

Cuando José llegó adonde estaban sus hermanos, ellos le quitaron la túnica que llevaba puesta, lo agarraron y lo echaron en el pozo, que estaba vacío y seco. Después se sentaron a comer.

De pronto, vieron venir una caravana de comerciantes que traían en sus camellos muchas cosas para llevar a Egipto. Entonces Judá les dijo a sus hermanos:

—¿Qué ganamos con matar a nuestro hermano? Mejor vamos a venderlo a estos comerciantes.

Entonces sacaron a José del pozo y lo vendieron por veinte monedas de plata. Así fue cómo se llevaron a José a Egipto.

Cuando Rubén regresó al pozo y no encontró a José allí adentro, se puso muy triste. Luego regresó adonde estaban sus hermanos y les dijo:

—¡El muchacho ya no está en el pozo! ¿Ahora qué le voy a decir a nuestro padre, siendo yo el mayor?

Ellos le contaron a Rubén cómo se lo habían vendido a los comerciantes. Entonces pensaron en matar un cabrito y manchar la

túnica de José con la sangre de cabrito. Así lo hicieron y cuando llegaron a la casa de su padre, le dijeron:

—Encontramos esto. ¿No es la túnica de José?

Jacob la reconoció y dijo:

—¡Sí, es la de José! Algún animal salvaje lo devoró.

Entonces Jacob se puso muy triste porque creía que José había muerto.

José no es vencido por el pecado porque honra a Dios

(Génesis 39)

Cuando José fue llevado a Egipto, un egipcio llamado Potifar lo compró a los comerciantes que lo habían llevado allá. Potifar era capitán de la guardia del faraón, rey de Egipto. Pero Dios estaba con José, y le fue muy bien mientras vivía en la casa de Potifar. Potifar se dio cuenta de que Dios estaba con José, y que hacía que le fuera bien en todo. Por eso lo hizo administrador de su casa y dejó a su cargo todo lo que tenía. Desde ese día, Dios bendijo mucho a Potifar a causa de José.

José era muy bien parecido, y al verlo causaba buena impresión. Así que, después de algún tiempo, la esposa de Potifar se fijó en él, y un día le dijo:

—Acuéstate conmigo.

—No. Mire usted, mi amo me ha encargado todo lo que tiene, y estando yo aquí, no tiene nada de qué preocuparse. En esta casa nadie es más que yo; mi amo no me ha negado nada sino sólo a usted, pues es su esposa; así que ¿cómo podría yo hacer algo tan malo y pecar contra Dios?

Y aunque ella insistía con José todos los días para se acostara con ella, él no le hacía caso. Un día José entró en la casa de Potifar para hacer su trabajo, y como no había nadie allí, ella lo agarró de la ropa y le dijo:

—Acuéstate conmigo.

Pero él salió corriendo y dejó su ropa en las manos de ella. Cuando ella vio que al salir José le había dejado la ropa en sus manos, llamó a los sirvientes de la casa y les dijo:

—Miren, mi esposa nos trajo un israelita que ahora se burla de nosotros. Quería acostarse conmigo, pero yo grité muy fuerte; y cuando me

oyó gritar con todas mis fuerzas, salió corriendo y hasta su ropa dejó aquí.

Luego ella guardó la ropa de José hasta que su marido llegó a la casa.

Potifar se enojó muchísimo cuando oyó lo que su esposa le contó. Entonces mandó llamar a José y lo metió en la cárcel. Pero aunque José estaba en la cárcel, Dios estaba con él y lo trataba con bondad; pues hizo que le cayera bien al jefe de la cárcel, el cual le dejó todos los presos a su cargo, y José daba órdenes para todo lo que allí se hacía.

Lo que le pasa a José estando preso

(Génesis 40)

Mientras José estaba preso, el faraón, el rey de Egipto, se enojó con el copero y el panadero que trabajaban para él y los mandó a la cárcel. Era el mismo lugar en donde José estaba preso.

Un día, cuando José pasó temprano a ver a los presos, encontró al copero y al panadero muy preocupados; así que les preguntó:

—¿Por qué están tan tristes?

Y ellos le contestaron:

—Cada uno de nosotros tuvo un sueño y no hay quien nos explique lo que quieren decir.

Entonces José les dijo:

—Dios da los significados de los sueños.

Cuéntame lo que soñaron.

Entonces el copero le contó su sueño a José con estas palabras:

—Soñé que una planta de uvas estaba delante de mí. La planta tenía tres ramas, y tan pronto como retoñaba echaba flores, y las flores se convertían en uvas maduras. Yo tenía la copa del faraón en la mano. Entonces tomé las uvas y las exprimí en la copa. Luego yo mismo le di la copa al faraón, en su propia mano. Eso vi en mi sueño.

Y José le dijo:

—El sueño de usted quiere decir esto: las tres ramas son los tres últimos días que estará usted aquí en la cárcel. Dentro de tres días el faraón lo pondrá de nuevo en su trabajo, y usted volverá a darle la copa al faraón, tal como antes lo hacía. Cuando esto suceda, acuérdesse usted de mí. Por favor, háblele de mi al faraón para que me saque de este lugar porque no he hecho nada malo.

Entonces el panadero le contó su sueño a José y le dijo:

—Por mi parte, yo soñé que tenía tres canastillos de pan sobre la cabeza. El canastillo de arriba tenía pasteles de todas clases para el faraón, pero los pájaros venían a comer del canastillo que estaba sobre mi cabeza. Eso vi en mi sueño.

Entonces José le contestó:

—El sueño de usted quiere decir esto: los tres canastillos son los tres últimos días que usted estará aquí en la cárcel. Dentro de tres días el faraón hará que lo maten, colgándole de un árbol, y los pájaros se comerán su cuerpo.

Al tercer día el faraón hizo una gran fiesta para todos sus funcionarios. Al copero lo puso de nuevo en su trabajo; pero mandó ahorcar al panadero, tal como José lo había dicho. Sin embargo, el copero no volvió a acordarse de José.

José interpreta los sueños del faraón

(Génesis 41:1-45)

Pasaron dos años, y una noche el faraón soñó algo que le impresionó. Al día siguiente en la mañana, ordenó que vinieran todos los sabios de Egipto. Cuando el faraón les contó sus sueños, ninguno de ellos pudo decirle lo que significaban. Entonces el copero le dijo al faraón:

—Cuando yo estuve en la cárcel con el panadero, los dos tuvimos sueños. En ese lugar estaba con nosotros un joven de la tierra de Canaán. Le contamos nuestros sueños, y él los interpretó y nos dijo su significado. Y todo pasó tal como él nos había dicho.

Entonces el faraón mandó llamar a José. Lo sacaron inmediatamente de la cárcel, y cuando se presentó delante del faraón, el faraón le dijo.

—He tenido un sueño y no hay nadie que pueda decirme su significado; pero he sabido que cuando tú oyes un sueño lo puedes interpretar.

—Eso no depende de mí —contestó José—, pero Dios le dará a usted una contestación. Cuénteme su sueño.

El faraón le dijo a José:

—En mi sueño, yo estaba de pie a la orilla del río, y del río salieron siete vacas gordas y

hermosas que comían hierba a la orilla del río. Detrás de ellas salieron otras siete vacas, muy feas y flacas. Estas vacas flacas y feas se comieron a las primeras siete vacas gordas; pero cuando ya se las habían comido, nadie podía haberse dado cuenta, porque se veían tan flacas como antes. Después tuve otro sueño en el que siete espigas de trigo, largas y grandes, crecían en un mismo tallo. Detrás de ellas crecían otras siete espigas, cortas, que no eran buenas. Estas espigas cortas se comieron a las siete espigas grandes. Eso es lo que vi en mi sueño.

Entonces José le contestó al faraón:

—Los dos sueños que usted tuvo tienen un solo significado. Dios le ha anunciado a usted lo que él va a hacer. Las siete vacas hermosas y las siete espigas grandes son siete años en que va a haber cosecha abundante. Pero las siete vacas flacas y las siete espigas cortas son siete años de gran escasez. Dios lo va a hacer muy pronto. Por lo tanto, sería bueno que usted buscara un hombre inteligente y sabio, para que se haga cargo del país. Haga usted lo siguiente: durante los siete años de abundancia, ordene que se recoja la quinta parte de todas las cosechas y que la guarden en las ciudades para alimentar, después, a la gente durante los siete años de escasez que habrá.

El plan le pareció bien al faraón y a sus funcionarios, así que el faraón les dijo:

—Este hombre gobernará bien nuestro país. No podremos encontrar otro hombre como éste, que tenga el espíritu de Dios.

Y a José le dijo:

—No hay nadie más inteligente y sabio que tú, pues Jehová Dios te ha hecho saber todo esto. Yo te nombro gobernador de todo el país, y todo mi pueblo obedecerá tus órdenes. Sólo yo seré más que tú, porque soy el rey.

Al decir esto, el faraón se quitó de la mano el anillo que tenía y lo puso en la mano de José. Luego ordenó que lo vistieran con ropas muy finas, y le puso un collar de oro en el cuello. Entonces lo hizo subir en el mejor carro, después del suyo, y buscó de entre las muchachas de Egipto una esposa para José. Así fue cómo José quedó al frente de Egipto.

José como gobernador de Egipto

(Génesis 41:46–42:38)

José tenía treinta años cuando el faraón le nombró gobernador de Egipto. La tierra produjo muchísimo durante los siete años de abundancia y él recogió todo el trigo que hubo en el país durante esos siete años. Mandó a construir trojes grandes en cada ciudad y allí lo guardó, dejando en cada ciudad el trigo recogido en los campos vecinos.

Antes de que empezaran los años de escasez, José tuvo dos hijos con su esposa; al primero lo llamó Manasés y al segundo Efraín.

Pasaron los siete años de abundancia que hubo en Egipto, y comenzaron los siete años de escasez. Hubo hambre en todos los países, menos en Egipto; y cuando los habitantes de Egipto tuvieron hambre, fueron a pedirle trigo al faraón. Entonces el faraón les dijo a todos ellos:

—Vayan a ver a José.

Y de todos los países venían a Egipto a comprarle trigo a José, pues en ningún país había qué comer.

En Canaán también había hambre. Entonces, cuando Jacob supo que en Egipto había trigo, les dijo a sus hijos:

—Vayan a Egipto y compren trigo para nosotros, para que podamos seguir viviendo.

Entonces los diez hermanos mayores de José fueron a Egipto a comprar trigo; pero Jacob no dejó ir a Benjamín, el hermano menor.

Cuando los hermanos llegaron a Egipto y estuvieron delante de José, inclinaron la cabeza, pero no lo reconocieron. José sí los reconoció en cuanto los vio, pero hizo como que no los conocía y les preguntó en forma brusca.

—¡Ustedes! ¿De dónde vienen?

—Venimos de la tierra de Canaán, a comprar trigo —contestaron.

Y José les dijo:

—No, ustedes son espías. Sólo vienen a ver cuáles son los puntos débiles del país.

Pero ellos contestaron:

—¡No, señor! Nosotros, sus servidores, hemos venido a comprar trigo. Todos somos hijos del mismo padre. Somos gente honrada.

—No es cierto —insistió José—. Ustedes vienen a ver cuáles son los puntos débiles del país.

Y los hermanos contestaron otra vez:

—Los servidores de usted somos doce hermanos, hijos del mismo padre, y vivimos en la tierra de Canaán. Nuestro hermano menor se quedó hoy con nuestro padre, y otro ya no está con nosotros.

Sin embargo José volvió a decirles:

—¡Tal como dije! ustedes son espías, y con esto vamos a probarlos: no saldrán de aquí hasta que venga su hermano menor. Que vaya uno de ustedes a traerlo. Los demás se quedarán presos. Vamos a ver si es cierto lo que han dicho.

José los tuvo presos a todos ellos durante tres días, y al tercer día les llamó. Cuando llegaron a donde estaba José, les dijo así:

—Nueve de ustedes vayan y lleven trigo para que coman sus familias, y uno se va a quedar en la cárcel. Tráiganme luego a su hermano menor y veremos si han dicho la verdad. Si no es así, morirán.

Al oír esto, se decían el uno al otro:

—Esto es nuestro pago porque de veras nos portamos muy mal con nuestro hermano José, pues no hicimos caso cuando nos rogaba que tuviéramos compasión, aunque veíamos que estaba sufriendo. Por eso, ahora nos toca a nosotros sufrir.

Rubén les dijo:

—Yo les rogué que no le hicieran daño al muchacho; pero no me hicieron caso.

Los hermanos no sabían que José les entendía, porque siempre les había hablado por medio de una persona que hablaba los dos idiomas. José oyó que recordaban el mal que le habían hecho; entonces se apartó de ellos y se puso a llorar. Cuando pudo hablarles otra vez, apartó a Simeón y a la vista de ellos hizo que lo amarraran. Después ordenó que les llenaran sus costales con trigo, que le devolvieran a cada uno su dinero, poniéndolo dentro de cada costal, y que les dieran comida para el camino. Así se hizo. Entonces ellos cargaron el trigo en sus burros, y se fueron de allí.

Cuando llegaron al lugar donde iban a pasar la noche, uno de ellos abrió su costal para darle de comer a su burro, y vio que su dinero estaba allí en el costal. Cuando les dijo eso a sus hermanos, ellos se asustaron mucho. Al llegar a la casa de su padre, le contaron todo lo que les había pasado; cómo el gobernador les había

hablado, y cómo uno de ellos había encontrado el dinero en su costal. Y le dijeron a su padre:

—Así que, cuando vayamos a Egipto otra vez, tenemos que llevar a Benjamín para que suelte a Simeón.

Al vaciar sus costales, los hermanos de José vieron que en el costal de cada uno estaba su dinero, y tanto ellos como su padre se asustaron.

Jacob les dijo a sus hijos:

—Ustedes quieran que yo nuera de tristeza. Primero José murió, luego a Simeón lo tienen preso y ahora quieren quitarme también a Benjamín.

Entonces Rubén le dijo a su padre:

—No te preocupes; deja a Benjamín a mi cuidado y yo te lo traeré de nuevo, y si no te lo traigo, padrás matar a mis dos hijos.

Pero Jacob les contestó:

—De todos modos, Benjamín no irá con ustedes.

José pone a prueba a sus hermanos

(Génesis 43:1–44:2)

El hambre aumentaba en el país. Así que, cuando Jacob y sus hijos se comieron lo que les quedaba del trigo que trajeron de Egipto, Jacob les dijo:

—Vayan otra vez y compren un poco de trigo para nosotros.

Pero Judá le dijo:

—Si no llevamos a Benjamín, vamos en vano. El oficial en Egipto nos dijo bien claro: “Si no me traen aquí a su hermano menor, mejor no vengan a verme”.

Entonces preguntó Jacob:

—¿Por qué le dijeron a ese hombre que tenían otro hermano?

Y ellos contestaron:

—Es que él nos preguntó mucho acerca de nosotros y de nuestra familia. Nos dijo: “¿Vive todavía su padre? ¿Tienen otro hermano?”

¿Cómo íbamos a saber que nos iba a pedir que le lleváramos a nuestro hermano?

Judá le dijo entonces:

—Si no quieres que muramos de hambre, deja ir al muchacho bajo mi cuidado y nosotros iremos en seguida. Yo respondo por él.

Entonces su padre les contestó:

—Pues si tiene que ir Benjamín, llévenselo. También lleven en sus costales un regalo para el

gobernador. Lleven también el doble del dinero, y entreguen personalmente el dinero que les devolvieron; tal vez fue un error. Tomen a su hermano y vayan otra vez a ver a ese hombre. Que el Dios Todopoderoso le haga tener compasión de ustedes, para que deje libre a Simeón y a Benjamín; y si no es así y yo tengo que quedar sin hijos, pues así sea.

Otra vez salieron diez de los hijos de Jacob para ir a Egipto. Cuando llegaron ante José, se arrodillaron. José vio que Benjamín estaba con ellos y le dijo al administrador de su casa:

—Lleva estos hombres a mi casa. Mata una vaca y prepárala, porque ellos comerán conmigo hoy a mediodía.

Cuando llegaron a la casa de José, se asustaron y se dijeron:

—Nos han traído aquí por el dinero que nos devolvieron la vez pasada. Van a atacarnos y hacernos trabajar como esclavos, junto con nuestros animales.

Así que al llegar a la puerta de la casa, se acercaron al administrador para hablar con él y le dijeron:

—La otra vez vinimos de veras a comprar trigo, pero cuando regresamos a casa, abrimos nuestros costales y encontramos en ellos el dinero de cada uno. No sabemos quién puso el dinero en los costales. Ahora lo hemos traído para devolverlo, y también traemos dinero para comprar más trigo.

El administrador contestó:

—Cálmense, no tengan miedo. El Dios de ustedes debe haber puesto ese dinero en sus costales, pues yo recibí el dinero que ustedes pagaron.

El administrador sacó de la cárcel a Simeón y lo llevó a donde estaban ellos en la casa de José. Les dio agua para que todos se lavaran los pies, y también les dio de comer a sus burros.

Cuando José llegó a la casa al mediodía, los once hermanos le dieron los regalos que habían traído y se arrodillaron hasta tocar el suelo con la frente. José les preguntó:

—¿Cómo está su padre? ¿Vive todavía?

Ellos le dijeron:

—Nuestro padre está bien, gracias —e hicieron otra reverencia a José.

José miró a su alrededor y vio a Benjamín, su hermano, y dijo:

—¿Es éste su hermano menor, del cual me hablaron?

—Sí —contestaron.

José le dijo a Benjamín:

—¡Que Dios te bendiga, muchacho!

Al decir esto, José se sintió tan emocionado por ver a su hermano menor que le dieron ganas de llorar. Rápidamente salió y se puso a llorar. Cuando pudo contener el llanto, se lavó la cara y entró. Los hermanos de José se sentaron como José lo iba indicando, según el orden de sus edades, del mayor al menor. Todos se quedaron sorprendidos y se miraban unos a otros, pues todavía no reconocían a José.

A José le sirvieron en una mesa, y a sus hermanos en otra, según la costumbre de los egipcios.

José ordenó a sus mozos que les dieran un plato a cada uno de sus hermanos, y que a Benjamín le dieran una porción cinco veces mayor que la de los demás. Así todos comieron y bebieron y estuvieron contentos.

Cuando terminaron de comer, José le ordenó a su administrador:

—Llena los costales de estos hombre con todo el trigo que puedan llevar, y mete el dinero de cada uno en su costal. Mete también mi copa de plata en el costal del hermano menor, junto con el dinero que pagó por su trigo.

El administrador hizo lo que José le ordenó.

Jacob llega a Egipto con toda su familia

(Génesis 44:3–46:7; 46:26-27, 29-30; 47:7, 27; 48:1, 5-6, 11, 21; 49:29-31; 50:12-13)

Con los primeros rayos del sol, los hermanos de José salieron de Egipto. Todavía no estaban muy lejos de la ciudad, cuando José le dijo a su administrador:

—Ve a perseguir a esos hombre, y cuando los alcances díles: “¿Por qué se han robado la copa de plata del gobernador?”

Cuando el administrador los alcanzó, les dijo:

—¿Por qué se han robado la copa de plata del gobernador?

Ellos le contestaron:

—No hemos robado nada. Bajarnos nuestros costales y que muera cualquiera de estos servidores suyos al que se le encuentre la copa.

Entonces el administrador dijo:

—Está bien, pero sólo el que tenga la copa será mi esclavo.

Todos bajaron rápidamente su costal hasta el suelo, y lo abrieron. Cada uno encontró su dinero en su costal y en el costal de Benjamín encontraron la copa de José. Los hermanos se pusieron muy tristes. Regresaron a la ciudad y cuando llegaron a la casa de José, se arrodillaron delante de él hasta tocar el suelo con la frente.

José les dijo:

—¿Qué es lo que han hecho? ¿Pensaron que no me iba a dar cuenta si robaban algo?

Judá contestó:

—¿Qué le podemos contestar a usted? Dios nos ha encontrado en pecado. Aquí nos tiene usted; somos sus esclavos, todos nosotros.

Pero José dijo:

—No todos son culpables. Sólo aquél al que se le encontró la copa será mi esclavo. Los otros pueden regresar a la casa de su padre.

Entonces Judá se acercó a José y le dijo:

—Yo le dije a mi padre que me haría responsable por el muchacho. Nuestro padre morirá de tristeza si el muchacho no regresa con nosotros. Por eso yo le ruego a usted que me permita quedarme como su esclavo en lugar del muchacho. Deje que él se vaya con sus hermanos.

Jose se dio cuenta de que sus hermanos ya habían cambiado y no podía ya aguantarse; entonces mandó que salieran todos su sirvientes. Ya que habían salido todos, lloró y les dijo así a su hermanos:

—Yo soy José. ¿De veras vive mi padre todavía?

Sus hermanos estaban tan asustados que no podían contestarle.

—Acérquense a mí. Yo soy su hermano José, el que ustedes vendieron a Egipto. Pero no se espanten ni se enojen con ustedes mismos por haberme vendido, pues Dios me mandó aquí para salvar vidas. Ya van dos años en que ha habido hambre en el país, y todavía faltan cinco años en los que no se cosechará nada. Pero Dios me envió antes de ustedes para que no murieran. Ahora vayan a traer a nuestro padre y a todos los hijos de ustedes y vengan a vivir aquí en Egipto.

José abrazó a su hermano Benjamín, y los dos comenaron a llorar. Luego José besó a Benjamín y a todos sus hermanos.

La noticia de que los hermanos de José habían venido llegó al palacio del faraón, el cual le dijo a José:

—Di a tus hermanos que carguen sus animales y regresen a la tierra de Canaán, y que trigan a su padre y a sus familias; yo les daré lo mejor de la tierra de Egipto. Diles también que se lleven carretas de aquí de Egipto, para que traigan todo lo que tienen.

José les dio las carretas que el faraón había ordenado, y les dio alimentos para el camino; también les dio ropa nueva. Y para su padre mandó veinte burros cargados con regalos. Entonces los hermanos de José salieron de Egipto muy contentos.

Cuando llegaron a la casa de su padre y le contaron que José estaba vivo todavía, no podía él creer lo que le estaban diciendo. Pero cuando ellos le contaron todo lo que José les había dicho, y vio todos los regalos que José le había mandado, entonces dijo:

—Ahora sé que mi hijo José vive todavía. Iré a verlo.

Jacob se puso en camino con todo lo que tenía. Pero una noche Dios le habló en una visión, llamándolo por su nombre, y él respondió:

—Aquí estoy.

Entonces Dios dijo:

—Yo soy Dios, el Dios de tu padre. No tengas miedo de ir a Egipto porque allí haré de tus descendientes una gran nación. Iré contigo a Egipto, y yo mismo sacaré de allí a tus descendientes.

Jacob y todos los suyos se fueron a Egipto en las carretas que el faraón había mandado para llevarlos.

Allí en Egipto José ordenó que prepararan su carreta para ir a recibir a su padre. Cuando se encontró con su padre, lo abrazó y estuvo llorando un largo rato porque estaba muy conmovido de verlo nuevamente.

Entonces Jacob le dijo a José:

—Ahora puedo morir en paz, porque te he visto y sé que vives.

José llevó a su padre Jacob para presentárselo al faraón, y Jacob saludó con mucho respeto al faraón y le dijo:

—Oh Rey, ¡que Dios le bendiga mucho!

Así fue cómo llegó Jacob y su familia a vivir a Egipto, en un lugar que se llamaba

Gosén. Todas las personas que llegaron a Egipto de la familia de Jacob eran en total setenta, incluyendo los dos hijos de José.

A la edad de ciento cuarenta y siete años Jacob se puso enfermo. Cuando le avisaron a José que su padre estaba enfermo, fue a verlo y llevó a sus dos hijos, Manasés y Efraín. Estando con él, Jacob le dijo:

—Ya no esperaba volverte a ver. Sin embargo, Dios me had dejado ver también a tus hijos. Tus dos hijos, Efraín y Manasés, que nacieron aquí en Egipto antes de que yo viniera, son míos. Heredarán al igual que Rubén, Simeón y mis otros hijos. Si tuvieras otros hijos, serán tuyos. No recibirán sus propias heredades, pero compartirán con sus dos hermanos mayores.

’Ya me falta poco para morir, pero Dios será con ustedes y hará que sus nietos vuelvan a la tierra de nuestros padres.

’Cuando yo muera, no me entierren aquí en Egipto. Entiérrenme en Canaán, frente a Mamre, donde mi abuelo Abraham compró un terreno para enterrar a toda su familia. Allí fue enterrado él y también mi abuela Sara, mi padre y mi madre y mi esposa Lea.

Cuando Jacob murió, sus hijos llevaron su cuerpo a Canaán y lo enterraron en el mismo lugar donde habían sido enterrados Abraham, Sara, Isaac, Rebeca y Lea.

Dios cuida al niño Moisés

(Éxodo 1:6-16, 22; 2:2-23)

Los descendientes de Jacob se multiplicaron mucho en Egipto, y habiendo pasado muchos años, José y toda aquella generación murieron. Después otro faraón reinó sobre Egipto, el cual no conoció a José. El nuevo faraón dijo a su pueblo:

—Los israelitas son más fuertes y numerosos que nosotros; debemos hacer algo para que ya no se multipliquen.

Por eso hicieron esclavos a los israelitas. Los maltrataban mucho y les daban mucho trabajo que hacer. Los israelitas tuvieron que construir para ellos dos ciudades grandes, con sus muros, y hacían adobes todos los días. Un día el faraón ordenó a su pueblo:

—Echen al río a todo niño israelita que nazca.

No mucho después nació un niño israelita muy hermoso y su mamá lo tuvo escondido por tres meses. Pero no pudiendo esconderlo por más tiempo, la mujer hizo una canasta y la untó con brea. En ella metió al niño y la puso en el río. La hermana del niño se quedó allí cerca para ver qué pasaba.

Poco después la hija del faraón bajó al río a bañarse y cuando vio la canasta flotando en el agua, mandó a una criada suya para que se la trajera. Cuando abrió la canasta, vio al niño, que estaba llorando, y teniendo compasión de él, dijo:

—Este es un niño israelita.

Entonces se acercó la herrmana del niño y le dijo a la hija del faraón:

—¿Quiere usted que le consiga a una mujer que le de pecho al niño?

—Sí —contestó la hija del faraón—.

Tráeme una.

La muchacha se fue y trajo a su madre. La hija del faraón le dijo a la mujer:

—Llévate a este niño y críamelo y te pagaré por hacerlo.

La mujer, que era la madre del niño, se lo llevó y lo crió. Y cuando el niño creció lo llevaron a vivir a la casa del faraón. La hija del faraón le puso por nombre Moisés.

Fue así cómo Moisés creció en la casa del faraón y allí lo educaron muy bien.

Un día, cuando Moisés vio que un egipcio maltrataba a un israelita, mató al egipcio y luego lo enterró en la arena, pensando que nadie lo había visto matar al egipcio.

Al día siguiente, salió y vio que dos israelitas se estaban peleando. Entonces le dijo al que maltrataba al otro:

—¿Por qué se maltratan, si son hermanos?

Y el que empezó el pleito le respondió:

—¿Quién te ha puesto a ti como juez entre nosotros? Tu no eres nuestro jefe. ¿Me vas a matar como mataste ayer al egipcio?

Moisés tuvo miedo y pensó: “Todos saben lo que hice”.

Cuando el faraón supo lo que Moisés había hecho, quiso matarlo. Por eso Moisés huyó y se fue a vivir a la región de Madián. Allí se casó y empezó a trabajar para su suegro, que se llamaba Jetro, cuidando a sus borregos. Moisés vivía allí cuarenta años y tuvo dos hijos.

Mientras Moisés estaba en la región de Madián, el faraón de Egipto murió.

Moisés es llamado por Dios para ayudar a los israelitas

(Éxodo 3:1–4:18, 20, 27-31)

Un día, cuando Moisés estaba cuidando los borregos de su suegro en el cerro llamado Horeb, se le apareció el ángel de Dios en un espino que ardía pero no se quemaba. Entonces Moisés pensó: “Iré a ver por qué no se quema el espino”. Al acercarse, oyó la voz de Dios que le decía:

—Moisés, no te acerques. Quitate tus huaraches porque estás en mi presencia. Yo soy el Dios de tus antepasados Abraham, Isaac y Jacob.

Entonces Moisés tapó la cara, pues tuvo miedo de morir si veía a Dios. Pero Dios le dijo:

—Sé que mi gente ha sufrido mucho en Egipto, y por eso he venido a liberarlos de los egipcios. Voy a sacarlos de allí para llevarlos a una tierra buena. Vete a Egipto para que le digas a faraón que deje salir a mi gente de Egipto.

Entonces Moisés le dijo a Dios:

—Pero yo no tengo poder para decirle a faraón que deje salir a los israelitas.

Y Dios le respondió:

—Yo soy contigo y te ayudaré. Así tendrás éxito. Cuando hayas sacado a mi gente de Egipto, vendrán a adorarme aquí sobre este mismo cerro.

Moisés dijo:

—Pero si voy y hablo con mi gente y les digo que Dios me ha enviado, ellos me preguntarán: “¿Cómo se llama el Dios que te envió?” ¿Qué les responderé entonces?

Y Dios le contestó:

—Yo soy Él que Siempre Soy. Así que, dirás a los tuyos: “Jehová, el Dios de nuestros antepasados Abraham, Isaac y Jacob, Él Que Siempre Es, me ha enviado”. Después junta los ancianos de cada grupo de tu pueblo y vayan, tú y ellos, a ver al nuevo rey de Egipto, el faraón, y díganle: “Por favor, dénos permiso de ir por tres días al desierto con toda nuestra gente, para ofrecer sacrificios a nuestra Dios”. Él no los dejará ir hasta que yo muestre muchas veces mi poder. Hasta entonces los dejará ir. Yo daré a

tu gente favor ante los egipcios para que cuando salgan, les den muchas cosas de alto valor. Así despojarán a los egipcios de sus riquezas.

Entonces Moisés respondió:

—Ellos no me van a creer. Me van a decir: “No te ha mandado Dios”.

Y Dios le dijo:

—¿Qué tienes en la mano?

Él le respondió:

—Una vara con la que detengo a los borregos si quieren alejarse.

Entonces Dios le dijo:

—Échala al suelo.

Al echarla Moisés al suelo, se convirtió en una víbora. Tuvo miedo de la víbora y huía de ella. Entonces Dios le volvió a decir:

—Cógela por la cola.

Moisés la cogió y se convirtió en vara otra vez. Dios le dijo:

—Mete tu mano en la camisa.

Moisés la metió y al sacarla vio que tenía lepra. Dios le dijo:

—Vuelve a meter tu mano en la camisa.

Él la volvió a meter y cuando la sacó, vio que estaba bien otra vez.

Y Dios le dijo:

—Cuando hables con tu pueblo, muéstrales estas señales. Si no te creen ni te obedecen al ver las señales, toma agua del río y derrámala en la tierra, y se volverá sangre.

Pero Moisés volvió a insistir:

—No sé si podré hacerlo. Yo no puedo hablar bien.

Y Dios le contestó:

—¿Quién le dio boca al hombre? ¿No fui yo? Por eso ve y yo te diré lo que debes decir.

Moisés dijo:

—Por favor, escoge a otro a quién mandar.

Dios se enojó entonces con Moisés y le dijo:

—Tu hermano Aarón puede hablar bien. El viene para acá ahora. El será tu boca y tu hablarás por medio de él. Llevarás esta vara en la mano con la cual harás las señales.

Entonces Moisés regresó a la casa de su suegro, arregló sus cosas y salió de allí con su mujer, sus hijos y todo lo que tenía. Ya iba por Egipto, con la vara en la mano, cuando se encontró a su hermano Aarón en el camino.

Dios le había hablado así a Aarón:

—Ve al desierto a hablar con Moisés donde está el cerro de Horeb.

Por eso se encontraron en el camino, y Moisés le contó todo lo que Dios le había dicho. Entonces regresaron juntos a Egipto.

Cuando llegaron a Gosén, en Egipto, reunieron a todos los ancianos de su pueblo. Aarón les contó todo lo que Dios le había dicho a Moisés y les mostró las señales que Dios le había dado. Los israelitas creyeron lo que Moisés y Aarón les dijeron y se alegraron al oír que Dios sabía todo lo que estaban sufriendo y que los iba a salvar.

Moisés va a hablar con el faraón de Egipto

(Éxodo 5:1-21; 6:10; 7:6, 8-13)

Un día Moisés y Aarón fueron a hablar con el faraón:

—Nuestro Dios nos ha dicho que llevemos a toda nuestra gente al desierto para adorarlo — le dijeron.

El faraón contestó:

—¿Quién es su Dios? Yo no lo conozco y no los dejaré ir. ¿Por qué hacen que el pueblo deje sus trabajos? No distraigan a la gente y vayan a trabajar. Si no tienen suficiente trabajo les daré más.

Aquel mismo día el faraón le dio esta orden a sus capataces:

—De ahora en adelante, no darán paja a la gente para hacer adobes, como antes lo hacían. Ahora ellos irán y recogerán paja por sí mismos. Pero les pondrán la misma tarea de hacer adobes que ellos tenían antes, sin disminuirles nada; pues están de flojos y quieren hacer una fiesta en el desierto.

Los capataces del faraón ordenaron a los israelitas hacer lo que el faraón había mandado. Así los israelitas tuvieron que ir a buscar paja a donde la encontraran. Y como no podían cumplir con sus tareas, los egipcios golpeaban mucho a los jefes de grupo de los israelitas.

Entonces los jefes israelitas fueron a hablar con el faraón y le pidieron que tuviera compasión de ellos. Pero el faraón les dijo:

—Solamente están flojos. Ahora váyanse a trabajar. Deben entregar la tarea como antes.

Cuando los jefes israelitas salieron, encontraron a Moisés y a Aarón y les dijeron:

—Ustedes nos dijeron que iban a salvar, pero por su causa ahora sufrimos más.

Por eso los israelitas odiaban a Moisés y a Aarón. Entonces Moisés habló con Dios pidiéndole que le mostrara lo que debía hacer, y Dios le dijo:

—Ahora verás lo que le haré al faraón y a los egipcios. Así mi pueblo saldrá libre.

Entonces Moisés y Aarón fueron otra vez a ver al faraón y le dijeron:

—Jehová ha dicho así: “Deja ir a mi pueblo para que me sirva”.

El faraón les contestó:

—¿Quién es Jehová? ¿Por qué debo obedecerle a él? Muéstrame un milagro que me convenza que Jehová los ha enviado.

Entonces Aarón echó al suelo su vara, y ésta se volvió víbora. Allí estaban los sabios y hechiceros que trabajaban para el faraón. Ellos echaron unas varas al suelo, y también se volvieron víboras. Pero la víbora de Aarón se comió a las víboras de ellos. Después Aarón cogió por la cola su víbora y se volvió vara otra vez. Pero el faraón tenía un corazón duro y no quiso hacer caso. No dejó salir a los israelitas de Egipto.

Dios manda nueve plagas a los egipcios

(Éxodo 7:15-17, 20-21; 7:24-8:2, 5-19, 24-32; 9:6-19, 22-28, 33-35; 10:3-4, 13-29)

Después Dios le dijo a Moisés:

—Ve mañana temprano al río cuando el faraón esté allí y dile: “Dios nos volvió a decir que usted debe dejar salir a la gente de Israel”. Si el faraón no quiere obedecer, toma tu vara, golpea al agua del río y se volverá sangre.

A la mañana siguiente Moisés y Aarón encontraron al faraón a la orilla del río, y Aarón le dijo lo que Dios le había dicho, pero el faraón no quiso dejarlos salir. Entonces Aarón golpeó con su vara el agua del río y ésta se volvió sangre. Los peces murieron y todo Egiptoapestaba. Como los egipcios no tenían agua para beber, hicieron pozos cerca del río.

Después de siete días, Dios dijo a Moisés que le dijera al faraón:

—Si no obedece a Dios, habrá muchas ranas en toda su tierra.

Al otro día Aarón extendió su vara sobre el río y salieron muchas ranas. Había ranas por

todas partes: en la tierra, en las casa, en las camas y hasta donde hacían la comida. El faraón ya no aguantaba tantas ranas y le dijo a Moisés:

—Habla con tu Dios. Pídele que se acaben las ranas y los dejaré ir a ofrecerle sacrificios.

Moisés le pidió a Dios que se acabaran las ranas, y al día siguiente todas murieron y solamente las que había en el río se quedaron. Hicieron montones de ranas y toda la tierraapestaba. Cuando se acabaron las ranas, el corazón del faraón se volvió a endurecer y no quiso dejar ir a los israelitas.

Entonces Dios le dijo a Moisés:

—Dile a Aarón que extienda su vara y golpee el polvo.

Y cuando Aarón hizo esto, comenzaron a salir piojos de la tierra, que llenaban todo. Pero el faraón no quiso dejar ir a los israelitas.

Cuando Dios vio que el faraón no quiso obedecer, le dijo a Moisés:

—Ve y dile a faraón que si no obedece, voy a enviar una plaga de moscas.

Entonces Dios mandó muchas moscas y todos los lugares estaban llenos de moscas. El faraón llamó a Moisés y a Aarón y les dijo:

—Pídanle a Dios que se acaben las moscas y luego los dejaré ir par que hagan la fiesta a su Dios; pero no se vayan lejos.

Entonces Moisés oró a Dios y Dios hizo lo que Moisés le pidió: al día siguiente hizo que se acabaran las moscas. Pero el corazón del faraón se endureció y de nuevo no quiso dejar salir a los israelitas.

Días después, Dios mandó otra plaga. Todo el ganado de Egipto murió: caballos, burros, camellos y borregos. Pero de los animales de los israelitas, ninguno murió. Ni aun con esto, el faraón hizo caso. Era duro de corazón y no quiso dejar salir a los israelitas.

Entonces Dios volvió a hablar con Moisés y Aarón, y les dijo:

—Lleven a faraón un poco de ceniza y riéguenla en el aire, delante de él. Con esto haré que les salgan úlceras a los egipcios.

Pero con todo y eso, el faraón no quiso dejar ir a los israelitas, porque Dios hizo que su corazón se encureciera.

Dios volvió a mandar a Moisés a hablar con el faraón y le dijo:

—Nuestro Dios le manda decir esto: “Deja salir a mi gente para que me ofrezcan sacrificio. Pero sé que no me harás caso, y por eso voy a mandar más plagas. Porque si yo quisiera, ya te hubiera destruido, pero te he dejado vivir para que veas mi poder y para que toda la gente conozca quién soy yo. Mañana mismo caerá granizo. Manda que la gente recoja su ganado y todo lo que tiene en el campo, porque todo hombre o animal que esté en el campo morirá a cause del granizo.”

Al día siguiente, Dios mandó a Moisés que extendiera su vara hacia el cielo. Entonces el cielo tronó fuerte y vino una lluvia de granizo con relámpagos, descargándose en la tierra. El granizo destruyó todos los árboles, la hierba y todas las siembras. También mató a todos los que no obedecieron y se quedaron en el campo. Solamente en la región de Gosén no cayó granizo.

Entonces el faraón mandó llamar a Moisés y a Aarón otra vez, y les dijo:

—Si se acaba el granizo, podrán irse.

Cuando Moisés salió de la ciudad, levantó la mano y así dejó de caer granizo. Pero el faraón no cumplió su palabra y no dejó ir a los israelitas.

Otra vez Aarón y Moisés fueron a hablar con el faraón, y le dijeron:

—Si no deja ira a la gente, mañana Dios enviará muchas langostas que se comerán lo que les quedó después del granizo.

Ese día fueron los siervos del faraón y le pidieron que dejara ir a los israelitas antes de que fuera destruida toda su tierra. Entonces el faraón dijo a Moisés:

—Vayan, pues, a ofrendar a su Dios, pero antes, díganme quiénes van a ir.

Y Moisés le contestó:

—Nos vamos todos, con nuestros niños y ancianos y con nuestros borregos y todo el ganado.

Y el faraón le dijo:

—Es mentira; sólo me quieren engañar. No todos tienen que ir. Que vayan únicamente los hombres a ofrecer sacrificio a su Dios.

Y los corrieron de la presencia del faraón.

Al día siguiente Dios mandó un viento del oriente y el viento trajo muchas langostas, las cuales cubrieron el país y todo se puso oscuro a causa de ellas. No quedó nada verde, ni árboles

ni hierba del campo, pues las langostas se comieron toda las hojas de los árboles, toda la fruta y toda la hierba.

Entonces el faraón volvió a llamar a Moisés y a Aarón y les dijo:

—He pecado contra su Dios y contra ustedes. Les ruego que perdonen mi pecado y que pidan a su Dios que se acaben las langostas.

Moisés oró a Dios y Dios mandó un fuerte viento del poniente que se llevó a las langostas. Después de que las langostas se fueron, el faraón no quiso dejar ir a la gente, pues Dios endureció su corazón.

Dios le dijo a Moisés que extendiera otra vez su mano hacia el cielo para que hubiera oscuridad en toda la tierra. Y cuando Moisés extendió su mano, hubo una oscuridad muy densa. Así pasaron tres días y ninguno de los egipcios se podía mover de su lugar. Solamente en donde vivían los israelitas había luz. El faraón volvió a llamar a Moisés y a Aarón y les dijo:

—Vayanse, con sus esposas y con sus hijos, y adoren a su Dios, pero sus borregos y su ganado se quedarán aquí.

Pero Moisés le dijo:

—Es necesario que también nos llevemos a los animales para hacer ofrendas a Dios.

Al oír esto, el faraón se enojó y le dijo:

—¡Vete de aquí! No quiero verte más; te mataré si vuelves.

Moisés respondió:

—Está bien; me voy, y no volveré a verlo.

Dios manda la décima plaga y los israelitas salen de Egipto

(Éxodo 11:1-2, 4-7; 12:1-38)

Luego Dios le dijo a Moisés:

—Ahora voy a hacer algo al faraón y a su gente que hará que él mismo pida que se vayan de Egipto. A medianoche pasaré por todo Egipto, y morirá el hijo mayor de cada familia egipcia. También morirán todas las primeras crías de los animales. Pero de ustedes no morirá nadie.

Dios le dijo a Moisés que le dijera esto a la gente de Israel:

—Cada quien vaya y traiga un borreguito para matarlo y comerlo esta noche, junto con sus familiares. Y si no es muy grande la familia

para acabarse un borreguito, pueden compartirlo con sus vecinos. Juntan la sangre del animal y úntenla en el marco de la puerta de su casa. La carne, deben comerla asada con hierbas amargas y con pan sin levadura. No coman ni un pedazo que esté crudo o hervido.

’Coman de prisa, ya vestidos, con huaraches en los pies y su bastón en la mano, porque éste es el día de la Pascua, el día en que yo pasaré por todo el territorio de Egipto y mataré al hijo mayor de cada egipcio y la primera cría de sus animales. Pero pasaré de largo donde vea la puerta untada con la sangre del borreguito; allí no morirá nadie.

’Èste es un día que ustedes van a recordar y celebrar para siempre. Cada año lo celebrarán con una fiesta en mi honor. Durante siete días comerán pan sin levadura; el primer día quitarán toda levadura de sus casas y harán pan sin levadura, y explicarán a sus hijos el significado de la fiesta.

Moisés les dijo a los jefes de los israelitas todo lo que Dios le había dicho, y así hizo la gente. Cada familia mató un borreguito; y luego usaron un manojo de hisopo para untar la sangre en los marcos de las puertas de sus casas. A medianoche pasó el ángel de Dios por todas las casas de los egipcios y murió el hijo mayor de cada casa. También murió el hijo mayor del faraón y todos lloraban de dolor. Pero los hijos mayores de los israelitas no murieron porque en sus puertas estaba untada la sangre del borrego.

Cuando el faraón supo que había muertos en cada casa de su pueblo, mandó llamar a Moisés, aunque ya era noche, y le dijo:

—¡Váyanse pronto! Salgan todos de mi tierra y vayan a ofrendar a su Dios con sus vacas y borregos, como han dicho. Y pidan también bendición para mí.

Antes de salir de Egipto, los israelitas le pidieron a los egipcios joyas, objetos de oro y de plata y también ropa fina. Dios hizo que los egipcios fueran generosos con ellos, y así, cuando se fueron los israelitas se llevaron muchas de las riquezas de Egipto.

Los israelitas que salieron de Egipto eran como seiscientos mil hombres, sin contar a las mujeres ni a los niños; además se llevaron con ellos todos sus borregos y su ganado.

Dios da leyes para la celebración de la Pascua

(Éxodo 12:40, 42-48; 13:1, 14-15)

La noche en que Dios libró a los israelitas era la noche en que se cumplían cuatrocientos treinta años de vivir en Egipto. Dios les dijo que esa noche debería ser recordada cada año con una celebración en su honor; ésta sería la fiesta de la Pascua.

Y Dios dijo a Moisés y Aarón:

—Estas son las leyes que deben de respetar cuando celebran la fiesta de la Pascua: Nadie que no sea israelita puede comer del borreguito que hayan preparado. Deben comerlo dentro de una casa y no deben sacar ni un pedazo de la carne fuera de la casa. No deben quebrar los huesos del borreguito.

’Si algún extranjero está viviendo con ustedes y quiere celebrar la Pascua, primero debe ser circuncidado con todos los hombres de su familia y después puede celebrarla. Pero ninguno que no sea circuncidado puede comer.

Volvió a hablar Dios con Moisés y le dijo:

—El primer hijo de cada familia debe ser dedicado a mí, porque me pertenece, y también la primera cría de los animales.

’Al celebrar la Pascua, si sus hijos les preguntan: “¿Qué celebramos con esto?” díganles: “Celebramos el día en que Dios, con mucho poder, nos sacó de Egipto donde vivíamos como esclavos. Cuando el faraón no quiso dejarnos salir de Egipto, Dios hizo que muriera el hijo mayor de cada familia de los egipcios y todas las primeras crías de sus animales. Por eso ahora ofrecemos a Dios todos los primeros machos que nacen y presentamos una ofrenda a cambio de nuestros hijos mayores.”

Los israelitas cruzan el Mar Rojo

(Éxodo 13:17-19, 21-22; 14:5-14; 14:19-15:1)

Cuando el faraón dejó ir a los israelitas, Dios hizo que tomaran la ruta por el camino del desierto al Mar Rojo. Iban armados, y llevaban con ellos los huesos de José porque él, antes de morir, había dicho: “Yo sé que algún día Dios los sacará de Egipto para llevarlos a la tierra que él prometió a nuestros padres, y cuando esto sea, quiero que lleven mis huesos para allí.”

Dios iba delante guiando a los israelitas en su viaje. De día iba con ellos en una columna de nube que les indicaba el camino, y de noche, en una columna de fuego que los alumbraba, y así podían viajar de día y de noche.

Cuando el faraón vio que los israelitas se habían ido de Egipto, se arrepintió de haberlos dejado ir, y dijo:

—No nos conviene que se hayan ido los israelitas; pues ya no tenemos mozos que nos sirvan.

Entonces reunió a su ejército y fueron a alcanzarlos para traerlos otra vez a Egipto.

Cuando los israelitas llegaron a la orilla del Mar Rojo tuvieron mucho miedo porque no había por dónde escapar; a los dos lados había cerros, y a sus espaldas venían los egipcios. Entonces le dijeron a Moisés:

—¿Por qué nos trajiste a morir acá en el desierto? Mejor hubiera sido no salir de Egipto aunque siguiéramos como esclavos.

Pero Moisés les contestó:

—No tengan miedo, estén tranquilos y vean cómo Dios los salvará.

Estaba oscuro cuando llegaron al mar. Entonces la nube que los guiaba se cambió de lugar y se puso a sus espaldas, quedándose entre los egipcios y los israelitas. De este manera alumbraba a los israelitas y tapaba el camino de los egipcios, porque la nube oscureció todo y los egipcios no podían llegar a donde estaban los israelitas.

Después Dios ordenó a Moisés que levantara su vara sobre el mar. Entonces Dios mandó un fuerte viento que sopló toda la noche, y así las aguas se dividieron en dos y los israelitas pasaron por en medio del mar, pues un camino seco se abrió con las aguas que parecían un muro a la izquierda y a la derecha. Así que, cuando los egipcios llegaron a la orilla del mar, al ver el camino seco, entraron confiados con sus carros y caballos, siguiendo a los israelitas. Dios vio que los egipcios pronto alcanzarían a los israelitas, por eso le quitó las ruedas a los carros de los egipcios y le dijo a Moisés:

—Extiende tu vara sobre el agua y las aguas caerán sobre los egipcios.

Entonces Moisés extendió su vara y el mar se cerró. El agua volvió a cubrir el camino y el faraón y sus soldados se ahogaron. Al amanecer, los israelitas vieron los cuerpos de los

egipcios en la playa, y cantaron a Dios por haberlos salvado de los egipcios.

Dios alimenta a los israelitas en el desierto

(Éxodo 15:22-25, 27; 16:1-8, 13-31, 35)

Ya llevaban los israelitas tres días de camino y por ningún lado encontraban agua. Por fin, después de tres días, encontraron agua pero estaba amarga y no se podía tomar. Por eso los israelitas se enojaron mucho con Moisés y le dijeron:

—¿Qué vamos a tomar?, porque esta agua no sirve.

Entonces Moisés oró a Dios y Dios le enseñó un árbol y le dijo:

—Tumba este árbol y échalo en el agua.

Moisés obedeció a Dios, tumbó el árbol y lo echó en el agua. Así se compuso el agua y todos pudieron tomar. Por eso a este lugar le pusieron el nombre de Mara, que quiere decir: amarga.

Los israelitas siguieron caminando por el desierto hasta que llegaron a la región de Elim, donde había doce manantiales de agua buena rodeados de setenta palmeras. Allí descansaron por algunos días.

Después siguieron su camino por el desierto hasta la región de Zin. Ya había pasado mes y medio desde que habían salido de Egipto, y los alimentos ya se les habían acabado, entonces la gente volvió a enojarse con Moisés y le dijeron:

—Hubiera sido mejor no haber salido de Egipto, porque allí cuando menos teníamos qué comer. Ustedes nos han traído acá para morir de hambre.

Entonces Dios le dijo a Moisés:

—Voy a mandarles comida desde el cielo, y cada mañana cada uno deberá recoger solamente lo que necesite para comer ese día; no deberán guardar nada para otro día. Así los voy a probar para ver qué tanto me obedecen. Solamente el sexto día deberán recoger lo suficiente para dos días porque el séptimo día no mandaré comida.

Entonces Moisés le dijo a la gente.

—Dios no va a mandar comida. Hoy por la tarde les dará carne y por la mañana les dará otro alimento, para que vean que Dios tiene compasión de ustedes aunque hablen mal de él, porque no es contra nosotros sino contra Dios que se están quejando.

Esa misma tarde Dios cumplió lo que había prometido. Llegaron al campamento muchas corderos que los israelitas mataron y se las comieron. Al día siguiente cuando el rocío se evaporó, quedó algo blanco y fino sobre el campo. Esto era el alimento que Dios les había dado y le dieron el nombre de maná.

Moisés les dijo:

—Este es el alimento que Dios nos ha mandado. Vayan a recoger sólo lo suficiente para hoy. Dios nos mandará más mañana, por eso no tienen que guardar nada para mañana.

Los israelitas recogieron su alimento. Pero hubo algunos que no obedecieron a Moisés y guardaron algo para el día siguiente, y todo lo que guardaron se llenó de gusanos y se pudrió. Y Moisés se enojó con ellos.

Todos los días, antes de que el sol calentara, los israelitas recogían el maná y lo que quedaba en el suelo el sol lo derretía.

El sexto día Moisés le dijo a la gente:

—Mañana es el día de reposo, el día consagrado a Dios. Coman hoy todo lo que quieran, y guarden para mañana todo lo que les sobre.

Toda la gente que guardó comida, vio al otro día que no se había echado a perder; pero los que no guardaron, ese día, salieron a buscar y no encontraron nada porque Dios les había dicho que el día de descanso no mandaría comida.

De esta manera Dios enseñó a los israelitas que debían guardar el día de descanso.

Dios siguió dándoles el maná todos los días durante cuarenta años hasta que llegaron a Canaán. El maná era blando y suave, de sabor dulce como galletas con miel.

Dios da agua a los israelitas en el desierto y los ayuda a vencer a sus enemigos

(Éxodo 17:1-6, 8-13; 18:25-26)

Después de unos días los israelitas siguieron su camino y llegaron a la región de Refidim, donde acamparon. Como allí tampoco había agua, los israelitas se enojaron otra vez con Moisés y dijeron:

—Danos agua para tomar.

Y Moisés les dijo:

—¿Por qué se enojan conmigo? Así provocan a Dios.

Pero los israelitas seguían hablando mucho en contra de Moisés.

Entonces Moisés oró a Dios y le dijo:

—¿Qué voy a hacer? Ya casi me apedrean.

Y Dios le dijo:

—Lleva contigo algunos ancianos y vayan a la peña que te voy a mostrar. Luego golpea la peña y brotará agua para que todos tomen.

Moisés hizo todo lo que Dios había dicho. Cuando Moisés golpeó la roca, los ancianos vieron cómo brotaba el agua y luego todos tomaron.

Mientras estuvieron en Refidim, llegaron los amalecitas a pelear con los israelitas. Entonces Moisés le dijo a una israelita llamado Josué:

—Escoge algunos hombres y vayan a pelear contra los amalecitas. Mañana subiré al cerro con mi vara y Dios nos ayudará.

Josué hizo lo que Moisés le había mandado, y al día siguiente Moisés subió al cerro junto con Aarón y otro hombre llamado Hur. Entonces los israelitas y los amalecitas empezaron a pelear, y mientras Moisés mantenía sus brazos extendidos con su vara en la mano, los israelitas iban ganando. Pero cuando los bajaba, los amalecitas comenzaban a ganar. Así que, cuando Moisés se cansó de tener los brazos arriba, Aarón y Hur le pusieron una piedra para que se sentara y luego le sostuvieron los brazos, un brazo cada quien. De esta manera los brazos de Moisés estuvieron levantado hasta que el sol se puso, y Josué pudo derrotar a los amalecitas.

El tener que impartir justicia a toda la gente de Israel era muy pesado para Moisés; así que, escogió de entre el pueblo hombres capaces para ayudarlo y entonces ellos se encargaban de resolver los problemas menores, y él se encargaba de los asuntos difíciles.

Dios da los diez mandamientos a los israelitas en el cerro Sinaí

(Éxodo 19:1-6, 10-18; 20:1-17)

Los israelitas habían caminado tres meses cuando llegaron cerca del cerro llamado Sinaí. Entonces Dios le dijo a Moisés que subiera al cerro para hablar con él, y le dijo estas cosas:

—Ustedes vieron cómo los saqué de Egipto. Si todos creen en mí y hacen todo lo que les diga, serán mi gente escogida y siempre

los ayudaré. Pasado mañana voy a venir en medio de una nube grande para hablarles. Diles a todos que se bañen y que se pongan ropa limpia, porque ese día vendré a este monte para hablar con ellos. Todos podrán venir a oír lo que yo diga, pero nadie subirá al monte, ni lo tacará. Ni las vacas ni los borregos podrán subir, porque el que suba morirá.

Moisés bajó del monte y le dijo a su gente que Dios había mandado que todos se bañaran y se pusieran ropa limpia.

Al tercer día llegó una espesa nube que cubrió al cerro. Hubo truenos, relámpagos y humo y un ruido muy fuerte como el de una trompeta. Mucho humo salió del cerro, porque Jehová había bajado con fuego, y todos tuvieron miedo. Luego Moisés llevó a los israelitas al pie del cerro. El cerro temblaba mientras Dios les hablaba. Les dijo así:

—Yo soy Jehová su Dios. Yo soy el que los sacó de Egipto, donde sufrían como esclavos.

’No adoren a nadie más que a mí. Sólo deben adorarme a mí.

’No hagan imágenes de lo que hay en el cielo, ni de lo que hay aquí en la tierra ni en el agua. Tampoco se arrodillen para adorar imágenes, ni las sirvan, porque yo soy Jehová, su Dios. Sólo deben adorarme a mí. A los que no me adoren ni me amen los castigaré, lo mismo que a sus hijos y a sus nietos y bisnietos. Pero bendecirá a los que obedezcan mi palabra y me amen.

’No usen mi nombre en vano, pues yo castigaré al que use mi nombre en vano.

’Recuerden el día de descanso y guárdenlo. Trabajen durante seis días, pero el séptimo día descansen y adórenme. En ese día nadie que viva en casa de ustedes deberá trabajar, ni su mozo o criada ni sus bestias ni sus burros ni sus visitantes, porque en seis días hice la tierra y el cielo, el agua y todo lo que hay, y descansé en el séptimo día. Por lo tanto, aparté un día para que ustedes descansaran. Ese día tiene mi bendición.

’Respeten a su padre y a su madre y podrán ustedes vivir por mucho tiempo en la tierra que yo, su Dios, les voy a dar.

’No maten.

’No hagan lo indebido con la esposa de otro hombre, ni la mujer con el esposo de otra mujer.

’No roben.

’No cuenten mentiras en contra de los demás.

’No deseen con ansia lo que tenga su vecino: ni su casa, ni su esposa, ni sus siervos, ni sus animales. No deseen nada de lo que tenga su vecino.

Toda la gente estaba reunida al pie del cerro, oyendo los truenos y el sonido de la trompeta, y viendo los relámpagos y el humo que salían de cerro, y tuvieron mucho miedo. Entonces le dijeron a Moisés:

—Tu, Moisés, puedes hablar con Dios y después decirnos lo que él dijo. Pero que no nos hable Dios, porque moriremos.

Y Moisés les dijo:

—No tengan miedo, Dios está mostrándoles su poder para que teman pecar contra él.

Los israelitas prometen obedecer los mandamientos de Dios

(Éxodo 20:21; 21:12, 14-15, 17; 22:20; 23:14-17; 24:3-8)

Entonces la gente permaneció retirada y Moisés entró en la oscuridad del cerro donde estaba Dios, para que le diera más leyes para el pueblo de Israel.

Dios le dijo a Moisés qué castigo debería de dar a los que no obedecieran sus leyes:

—El que hiera a alguien y le cause la muerte, éste debe morir. Si alguno se enoja con otra persona y la mata, también debe morir. El que hiera a su padre o su madre debe morir; igualmente el que le diga maldiciones a su padre o a su madre. El que ofrezca sacrificios a otras cosas que no sea Dios, debe morir.

Tres veces al año, en el tiempo de las fiestas, se presentará todo hombre delante de mí, con una ofrenda de acuerdo a lo que yo le haya dado.

Al terminar de oír las demás leyes de Dios, Moisés bajó del cerro y se las dijo a la gente.

Ellos le contestaron:

—Haremos todo lo que Dios ha dicho.

Luego Moisés escribió todas las leyes que Dios le había dicho, y a la mañana del día siguiente, mandó llamar a toda la gente al pie del cerro. Moisés construyó un altar de piedra y mandó a unos jóvenes que mataran becerros para ofrendar a Dios. Moisés recogió en unos

tazones la mitad de la sangre de los becerros y la otra mitad la roció a los lados del altar. Después les leyó todas las leyes de Dios que ya tenía escritas. Cuando Moisés terminó de leer, ellos contestaron:

—Haremos todo lo que Dios nos ha dicho.

Entonces Moisés tomó los tazones en que estaba la sangre, y con un manojito de hisopo roció a la gente, diciéndoles:

—Este sangre es la señal del pacto que hemos hecho con Dios.

Dios enseña a los israelitas cómo construir el tabernáculo

(Éxodo 24:12-18; 25:1-27:21; 28:1-4; 29:38-42, 45; 30:1, 3, 7-8; 31:1-6)

Después Dios le dijo a Moisés:

—Sube al cerro porque tengo más cosas que decirte. Te daré dos tablas de piedra donde escribí los mandamientos, para que se los enseñes a la gente.

Entonces Moisés subió al cerro. Se llevó con él a Josué y le dijeron a los ancianos:

—Espérennos aquí. Si tienen alguna cosa que arreglar, Aarón y Hur les ayudarán.

Fue así cómo Moisés subió al cerro y la nube cubrió de nuevo el cerro. Y al séptimo día Dios habló con él en medio de la nube. La apariencia de la gloria de Dios era para los israelitas como fuego ardiendo en la cumbre del cerro. Moisés estuvo allí con Dios durante cuarenta días y cuarenta noches.

Dios le dijo a Moisés:

—Da a la gente que recojan una ofrenda de todo lo que yo les he dado y que me lo ofrezcan voluntariamente. Estas son las cosas que pueden traer: oro, plata, cobre; tintas de color azul, morado, y rojo; lino fino; pelo de chivo, pieles de carnero teñidas de rojo, pieles finas; madera dura; aceite y especias.

’Todas estas cosas que van a traer serán usadas para hacer un templo en el que yo estaré en medio de ustedes. Este templo será un tabernáculo hecho de manera que pueda ser desarmado cada vez que tengan que seguir caminando, y lo puedan volver a levantar en el lugar que yo les diga. El tabernáculo y todos los muebles que haya en él deben ser hechos exactament de acuerdo a estas medidas que te voy a dar: 13.5 metros de largo, 4.5 metros de

ancho y 4.5 metros de altura. Las paredes de los tres lados serán de tablas. En el cuarto lado colgarán tela en cinco postes, y ésta será la puerta. El tabernáculo tendrá cuatro capas: una de tela, encima de ésta una tejida de pelo de chivo, luego una de piel de borrego teñido de rojo y al final, una de pieles finas.

’El tabernáculo estará dividido en dos partes por medio de una cortina colgada de cuatro postes recubiertos de oro. La parte más adentro será llamada el lugar santísimo; en ella colocarán una caja hecha de madera dura y recubierta de oro en la que guardán las tablas de la ley. Para la tapa harán un tapa de oro puro con dos ángeles de oro, uno en cada lado de la tapa. Los ángeles deberán estar uno frente a otro con las alas extendidas cubriendo la caja y con la mirada hacia la tapa. Esta será el arca del pacto.

’Allí sobre la tapa, en medio de los dos ángeles, será en donde el sacerdote rociará la sangre del sacrificio para que yo perdone los pecados de la gente. Desde lo alto del arca yo hablaré y te daré todas mis órdenes para la gente de Israel.

’La segunda parte, la más cercana a la puerta, será el lugar santo. En él, al lado norte, pondrán una mesa recubierta de oro en la que colocarán los doce panes que representan a cada una de las doce tribus de Israel; a sea, los descendientes de cada uno de los doce hijos de Jacob.

’Al otro lado del cuarto, enfrente de la mesa, pondrán un candelabro de oro, y en frente de la cortina que divide al lugar santo del lugar santísimo, pondrán un altar también recubierto de oro en el que quemarán el incienso. Todas estas cosas estarán en el lugar santo, y tapando la entrada pondrán una cortina colgada de cinco postes recubiertos de oro.

’En el patio, enfrente de la puerta del tabernáculo, pondrán un brasero de metal en el que quemarán los toros y los borregos que me ofrecerán. En las cuatro esquinas del brasero, harán como cuernos hechos de metal. Pondrán un lavadero de metal que los sacerdotes llenarán de agua para lavarse. Alrededor del tabernáculo, el lavadero y el brasero, harán una cerca de 40 metros de largo, 28 metros de ancho y dos metros de altura. La cerca será de tela blanca colgada de 60 postes y su puerta será de tela tejida colgada de cuatro postes. La puerta del

tabernáculo y la de la cerca estarán del lado donde sale el sol.

'He escogido a Aarón y a sus hijos, Nadab, Abú, Eleazar e Itamar, para ser mis sacerdotes. Aarón tomará el cargo de jefe de los sacerdotes y ustedes le harán vestiduras sagradas que le den esplendor y que sean dignas del trabajo que desempeña.

'Cada mañana, después de que amanezca, matarán un borrego de un año, siempre escogiendo los mejores para ofrendarme. Recogerán la sangre en un tazón y después rociarán con la sangre los lados del brasero. Encima del brasero quemarán todo el cuerpo del borrego. Ofrendarán también harina, aceite y jugo de uvas. Después ofrecerán las mismas ofrendas en la tarde. Día y noche quemarán ofrenda por respeto a mí, que estoy con ustedes.

'Cada mañana cuando Aarón prepare las lámparas, quemará incienso sobre el altar. Y cuando Aarón encienda las lámparas al anochecer, quemará incienso también.

'Yo he escogido a Bezaleel, hijo de Uri hijo de Hur, de la tribu de Judá, y lo he llenado de mi Espíritu; le he dado sabiduría, inteligencia y destreza para construir el tabernáculo y todas las cosas que van a ser usadas en él.

'Yo he puesto con él a Aholiab, hijo de Abisamac, de la tribu de Dan; y a los que ya saben mucho, les he dado más entendimiento, para que hagan todo lo que te he mandado

Los israelitas hacen un ídolo para adorar

(Éxodo 32)

Mientras Moisés estaba en el cerro, los israelitas se fastidiaron y le dijeron a Aarón:

—Háznos un dios que nos guíe, pues no sabemos qué es lo que esta haciendo Moisés, que no viene.

Entonces Aarón les dijo:

—Traiganme los aretes de oro de sus mujeres y de sus hijos.

Ellos se los trajeron a Aarón y él los derritió en el fuego, y les hizo la imagen de un becerro. Después se la presentó a la gente. Cuando los israelitas vieron la imagen, dijeron:

—Aquí está nuestro dios que nos sacó de Egipto.

Aarón construyó un altar de piedras en frente de la imagen y le dijo a la gente:

—Mañana tendremos una fiesta para nuestro dios.

Al día siguiente, todos fueron al lugar donde estaba la imagen. Allí quemaron muchas ofrendas, se arrodillaron frente a ella, bailaron y comieron e hicieron una gran fiesta.

Como Moisés todavía estaba hablando con Dios en el cerro, Dios le dijo:

—Vete a ver a tu pueblo; ya se han olvidado de mi ley y han hecho un ídolo. Yo sabía que el pueblo era de corazón duro. Ahora estoy tan enojado con ellos que los voy a destruir; pero de ti haré una gran nación.

Entonces Moisés le rogó a Dios que no acabara con la gente:

—Señor, ¿cómo vas a destruir a tu pueblo, a la gente que tú mismo sacaste de Egipto con gran poder? Si lo haces, los egipcios se van a burlar de ti. Recuerda que le prometiste a Abraham, a Isaac y a Jacob que multiplicarías sus descendientes como las estrellas y que les darías tierra en donde pudieran vivir.

Entonces Dios no destruyó a la gente.

Cuando Moisés y Josué bajaron del cerro, Moisés traía las dos tablas de piedra que tenían escrita la ley de Dios. Pero al llegar al campamento, Moisés vio que su gente estaba cantando y bailando en honor del ídolo que habían hecho. Moisés se enojó tanto que tiró al suelo las piedras de la ley y se rompieron. Cogió el becerro de oro y lo echó en la lumbre; luego lo molió y echó el polvo en el río e hizo que todos los israelitas se tomaran el agua.

Entonces le dijo a Aarón:

—¿Por qué hiciste eso? ¿No sabes que es un pecado muy grande adorar un ídolo, en lugar de adorar a Dios?

Aarón contestó:

—Ellos fueron los que cometieron el pecado. A mí me dijeron: “Háznos un dios”. Luego trajeron sus aretes de oro, los puse en el fuego y salió la imagen del becerro que viste.

Entonces Moisés les dijo a todos:

—El que quiera seguir a Dios verdadero, que se pare de este lado.

Sólo los de la tribu de Leví fueron a pararse a donde estaba Moisés. Y Moisés les dijo:

—Dios les ordena que maten a los demás.

Entonces los de la tribu de Leví pasaron por el campamento y mataron a tres mil israelitas.

Moisés le dijo a la gente:

—Han cometido un gran pecado. Perdiré a Dios por ustedes a ver si los perdona.

Y Moisés le dijo a Dios:

—Por favor, perdona a mi gente por el gran pecado de hacer un ídolo. Si no los puedes perdonar, quita mi nombre de tu libro para que se salven ellos.

Y Dios contestó:

—Sólo borraré de mi libro al que peque contra mí. Así que tú ve y lleva a esta gente adonde te he dicho, porque mi ángel irá delante de ti; pero en el día del castigo, y los castigaré por su pecado.

Y Dios les mandó una enfermedad a todos por haber adorado al ídolo que habían hecho.

Los israelitas construyen el tabernáculo

(Éxodo 34:1-4, 10-16, 27-35; 35:4-36:4; 39:32-43; 40:1, 17, 34-38; Levítico 1:1-17; 2:1-10, 13; 3:1-17; 4:27-31; 6:1-7, 20)

Después Dios le dijo a Moisés:

—Tráeme dos tablas de piedra como las que se rompieron y escribiré otra vez los diez mandamientos.

Entonces Moisés llevó al cerro dos tablas de piedra, y Dios le dijo:

—Haré grandes cosas por ustedes en la tierra donde van a vivir. La gente que ahora vive allí no cree en mí, y voy a echar de allí a las seis naciones de ellos para que ustedes se queden. Pero cuídense, no hagan alianza con ellos ni tampoco se casen con ellos; derriben sus altares y quiebren sus ídolos. Deben tumbar también sus palos y troncos sagrados que están cerca de los altares, para que no vayan ustedes a adorarlos. Sólo deben adorarme a mí.

’Escribe tú este pacto que he hecho contigo y con Israel.

Después de cuarenta días Moisés regresó adonde estaba la gente. Mientras estuvo en el cerro, no comió ni bebió nada. Cuando regresó traía las dos tablas de piedra donde Dios había escrito las diez leyes. La gente vio que su cara brillaba, y esto les dio tanto miedo que nadie quería verlo; por eso Moisés tuvo que ponerse un velo que le tapaba la cara. Entonces Moisés le dijo a la gente:

—No tengan miedo, acérquense para oír lo que Dios me ha dicho.

De esta manera, cuando Moisés hablaba con Dios se destapaba la cara, y cuando le hablaba a la gente se la tapaba porque todos tenían miedo de verlo.

Moisés les dijo a los israelitas que Dios le había dicho que construyeran un lugar en donde lo adoraran. Y les dijo que trajeran todas las cosas que Dios había dicho que pudieran traer voluntariamente. Así que, todos los que tuvieron buena voluntad trajeron lo que Moisés les había pedido.

Cuando se reunió todo, entonces Moisés llamó a Bezaleel, Aholiab y todos los otros que Dios había encargado este trabajo, y les entregó los materiales y los utensilios que iban a servir para la construcción del tabernáculo.

Cada uno de estos hombres empezó a hacer el trabajo que le tocaba hacer y cuando lo terminaron se lo trajeron a Moisés, y vio Moisés que toda la obra que habían hecho era tal y como Dios había mandado, y los bendijo.

Dios le dijo a Moisés:

—En el día en que se cumpla un año de que salieron de Egipto, el tabernáculo será levantado.

Y así lo hicieron; en el primer día del primer mes del segundo año, el tabernáculo fue levantado.

Cuando acabaron de levantar el tabernáculo tal como Dios les había mandado, la nube que los había guiado por el desierto descansó sobre él y la gloria de Dios llenó el tabernáculo. De ahí en adelante la nube de Dios estuvo todos los días sobre el tabernáculo y en la noche había un fuego sobre él. Cada vez que la nube se levantaba, los israelitas sabían que debían seguir su camino.

Después Dios le dijo a Moisés:

—Cuando alguien me quiera presentar una ofrenda, deberá traer un toro, y si no tienen, podrán traer un borrego o chivo. Si tampoco tienen borrego ni chivo, deberá traer dos tórtolas o dos palomas. Deberán traer su ofrenda a la puerta del patio del tabernáculo y un sacerdote la recibirá. El dueño del toro o borrego pondrá su mano sobre la cabeza del animal, señalando así que el animal carga con su pecado, y lo matará. El sacerdote recogerá la sangre y la rociará a cada lado del brasero. Después le quitará la piel, lo partirá y lo pondrá sobre el brasero para quemarlo todo.

’Si alguien me quiere traer una ofrenda de lo que sembró, deberá traer harina, aceite e incienso. El sacerdote los mezclará; después tomará un puñado de la mezcla, la llevará al brasero y la quemará. Lo demás se lo comerán los sacerdotes. Aunque sólo quemen un poco de la ofrenda, yo lo veré como si me lo hubieran ofrendado todo.

’A todas las ofrendas que lleven a mi casa, deben echarles sal.

’Si alguien me quiere traer una ofrenda porque lo he bendecido mucho, deberá traer un toro, un borrego o un chivo, y estas ofrendas que traigan deberán ser de lo mejor. El sacerdote, después de rociar con sangre los lados del brasero, sólo quemará el gordo, la cola y las entrañas. Este es mi mandamiento: que no coman el gordo ni la sangre.

’Cuando una persona haya cometido un pecado sin darse cuenta, de todos modos, es culpable ante mí. Así que cuando se dé cuenta que pecó, deberá traer un chivo o un borrego sin defecto y presentármelo como ofrenda. Pondrá su mano sobre la cabeza del animal, señalando así que el animal carga con su pecado, y lo matará. El sacerdote recogerá la sangre y la untará en los cuatro cuernos del brasero. Después derramará la sangre al pie del brasero y quemará sólo el gordo del animal. Eso debe hacer el sacerdote con la sangre, y yo perdonaré a la persona que pecó.

’Si alguien ha pecado por haber engañado a alguna persona, o ha cometido otro pecado contra alguien, tiene que arreglarlo pagando por el daño hecho. No sólo deberá pagar el valor de lo que dañó, sino que tendrá que pagar más del valor. El mismo día en que se arregle con la persona, también presentará una ofrenda. Tomará de su rebaño un borrego sin defecto y se lo llevará al sacerdote como sacrificio por su culpa, y después yo le perdonaré su pecado.

Dios castiga a dos sacerdotes

(Levítico 10:1-15)

Los dos hijos mayores de Aarón habían tomado su cargo de sacerdotes; se llamaban Nadab y Abíu.. Un día iban a llenar el incensario con brasas, pero pusieron brasas de otro fuego y no del brasero, como Dios había mandado. Entonces cuando entraron en el lugar

santo llevando el incienso, Dios los quemó con fuego y murieron. Cuando Moisés supo lo que habían hecho, le dijo a Aarón:

—Esto es lo que dijo Dios: “Los que me sirven tienen que ser fieles para que yo sea honrado delante de la gente.”.

Los parientes de Aarón se llevaron a los dos sacerdotes muertos y los enterraron. Había otros dos hijos de Aarón que se llamaban Eleazar e Itamar, a los que Moisés les dio entonces el trabajo de los dos sacerdotes que murieron.

Después Dios dijo a Aarón:

—Ni tú ni tus hijos tomarán vino cuando entren en el tabernáculo para que no mueran. Tienen que saber distinguir entre lo que es sagrado y lo que es común, entre lo que es puro y lo que es impuro; y así podrán enseñar a la gente todas las leyes que yo les he dado por medio de Moisés.

Y Moisés dijo a Aarón, a Eleazar y a Itamar:

—Ustedes, los sacerdotes, pueden tomar de las ofrendas de harina ofrecidas a Dios; pero deben comerla junto al altar porque es cosa muy santa. Comerán también, ustedes y sus hijos y sus hijas, el pecho y el muslo ofrecidos como sacrificio de paz por la gente.

Dios enseña a los israelitas lo que pueden comer

(Levítico 11:1-23, 29-30, 42)

Dios dijo a Moisés y Aarón:

—Digan a la gente: de todos los animales que hay en la tierra, sólo les es permitido comer los que tienen pezuña partida y son rumiantes. Pero si son rumiantes y no tienen la pezuña partida, como el camello, no lo comerán. O si son de Pezuña partida pero no son rumiantes, como el cerdo, tampoco deben comer de ellos.

’De todos, los animales que viven en el agua, sólo pueden comer los que tienen aletas y escamas. Pero los que no tienen aletas ni escamas, de esos no pueden comer.

’De las aves, éstas son las que no deben comer: el águila, toda clase de cuervo, el tecolote, toda clase de halcón, el zopilote, la garza y el murciélago.

’No coman ningún insecto que vuela y camine. Pero si tiene piernas además de sus

patas para brincar con ellas, como la langosta, el chapulín o el grillo, de éstos sí pueden comer.

’Tampoco coman animales que tienen patas muy cortas, como la comadreja, el ratón y la lagartija.

’No coman de ninguna clase de reptiles que se arrastren sobre la tierra o que caminen sobre cuatro patas o más.

Cómo se purifica la mujer después del parto e instrucciones acerca de la lepra

(Levítico 12:1-8; 13:45-46; 14:1-13)

Después Dios le dijo a Moisés:

—Cuando una mujer dé a luz un niño, será impura durante siete días. El niño será circuncidado al octavo día, pero la mujer se quedará en su casa durante treinta y tres días más, y después puede ir al templo. Pero si da a luz a una niña, será impura durante dos semanas y se quedará en su casa sesenta y seis días más. Luego que se haya cumplido este tiempo, llevará al sacerdote un borreguito de un año como ofrenda. Y si no tiene un borreguito, pueden llevar dos tórtolas o dos palomas.

’Cuando alguno de ustedes tenga la enfermedad que se llama lepra, deberá vivir solo afuera del campamento y cuando alguien se le acerque, con la cara media tapada gritará: “Estoy enfermo, estoy enfermo”. Si la lepra desaparece, el enfermo irá con uno de los sacerdotes para que él vea si ha sanado. Y si el sacerdote ve que ya está sano, mandará traer dos pájaros. Matará uno dentro de una olla y después meterá el pájaro vivo en la sangre y rociará la sangre al enfermo y dirá que ya está sano. Luego dejará libre al pájaro vivo.

’El que haya sanado de la lepra, deberá lavar su ropa y rasurarse la cabeza y la barba. Luego se bañará y estará limpio para poder vivir otra vez con la gente de la comunidad. Siete días después, llevará al templo una ofrenda de tres borreguitos de un año, dos machos y una hembra, y me los ofrecerá. Hasta entonces estará limpio delante de mí.

El Día de Perdón

(Levítico 16)

Después de la muerte de los dos hijos de Aarón, Dios le dijo a Moisés:

—Di a Aarón que no entre a cualquier hora en el lugar santísimo, detrás del velo, para que no muera. Solamente entrará una vez al año en el Día del Perdón. Cuando llegue el día en que tenga que entrar, Aarón se bañará y se cambiará, poniéndose ropa blanca. Matará un becerro y me lo ofrecerá por sus pecados y los de sus hijos. Recogerá la sangre del becerro y la llevará al lugar santísimo. Llegando allí rociará la sangre encima del arca. También llevará adentro incienso, para que el humo del incienso cubra el arca y Aarón no muera por haberme visto.

’Después saldrá a la puerta del patio del tabernáculo, y la gente le traerá dos chivos que serán la ofrenda por sus pecados. Tomará uno, lo matará y recogerá la sangre, la cual llevará al lugar santísimo. Rociará la sangre encima del arca y saldrá otra vez.

’Después tomará el otro chivo, pondrá las manos en su cabeza y confesará todos los pecados de la gente, señalando así que el chivo lleva los pecados de la gente. Después un hombre llevará al chivo muy lejos y lo dejará en el desierto.

’Aarón entrará otra vez al tabernáculo, se cambiará, se bañará otra vez y se pondrá su ropa azul. Al salir del tabernáculo tomará dos borregos de un año, uno para ofrenda suya y de sus hijos y otro para la gente. Los matará, los dividirá en piezas y los quemará. De esta manera pedirá perdón por su pecado y por el pecado de la gente cada año.

’Quemará en el altar el gordo del sacrificio por el pecado y sacarán fuera del campamento al becerro y al chivo sacrificados por el pecado, y quemarán en el fuego su piel, su carne y su estiércol. La persona que los queme lavará su ropa, se bañará y después entrará en el campamento.

’Y el que llevó el chivo al desierto lavará su ropa, se bañará y después entrará en el campamento.

’Esto será una ley permanente: en el día diez del séptimo mes, ayunarán y no harán ningún trabajo, ni el israelita ni el extranjero que viva con ustedes. Porque en este día, una vez al año, se pedirá perdón por todos los pecados de ustedes.

Dios da más leyes e instrucciones a la gente de Israel

(Levítico 19:1-5, 9-12, 15, 18; 20:9-13; 23:5-11, 15-17, 24, 27-28, 34, 39, 42-43; 24:1-9, 16)

Dios habló a Moisés y le dio estas leyes para la gente de Israel:

—Vivan pura y rectamente porque yo, su Dios, soy puro y recto.

'Cada uno respete a su madre y a su padre.

'Respeten mis días de descanso.

'No adoren a los ídolos ni hagan imágenes.

'Cuando me traigan ofrendas, preséntenlas tal como les he ordenado, para que sean aceptadas.

'Cuando llegue el tiempo de las cosechas, no recojan todo, ni rebusquen lo que haya quedado en el suelo; déjenlo para el pobre y el extranjero. Y no rebusquen todas las uvas del viñedo, ni recojan las que hayan caído al suelo; déjenlas para el pobre y el extranjero.

'No roben, ni digan mentiras.

'No juren por me nombre, mintiendo, porque así profanan mi nombre.

'Cuando hagan justicia, háganlo sin favorecer a nadie, ni al pobre ni al rico, sino háganlo justamente.

'No sean vengativos con los demás, sino amen a sus vecinos como a ustedes mismos.

'Si alguien maldice a su padre o a su madre, tiene que morir.

'Si un hombre comete adulterio con la esposa de otro hombre, el hombre que lo hizo y la mujer tienen que morir.

'Si un hombre se acuesta con su madrastra, los dos tienen que morir.

'Si un hombre se acuesta con su nuera, los dos tienen que morir.

'Si un hombre se acuesta con otro hombre como si fuera mujer, los dos tienen que morir.

'En el mes de Abib, que es el principio del año para ustedes, celebrarán la fiesta de la Pascua, recordando el día en que salieron de Egipto. El día catorce del mes comerán el borrego de un año y desde el día siguiente y durante siete días comerán pan sin levadura, tal como les mandé, y recordarán cómo los libré.

'Cuando hayan entrado en la tierra de Canaán y recojan la primera cosecha de trigo y cebada, me ofrecerán el primer manojo que cosechen.

'Después contarán siete semanas a partir del principio de la fiesta de la Pascua y entonces celebrarán la fiesta de la Cosecha cuando ya hayan juntado todo. De los primeros panes que hagan, me traerán dos.

'El primer día del séptimo mes celebrarán un día especial. Ese día me traerán ofrendas y me adorarán con toque de trampetas.

'El día diez del mismo mes será el Día del Perdón. Ese día lo dedicarán al ayuno y presentarán su ofrenda para pedir perdón por sus pecados.

'El día quince del séptimo mes, celebrarán la fiesta de las Enramadas, cuando hayan recogido ya la cosecha. Durante siete días todos los que son israelitas de nacimiento vivirán bajo enramadas, para que sus hijos sepan así vivieron desde que salieron de Egipto hasta que llegaron a Canaán.

También Dios le dijo a Moisés:

—Dile a la gente que te traigan aceite de olivo para mantener las lámparas encendidas. Todos los días el sacerdote las llenará para que nunca se apaguen dentro del tabernáculo.

'Una vez a la semana, en el día de descanso, el sacerdote cambiará los doce panes que están en la mesa y se comerán el pan viejo.

Y Dios dijo esto a Moisés:

—Cualquiera que maldiga el nombre de Dios, debe morir apedreado por toda la comunidad.

Bendiciones por la obediencia y consecuencias de la desobediencia

(Levítico 26)

'Yo soy su Dios, y si obedecen mis mandamientos, yo les bendeciré mucho. Cuando entren en la tierra que les voy a dar, habrá lluvia en su tiempo, la tierra rendirá buenas cosechas y los árboles darán su fruta. No tendrán hambre y podrán vivir tranquilos. No habrá animales feroces que los espanten. Ustedes corretearán a sus enemigos y los vencerán, y yo estaré con ustedes siempre, porque soy su Dios y ustedes son mis escogidos.

'Pero si no obedecen mis mandamientos, y les enviaré terror, enfermedad y tristeza. En vano sembrarán su tierra porque sus enemigos se comerán la cosecha. Me enojaré con ustedes y sus enemigos los vencerán; serán dominados por

los que los odian. Enviaré contra ustedes animales salvajes que agarrarán a sus hijos y destruirán su ganado. Sufirán hambre, pues no habrá cosecha; y será tanta el hambre que llegarán a comerse a sus propios hijos. Vendrán ladrones que destruirán sus ciudades y ustedes huirán dejando sus tierras sin dueño. Y morirán en la tierra de sus enemigos.

’Pero aunque estén en un país enemigo, no los destruiré, ni los despreciaré. Por el contrario, me acordaré del pacto que hice con Jacob, con Isaac, y con Abraham, y les tendré misericordia, porque yo soy Dios.

Los israelitas llegan a la frontera de Canaán

(Números 4:1-49; 10:11-28; 12:16; 13; 14)

Cada vez que los israelitas se preparaban para irse, los sacerdotes desarmaban el tabernáculo y preparaban las cargas como Dios les había dicho. Después venían los demás descendientes de Leví y lo iban cargando en el camino. Así lo hicieron durante los cuarenta años que anduvieron caminando por el desierto.

Cuando los israelitas llevaban ya casi un año acampando en el cerro del Sinaí, la nube que estaba encima del lugar santísimo empezó a caminar y ellos se dieron cuenta que, otra vez, deberían ponerse en camino. Entonces levantaron todo lo que tenían y lo cargaron, incluyendo el tabernáculo.

Este fue su primer viaje después de haber recibido los mandamientos de Jehová, y lo hicieron así: La tribu de Judá iba primero, con la tribu de Isacar en segundo lugar y la tribu de Zabulón en tercer lugar. Después de ellos iba un grupo de la tribu de Leví, cargando el tabernáculo.

Después iban las tribus de Rubén, de Simeón, y de Gad. Detrás de ellos iba otro grupo de la tribu de Leví cargando el arca, el altar, el candelabro y los utensilios sagrados. Después iban las tribus de Efraín, de Manasés y de Benjamín, y por último, las tribus de Dan, de Aser, y de Neftalí.

Caminaron por muchos días hasta que llegaron a un lugar llamado Parán, en la frontera de Canaán. Entonces Dios le dijo a Moisés:

—Manda a tus hombres a que vean cómo es la tierra de Canaán, les cual les daré.

Moisés llamó a un hombre de cada tribu de los israelitas, doce en total, y les dijo así:

—Vayan y fíjense cómo es la tierra y la gente que vive en ella, si es fuerte y numerosa, y traten de traer del fruto del país. Que les vaya bien.

Salieron los hombre y exploraron toda la tierra de Canaán. De regreso cortaron un racimo de uvas tan grande que lo traían entre dos en un palo. Al cabo de cuarente días, habían terminado de explorar la tierra y regresaron adónde estaba Moisés en Parán, en un lugar que se llamaba Cades.

Al regresar, diez de ellos dijeron:

—Fuimos a Canaán y vimos que le tierra produce fruto abundante y buena cosecha. Aquí traemos una muestra de la fruta que hay ahí. Pero la gente que vive allí es fuerte, y sus ciudades también son muy grandes y fuertes. Todos los hombres que vimos eran gigantes.

Luego habló otro de los hombres que habían ido a explorar, que se llamaba Caleb. El hizo callar a la gente y les dijo:

—Debemos ir pronto a conquistar la tierra. Nosotros podremos hacerlo porque Dios nos ayudará.

Pero los otros diez insistieron:

—No, no podemos. Los hombres de allí son muy fuertes; no podremos contra ellos, porque comparados con ellos parecemos chapulines.

Al oír lo que dijeron estos diez hombres, a toda la gente le dio miedo y no quisieron creer lo que Caleb y Josué les decían. Entonces comenzaron a quejarse de Moisés y de Aarón y se decían uno al otro:

—¡Nombremos otro jefe y regresemos a Egipto!

Caleb y Josué hablaron a la gente y le dijeron:

—No tengan miedo. La tierra de Canaán es tierra muy buena. Dios nos acompañará y nos dará esa tierra. No sean rebeldes contra Dios.

Entonces toda la multitud se enojó y querían apedrearlos, pero la gloria de Dios apareció a todos en el tabernáculo, y en frente de la gente, Dios le dijo a Moisés:

—Ya he mostrado mi poder muchas veces a esta gente y no me han querido honrar. ¿Hasta cuándo van a seguir dudando de mí? Ahora díles que todos morirán aquí en el desierto y no

verán la tierra que les prometí. Pero mis siervos Caleb y Josué, que no dudaron de mí, ellos se entrarán. En verdad, ninguno de ustedes entrará en la tierra de Canaán, pero sus hijos sí la conocerán cuando estén grandes. Mañana mismo ustedes volverán al desierto y andarán allí durante cuarenta años hasta que mueran, un año por cada día de los que estuvieron viendo la tierra. Después sus hijos y sus nietos entrarán en Canaán.

Y los diez hombres que habían ido a explorar la tierra con Caleb y Josué, Dios hizo que murieran de repente por haber hecho que los israelitas dudaran de él.

Cuando Moisés les dijo todo esto, se pusieron muy tristes. Pero al otro día se levantaron temprano, subieron a la cumbre del cerro y dijeron:

—Ya que estamos aquí cerca de Canaán, vamos a entrar a la tierra que Dios quiere darnos.

Pero Moisés les dijo:

—No desobedezcan a Dios. No pueden ir sin Dios, pues serán destruidos por los enemigos.

Sin embargo, insistieron en entrar a Canaán. Entonces llegaron los hombres de Canaán y mataron a muchos de los israelitas; los derrotaron y los persiguieron por el desierto. Luego los israelitas que quedaron, regresaron con Moisés.

Coré quiere ser sacerdote aunque no fue escogido

(Números 16:1-11, 16-49; 17:1-11; 18:19-20)

Había un hombre israelita llamado Coré, que era de la tribu de Leví. Un día él y otros tres hombres llamados Datán, Abiram y Om, de la tribu de Rubén, se rebelaron contra Moisés. Se les unieron como doscientos cincuenta hombres de los principales jefes de Israel y fueron a reclamarle a Moisés y Aarón, diciéndoles:

—¿Por qué dicen, tú y Aarón, que son los jefes del pueblo? Si todos nosotros hemos sido escogidos por Dios, ustedes no son nadie para que nos den órdenes.

Al oír esto, Moisés se arrodilló hasta poner la frente en el suelo, y luego le dijo a Coré y a los otros que venían con él:

—Mañana por la mañana Dios hará saber quiénes son los que él ha escogido para guiar a su pueblo. Tú, Coré, y tus compañeros fueron escogidos para ayudar a los sacerdotes, pero no para ser sacerdotes. Es en vano que tengan envidia de Aarón y hablen mal de él. Pero mañana vengán al tabernáculo y vamos a hacer la prueba: traigan sus incensarios y pónganles brasas, échanles incienso y colóquen los delante de Dios. Aarón vendrá también y hará lo mismo. Así que el hombre al que Dios señale, aceptando su ofrenda, ése es el que Dios ha escogido para ser sacerdote.

A la mañana siguiente, Coré y los 250 hombres tomaron cada uno su incensario y pusieron en ellos fuego e incienso. Después se pusieron frente a la puerta del tabernáculo con Moisés y Aarón. Entonces la gloria de Dios apareció a todo el pueblo. Y Dios les dijo a Moisés y Aarón:

—Apártense de esta gente porque voy a destruirlos en un momento.

Pero ellos, arrodillándose hasta tocar el suelo con sus frentes, dijeron:

—Oh, Dios, tú que das la vida a todos los hombres, ¿vas a enojarte con toda la gente por el pecado de un hombre?

Entonces Dios respondió:

—Diles a todos los israelitas que se aparten de las carpas de Coré, Datán y Abiram.

Después Moisés salió del tabernáculo y, acompañando por los ancianos de Israel, fue a decirle a la gente que se apartaran de las carpas de esos tres hombres. Entonces Datán y Abiram salieron y se pararon en las puertas de sus carpas con sus mujeres y sus hijos chiquitos. La gente se apartó de allí y Moisés dijo:

—Con esto sabrán que Dios es el que me ha escogido para este cargo. Si ellos mueren de muerte natural como todos los hombre, es que yo no soy el escogido; pero si Dios hace algo grande y la tierra se abre y se los traga, entonces ustedes sabrán que estos hombres de veras hicieron que Dios se enojara porque no le tuvieron respeto.

Cuando Moisés acababa de decir esto, se abrió la tierra y los tres hombres con sus carpas, sus mujeres y sus hijos pequeños desaparecieron. La tierra los cubrió y así murieron. Todo esto sucedió a la vista de toda la gente.

Los israelitas, al ver cómo los hombres habían desaparecido adentro de la tierra, corrieron desesperados porque decían:

—¡Que no nos trague también la tierra a nosotros!

Entonces salió fuego del tabernáculo y mató a los doscientos cincuenta hombres que habían ofrecido el incienso. Se quemaron todos, pero, como los incensarios eran de metal, no se destruyeron.

Entonces Dios le dijo a Moisés:

—Di a Eleazar, el hijo de Aarón, que agarre los incensarios que quedaron del incendio y que tire lejos todo el fuego y incienso que quedó. Después, que los derrita en el fuego y haga de ellos una lámina para cubrir el altar. Todo esto es para que la gente recuerde para siempre que ninguna persona que no sea de la descendencia de Aarón puede acercarse para ofrecer incienso delante de mí.

Moisés le dijo a Eleazar lo que Dios le había ordenado y Eleazar fue y lo hizo.

Al día siguiente toda la gente empezó a quejarse de Moisés y Aarón diciendo:

—Ustedes están matando al pueblo de Dios.

Entonces todos miraron hacia el tabernáculo, porque en ese momento la nube se había convertido en fuego, y Dios les dijo a Moisés y Aarón:

—Apártense de la gente porque los voy a destruir en un momento.

Inmediatamente Dios mandó una plaga que mataba a la gente. Entonces Moisés y Aarón se arrodillaron delante de Dios y luego Moisés le dijo a Aarón.

—Toma el incensario y pon en él fuego del altar con incienso, y ve pronto en medio de la gente y pide a Dios perdón por ellos, pues Dios está muy enojado con ellos y por eso se mueren.

Aarón hizo lo que le dijo Moisés, se puso en medio de la gente y pidió perdón por su pecado, y así ya no murieron más personas. Los que murieron aquella vez fueron más de catorce mil personas, sin contar a los que murieron con Coré.

Después Dios le dijo a Moisés:

—Di a la gente que el jefe de cada tribu traiga una vara, o sea doce varas en total. Escribe el nombre de Aarón sobre la vara de Leví. Pon las varas en el tabernáculo en frente

del arca del pacto, porque voy a hacer que la vara de uno de ellos florezca, para que sepan todos que ése es el hombre que yo he escogido. Voy a hacer esto para que la gente deje de quejarse contra ustedes.

Moisés hizo lo que Dios le había mandado y puso las doce varas en el tabernáculo. Al día siguiente, al sacarlas del tabernáculo, la vara de Aarón había brotado y tenía flores y almendras. Los demás la vieron y cada uno fue a recoger su vara. Entonces Dios le dijo a Moisés:

—Regresa la vara de Aarón al tabernáculo y guárdala allí como señal de que yo he escogido a Aarón. Hazlo para que la gente deje de hablar mal delante de mí y de esa manera no mueran todos.

Después Dios le dijo a Aarón:

—Todas las ofrendas que la gente trae para mí, yo te las doy a ti y a tus hijos para que puedan sostenerse. Esto es un pacto que durará para siempre. Tú no tendrás tierras ni propiedades, como las tienen los demás israelitas, porque yo les daré todo lo que ustedes necesiten.

Dios tiene misericordia de los israelitas aunque éstos se quejan

(Números 20:1-12, 22-29; 21:4-9, 21-24; 22:1)

Ya habían pasado cerca de cuarenta años desde que los israelitas habían salido de Egipto y, siguiendo su viaje, llegaron a Cades en el desierto de Zin. En este lugar no había agua para tomar, y la gente se juntó para reclamar a Moisés y a Aarón, y les dijeron:

—¡Ojalá que hubiéramos muerto cuando murieron nuestros hermanos delante de Dios! ¿Por qué hicieron que nosotros y nuestros animales viniéramos a morir a este desierto? ¿Por qué nos sacaron de Egipto para traernos a este lugar? No hay trigo para comer ni agua para beber.

Entonces Moisés y Aarón fueron al tabernáculo y en la puerta se arrodillaron hasta tocar el suelo con la frente, y la gloria de Dios apareció sobre ellos. Allí Dios le habló a Moisés y le dijo:

—Toma la vara y, con la ayuda de tu hermano Aarón, reúne a la gente. Entonces delante de todo ellos, ordénale a esa peña que les dé agua, y verás que saldrá mucha agua para que

toda la gente y también sus animales tengan agua que tomar.

Entonces Moisés tomó la vara, como Dios le había mandado y, junto con Aarón, reunió a la gente delante de la peña, y les dijo:

—Escuchen ahora, rebeldes, ¿les hemos de hacer salir agua de esta peña?

Moisés alzó la mano y golpeó a la peña con su vara dos veces. Entonces salió mucha agua y la gente y los animales bebieron.

Pero después Dios les dijo a Moisés y a Aarón:

—Ustedes no me honraron delante de la gente cuando sacaron agua de la peña; por eso no dejaré que ustedes entren con esta gente a la tierra que yo he prometido darles.

Después los israelitas salieron de Zin y llegaron a un cerro que se llamaba Hor. Allí Dios le dijo a Moisés:

—Tu hermano Aarón va a morir aquí y no va a entrar en la tierra que yo les prometí, por haber desobedecido mis órdenes.

Entonces Dios le explicó a Moisés todo lo que tenía que hacer antes de que Aarón muriera, y Moisés obedeció. Llevó a Aarón y a Eleazar, el hijo de Aarón, al cerro. Cuando ya estaban en la cumbre, Moisés le quitó la ropa de sacerdote a Aarón y se la puso a Eleazar, indicando así que él era el nuevo sacerdote. Poco después Aarón murió, y fue enterrado por Moisés y Eleazar allí en el cerro.

Cuando la gente supo que Aarón había muerto en el cerro, guardaron luto y lloraron durante treinta días.

Los israelitas se pusieron en camino otra vez, pero seguían quejándose contra Dios y contra Moisés, y le decían:

—¿Por qué nos sacaste de Egipto?; ¿nada más para que muramos en este desierto? Aquí no hay pan ni agua y ya estamos aburridos del maná.

Sus quejas disgustaron tanto a Dios, que les envió víboras venenosas para que los mordieran, y mucha gente murió. Entonces se arrepintieron y fueron a decirle a Moisés:

—Hemos pecado por haber hablado contra Dios y contra ti. Ruega a Dios que quite estas víboras de entre nosotros.

Moisés oró a Dios y le dijo que la gente había cambiado de actitud, y Dios le contestó de esta manera:

—Haz una víbora de bronce y ponlo sobre un palo; y cualquier persona que sea mordida y la mire, no morirá.

Entonces Moisés hizo una víbora de bronce y la puso sobre un palo. Así, cuando alguien era mordido por una víbora, con solo mirar la víbora de metal, se salvaba.

Después llegaron a la tierra de los amorreos y Moisés envió embajadores a Sehón, rey de los amorreos, para pedir permiso de pasar por su tierra. Los embajadores le dijeron así al rey:

—Por favor, dejemos pasar por su tierra. No tomaremos nada de la viñas ni tomaremos el agua de los pozos. Permítanos pasar, para que vayamos a la tierra que Dios nos dio.

Sin embargo, el rey no los dejó pasar por su tierra, sino que juntó a sus hombres y peleó con los israelitas. Pero los israelitas ganaron; tomaron la tierra y mataron al rey Sehón. Luego siguieron caminando hasta llegar al río Jordán, en la tierra de Moab. Moab estaba cerca de Canaán y con solo atravesar el río, los israelitas estarían en la tierra prometida.

Dios no le permite a Balaam maldecir a sus escogidos

(Números 22:2-41; 23:3-24:17)

El rey de la gente de Moab se llamaba Balac. Él vio cómo los israelitas vencieron a los amorreos, y tenía miedo por su pueblo, pues los israelitas eran muchos. Entonces habló con los ancianos de los madianitas, diciéndoles:

—Esta gente nos va a vencer y nos va a quitar nuestra tierra.

Entonces Balac ordenó a sus mensajeros que fueron a ver a un hombre que se llamaba Balaam y que le dijeran de parte de él:

—Mucha gente ha salido de Egipto y cubre la tierra. Ven, pues, ahora a maldecir a esta gente, porque es más fuerte que yo. Quizá así pueda vencerlos y echarlos de la tierra. He oído que al que tú maldices, maldito es, y al que tú bendices, bendito es.

Los mensajeros, que eran los anciano de Moab y también de Madían, fueron con regalos en sus manos para hablar con Balaam. Le dijeron lo que les había dicho Balac, y éste les contestó:

—Quédense a dormir aquí esta noche y mañana les diré lo que Dios me haya dicho.

Los mensajeros se quedaron en la casa de Balaam, y en la noche Dios le habló a Balaam y le preguntó:

—¿De dónde vienen estos hombres que están en tu casa?

Y Balaam le respondió:

—Balac, rey de Moab, los mandó para decirme que en su país se está extendiendo un pueblo que salió de Egipto. Quiere que yo vaya a maldecirlos, a ver si puede vencerlos y correrlos de su territorio.

Y Dios le dijo a Balaam:

—No vayas con ellos, ni maldigas a esa gente porque yo los he bendecido.

Entonces Balaam se levantó por la mañana y les dijo a los mensajeros de Balac.

—Vuelvan a su tierra, porque Dios no quiere que vaya con ustedes.

Los mensajeros regresaron con Balac y le dijeron:

—Balaam no quiso venir.

Pero Balac volvió a enviar a algunos hombres, de los más importantes de su pueblo, los cuales fueron a decirle a Balaam:

—Balac te manda decir esto: “Te ruego que no te niegues a venir; te daré los más grandes honores y haré todo lo que me digas. Pero ven ahora a maldecir a esta gente”.

Y Balaam respondió:

—Aunque Balac me dé su casa llena de plata y oro, no puedo desobedecer a Dios; pues yo solo no puedo hacer nada. Quédense aquí esta noche y veremos qué es lo que Dios me vuelve a decir.

Entonces Dios habló a Balaam esa noche y le dijo:

—Como los hombres vinieron a llamarte, levántate y ve con ellos, pero harás sólo lo que yo te diga.

Al día siguiente Balaam se levantó temprano, arregló su burra y se fue con los hombres de Balac. Pero Dios estaba enojado contra Balaam porque él no estaba dispuesto a obedecerlo.

Así que, cuando Balaam iba por el camino montado sobre su burra y acompañado por sus dos mozos, el ángel de Dios vino y se puso en el camino, enfrente de ellos. Cuando la burra vio al ángel con un espada en la mano, se salió del camino y se fue por el campo. Entonces Balaam la golpeó para que volviera al camino; pero el

ángel se adelantó y se puso en un camino que pasaba entre dos paredes. Al ver de nuevo la burra al ángel, se pegó a una de las paredes, apretando así el pie de Balaam. Entonces él volvió a golpearla.

El ángel se adelantó de nuevo y se puso en un lugar estrecho en donde no podía apartarse, ni a la derecha ni a la izquierda. Viendo la burra otra vez al ángel, se echó debajo de Balaam, el cual la golpeó con su bastón. Entonces Dios dejó hablar a la burra, la cual le dijo a Balaam:

—¿Qué te he hecho para que me hayas golpeado estas tres veces?

Entonces Balaam le respondió a la burra:

—¡Te has burlado de mí! ¡Ojalá tuviera yo un cuchillo, y ahorita mismo te mataba!

Pero la burra le respondió a Balaam:

—Yo soy tu burra, y desde hace mucho tiempo me montas. Ahora dime, ¿alguna vez he hecho esto contigo?

Y él le contestó:

—No.

Entonces Dios abrió los ojos de Balaam y vio al ángel de Dios que estaba en el camino con su espada en la mano. Balaam se arrodilló delante del ángel, y el ángel le dijo:

—¿Por qué has golpeado a tu burra estas tres veces? Mira, yo he venido a detenerte porque lo que estás pensando hacer no es bueno. Cuando la burra me vio, se alejó de mí; si no se hubiera alejado, te hubiera matado a ti y sólo ella viviría.

Entonces Balaam le dijo al ángel:

—He pecado, pues no sabía que tú estabas delante de mí en el camino, pero ahora si quieres, me regresaré.

Y el ángel le respondió:

—Ve con estos hombres, pero las palabras que yo te diga que hables, ésas hablarás.

Así Balaam se fue con los enviados de Balac.

Cuando Balac oyó que Balaam venía, salió a recibirlo, y le dijo a Balaam:

—¿Por qué no viniste la primera vez que te mandé llamar? ¿o crees que no puedo darte lo que te ofrecí?

Balaam le respondió:

—Ya estoy aquí, pero no puedo hablar lo que yo quiera. Sólo lo que Dios quiera que hable, eso hablaré.

Entonces Balac llevó a Balaam a la cumbre de un cerro, desde donde se podían ver las carpas de los israelitas. Luego Balaam le dijo a Balac:

—Espérame aquí donde hemos hecho ofrenda a Dios. Yo iré más adelante para ver lo que Dios me dice.

Balaam subió solo y Dios le dijo:

—Vuelve con Balac y dile lo que yo lo he dicho.

Entonces volvió con Balac y le dijo:

—No puedo maldecir al que Dios ha bendecido. Dios cuida a esta gente y ellos han sido bendecidos por él, por eso son tan numerosos.

Y Balac dijo a Balaam:

—¿Pero qué me has hecho? Te he llamado para que maldigas a mis enemigos y los has bendecido.

Pero Balaam contestó:

—Le dije que lo que Dios me dejara hablar, eso hablaría.

Y Balac le dijo:

—Ven, vamos a otro lugar desde donde puedas ver a los israelitas que están más cerca. Desde allí podrás maldecirlos a todos.

Lo llevó a la cumbre de Pisga y Balaam dijo:

—Espere aquí donde hemos ofrecido sacrificio a Dios, mientras yo voy más adelante para ver lo que Dios me dice.

Y Dios vino a hablarle y le dijo lo que tenía que decirle a Balac. Entonces Balaam regresó adonde estaba Balac y Balac le preguntó:

—¿Qué te dijo Dios?

Y Balaam le contestó:

—Dios no es hombre; no miente ni se arrepiente de lo que ha prometido. Lo que ha dicho, eso hará. Él ha bendecido a esta gente; no ha encontrado pecado en ellos. Por eso él está con ellos y los bendice.

Y Balac le dijo:

—Si no puedes maldecirlos, tampoco los bendigas.

Pero Balaam le contestó:

—Ya te dije que sólo lo que Dios me deja decir, eso hablo.

Entonces Balac le dijo a Balaam:

—Ven, te voy a llevar a otro cerro y desde allí los maldecirás.

Balac llevó a Balaam a la cumbre del cerro que se llamaba Peor. Pero Balaam ya sabía que Dios quería bendecir a los israelitas; entonces miró hacia donde estaban todas sus carpas, y el Espíritu de Dios vino sobre él, y dijo:

—Este pueblo de Israel ha sido muy bendecido. Dios lo sacó de Egipto y lo ha fortalecido, venciendo a todos sus enemigos.

Entonces Balac se enojó mucho con Balaam, y manoteando le dijo:

—Te he llamado para maldecir a mis enemigos, y en vez de eso los has bendecido ya tres veces. Mejor hubiera sido no llamarte. Ahora regresa al lugar de donde viniste. Yo deje que te honraría, pero Dios no lo permitió.

Y Balaam le respondió:

—Yo le dije a sus mensajeros que, aunque usted me diera su casa llena de plata y oro, yo no podría cambiar lo que Dios me ha dicho; lo que Dios me diga, eso diré. Ya tengo que regresar a mi pueblo, pero antes, oiga lo que Dios dice acerca de la gente de Israel.,

Entonces Balaam habló esta profecía:

—Ve algo en el futuro, veo algo allá muy lejos: de esta gente de Israel saldrá un rey que le aplastará la cabeza a Moab, y lo mismo hará con todos los enemigos de Israel.

Mueren algunos israelitas por adorar a los ídolos de Moab

(Números 25:1-18; 26:1-4, 51, 63-65; 28:1-15)

Después de algún tiempo, los israelitas empezaron a tener relaciones con las mujeres moabitas, las cuales invitaban a los israelitas cuando ofrecían sacrificios a sus dioses. Así fue cómo muchos israelitas fueron a adorar a los dioses de los moabitas.

Entonces Dios se enojó mucho contra los israelitas y mandó a Moisés que les dijera a los jueces que mataran a todos los que habían adorado a Baal, porque sólo así se calmaría su enojo.

Moisés reunió a toda la gente frente a la puerta del tabernáculo y les dijo lo que Dios le había mandado. Eso hizo que todos lloraran. Y mientras estaban allí reunidos llorando, llegó uno de los israelitas acompañado por una muchacha madianita, y a la vista de todos, se metió en su carpa para acostarse con ella. Cuando el sacerdote Finees, hijo de Eleazar, lo

vio, tomó una lanza y fue a la carpa tras el hombre, y ahí los atravesó por el estómago al israelita y a la muchacha. Con esto se acabó la plaga que mataba a los israelitas, pero ya habían muerto como veinticuatro mil.

Dios le dijo a Moisés:

—El sacerdote Finees hizo que se calmara mi enojo contra la gente. Por eso haré mi pacto con él, para que él y sus descendientes sean para siempre mis sacerdotes, ya que tuvo celo por mí, su Dios, y con eso hizo que yo perdonara a la gente.

Mientras los israelitas estaban acampando al pie de los cerros de Moab, Dios le dijo a Moisés:

—Levanta un censo de todos los hombres que sean mayores de veinte años.

Así lo hicieron; y sin contar a las mujeres y a los niños, eran un poco más de 600,000 hombres. Sus padres, por haber desobedecido a Dios en Cades, habían muerto en el desierto. De esa generación, sólo quedaban Moisés, Caleb y Josué.

Entonces Dios le dijo a Moisés:

—Dile a la gente de Israel que no deje de traerme ofrenda. Cada día me ofrecerán dos borreguitos de un año, uno en la mañana y el otro al caer la tarde, con vino derramado sobre cada borreguito. Y también me ofrecerán dos kilos de la mejor harina amasada con un litro de aceite de oliva, que es el sacrificio que se quema continuamente.

’En el día de reposo me ofrecerán otros dos borreguitos de un año, con la harina amasada con aceite, y el vino.

’Y el primer día de cada mes, me ofrecerán dos becerros, un carnero y siete borreguitos de un año; con cada uno traerán vino y harina amasada con aceite. También me ofrecerán un chivo como sacrificio para pedir perdón por sus pecados.

Los madianitas mueren por haber engañado a los israelitas

(Números 31:1-18, 25-54)

Luego le dijo Dios a Moisés:

—Véngate de los madianitas por haber engañado a los israelitas, y después de esto tú mismo vas a morir.

Entonces Moisés le dijo a la gente:

—Escojan a mil hombres de cada una de las tribus, que vayan a pelear contra los madianitas y así vengarán a Dios en Madián.

Entonces escogieron a mil hombres de cada tribu, y Moisés los mandó a la guerra. Junto con ellos iba el sacerdote Finees que llevaba los objetos sagrados y las trompetas para la batalla. Los israelitas pelearon contra los madianitas y los mataron a todos y sus cinco reyes, tal como se los había ordenado Dios. También mataron a Balaam, pero se llevaron prisioneras a las mujeres madianitas, junto con sus hijos, todo su ganado y sus cosas de valor. Además, quemaron sus ciudades y todos sus campamentos, y todo lo que les quitaron se lo llevaron a Moisés.

Cuando Moisés vio que habían dejado con vida a las mujeres, se enojó y les dijo:

—¿Por qué dejaron con vida a estas mujeres? Ellas, por consejo de Balaam, fueron las culpables de que nuestra gente adorara a otros dioses. Maten ahora mismo a todos los hijos varones y a todas las mujeres que no sean vírgenes; a las muchachas vírgenes déjenlas con vida y quédense con ellas.

Y Dios le dijo a Moisés:

—Tú y el sacerdote Eleazar, junto con los jefes de la gente, hagan la cuenta de todas las personas y de los animales que quitaron a los madianitas, y luego dividan el botín en dos partes iguales entre los que fueron a pelear y los demás del pueblo que se quedaron. Después, recogerás una ofrenda para mí de lo que toque a los hombres que fueron a pelear. De cada quinientos, tanto de las personas como de los bueyes, de los burros y de los borregos, tomarás uno y se lo darás al sacerdote Eleazar como ofrenda a mi, su Dios.

’De la otra mitad, la parte que pertenece a los que no fueron a pelear, tomarás uno por cada cincuenta, tanto de las personas como de todo animal, y se lo darás a los levitas que están encargados de cuidar el tabernáculo.

Y Moisés y el sacerdote Eleazar hicieron lo que Dios les mandó.

En total, lo que le quitaron a sus enemigos fue seiscientos setenta y cinco mil borregos, setenta y dos mil bueyes, y sesenta y un mil burros. En cuanto a personas, las muchachas que eran vírgenes, eran por todas treinta y dos mil. Entonces dividieron el botín en dos partes, y de

allí apartaron la ofrenda para Dios y para los levitas, como Dios los ordenó.

Después los jefes del ejército israelita vinieron a Moisés y le dijeron:

—Hemos contado a los hombres de guerra que están a nuestro cargo y no falta ninguno; por lo que aquí traemos los objetos de oro que encontramos: alhajas, brazaletes, anillos y cadenas, como ofrenda a Dios por habernos ayudado en la pelea.

Moisés y el sacerdote Eleazar recibieron el oro que los soldados trajeron al tabernáculo como ofrenda de agradecimiento de los israelitas delante de Dios. En total la ofrenda fue de más de 180 kilos.

Las tribus de Rubén y de Gad se establecen al oriente del río Jordán

(Números 32:1-27, 33)

Mientras los israelitas estaban acampados al pie de los cerros de Moab, los descendientes de Rubén y Gad fueron con Moisés y le dijeron:

—Esta tierra es buena para ganado; hay mucho pasto y también agua. Danos, por favor, esta tierra como herencia y no nos hagas ir a Canaán.

A Moisés no le gustó eso y les dijo:

—No es justo que ustedes se queden aquí y que sus hermanos tengan que ir a pelear para sacar a los que viven en Canaán. Lo mejor es que se mantengan unidos y se ayudan unos a otros para que todos hereden igualmente.

Pero ellos le contestaron:

—¡No!, no es eso lo que queremos; lo que queremos es hacer casas aquí para nuestras familias, con muros alrededor y corrales para nuestro ganado. Después iremos con los demás hasta que tome cada quien el terreno que le toca al otro lado del Jordán. No volveremos a nuestras casas hasta que cada uno tome posesión de su tierra. Y no reclamaremos tierra con ellos al otro lado del Jordán, porque nosotros ya tenemos nuestra tierra en este lado.

Entonces Moisés estuvo de acuerdo con lo que le dijeron y les dio la tierra que habían escogido a los descendientes de Rubén y Gad y a la mitad de los descendientes de Manasés. Esta tierra quedaba a este lado del río Jordán, el cual tenían que atravesar para entrar en la tierra de Canaán.

Los últimos consejos de Moisés a los israelitas

(Deuteronomio 1:1, 3; 6:4-7; 8:1-3; 14:22; 16:18-19; 18:9-15, 18-19; 21:22-23; 23:24-25; 34:1-8, 10)

Un día Dios le dijo a Moisés:

—Junta a toda la gente y enséñales todas las leyes y mandamientos que te he dado, porque, como ya te había dicho, tú no vas a entrar en Canaán sino que vas a morir aquí de este lado del río.

Entonces Moisés llamó a toda la gente, y cuando se reunieron les dijo:

—Nosotros, que somos descendientes de Israel, tenemos un solo Señor, que es Dios. Así que, ustedes deben amarlo con todo su corazón con toda su mente y con todas sus fuerzas. Grábense estas palabras en su corazón y repítanlas a sus hijos para que ellos también las obedezcan. Háblenles siempre de nuestro Dios, cuando estén en su casa o cuando anden por el camino. A Dios deben respetar y sólo a él servir. No lo pongan a prueba, como lo hicieron sus padres cuando brotó agua de la peña. Acuérdense de todo el camino que Dios les hizo recorrer durante cuarenta años en el desierto; durante ese tiempo los hizo sufrir y los puso a prueba para saber cual era su forma de pensar y si iban a obedecer sus mandamientos o no. El los humilló y les hizo tener hambre, pero después les dio el maná para que entendieran que no sólo el pan le da vida al hombre, sino que también vive de la palabra de Dios.

’Dios quiere recordarles sus leyes para que no se les olviden:

’Cada año, sin falta, deben traer la décima parte de todo lo que cosechen.

’Deben nombrar jueces y oficiales en todas sus ciudades, los cuales se encargarán de hacer justicia para toda la gente.

’No corrompan la justicia, ni honren más a una persona que a otra. No acepten mordidas, porque la mordida cierra los ojos de los sabios y corrompe las palabras de las personas justas. Sólo siguiendo la justicia podrán vivir y permanecer en la tierra que Dios les da.

’Cuando hayan entrado en la tierra prometida, no aprendan a hacer las cosas malas que hace la gente de esas naciones. Ellos tienen hechiceros y personas que hablan con los

muestrados; que nadie de ustedes los consulte ni los visite, porque Dios aborrece a los que hacen estas cosas. Dios va a ayudarles a derrotar y a echar fuera a esas naciones y les dará sus tierras a ustedes. Llegará también el día en que Dios hará que salga de entre ustedes un profeta como yo; obedézcanlo en todo lo que diga, porque todo el que no le hago caso, Dios le va a pedir cuentas.

Y Dios también ha dicho que si alguno de ustedes comete algún crimen que merezca castigo de muerte, y por eso ustedes lo matan y lo cuelgan de un árbol, acuérdense de no dejar su cuerpo en el árbol toda la noche. Lo tienen que enterrar el mismo día porque el que muere colgado es maldito para Dios.

Cuando entren en la viña de su vecino, podrán comer uvas hasta llenarse, pero no deberán llevar uvas en su canasto. También cuando entren en la milpa de su vecino, está permitido arrancar mazorcas con la mano, pero no es permitido usar la hoz en la milpa de su vecino. Así ha dicho Dios.

Después de darles muchos otros mandamientos de Dios, Moisés subió a un cerro llamado Nebo. Allí Dios le mostró toda la tierra de Canaán, desde Judá hasta la orilla del mar y le dijo:

—Esta es la tierra que le prometí a Abraham, a Isaac y a Jacob que les daría a sus descendientes. He querido que la veas con tus ojos, aunque no vas a entrar en ella.

Así Moisés siervo de Dios, murió en la tierra de Moab y Dios lo enterró en un valle, y nadie sabe hasta el día de hoy dónde está su tumba. Moisés tenía ciento veinte años cuando murió; y nunca perdió su vista ni la fuerza. Los israelitas lloraron a Moisés durante treinta días. Y nunca más se levantó en Israel un profeta con el que Dios hablara cara a cara como con Moisés.

Josué toma el cargo de nuevo líder de los israelitas

(Josué 1:1-7; 2:1-24)

Cuando Moisés ya había muerto, Dios le dijo a Josué:

—Mi siervo Moisés ha muerto. Levántate tú ahora y dirige a toda esta gente al otro lado del Jordán. Yo te voy a dar cualquier lugar que

pise tu pie, como ya se lo había dicho a Moisés. Nadie te podrá vencer mientras vivas, porque yo estaré contigo, como estuve con Moisés. No te abandonaré, ni fallaré en ayudarte. Te daré fuerza y valor, porque tú tendrás que repartir a la gente de Israel la tierra que prometí darles como herencia a tus antepasados. Así que no tengas miedo; al contrario, obedece con todo el corazón toda la ley que les di por medio de Moisés.

Entonces Josué, obedeciendo a Dios, envió dos espías a Canaán secretamente y les ordenó:

—Vayan a Jericó, la ciudad que está al otro lado del río y vean todo lo que hay en ella.

Ellos fueron y llegaron hasta la casa de una mujer prostituta que se llamaba Rahab, y se quedaron allí. Pero algunos fueron a avisarle al rey de Jericó, y le dijeron:

—Venimos a avisarle que unos hombres israelitas han venido a la ciudad esta noche para espionar nuestra situación, y están en la casa de Rahab.

Entonces el rey de Jericó mandó a decirle a Rahab:

—Saca a los hombres que están en tu casa, porque son espías.

Pero ella ya había escondido a los hombres y les respondió:

—Es cierto que unos hombres vinieron a mi casa pero no sé de dónde eran, y cuando ya estaba oscuro, al cerrarse la puerta del muro, se salieron y no sé a dónde se habrán ido. Si los siguen ahora, tal vez los alcancen.

Pero ella había hecho subir a la azotea a los espías y los tenía escondidos bajo unos manojos de lino que había extendido allí para secar.

Entonces los hombres enviados por el rey fueron tras ellos por el camino del Jordán hasta los vados del río. Y la puerta de la ciudad fue cerrada después de que ellos salieron.

Mientras tanto, Rahab subió rápido a la azotea antes que los dos israelitas se durmieran, y les dijo:

—Sé que Dios les ha dado esta tierra, porque todos nosotros tenemos miedo de ustedes. Hemos oído cómo Dios hizo que las aguas del Mar Rojo se secaran delante de ustedes cuando salieron de Egipto, y cómo mataron a los dos reyes al otro lado del río Jordán; los mataron a ellos y a su gente. Cuando escuchamos esto, nos dio mucho miedo y nadie tiene el valor para enfrentarseles, porque

sabemos que el Dios de ustedes es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra. Por eso, les ruego ahora que me juren por Dios que así como yo los he ayudado ustedes también ayudarán a mi familia. Denme una señal segura, y prométanme que salvarán a mi padre, a mi madre y a mis hermanos y hermanas de la muerte.

Ellos le respondieron:

—Si no nos traicionas, haremos lo que pides, y cuando Dios nos dé esta tierra, nosotros te trataremos bien a ti y a los tuyos.

Entonces ella les dijo que los bajaría con una cuerda por la ventana, porque su casa estaba en el muro, y les recomendó:

—Cuando bajen, váyanse a los cerros para que no los encuentren los que los buscan, y quédense allí tres días escondidos, hasta que ellos hayan regresado. Después podrán seguir su camino.

Y ellos dijeron:

—Cuando nuestra gente entre en tu tierra, amarra esta cuerda roja en la ventana por donde vamos a bajar; después junto en tu casa a tu padre y a tu madre, a tus hermanos y a toda la familia de tu padre. Si alguno de ellos sale fuera de la casa, no responderemos por él. Pero de los que estén dentro de tu casa, sí seremos responsables si alguien los toca.

—Estamos de acuerdo —respondió Rahab.

Luego los despidió, los bajó por la ventana y se fueron; después ella amarró la cuerda roja en la ventana.

Los hombres caminaron hasta los cerros y se escondieron allí por tres días, hasta que regresaron los hombres que los habían seguido y buscado por todo el camino, sin hallarlos. Entonces fue que los dos israelitas decidieron regresar a su campamento; bajaron de los cerros, atravesaron el Jordán, y cuando llegaron con Josué le dijeron:

—Dios ha entregado toda esta tierra en nuestras manos, porque todos los habitantes del país tienen miedo de nosotros.

Los israelitas entran en Canaán

(Josué 3:1-6, 13-17; 4:1-24; 5:10-15)

Josué mandó a los israelitas que se prepararan para partir. Los sacerdotes desarmaron el tabernáculo y los levitas se

encargaron de llevarlo cargando. Cuando llegaron a la orilla del Jordán, Josué les dijo:

—Ustedes, los sacerdotes, tomen el arco del pacto y pasen delante de nosotros.

El río iba muy cargado porque era tiempo de lluvias. Cuando los pies de los sacerdotes que llevaban el arca tocaron la orilla del río, las aguas que venían de arriba se detuvieron como si una presa las detuviera; y las que descendían al mar se acabaron. Entonces los sacerdotes parados en tierra seca en medio del Jordán, esperaron a que toda la gente pasara.

Cuando ya todos habían pasado, Josué llamó a los doce hombres que antes había nombrado, uno de cada tribu, y les ordenó:

—Cada uno de ustedes tome ahora una piedra de en medio del río, del lugar donde están parados los sacerdotes, tráiganlas y las pondremos donde vamos a acampar.

Cuando trajeron las piedras, Josué las amontonó y le dijo a la gente:

—Cada vez que veamos estas piedras, recordaremos cómo Dios nos ayudó a pasar el Jordán, y cuando nuestros hijos nos pregunten: “¿Qué significan estas piedras para nosotros?”, les contaremos cómo Dios nos ayudó.

Josué también amontonó doce piedras en medio del Jordán, en el lugar donde se pararon los sacerdotes que llevaban el arca del pacto. Después de esto, los sacerdotes salieron de en medio del Jordán; y en cuanto pisaron la orilla, el agua del río volvió a correr.

Los israelitas acamparon a un lado del río Jordán, en Gilgal, y pusieron las doce piedras que habían tomado de en medio del río. Allí armaron el tabernáculo y sus carpas, y celebraron la Pascua. Al día siguiente hicieron pan sin levadura con el trigo que habían encontrado en Canaán. Desde ese día Dios dejó de mandar el maná, porque ahora ya podían comer de lo que la tierra producía.

Un día, cuando Josué andaba cerca de Jericó, de pronto vio a un hombre delante de él, el cual tenía una espada en la mano. Josué se acercó y le dijo:

—¿Eres de los nuestros o eres de nuestros enemigos?

—He venido como capitán del ejército de Dios —respondió.

Entonces Josué se arrodilló hasta tocar el suelo con la frente y le dijo:

—¿Qué quieres que haga, Señor? soy tu siervo.

Y el Señor le respondió a Josué:

—Quítate los huaraches, porque el lugar en donde estás parado es santo.

Y Josué obedeció.

Jericó es destruida

(Josué 6:1-25)

Las puertas de la ciudad de Jericó estaban bien cerradas. Nadie entraba ni salía, porque tenían miedo de los israelitas. Entonces Dios le dijo a Josué:

—Mira, yo he puesto a Jericó, a su rey y a su ejército en tu mano. Rodea, pues, la ciudad con todo tu ejército y dale una vuelta complete una vez al día, durante seis días. Siete sacerdotes irán delante del arca, llevando cada uno una trompeta hecha de cuerno de carnero; el séptimo día darán siete vueltas a la ciudad, mientras los sacerdotes tocan las trompetas. A la séptima vuelta, al oír el sonido de las trompetas, toda la gente gritará con todas sus fuerzas y el muro de la ciudad se caerá, y entonces ustedes entrarán, cada uno caminando de frente.

Así que Josué llamó a los sacerdotes y les dijo:

—Lleven el arca del pacto, y siete de ustedes vayan delante del arca de Dios con trompetas de cuernos de carnero.

Además le dijo a la gente:

—Vayan y den una vuelta alrededor de la ciudad; la mitad del ejército irá delante del arca de Dios.

Así lo hicieron; una parte del ejército iba adelante, y detrás de ellos iban los siete sacerdotes tocando las siete trompetas. Después venían los sacerdotes cargando el arca, más atrás venía la otra parte del ejército, y detrás de ellos, toda la gente de Israel.

Entonces Josué ordenó a la gente:

—Todos deben ir en silencio, no se debe ni siquiera oír su voz, pero cuando yo les diga: “¡Griten!”, entonces gritarán con todas sus fuerzas.

Así dieron una vuelta a la ciudad, llevando el arca de Dios, y después regresaron al campamento en donde pasaron la noche. Durante seis días hicieron lo mismo, y al

séptimo día se levantaron muy temprano y dieron siete vueltas alrededor de la ciudad. Y esta vez, cuando los sacerdotes acabaron de tocar las trompetas la séptima vez, Josué le dijo a la gente.

—¡Griten! porque Dios nos ha entregado la ciudad, y será destruida por Dios, junto con todas las cosas que hay en ella. Solamente a Rahab, la prostituta, y los que estén en su casa se les perdonará la vida, porque ella ayudó a los espías que mandamos. Ninguno deberá coger nada de lo que hay en la ciudad, para que no seamos castigados por Dios. Pero la plata, el oro, los utensilios de bronce y los vasos de metal y de hierro serán dedicados como ofrenda a Dios.

Entonces los sacerdotes tocaron las trompetas, y cuando la gente las oyó, todos empezaron a gritar muy fuerte, y el muro se cayó. Así los israelitas entraron a la ciudad; cada uno entró por donde estaba, y tomaron la ciudad. Entonces con sus espadas destruyeron todo lo que había en la ciudad: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, y hasta los bueyes, los borregos y los burros.

Josué les dijo a los dos espías que habían ido a reconocer la ciudad:

—Vayan a la casa de Rahab y tráiganla con todo lo que es suyo, tal como se lo prometieron.

Los espías fueron y sacaron a Rahab, a su padre, a su madre, a sus hermanos, a toda su familia y todo lo que era suyo. Después quemaron la ciudad con todo lo que había en ella. Sólo sacaron la plata, el oro y los vasos de metal y de hierro y lo pusieron en el tesoro de la casa de Dios.

El pecado de Acán

(Josué 7)

Los israelitas cometieron una falta delante de Dios cuando uno de sus hombres, llamado Acán, robó de lo que Dios había maldecido en la ciudad de Jericó; y Dios se enojó mucho contra todos los israelitas por él.

Poco tiempo después, Josué mandó a unos espías a explorar a un pueblo llamado Hai, que estaba en lo alto de un cerro. Cuando volvieron, le dijeron a Josué:

—No es necesario que vaya todo el ejército. Con sólo dos o tres mil hombres podemos

conquistar Hai, porque es un pueblo pequeño y son pocos los que lo defienden.

Josué, pues, envió a tres mil hombres, pero resultó que todos tuvieron que huir de los de Hai, los cuales mataron a algunos de los israelitas y persiguieron a los demás hasta otro pueblo. De este modo los israelitas perdieron el ánimo y les entró miedo.

Tristes por la derrota, Josué y los ancianos de Israel rompieron sus ropas y arrodillaron hasta tocar el suelo con la frente delante del arca de Dios toda la tarde, y echaron polvo sobre sus cabezas en señal de dolor. Entonces Josué le dijo a Dios:

—¡Ay, Señor!, ¿por qué nos dejaste pasar el río Jordán, nada más para entregarnos en las manos de nuestros enemigos? Ahora todos los habitantes de Canaán se van a enterar y nos rodearán y nos matarán a todos. Y ¿qué será de la grandeza de tu nombre?

Entonces Dios le contestó:

—Levántate, ¿por qué estás arrodillado con la cara en el suelo? La gente ha pecado y ha desobedecido lo que yo le he ordenado, pues ha tomado algunas cosas de las que yo prohibí que cogieran; han robado, mentido y además han guardado las cosas prohibidas entre sus cosas. Por eso, los israelitas no podrán enfrentarse a sus enemigos, y también serán destruidos si no castigan pronto al que ha pecado. Ahora, levántate y dile a la gente que se prepare para presentarse ante mí mañana. Han pecado, y yo les digo que por eso no van a poder pelear contra sus enemigos hasta que este pecado sea quitado de entre ustedes. Deben presentarse mañana agrupados por tribus y yo les señalaré quién es el culpable, el cual será quemado junto con todo lo que tiene por haber desobedecido lo que yo había ordenado.

Al día siguiente, muy temprano, Josué hizo venir a toda la gente, tribu por tribu, y Dios le indicó en cuál tribu estaba el culpable. Entonces Josué le dijo a la tribu de Judá que se quedara y los demás podían irse, y toda la tribu vino delante de él. Luego Josué llamó a los hijos de un hombre llamado Zera, y éstos se presentaron ante Josué. De ellos Josué llamó a Zabdi, anciano de una familia. Entonces Zabdi se presentó con todos sus hijos y nietos y de ellos Josué escogió a uno que se llamaba Acán, nieto de Zabdi.

Entonces Josué le dijo a Acán:

—Hijo mío, dime lo que has hecho; no me lo escondas.

Y Acán le respondió:

—Sí, confieso que he pecado contra Dios, y esto es lo que hice. Vi entre los despojos un manto muy fino, doscientas monedas de plata y una barra de oro de más de medio kilo, que me gustaron mucho; me quedé con ellos y los enterré debajo de mi carpa.

Josué mandó unos hombres, los cuales fueron corriendo a la carpa de Acán y desenterraron el manto, la plata y el oro. Los trajeron ante Josué, a la vista de toda la gente, y Josué lo llevó al tabernáculo delante de Dios.

Entonces Josué y toda la gente tomaron a Acán, la plata y el oro, el manto, su esposa, y sus hijos e hijas, ya que también estaban de acuerdo con él, sus bueyes y sus burros, sus borregos, su carpa y todo lo que tenía, y lo llevaron a un valle donde Josué le dijo:

—Ya que has traído desgracia sobre nosotros, ahora Dios traiga desgracia sobre ti.

Entonces todos los israelitas los apedrearon y los quemaron y levantaron un gran montón de piedras sobre ellos. Así Dios dejó de estar enojado con los israelitas.

Los gabaonitas engañan a Josué

(Josué 8:10, 25-27, 30, 34-35; 9:3-21; 10:1-12:24)

Después de la muerte de Acán, Josué llevó a su ejército otra vez a Hai y los israelitas mataron a toda la gente de esa ciudad, y el número de los muertos, hombres y mujeres, fue de doce mil, todos de Hai. Los israelitas se quedaron con los animales y los despojos de la ciudad, de acuerdo a lo que Dios había ordenado a Josué, y después Josué quemó la ciudad.

Entonces Josué construyó en un cerro que se llamaba Ebal, un altar a Dios y ofrecieron sobre el altar sacrificios a Dios, porque les había ayudado. Después, Josué leyó todas las palabras de la ley que Moisés había dado y cada uno regresó a su carpa.

Mientras los israelitas estaban en sus carpas, llegaron unos hombres que querían hablar con Josué. Venían de un pueblo llamado Gabaón, el cual se encontraba a menos de dos días de camino.

Ellos habían oído de lo que Dios había hecho con los israelitas y sabían de todo su poder. Así que, pensando que no podían luchar contra ellos, decidieron tratar de engañar a Josué. Se pusieron ropa y huaraches que se veían muy viejos, rotos y remendados, y traían cueros de vino también viejos y pan que estaba mohoso. De esta manera llegaron a donde estaba Josué, en el campo de Gilgal, y le dijeron a él y a los israelitas:

—Venimos de una tierra muy lejana para que ustedes hagan un pacto de paz con nosotros.

Y Josué les preguntó:

—¿Quiénes son ustedes y de dónde vienen?

Entonces ellos respondieron con mentiras:

—Hemos venido de tierras muy lejanas. El día que salimos de nuestras casa para venir a buscarlos, nuestro pan lo tomamos caliente, pero ahora, como ve, está mohoso. Estas bolsas de cuero para el vino eran nuevas cuando las llenamos al salir, y ahora ya están rotas. Y nuestros huaraches ya están viejos porque el camino ha sido muy largo.

Josué no consultó con Dios lo que debía hacer con estos hombres; así que hizo un pacto en el que se comprometió a no pelear contra ellos. Después Josué supo que lo habían engañado y que su tierra estaba cerca. Pero como ya había jurado no matarlos, los israelitas no les mataron, sino que los dejaron vivir en sus terrenos como mozos y como cargadores de leña y agua para toda la gente de Israel.

Había una ciudad en Canaán llamada Jerusalén. El rey de esta ciudad oyó cómo Josué había tomado Hai y la había destruido. También había oído que la gente de Gabaón había hecho paz con los israelitas y ahora vivían con ellos, sirviéndoles. Entonces el rey de Jerusalén tuvo miedo, y por eso mandó mensajes al rey de Hebrón, al rey de Jarmut, al rey de Laquis y al rey de Eglón diciéndoles:

—Vengan y ayúdenme a pelear contra los gabaonitas y matarlos, porque se han aliado con Josué y los israelitas.

Los cinco reyes se juntaron y acamparon cerca de Gabaón, con todos sus ejércitos, y después pelearon contra los gabaonitas.

Entonces la gente de Gabaón mandó decir a Josué:

—Nosotros somos sus sirvientes. Ahora, vengan pronto a donde estamos para ayudarnos,

porque cinco reyes con todos sus ejércitos se han juntado para atacarnos.

Entonces Josué juntoó a todo su ejército y caminaron toda la noche. Cuando llegaron a Gabaón, atacó por sorpresa a los ejércitos enemigos, matando a muchos y persiguiendo a los que huían. Cuando éstos iban huyendo, Dios mandó grandes piedras de granizo sobre ellos, matando a muchos más que los que habían matado a espada los israelitas.

Y mientras los israelitas los iban persiguiendo, Josué dijo:

—Sol, detente en Gabaón. Luna, detene en Ajalón.

Y Dios escuchó, y el sol se detuvo y la luna se paró hasta que la gente se vengó de sus enemigos. Nunca hubo otro día como aquél, ni antes ni después, en el que Dios oyó la oración de un hombre y la respondió parando el sol y la luna, porque Dios estaba con los israelitas.

Durante la batalla, los cinco reyes se habían escondido en una cueva, y cuando los hallaron se lo dijeron a Josué. Entonces Josué fue a la cueva y los mató, y después conquistó todas sus tierras.

De esta manera Josué conquistó toda la región, destruyendo todo y no dejando vivo a nadie, tal y como el Señor se lo había ordenado.

Los últimos consejos de Josué a los israelitas

(Josué 14:1-14; 15:63; 18:1; 22:9; 23:1; 24:1-29, 32)

Todo lo que Dios le había mandado a Moisés, Moisés se lo dijo a Josué y éste obedeció todas las órdenes. Fueron tomando, pues, los israelitas, poco a poco, la tierra de Canaán tal y como Dios les había prometido a sus padres. Fue Josué quien repartió la tierra a cada tribu.

Un día vino Caleb y le dijo a Josué:

—Aunque tengo ochenta y cinco años, todavía estoy fuerte. Dame pues, la tierra que Moisés prometió que me daría, en donde está el pueblo que se llama Hebrón. En él vive gente que es grande y fuerte, pero yo confío en que Dios me ayudará y los vencerá.

Entonces Josué bendijo a Caleb y le dio Hebrón para que fuera de él y de sus

descendientes. Caleb echó fuera a la gente que vivía allí.

Al fin los israelitas no pelearon más y hubo paz en toda la tierra. Todavía vivían allí entre ellos algunos de los antiguos habitantes de Canaán, a los cuales los israelitas no habían echado de sus ciudades.

Un día todos los israelitas se reunieron en el pueblo de Silo y allí levantaron el tabernáculo.

Cuando toda la gente de Israel ya había recibido sus tierras, las tribus de Rubén y Gad y la mitad de la tribu de Manasés regresaron a sus casas al otro lado del río Jordán.

Muchos años después, cuando Josué ya estaba muy anciano, mandó llamar a todos los israelitas a una reunión en un pueblo llamado Siquem. Allí les recordó cómo Dios los había ayudado en todas las guerras que habían tenido, y además les dijo:

—Por todo esto, respeten a Dios y sírvanle con sinceridad y lealtad. Si todavía tienen ídolos, échelos fuera y sirvan a Dios. Y si no quieren servir a Dios, escojan hoy a quién van a servir, si a los ídolos a quienes adoraron nuestros antepasados que vivían en Caldea y en Egipto, o a los ídolos de las naciones que sacamos de Canaan. Por mi parte, mi familia y yo serviremos a Dios.

Luego la gente respondió:

—Nunca dejaremos a Dios por servir a los ídolos, porque nuestro Dios es el que no sacó a nosotros y a nuestros padres de Egipto, y además fue este Dios quien echó de enfrente de nosotros a todos los pueblos y a los que habitaban en estas tierras. Por esto le serviremos porque él es nuestro único Dios.

Pero Josué les contestó advirtiéndoles:

—No podrán servir a Dios sin obedecerle. Si dejan a Dios y sirven a los ídolos, sufrirán.

Entonces la gente le dijo a Josué:

—Pues nosotros serviremos a Dios y le obedeceremos, y no serviremos a los ídolos.

Todas estas palabras las escribió Josué en el libro de la ley de Dios. Y después los israelitas regresaron a sus casas.

Cuando Josué tenía ciento diez años, murió.

Los israelitas lo enterraron en la tierra que Dios le había dado. También los huesos de José que habían traído de Egipto fueron enterrados en Siquem, en el terreno que Jacob había comprado a los hijos de Hamor.

Dios nombre jueces para libertar a Israel

*(Jueces 2:7, 10-19; 3:7-15, 29-30;
4:1-6, 23-24; 6:1-10)*

Cuando los israelitas conquistaron Canaán, no echaron de allí a toda la gente que vivía en esa tierra. Por eso, todavía había algunos de estos pueblos viviendo en medio de ellos, y estas gentes tenían sus propios dioses. Muchos años después, los israelitas hicieron lo malo delante de Dios y empezaron a servir a los dioses de la gente que vivía entre ellos. Los siguieron y los adoraron, dejando a Dios; y en su lugar adoraron a Baal y a Astarot. Por eso, Dios se enojó con los israelitas y los entregó en manos de sus enemigos.

Después Dios hizo surgir, de entre la gente, jueces, que eran caudillos que los libraban de manos de sus enemigos; pero tampoco hacían caso a estos jueces, sino que seguían adorando a los ídolos. Así, cuando Dios nombraba un juez, él estaba con el juez y los libraba de la mano de sus enemigos toda el tiempo que vivía el juez. Pero cuando moría el juez, la gente se echaba para atrás y volvía a adorar a los ídolos.

Por eso, Dios los entregó primero en manos del rey de Mesopotamia, y le sirvieron durante ocho años. Entonces los israelitas clamaron a Dios y él les mandó a un hombre llamado Otoniel para que los liberara, y los libertó. Otoniel fue juez durante cuarenta años, pero cuando murió, los israelitas regresaron otra vez a sus malos caminos. Así que Dios ayudó al rey de los moabitas a conquistar Israel, y los israelitas le sirvieron al rey de los moabitas durante dieciocho años. Pero volvieron a clamar a Dios, y él escogió de entre ellos a un hombre llamado Aod, y mientras él fue juez de Israel, hubo paz en la tierra durante ochenta años.

Cuando Aod murió los israelitas volvieron a adorar a otros dioses, y esta vez Dios los entregó en manos del rey de Canaán. A los veinte años de estar bajo el poder de los canaanitas, los israelitas le suplicaron a Dios que los ayudara. En aquel tiempo gobernaba en Israel una mujer llamada Débora. Ella mandó llamar a un hombre llamado Barac para que fuera capitán del ejército de Israel. Entre los dos libraron a los israelitas de la mano del rey de Canaán y durante cuarenta años hubo paz en la tierra.

Pero los israelitas nuevamente adoraron a otros dioses y Dios los entregó, en esta ocasión, por siete años en las manos de Madián. Los israelitas tuvieron que vivir en cuevas en los cerros, a causa de la crueldad de los madianitas, ya que cuando los de Israel terminaban de sembrar sus tierras venían los madianitas y los amalecitas y destruían sus sembrados, no dejando nada que comer en Israel. Además se llevaban todos los animales de los israelitas. Estos enemigos venían con todo y su ganado y sus carpas. Eran tantos que parecían langostas y no se podían contar ni ellos ni sus camellos. Destruyeron la tierra y de este modo Israel quedó muy pobre por causa de los madianitas.

Entonces los israelitas le rogaron a Dios que los librara de los madianitas, y Dios les respondió escogiendo de entre ellos a un profeta, que les dijo:

—Así ha dicho Dios: “Yo saqué a sus antepasados de Egipto y los libré de la esclavitud. Y los libré de la mano de los egipcios y de mano de todos aquellos que los oprimían, a los cuales hice huir. Les di esta tierra y les ordené que no adoraran a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitan, porque yo soy su Dios. Pero ustedes no han hecho caso.”

Un ángel habla con Gedeón

(Jueces 6:11-31)

Un día vino el ángel del Señor y se sentó debajo de un árbol que estaba en Ofra, en el terreno de un israelita llamado Joás. Gedeón, el hijo de Joás, estaba limpiando trigo en el lugar donde sacaban el jugo de la uvas, para esconderse de los madianitas. Entonces el ángel se le apareció en forma de hombre y le dijo:

—Dios está contigo y te ha dado fuerza y valor.

Pero Gedeón le respondió:

—¡Oh señor!, si Dios está con nosotros, ¿por qué nos ha sucedido todo esto? Y ¿dónde están todos los milagros que nuestros antepasados nos han contado, como cuando Dios los sacó de Egipto? Ahora Dios nos ha abandonado y ha permitido que los madianitas nos conquisten.

Entonces el Señor, mirando a Gedeón, le dijo:

—Yo te he hecho fuerte; ve y salva a tu gente de la mano de los madianitas. Yo soy el que te envía.

Y Gedeón respondió:

—Señor, ¿cómo puedo yo salvar a mi gente? Mi familia es muy pobre y soy el menor de todos.

Pero Dios le contestó:

—Yo estaré contigo y derrotarás a los madianitas como si fueran un solo hombre.

Y él respondió:

—Te ruego que me des una señal de que has sido tú el que me ha hablado. Te ruego que no te vaya de aquí hasta que regrese y ponga delante de ti mi ofrenda.

Y el Señor le dijo:

—Esperaré hasta que vuelvas.

Gedeón entró en su casa, preparó un cabrito y panes, puso la carne en una canastilla y el caldo en una olla, y se lo presentó al ángel.

Y el ángel de Dios le dijo:

—Toma la carne y los panes y pon los sobre esta roca y vacía el caldo sobre la afrenda.

Así lo hizo. Entonces el ángel de Dios levantó la vara que tenía en la mano, y cuando tocó la carne y los panes con la punta, salió fuego de la roca y los consumió.

Inmediatamente después el ángel de Dios desapareció de su vista.

Sabiendo Gedeón que era el ángel de Dios, dijo:

—¡Oh, Señor!, he visto a tu ángel cara a cara.

Y Dios le dijo:

—No tengas miedo, no morirás por haberlo visto.

Entonces Gedeón construyó un altar a Dios en ese lugar.

Esa misma noche Dios le dijo a Gedeón:

—Toma un toro de tu padre, ve y derriba el altar de Baal que tiene tu padre; corta también el tronco sagrado que está allí cerca y haz un altar para mí, tu Dios. Luego quema el toro como ofrenda para mí, usando como leña el tronco sagrado.

Así, Gedeón tomó a diez de sus sirvientes e hizo como Dios le dijo. Pero lo hizo de noche por temor a la familia de su padre y a los hombres de la ciudad.

A la mañana siguiente, cuando los de la ciudad se levantaron, se encontraron con que el

altar de Baal estaba derribado y el tronco había sido cortado, y en su lugar había un nuevo altar con restos del toro sacrificado. Y se decían unos a otros.

—¿Quién ha hecho esto?

Y les dijeron:

—Lo hizo Gedeón, el hijo de Joás.

Entonces los hombres de la ciudad le dijeron a Joás:

—Saca a tu hijo. Él debe morir por haber derribado el altar de Baal y haber cortado el tronco sagrado que estaba allí.

Y Joás respondió a todos los que se habían juntado:

—¿Van ustedes a defender a Baal?

¿Necesita que lo cuiden? Si Baal es dios, que pelée por sí mismo contra el que derribó su altar.

Dios ayuda a Gedeón a escoger a su ejército

(Jueces 6:33–7:8)

Poco después, los ejércitos de los madianitas y amalecitas se juntaron en un valle para pelear contra Israel. Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Gedeón, y cuando él tocó un cuerno de carnero, cuatro de las tribus de Israel se reunieron para pelear. Cuando ya estaban reunidos, Gedeón le dijo a Dios:

—Si de veras vas a usarme para salvar a mi pueblo como lo has prometido, pruébame de esta manera: voy a poner el cuero lanudo de un borrego en donde se limpia trigo, y si en la mañana el rocío está solamente en la lana y la tierra está seca, yo sabré que vas a salvar a mi pueblo por mi mano, como lo prometiste.

Y así sucedió, porque en la mañana, cuando Gedeón se levantó, exprimió la lana y de ésta sacó un tazón lleno de agua de rocío.

Pero Gedeón le dijo a Dios:

—No te enojés conmigo por lo que te voy a decir; solamente quiero probar otra vez con la lana. Te ruego que ahora la lana quede seca y el rocío caiga sobre la tierra.

Aquella noche Dios lo hizo así, y la lana estaba seca, mientras que el rocío cubría la tierra.

Cuando se levantaron en la mañana, Gedeón y toda la gente que estaba con él fueron y acamparon cerca de un pozo, de manera que el

campamento de los madianitas les quedaba abajo, en el valle. Y Dios le dijo a Gedeón:

—Es mucha la gente que viene contigo para que yo les dé la victoria sobre los madianitas, porque si así lo hago, ustedes se pondrán orgullosos y dirán: “Nuestra propia mano nos ha salvado. Por eso, dile a la gente: “Los que tengan miedo, pueden regresar mañana a su casa”.

Y al otro día se regresaron veintidós mil hombres, quedando sólo diez mil.

Entonces Dios le dijo a Gedeón:

—Todavía es mucha gente. Llévalos al río y allí yo los pondré a prueba. Del que yo te diga: “Este va contigo”, que vaya, pero de cualquiera que te diga: “Este no va contigo”, que no vaya.

Entonces Gedeón llevó a los hombres al río y Dios le dijo:

—Todos aquellos que no se arrodillen al tomar agua, sino que con sus manos lleven agua a su boca y lo laman, a éstos los pondrás aparte.

Cuando los hombres empezaron a tomar agua, muchos se arrodillaron para tomarla. Sólo trescientos no se arrodillaron sino que lamieron agua de sus manos.

Entonces Dios le dijo a Gedeón:

—Con estos trescientos hombres los salvaré y entregaré a los madianitas en tus manos. Los demás pueden regresar a sus casas.

Así, Gedeón envió a los demás israelitas a sus casas y sólo se quedó con aquellos trescientos hombres.

Gedeón conquista a los madianitas

(Jueces 7:9-25; 8:22-23)

El campamento de los madianitas y los amalecitas estaba en un valle, y Gedeón y los israelitas podían verlos desde donde estaban arriba en el cerro. Esa noche Dios le dijo a Gedeón:

—Levántate y baja al campamento de los madianitas, porque los he entregado en tus manos. Si tienes miedo de bajar solo, llévate a tu criado Fura. Ve a oír lo que los madianitas dicen, y eso te dará ánimo para atacarlos.

Entonces Gedeón bajó con su criado Fura al campamento de los madianitas. Los madianitas y los amalecitas, que estaban acampados en el valle, parecían un gran enjambre de langostas, y

sus camellos era tantos como la arena que está en la orilla del mar.

Cuando llegaron al campamento, un hombre estaba contando un sueño a su compañero, y le decía:

—Soñé que un pan de cebada venía rodando hasta nuestro campamento y al chocar con nuestra tienda la tiraba.

Y su compañero le contestó:

—Eso no es otra cosa que la espada de Gedeón, hijo de Joás, hombre de Israel, y Dios nos ha entregado en sus manos.

Cuando Gedeón oyó el relato del sueño y su interpretación, le dio gracias a Dios. Entonces regresó al campamento israelita y dijo:

—Levántense porque Dios ha entregado el campamento de Madián en nuestras manos.

Gedeón repartió en tres grupos a los trescientos hombres, y dio a cada uno de ellos un cuerno y una jarra con un ocote ardiendo dentro de ella, y les dijo:

—Cuando llegue a donde comienza el campamento de los madianitas, fíjense en mí y hagan lo que yo haga. Cuando toque el cuerno, junto con todos los que estén conmigo, también ustedes tocarán los cuernos, romperán las jarras alrededor del campamento y gritarán: “¡Por la espada de Dios y de Gedeón!”

Así, Gedeón y los cien hombres que iban con él llegaron a la orilla del campamento a la hora en que comenzaba el turno de guardia de medianoche. Tocarón los cuernos y quebraron las jarras que llevaban en la mano. Entonces los tres grupos también tocaron los cuernos y quebraron las jarras; tomaron el ocote en la mano izquierda y en la derecha los cuernos que tocaban, y gritaban:

—¡Por la espada de Dios y de Gedeón!

Los israelitas se quedaron en sus lugares alrededor del campamento madianita, y todos los madianitas se espantaron y huían gritando, mientras los trescientos israelitas seguían tocando los cuernos. Dios hizo que algunos madianitas se mataran entre sí y que otros salieran huyendo.

Los israelitas persiguieron a los que huían, y Gedeón mandó a avisar a los de la tribu Efraín y les dijo: “Bajen y ataquen a los madianitas y ocupen los lugares por donde se puede cruzar el río”. Entonces todos se juntaron para pelear;

capturaron a dos jefes del ejército madianita y los mataron.

Entonces los israelitas le dijeron a Gedeón:

—Queremos que seas nuestro jefe, y que tú y tus descendientes nos gobiernen, pues nos has librado de los madianitas.

Pero Gedeón les contestó:

—Ni yo ni mi hijo los gobernaremos; sólo Dios será su Señor.

La historia de Jefté

(Jueces 11; 12:7)

Había un hombre llamado Jefté, hombre valiente, hijo de una prostituta y de un israelita llamado Galaad. La mujer de Galaad también había tenido hijos, los cuales cuando fueron grandes, echaron fuera a Jefté y le dijeron:

—Tu no vas a heredar nada de la casa de nuestro padre, porque no eres su hijo legítimo.

Jefté huyó de sus hermanos y se fue a vivir en la región de Tob, en donde se juntaron con él otros hombres.

Después de un tiempo, el pueblo de los amonitas atacó a los israelitas. Cuando los ancianos de Israel vieron esto, fueron a traer a Jefté de la región de Tob, y le dijeron:

—Ven, queremos que seas nuestro capitán para pelear contra los amonitas.

Pero Jefté les contestó:

—¿No me odiaban ustedes y hasta me corrieron de la casa de mi padre? ¿Por qué pues ahora que están en problemas vienen a buscarme?

Entonces los ancianos le respondieron:

—Por eso venimos hoy a ti, para que seas el líder de todos nosotros.

Pero él les contestó:

—Si voy a pelear contra los amonitas, y Dios los entrega en mis manos, ¿seré yo su líder?

Los ancianos le respondieron:

—Dios es testigo de que haremos lo que has dicho.

Entonces Jefté fue con los ancianos y la gente lo nombró como su jefe y líder.

Jefté mandó mensajeros al rey de los amonitas para que le dijeran:

—¿Qué tiene usted contra mí para que venga a mi tierra a pelear?

Y el rey de los amonitas respondió a los mensajeros de Jefé:

—Así como sus abuelos tomaron mi tierra cuando llegaron de Egipto, ahora quiero que me la devuelva en paz.

De nuevo Jefé mandó mensajeros al rey de los amonitas para decirle:

—Nuestros abuelos no tomaron la tierra de los moabitas ni la tierra de ustedes, sino que viniendo de Egipto, cruzaron el Mar Rojo y caminaron en el desierto, llegando así a Cades. Entonces mandaron mensajeros al rey de Edom diciendo: “Le rogamos que nos deje pasar por su tierra.” Pero el rey de Edom no los dejó.

’Mandaron, también, mensajeros al rey de Moab, pero él tampoco quiso. Así que, finalmente rodearon la tierra de los edomitas y la de los moabitas, y se fueron por el desierto. Llegaron a la tierra de los amorreos, de la cual una parte era antes de ustedes. Allí mandaron mensajeros a Sehón, rey de los amorreos, diciéndole: “Le rogamos que nos deje pasar por su país para llegar a nuestra tierra”.

’Pero Sehón desconfió de nuestros antepasados y no les permitió pasar por su tierra, sino que juntó a todo su ejército y peleó contra Israel. Entonces Dios entregó a Sehón y a toda su gente en manos de nuestros antepasados, los vencieron y se quedaron con toda la tierra que los amorreos habitaban. De esta manera Dios nos dio todas estas tierras y derrotamos a todos los que se nos oponían. ¿Y ahora quiere usted que devolvamos lo que el Señor nos ha dado? Si su dios Quemus le da algo lo considera suyo, ¿no es cierto? Pues así consideramos lo que Dios nos ha dado. Usted es malo; Balac, rey de Moab, era mejor que usted. Él no tuvo problemas con nuestros antepasados ni peleó contra ellos.

’Ya hace trescientos años que vivimos en esta tierra; ¿por qué no habían reclamado estas tierras en todo este tiempo? Yo no he hecho nada contra ustedes. Es usted el que hace mal viniendo a pelear con nosotros. Nuestro Dios, que es el juez, sabe que estoy diciendo la verdad.

A pesar de todo esto, el rey de los amonitas no hizo caso de las razones que Jefé le dio y comenzó a pelear. El Espíritu de Dios vino sobre Jefé y se fue a pelear contra los amonitas. Y Jefé hizo esta promesa a Dios:

—Si me ayudas a derrotar a los amonitas, yo te daré en sacrificio al primero que salga de mi casa a recibirme cuando regrese de la batalla contra los amonitas.

De este modo, Jefé se fue a pelear contra los amonitas y Dios le dio la victoria. Cuando regresó a su casa, la única hija que tenía salió a recibirlo; aparte de ella no tenía ningún otro hijo o hija. Cuando la vio, rompió su ropa y se puso muy triste por haber hecho esa promesa.

Entonces le dijo a ella:

—¡Ay, hija mia! Estoy muy triste por ti, porque le hice una promesa a Dios y ahora tengo que cumplirla.

Ella contestó:

—Padre mío, si has hecho un juramento a Dios, haz conmigo lo que prometiste, porque Dios ha cumplido su parte al derrotar a tus enemigos los amonitas.

También dijo la muchacha a su padre:

—Pero te pido que me des dos meses para ir a los montes a llorar con mis amigas por tener que morir sin haberme casado.

—Sí, puedes ir —le contestó.

Y ella anduvo por los montes llorando con sus compañeras durante dos meses, porque no quedaría descendiente de ella. Pasados los dos meses, regresó a su casa y su padre cumplió con lo que le había prometido a Dios.

Y se hizo costumbre que cada año, durante cuatro días, todas las muchachas de Israel fueron a llorar por la hija de Jefé.

Jefé gobernó Israel durante seis años y murió.

Dios anuncia el nacimiento de Sansón

(Jueces 13:1-24)

Los israelitas volvieron a adorar a los ídolos. Entonces Dios los entregó en manos de los filisteos durante cuarenta años.

En ese tiempo había un hombre israelita de la tribu de Dan, llamado Manoa. Su mujer nunca había tenido hijos. Un día se le apareció a esta mujer el ángel de Dios y le dijo:

—Sé que nunca has tenido hijos, pero ahora vas a tener uno. Así que no debes tomar vino ni ninguna otra bebida fuerte, ni comas nada de lo que Dios ha prohibido. Y al hijo que vas a tener, no vas a cortarle el pelo, porque Dios lo ha

escogido para salvar a los israelitas de las manos de los filisteos.

La mujer vino y le contó a su marido todo lo que el ángel le había dicho. Entonces Manoa oró a Dios y le dijo:

—Oh Señor mío, te ruego que aquel siervo tuyo que enviaste, vuelva ahora a nosotros y nos enseñe lo que debemos hacer con el niño que va a nacer.

Dios oyó la oración de Manoa, y el ángel de Dios apareció de nuevo a la mujer cuando estaba en el campo; pero su esposo, Manoa, no estaba con ella. Entonces la mujer fue corriendo a avisarle a su marido, y él regresó con ella y le preguntó al ángel:

—¿Es usted el que habló el otro día con mi mujer?

—Sí, yo soy —contestó.

Entonces Manoa dijo:

—Cuando sus palabras se cumplan, ¿cómo deberemos educar al niño y qué debemos hacer con él?

Y el ángel de Dios le respondió:

—Tu mujer se apartará de todas las cosas que le dije. No beberá vino ni bebidas fuertes y no comerá ninguna cosa de lo que Dios ha prohibido comer. Tiene que hacer todo lo que le mandé.

Entonces Manoa dijo al ángel de Dios:

—Le ruego que se quede a comer con nosotros y le prepararemos un cabrito.

Y el ángel le contestó:

—Aunque me quedara, no podría comer su comida. Pero si quieres, puedes ofrecérsela a Dios.

Manoa no sabía que aquel era el ángel de Dios porque parecía hombre.

Entonces Manoa dijo al ángel:

—Díganos cómo se llama, para darle las gracias cuando sus palabras se cumplan.

—¿Para qué quieres saber mi nombre?, pues es algo admirable y difícil de entender.

Manoa tomó un cabrito y lo ofrendó a Dios sobre una roca, y cuando la llama subió del altar hacia el cielo, el ángel de Dios subió en la llama a la vista de Manoa y de su mujer, y ellos inclinaron su frente hasta el suelo. Hasta entonces Manoa se dio cuenta de que era el ángel de Dios con el que había hablado, y le dijo a su mujer:

—Ahora moriremos porque hemos visto a Dios.

Su mujer le respondió:

—Si Dios nos quisiera matar, no hubiera aceptado nuestra ofrenda y no nos hubiera dicho todo esto.

Tiempo después, la mujer tuvo un hijo y lo llamó Sansón. El niño creció y Dios lo bendijo.

La boda de Sansón

(Jueces 14:1-19)

Cuando Sansón ya era joven, se enamoró de una mujer filisteo y quiso casarse con ella. Se lo dijo a sus padres, pero a ellos no les cayó bien porque ella no creía en Dios.

Su padre y su madre no sabían que Dios quería que Sansón se casara con una muchacha de los filisteos, para que después pudiera acusarlos y matarlos.

Lo único que Sansón quería era casarse con la mujer, y mandó a sus padres para que la pidieran. Después, cuando fue a visitar a la mujer, en el camino lo atacó un león. Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Sansón y así despedazó al león con sus propias manos, pero no les dijo a su padre ni a su madre lo que había hecho.

Después de algunos días, cuando Sansón regresó para casarse con la muchacha, se apartó del camino para ver al león muerto. En el cuerpo del león encontró muchas abejas y miel. Tomó la miel en sus manos y se fue por el camino, comiéndosela. Cuando alcanzó a sus padres, les convidó de la miel, pero no les dijo que aquella miel la había sacado del cuerpo del león.

Al llegar a la casa de la mujer, Sansón hizo allí un banquete durante siete días, como se acostumbraba hacer en las bodas. El padre de la muchacha mandó llamar a treinta de sus amigos para que lo acompañaran, a los cuales Sansón les dijo:

—Les voy a decir una adivinanza, y si durante los siete días del banquete me la contestan, les daré treinta mudas de ropa, pero si no la pueden contestar, ustedes me darán las treinta mudas de ropa.

Ellos le respondieron:

—Dinos pues tu adivinanza.

Entonces les dijo:

—“Del que comía salió comida y del fuerte salió dulzura.”

Como ellos no podían resolver la adivinanza, le dijeron a la mujer de Sansón:

—Convence a tu marido para que te dé la solución de la adivinanza, o si no, te quemaremos a tí y a la casa de tu padre; porque sólo nos han invitado para quitarnos lo que es nuestro.

Así, la mujer de Sansón lloraba delante de él y le decía:

—Tu me odias, no me amas; pues no me dices cuál es la respuesta a la adivinanza que les dijiste a mis paisanos.

Y Sansón le respondió:

—Si ni a mi padres ni a mi madre se lo he dicho, ¿por qué te lo habría de decir a ti?

Ella siguió llorando durante los siete días que tuvieron banquete y en el séptimo día Sansón le dijo la respuesta porque ya no pudo resistir más su insistencia. Entonces ella se lo fue a decir a sus paisanos. Ese mismo día, antes de que el sol se ocultara, los filisteos fueron a decirle a Sansón:

—Lo más dulce es la miel, y el más fuerte es el león.

Y Sansón les respondió:

—Si no hubieran obligado a mis esposa a preguntarme, nunca hubieran descubierto la adivinanza.

Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Sansón y fue a un pueblo que se llamaba Ascalón. Allí mató a treinta hombres de los filisteos, tomó sus ropas y se las dio a los que le habían contestado la adivinanza.

Después que les dio la ropa, Sansón dejó a su esposa en la casa de su suegro y regresó a casa de sus padres. Estaba muy enojado porque su esposa lo había engañado y les había dicho la respuesta; por esta razón la dejó.

La gran fuerza de Sansón

(Jueces 14:20–16:3)

El suegro de Sansón pensó que ya no quería a su hija, y permitió que ella se casara con otro hombre. Después de algún tiempo, Sansón vino a visitar a su esposa, pero se encontró con que su esposa había sido dada a otro hombre. Entonces se enojó tanto que fue y cazó trescientas zorras. Las ató por las colas y les amarró un ocote por

cada dos colas. Después prendió los ocotes y soltó las zorras en los trigales de los filisteos. De esta manera quemó todo el trigo y muchas de las viñas y olivares.

Los filisteos supieron que Sansón había hecho eso porque su suegro le había quitado a su esposa. Entonces los filisteos vinieron y quemaron a la mujer y al padre. Al oír esto, Sansón fue y mató a muchos filisteos y luego se escondió en una cueva en Judá. Después los filisteos fueron a Judá a capturar a Sansón.

Los hombres de Judá les preguntaron:

—¿Por qué han venido a pelear contra nosotros?

Y los filisteos respondieron:

—Venimos a buscar a Sansón, para que pague todo lo que nos ha hecho.

Entonces se juntaron tres mil hombres de Judá y fueron a la cueva donde estaba Sansón, y le dijeron:

—Que no sabes que los filisteos nos dominan? ¿Por qué has hecho esto? Ahora hemos venido a llevarte para entregarte a los filisteos.

Y Sansón les respondió:

—Está bien, pero prométanme que ustedes no me matarán.

Y ellos le respondieron:

—No, no lo haremos. Solamente te entregaremos a los filisteos, pero no te mataremos.

Entonces lo amarraron con dos lazos nuevos y lo trajeron a los filisteos.

Al ver que Sansón venía amarrado, los filisteos salieron a recibirlo saltando de gusto. Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Sansón y él rompió los lazos, que se hicieron como si fueran de lino quemado por el fuego. Luego cogió una quijada de burro que encontró y con ella mató a mil filisteos. Después, a Sansón le dio mucha sed y le dijo a Dios:

—Dios, tú me has dado esta gran victoria; ¿me dejarás ahora morir de sed y caer en manos de mis enemigos?

Entonces Dios abrió un agujero en una piedra, de la cual salió agua. Sansón bebió de ahí, recobró su fuerza y se reanimó.

Un día Sansón fue a Gaza, un pueblo de los filisteos. Allí vio a una prostituta y entró a su casa a dormir con ella.

Cuando los de Gaza se dieron cuenta de que Sansón estaba en el pueblo, se pusieron a vigilar todo el día las puertas de la ciudad para que no saliera; pero al llegar la noche, se fueron a dormir pensando que cuando amaneciera saldría y entonces lo matarían.

Pero Sansón se levantó a medianoche y arrancó las puertas de la ciudad, junto con sus dos pilares, se las echó al hombro y fue a dejarlas en la cumbre de un cerro que está enfrente de Hebrón, para demostrarles que él no lo podían detener.

Sanson y Dalila

(Jueces 16:4-30)

Tiempo después, Sansón se enamoró de una mujer filisteas llamada Dalila. Un día los jefes de los filisteos fueron a ver a Dalila y le dijeron:

—Engaña a Sansón y averigua cuál es el secreto de su gran fuerza y cómo lo podríamos vencer; así podríamos dominarlo y amarrarlo. Si nos lo dices, cada uno de nosotros te dará mil cien monedas de plata.

Entonces un día Dalila le dijo a Sansón:

—Te ruego que me digas cuál es el secreto de tu gran fuerza, y cómo amarrarte para que no te escapes.

Sansón le respondió:

—Si me amarraran con siete bejucos verdes, entonces ya no tendría fuerza y sería como cualquier otro hombre.

Así los filisteos le trajeron a Dalila siete bejucos verdes para que lo amarrara. Antes, ella ya había escondido en su casa unos filisteos, y cuando terminó de amarrarlo, gritó:

—¡Sansón, te atacan los filisteos!

Entonces él rompió los bejucos como se rompe una cuerda de maguey cuando el fuego la quema, y no reveló el secreto de su fuerza.

Y Dalila le dijo:

—Me engañaste y me dijiste mentiras. Te ruego ahora que me digas cómo puedes ser amarrado.

Él le dijo:

—Si me amarraran muy fuerte con lazos nuevos que no se hayan usado para nada, no tendría fuerza y sería como un hombre común.

Entonces Dalila tomó unos lazos nuevos y lo amarró con ellos, y le dijo:

—¡Sansón, te atacan los filisteos!

Otra vez él rompió como un hilo los lazos que lo ataban.

Y Dalila volvió a decirle a Sansón:

—Me has engañado otra vez y me has mentado. Ahora dime la verdad, cómo te podrían amarrar.

Entonces él le dijo:

—Si tejieras siete trenzas de mi pelo con la tela del telar y luego clavaras bien la estaca en el suelo, no tendría fuerza.

Ella lo hizo de esa manera, y luego le gritó:

—¡Sansón, te atacan los filisteos!

Pero él se despertó y arrancó del suelo la estaca y el telar.

Entonces ella le dijo:

—¿Cómo puedes decirme que me amas?

Ya me has engañado tres veces y aún no me has dicho cuál es el secreto de tu gran fuerza.

Ella seguía insistiendo y lo presionaba tanto que, finalmente, él no pudo resistir más y le dijo cuál era el secreto de su fuerza:

—A mí nunca me han cortado el pelo —le dijo—, porque soy escogido de Dios. Si me cortan el pelo, perdería mi fuerza y sería como un hombre cualquiera.

Cuando Dalila se dio cuenta que había dicho la verdad, mandó a llamar a los jefes de los filisteos y les dijo:

—¡Vengan! Ahora sí él me ha dicho cuál es el secreto de su gran fuerza.

Los jefes de los filisteos vinieron a su casa con el dinero en la mano. Entonces ella hizo que se durmiera sobre sus rodillas, y llamó a un hombre para que le cortara el pelo. Luego le gritó:

—¡Sansón, te atacan los filisteos!

Cuando Sansón se despertó, pensó:

—Esta vez saldré como las otras veces y me escaparé.

Pero no sabía que Dios ya se había apartado de él. Entonces los filisteos lo agarraron; le sacaron los ojos y se lo llevaron a Gaza en donde lo amarraron con cadenas a un molino en la cárcel, para que sufriera. Allí le comenzó a crecer el pelo otra vez.

Un día los jefes de los filisteos se reunieron para darle gracias a Dagón, su dios, y celebrar la derrota de Sansón. Y dijeron:

—Traigan a Sansón para que nos divierta.

Fueron y trajeron a Sansón de la cárcel para que les sirviera de juguete y los pusieron entre

dos pilares. Entonces Sansón le dijo al mozo que lo llevaba de la mano:

—Acércame a los pilares que sostienen el techo para que me apoye en ellos.

El lugar estaba lleno de hombres y mujeres, y también los jefes de los filisteos estaban allí. En el piso alto habían como tres mil hombres y mujeres que estaban viendo cómo se burlaban de Sansón.

Entonces Sansón le rogó a Dios, diciendo:

—Señor, acuérdate de mí ahora, y dame fuerza sólo una vez más. Te lo ruego, oh Dios, para vengar de los filisteos mis dos ojos.

Luego Sansón buscó con las manos los dos pilares, y apoyando sus manos en ellos, gritó:

—¡Mueran los filisteos conmigo!

Y haciendo un gran esfuerzo, empujó, y se derrumbó el techo sobre los jefes y sobre toda la gente que estaba allí. Fueron muchos más los filisteos que Sansón mató al morir, que los que había matado durante toda su vida.

Sansón fue juez en Israel durante veinte años y fue enterrado en la tumba de su padre Manoá.

La historia de Rut, una mujer de otro país

(Rut 1:1-2:23; 4:13-17)

Sucedió en los días en que los jueces gobernaban, que hubo hambre en la tierra. Por eso un hombre de Belén, en la tierra de Judá, fue a los campos de Moab, al otro lado del río Jordán, él, su mujer y sus dos hijos. Aquel hombre se llamaba Elimelec, su mujer se llamaba Noemí y sus hijos eran Mahlón y Quelión. Llegaron, pues, a los campos de Moab y se quedaron allí.

Elimelec, marido de Noemí, murió, y ella se quedó con sus dos hijos, los cuales se casaron con mujeres de Moab. La esposa de uno se llamaba Orfa, y la otra se llamaba Rut. Vivieron allí unos diez años, al cabo de los cuales Mahlón y Quelión también murieron. Así Noemí quedó desamparada de sus dos hijos y de su marido.

Entonces ella, con sus nueras, se fue de los campos de Moab porque había oído que el hambre ya había pasado en su tierra. Salió, junto con sus dos nueras, del lugar donde había vivido, y comenzaron a caminar para regresar a Judá. Luego Noemí dijo a sus nueras:

—Regresen a la casa de sus padres. Dios tengaa misericordia con ustedes como tuvieron con mis hijos y conmigo y haga que hallen cada una otro marido.

Las besó, y ellas, llorando, le dijeron:

—No, nosotras queremos volver contigo a tu pueblo.

Y Noemí les respondió:

—Váyanse, hijas mías. ¿Para qué van conmigo? No tengo más hijos que puedan ser sus maridos. Mejor váyanse a la casa de sus padres.

Ellas siguieron llorando, y luego Orfa besó a su suegra y regresó a la casa de sus padres, pero Rut se quedó con ella.

Entonces Noemí le dijo:

—Mira, tu concuña ha vuelto a su pueblo y a sus dioses. ¿Por qué no vuelves a tu pueblo también?

Y Rut le respondió:

—No me ruegues que te deje y que me aparte de ti, porque dondequiera que tú vayas, yo iré, y dondequiera que vivas, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios.

Cuando Noemí vio que Rut de veras estaba resuelta a ir con ella, dejó de insistirle que se fuera con sus padres. Así siguieron las dos hasta que llegaron a Belén.

Vivía en Belén un hombre llamado Booz, pariente de Elimelec, el difunto esposo de Noemí.

Cuando llegaron Noemí y Rut a Belén, era la época cuando comenzaba la cosecha de la cebada, y Rut fue a recoger espigas en los campos. Un día Rut fue a recoger espigas en el campo de Booz, y cuando éste la vio, vino y le preguntó al capataz:

—¿Quién es esa mujer?

Y el capataz le contestó:

—Es la mujer que vino con Noemí de Moab. Es su nuera.

Entonces Booz fue a hablar con Rut y le dijo:

—Puedes venir a recoger espigas aquí todas las veces que quieras. Y si tienes sed ve a los cántaros y bebe del agua que hay allí.

Ella se postró delante de él y le dijo:

—¿Por qué se ha fijado en mí, si soy extranjera?

Y Booz le respondió:

—Ya se me ha informado de todo lo que has hecho, de cómo has sido bondadosa con tu suegra. Y además, de que has creído sinceramente en Jehová nuestro Dios.

Cuando Booz y sus mozos comieron, le dieron de comer a Rut también. Después, cuando se levantó Rut para seguir recogiendo espigas, Booz le ordenó a sus mozos:

—No molesten a esta mujer; al contrario, dejen caer espigas de sus manojos para que ella las recoja, y no la regañen por eso.

Rut siguió recogiendo espigas en el campo hasta la tarde y después regresó a la casa de su suegra. Cuando Noemí vio todo lo que había recogido, le dijo:

—¿Dónde has trabajado hoy? ¿Dónde recogiste tantas espigas? Bendito sea el que te ha ayudado.

Y ella le contó a su suegra dónde había trabajado y quién era el dueño del lugar.

Así que, Rut siguió recogiendo espigas con las criadas de Booz hasta que la cosecha de cebada se acabó.

Después Booz se casó con Rut y ella tuvo un hijo al que le pusieron por nombre Obed. Este fue el abuelo de David.

Dios le habla a Samuel

(1 Samuel 1:1-2, 6-11, 17-20, 23-24, 26-28; 2:11; 3:1, 3-18)

Había un hombre en la tierra de Canaán que se llamaba Elcana. De sus dos esposas, una tenía hijos y la otra no. La que no tenía hijos se llamaba Ana, y Ana lloraba mucho, porque la otra mujer de Elcana se burlaba de ella para que se enojara y se pusiera triste.

Un día, cuando Elcana y sus dos mujeres fueron al templo para ofrecer sacrificio a Dios, Elcana dijo a Ana:

—Ana ¿por qué lloras? y ¿por qué no comes? ¿Por qué está triste tu corazón? Aunque tuvieras diez hijos, no te amarían como yo.

Pero Ana fue a orar sola; lloró delante de Dios y le dijo:

—Dios, si te dignaras mirar mi tristeza y te acordaras de mí y me dieras un hijo, yo te lo dedicaría todos los días de su vida.

El sacerdote Elí la estaba mirando mientras ella oraba y cuando terminó le dijo:

—Hija, ve en paz, y que nuestro Dios te conteste la petición que le has hecho.

Entonces Ana se fue a su casa, pero ya no estaba triste.

Dios había escuchado su oración, y después de un tiempo ella tuvo un hijo al que llamó Samuel, y dijo:

—Ese será su nombre porque se lo pedí a Dios.

El niño creció y después que lo destetó, su madre lo llevó al templo de Dios, al sacerdote Elí. Entonces Ana le dijo:

—Oh, señor mío, yo soy aquella mujer que estuvo aquí orando a Dios. Oraba por este niño y Dios me dio lo que pedí. Así que, ahora se lo devuelvo a Dios por todos los días que viva.

Entonces dio gracias a Dios.

El niño Samuel se quedó en el templo y servía a Dios, ayudando al sacerdote Elí.

Por muchos años no había habido profeta de Dios en Israel para predicar lo que Dios quería.

Una noche, mientras Samuel dormía en el templo, se oyó la voz de Dios que lo llamaba, y fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo:

—Aquí estoy. ¿Para qué me llamó?

Elí le respondió:

—Yo no te he llamado. Vuelve a acostarte.

Y Samuel se fue a acostar otra vez.

Entonces Dios volvió a llamarlo y él, levantándose, fue con Elí y dijo:

—Aquí estoy. ¿Para qué me ha llamado?

Pero Elí le contestó:

—Hijo mío, yo no te he llamado. Vuelve a acostarte.

Como ésta era la primera vez que Dios le hablaba a Samuel, él no reconocía su voz.

Entonces Dios le llamó la tercera vez, y levantándose otra vez, fue con Elí y le dijo:

—Aquí estoy. ¿Para qué me ha llamado?

Entonces Elí entendió que era Dios el que llamaba al niño, y le dijo a Samuel:

—Hijo, ve y acuéstate, y si te llaman otra vez, di: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”.

Samuel se fue de nuevo y se acostó en su lugar. Después de un rato vino Dios, y lo llamó como las otras veces:

—¡Samuel! ¡Samuel!

Entonces Samuel le dijo:

—Habla, que tu siervo escucha.

Y Dios le dijo a Samuel:

—Quiero que sepas lo que voy a hacer delante de la gente. Voy a castigar a toda la familia de Elí porque sus hijos, que también son sacerdotes, hacen muchas cosas malas y él lo sabe, pero no se los impide.

Al otro día por la mañana, Samuel se levantó y abrió las puertas del templo. No quería decirle nada a Elí de lo que Dios le había dicho durante la noche, porque tenía miedo. Así que, Elí llamó a Samuel y le dijo:

—Hijo mío, ¿qué es lo que te ha dicho Dios? Te suplico que no me lo escondas.

Entonces Samuel le contó todo, sin esconderle nada, y Elí dijo:

—Él es el Señor; que haga lo que a él le parezca bien.

Samuel llega a ser juez

(1 Samuel 3:19-4:4, 10-18; 5:1-4, 6, 11-12; 6:10-13; 7:2-13)

Samuel creció y Dios estaba con él, y todo Israel sabía que Samuel era un fiel profeta de Dios.

Por aquel tiempo los israelitas salieron a pelear contra los filisteos y fueron vencidos, muriendo como cuatro mil israelitas. Entonces los ancianos del pueblo decidieron llevar la arca de Dios a la batalla, pero Dios no les ayudó. Los filisteos se llevaron el arca, que tenía las dos piedras de la ley escritas por Dios; y mataron en la batalla a miles de israelitas y también a los dos hijos de Elí. Todos los demás huyeron.

Después vino un hombre corriendo desde el campo de batalla para avisarle a Elí lo que había sucedido. El mensajero le dijo:

—Todos los israelitas huimos de los filisteos y muchos de mis compañeros murieron. También sus dos hijos murieron y el arca de Dios fue tomada por los filisteos.

Cuando el mensajero dijo lo que había pasado con el arca de Dios, Elí, que tenía 98 años y ya era ciego, se espantó tanto que se cayó para atrás, y se quebró la nuca y murió. Elí había sido juez de su pueblo por cuarenta años.

Después que tomaron el arca de Dios, los filisteos la llevaron a su pueblo y la pusieron en el templo junto a su dios, Dagón. Al levantarse al día siguiente, los filisteos encontraron a Dagón tirado en el suelo delante del arca de Dios. Entonces levantaron a Dagón y lo

volvieron a poner en su lugar. Al otro día, otra vez encontraron a Dagón tirado en el suelo delante del arca de Dios, pero esta vez la cabeza y los brazos de Dagón estaban rotos y lo único que había quedado entero era el tronco.

También les vino una enfermedad muy dolorosa a los filisteos y muchos murieron. Por eso les dio miedo tener el arca, y pidieron a sus reyes que la devolvieran a los israelitas. Entonces los reyes hicieron una carreta nueva. Tomaron dos vacas que amamantaban a sus becerros, a las que nunca se les había puesto yugo, y las ataron a la carreta mientras encerraban a sus becerros en el corral. Luego pusieron el arca de Dios sobre la carreta, junto a una ofrenda para Dios, y la dejaron ir. Querían ver si las vacas regresaban a la tierra de los israelitas para estar seguros de que era Dios el que los estaba castigando. Y sí, las vacas regresaron a la tierra de los israelitas, bramando y siguiendo un camino recto, y los funcionarios de los filisteos fueron siguiendo la carreta. Así el arca de Dios fue devuelta a los israelitas, que se llenaron de alegría cuando la vieron.

Los israelitas todavía estaban dominados por los filisteos cuando Samuel fue puesto como juez. Pasaron veinte años así, y todo Israel se lamentaba porque Dios les había dejado. Entonces Samuel les dijo:

—Vuelvan a Jehová de todo corazón; quiten los ídolos de entre ustedes y dejen sus pecados. Pidan a Dios que les perdone y entonces él los librá de la mano de los filisteos.

Entonces los israelitas quitaron los ídolos y oraron a Dios otra vez. Luego se reunieron todos en un pueblo que se llamaba Mizpa, en donde ayunaron aquel día y le pidieron a Dios que les perdonara sus pecados.

Cuando los filisteos oyeron que los israelitas estaban reunidos en Mizpa, pensaron que habían venido a pelear contra ellos. Así que, mientras los israelitas oraban, los filisteos vinieron armados con sus lanzas. Pero esta vez los israelitas no habían traído sus lanzas porque no habían venido a pelear. Entonces Samuel quemó un borrego como ofrenda, y clamó a Dios para que les ayudara. Y mientras todavía se estaba quemando la ofrenda, hubo fuertes truenos y los filisteos se espantaron tanto que su

ejército se desbarato y fueron vencidos por los israelitas. Así ayudó Dios a los israelitas.

Saúl, el primer rey de los israelitas

(I Samuel 8:1-9; 9:15-16; 10:1; 11:15; 15:1-16, 22-26, 32-33; 16)

Cuando Samuel envejeció, puso a sus hijos como jueces sobre los israelitas; pero ellos no siguieron el camino de su padre, sino que aceptaban mordidas. Así que los ancianos de Israel vinieron a decirle a Samuel:

—Como tú ya estás viejo y tus hijos no siguen tu ejemplo, escógenos un rey que nos gobierne, así como todas las naciones de alrededor tienen sus reyes.

A Samuel le desagradaron estas palabras que le dijeron. Entonces Samuel oró a Dios, y Dios le contestó:

—Oye la voz de la gente en todo lo que digan, ya que no te han rechazado a ti, sino a mí, porque no quieren que yo reine más sobre ellos.

Entonces Dios le indicó a Samuel a quién había escogido para ser rey, y le dijo:

—Mañana esta misma hora vendrá un hombre de la tierra de Benjamín a hablarte. A este hombre lo ungirás como rey sobre Israel, y él los salvará de la mano de los filisteos.

Al día siguiente, vino un hombre que se llamaba Saúl, hijo de Cis, a hablar con Samuel. Y Dios le dijo a Samuel:

—Éste es el hombre del cual te hablé; él va a gobernar a Israel.

Entonces Samuel tomó un frasco de aceite y lo derramó sobre la cabeza de Saúl como señal de que él era el escogido para ser rey de los israelitas.

Un día Samuel le dijo a Saúl:

—Así ha dicho Dios: “Yo castigaré a los de Amalec por oponerse a los israelitas en el camino cuando subían de Egipto. Ve y mata a los amalecitas: hombres, mujeres y niños, con sus vacas y borregos, camellos y burros”.

Entonces Saúl juntó de entre la gente doscientos diez mil hombres, y salió y mató a todos los amalecitas a filo de espada, pero dejó vivo a Agag, rey de Amalec, y lo trajo, junto con los mejores borregos, lo mejor del ganado y todo lo bueno que no quisieron destruir.

Pero Dios le dijo a Samuel lo que Saúl había hecho. Entonces Samuel fue a buscar a Saúl en el camino y éste le dijo:

—Ya cumplí con lo que Dios me mandó hacer.

Samuel le preguntó:

—Si ya has obedecido a Dios, ¿qué significa entonces este balido de borregos y bramido de bueyes que oigo?

Y Saúl le respondió:

—Los han traído de Amalec. Los soldados trajeron lo mejor de los borregos y de las vacas para ofrendarlos a nuestro Dios, pero todo lo demás lo destruimos.

Samuel le dijo:

—Y tú, ¿qué crees que le gusta más a Dios, que le traigan regalos o que le obedezcan? Escucha lo que te voy a decir: para Dios el obedecer es mucho más importante que los regalos, porque la desobediencia es un pecado igual al pecado de practicar la adivinación, y el ser terco contra lo que él ha mandado es igual al pecado de ser idólatra. Ahora, por cuanto tú hiciste a un lado la palabra de Dios, él también te ha hecho a un lado para que ya no seas rey.

Entonces Saúl le dijo a Samuel:

—He pecado porque tenía miedo de la gente. Fue por eso que consentí a la voz de ellos y no hice lo que Dios me mandó.

Samuel le dijo:

—Hoy Dios ha quitado de ti el reino de Israel y se lo ha dado a otro mejor que tú. Traiganme al rey de Amalec.

Entonces Samuel, obedeciendo a Dios, mató al rey.

Tiempo después, Dios le indicó a Samuel quién iba a ser el rey de los israelitas en lugar de Saúl. Le dijo que sería uno de los hijos de Isaí, un hombre que vivía en Belén. Por eso Samuel fue a Belén.

Isaí tenía ocho hijos y cuando Samuel vio al mayor, pensó con toda seguridad que éste era el que Dios había escogido para ser rey, porque era un hombre alto y de buen parecer.

Pero Dios le dijo a Samuel:

—No te fijas en su apariencia ni en lo grande de su estatura, porque yo no lo he elegido. Yo no veo lo que ustedes ven, porque ustedes ven lo que está delante de sus ojos pero yo veo el corazón.

Isaí llamó, uno por uno, a siete de sus hijos, pero Dios no había elegido a ninguno de ellos. Entonces Samuel le preguntó a Isaí:

—¿No tienes otro hijo?

E Isaí contestó:

—Sólo queda el menor, que está cuidando los borregos.

Y Samuel le dijo:

—Manda por él.

Cuando el joven llegó, Samuel vio que era bien parecido y Dios le indicó que éste era el que había escogido. Entonces Samuel ungió al joven, que se llamaba David, y de ahí en adelante el Espíritu de Dios estuvo con David. Pero como Saúl todavía reinaba en Israel, David no tomó su cargo como rey.

A causa de su desobediencia, el Espíritu de Dios ya se había apartado de Saúl y en su lugar Dios le había mandado a un espíritu malo que lo atormentaba. Buscando alivio, Saúl mandó que le trajeran a alguien que tocara el arpa, porque la música lo ayudaba a tranquilizarse. Como David sabía tocar el arpa muy bien, fue llamado a la casa del rey. Saúl aún no sabía que David ya había sido escogido por Dios para ser rey de los israelitas. David tocaba su arpa delante del rey, y una vez que éste se aliviaba del mal que le causaba el espíritu, David regresaba a su casa para cuidar los borregos de su padre.

David vence a Goliat

(1 Samuel 17:1-52)

En una ocasión los filisteos juntaron sus ejércitos para hacer guerra y acamparon en un valle. Por su parte, Saúl y los israelitas se juntaron también y acamparon en otro valle, preparados para pelear contra los filisteos. Estos se encontraban sobre un cerro a un lado del valle y los israelitas estaban en otro cerro al otro lado, y el valle quedaba en medio de ellos.

Entonces se levantó un hombre del campamento de los filisteos, llamado Goliat; medía casi tres metros de altura, y traía en su cabeza un casco de bronce y venía vestido con una pesada armadura de bronce que le protegía todo el cuerpo. Su lanza era muy larga y tenía un escudero que iba siempre delante de él. Este Goliat se paraba y les gritaba a los soldados israelitas, diciéndoles:

—Escojan un hombre de entre ustedes que venga contra mi. Si él pelea conmigo y me vence, nosotros seremos esclavos de ustedes; y si yo puedo más que él y lo venzo, ustedes serán nuestros esclavos. ¡Denme un hombre que pelee conmigo!

Así durante cuarenta días Goliat se presentó por la mañana y por la tarde, y cuando los israelitas oían estas palabras del filisteo, se desanimaban y les daba mucho miedo.

Los tres hermanos mayores de David estaban en el ejército de Saúl. Un día su padre mandó a David con comida para sus hermanos, y cuando David llegó a donde ellos estaban, oyó lo que estaba diciendo Goliat y vio que los israelitas tenían mucho miedo, tanto que querían huir mientras él gritaba. Entonces David dijo:

—¿Quién es este filisteo pagano, que provoca a los soldados del Dios viviente? Yo iré a pelear con él y lo mataré porque Dios me ayudará.

Cuando el rey oyó que David hablaba así, lo mandó llamar. David fue a hablar con el rey Saúl y le dijo:

—No tengan miedo; yo iré a pelear con Goliat.

Y el rey le contestó:

—Tu no podrás ir contra aquel filisteo para pelear, porque eres sólo un joven y él es un hombre de guerra desde su juventud.

Pero David respondió:

—Yo soy un pastor y he matado animales feroces cuando trataron de atacar al rebaño. Los agarré de las quijadas y los maté, y puedo hacer lo mismo con este filisteo que se ha burlado de nosotros que somos soldados del Dios viviente. Si Dios me ha librado de las garras de los animales feroces, también me librará de la mano de este filisteo.

Entonces Saúl le dijo:

—Ve y Dios esté contigo.

Saúl quiso darle a David su armadura, pero David no la quiso porque no estaba acostumbrado a usarla. Únicamente tomó su vara en la mano, sacó cinco piedras del arroyo y las puso en su morral, y con su honda en la mano corrió hacia donde estaba el filisteo.

Cuando el filisteo vio a David, se burló de él porque era sólo un joven, y le dijo:

—¿Acaso soy un perro para que vengas contra mí con un palo? Ven aquí y le daré tu cuerpo a los pájaros y a los animales salvajes.

Entonces David le contestó:

—Te sientes muy orgulloso porque tienes una espada, una lanza y un escudo. Pero yo vengo a luchar contra ti en el nombre de Dios, a quien tú has desafiado orgullosamente. Él te entregará hoy en mi mano y yo te venceré, y toda la gente sabrá que Dios está con nosotros. Todo esto hará Dios porque tiene un gran poder y nos ayudará y los entregará en nuestras manos.

Entonces el filisteo vino contra David, y David se dio prisa y corrió a pelear contra el filisteo. Metió su mano en el morral, sacó una piedra y se la tiró con la honda a Goliat. La piedra le hirió en la frente y el hombre cayó al suelo muerto. Luego corrió David y se paró sobre Goliat, tomó su espada y le cortó la cabeza. De esta forma David venció al filisteo, únicamente con una honda y una piedra.

Cuando los ejércitos de los filisteos vieron a Goliat muerto, huyeron. Entonces los de Israel los persiguieron, y mataron a muchos de los filisteos.

Saúl fracasa por no obedecer a Dios

(1 Samuel 18:5-12, 20-27; 19:1-3; 20:24, 35-42; 21:1-6; 22:1-4; 24:1-12, 16-20, 22)

Cuando los israelitas regresaron, Saúl nombró a David capitán de sus soldados. Pero sucedió que al volver de la guerra, las mujeres de las ciudades de los israelitas salieron cantando para recibir al rey Saúl, y cantaban así:

—Saúl mató a sus miles y David a sus diez miles.

Saúl se enojó por lo que decían, y desde aquel día estuvo celoso de David.

Un día, mientras David tocaba el arpa, Saúl le tiró una lanza para matarlo, pero David se hizo a un lado y no le pasó nada. Saúl trató de matarlo otra vez, pero David volvió a hacerse a un lado. Saúl tenía miedo de David porque sabía que Dios estaba con David y se había apartado de él.

Mical, la hija de Saúl estaba enamorada de David, y cuando Saúl lo supo le pareció bien, porque pensó que así podría mandarlo a pelear contra los filisteos.

Entonces Saúl les dijo a sus soldados:

—Diganle a David que no deseo regalos por mi hija, sino cien prepucios de filisteos.

Cuando sus soldados le dijeron a David estas palabras, le pareció bien ser yerno del rey. Así que, fue y mató a doscientos hombres de los filisteos y trajo los prepucios y se los entregó al rey. Entonces Saúl le dio a su hija Mical para que fuera su esposa.

Saúl tenía un hijo que se llamaba Jonatán, y le dijo a él y a todos sus soldados que mataran a David. Pero como Jonatán era amigo de David, fue a avisarle y le dijo:

—Mi padre quiere matarte; es mejor que te vayas a esconder, y cuando hayan pasado dos o tres días, vendré a avisarle si puedes regresar o si todavía está enojado contigo.

David se escondió mientras Jonatán regresó al palacio para ver qué pensaba su padre acerca de David. Pronto se dio cuenta que Saúl, su padre, sí estaba decidido a matar a David. Entonces salió para avisarle a David que era necesario que se fuera para salvarse. Al despedirse se abrazaron y lloraron, porque eran muy buenos amigos; luego David se puso en camino y Jonatán regresó a la ciudad.

David tomó el camino que va al desierto, y cuando pasó por el templo donde estaba el sacerdote Ahimelec, ya tenía hambre. Fue a pedirle pan al sacerdote, pero no había allí más pan que los panes del templo; así que el sacerdote se los dio a David y a los que venían con él.

David siguió huyendo y llegó adonde había una cueva grande y allí se escondió por algún tiempo. Cuando sus hermanos y otros de su familia lo supieron, llegaron a donde él estaba, y poco a poco se juntaron con él como cuatrocientos hombres.

Entonces David fue a hablar con el rey de Moab y le dijo:

—Le ruego que usted permita a mi padre y mi madre estar con usted hasta que sepa lo que Dios va a hacer conmigo.

El rey de Moab aceptó, y los padres de David se quedaron con él todo el tiempo que David estuvo en la cueva.

Después le dijeron a Saúl dónde estaba David; entonces juntó tres mil soldados y fue a buscarlo para matarlo. Cuando David supo que Saúl lo buscaba, se fue a esconder en otra cueva

grande. Buscándolo, Saúl llegó a la misma cueva donde David estaba y entró para hacer sus necesidades, pero se quedó cerca de la entrada y no se dio cuenta de que David estaba allí.

Mientras Saúl hacía sus necesidades, los soldados de David quisieron matarlo; pero David no se los permitió, sino que se levantó y, sin hacer ruido, cortó la orilla del manto de Saúl mientras él obraba. Ni Saúl ni sus soldados se dieron cuenta.

Después Saúl salió de la cueva y se fue. Poco después David salió de la cueva y le gritó a Saúl:

—¿Por qué cree que yo quiero matarlo? Mire, aquí tengo la orilla de su manto en mi mano; se la corté. Si quisiera matarlo, lo hubiera hecho. No he hecho nada contra usted. Entonces, ¿por qué me quiere matar?

Al oír las palabras de David, Saúl le contestó, muy triste:

—Tu eres más justo que yo, porque me has pagado con bien, cuando yo te he hecho mal. Ahora sé que tú vas a ser el rey de Israel.

Después de esto, Saúl se fue con sus soldados.

Saúl tiene mucho miedo al ser abandonado por Dios

(1 Samuel 28:3-19; 31:1-7)

En aquellos días los filisteos unieron sus ejércitos para pelear contra los israelitas. Cuando Saúl vio lo grande que era el ejército de los filisteos, se espantó y sintió mucho miedo. Trató de consultar a Dios pero Dios no le respondió. Entonces quiso hablar con Samuel, el profeta de Dios, pero Samuel ya había muerto.

Áunque Saúl había corrido de Israel a los adivinos, todavía quedaban algunos y Saúl mandó a sus oficiales que buscaran uno, porque quería hablar con Samuel. Los oficiales le informaron que en el pueblo de Endor había una mujer adivina; así que Saúl y dos hombres que lo acompañaban, se disfrazaron y fueron de noche a ver a esta mujer, y Saúl le dijo:

—Quiero hablar con Samuel.

Entonces la mujer adivina llamó al espíritu de Samuel, y cuando vio que venía, se espantó y gritó:

—¿Por qué me ha engañado? ¡Usted es el rey Saúl!

Y el rey le dijo:

—No tengas miedo. ¿Qué has visto?

Y la mujer le respondió:

—Un hombre anciano viene, cubierto con un manto.

Saúl reconoció a Samuel y le dijo:

—Estoy muy preocupado porque los filisteos vienen a pelear contra nosotros, y Dios se ha apartado de mí y ya no me responde. Por esto te he llamado, para que me digas qué debo hacer.

Entonces Samuel le dijo:

—Dios te ha abandonado porque no obedeciste cuando te dijo que mataras a todos los amalecitas. Mañana los filisteos te matarán a ti y a tus hijos y David será rey en tu lugar.

Al día siguiente, los filisteos pelearon contra los israelitas y mataron a Jonatán y a otros dos hijos de Saúl. La batalla arreció contra Saúl y los flecheros lo alcanzaron. Entonces Saúl tomó su espada y se tiró sobre ella. Cuando los israelitas vieron que Saúl y sus hijos habían muerto, dejaron sus ciudades y huyeron, y los filisteos vinieron y habitaron en ellas.

El reino de David

(2 Samuel 5:3-4, 10; 7:16; 8:1-14; 11:1-5, 14-21, 11:27-12:14)

Cuando Saúl murió, la gente hizo rey a David. David tenía treinta años cuando comenzó a reinar, y reinó durante cuarenta años. Dios lo bendijo mucho porque obedecía en todo lo que mandaba. En un ocasión, Dios le dijo a David:

—Uno de tus descendientes reinará para siempre, y gobernará a mis escogidos.

Dios bendijo a David y así él siguió conquistando las tierras que Dios había prometido darles a sus antepasados, y por dondequiera que iba, Dios lo cuidaba.

Una vez, cuando el ejército de David salió a pelear contra los amonitas, él se quedó en Jerusalén; y un día que estaba paseando por el palacio vio a una hermosa mujer llamada Betsabé. Esta mujer era la esposa de Urías, uno de los soldados de David que había ido a la guerra. David vio que la mujer era muy hermosa y la deseó. Entonces envió mensajeros para que la trajeran, y durmió con ella. Después ella regresó a su casa, pero había quedado

embarazada y mandó decírselo a David. Cuando David lo supo, ordenó a su capitán que cuando entaran en batalla, pusiera a Urías al frente para que muriera.

Cuando David supo que Urías había muerto, tomó a Betsabé como su mujer y después ella dio a luz un niño. Pero a Dios no le gustó lo que David había hecho, así que, envió al profeta Natán para hablar con David, y cuando Natán vino a él, le dijo:

—Había dos hombres en una ciudad; uno era rico y el otro pobre. El rico tenía muchos borregos y vacas, pero el pobre no tenía más que una sola borreguita que había comprado y criado él mismo. Ella había crecido junto con él y con sus hijos, y la tenía como una hija. Un día vino un viajero a la casa del hombre rico, pero éste no quiso tomar de sus borregos ni de sus vacas para dar de comer al visitante que había venido, sino que tomó la borreguita de aquel hombre pobre y la preparó para el que había venido a visitarle.

Al oír esto, David se puso muy enojado y le dijo a Natán:

—Él que hizo tal cosa debe morir, y debe pagar la borreguita cuatro veces, porque no tuvo misericordia.

Y Natán le dijo a David:

—Tú eres aquel hombre, y así te dice nuestro Dios: “Yo te puse por rey sobre el pueblo, y te libré de la mano de Saúl. Eres rico; tienes mujeres. ¿Por qué, pues, no hiciste caso a mi palabra, al hacer lo malo delante de mí? Mataste a Urías y tomaste a su mujer para ti. Por esto sufrirás mucho, y el hijo de Betsabé morirá”. Esto es lo que Dios te dice.

David declara su hijo Salomón rey en su lugar

(2 Samuel 12:15, 24; 15:1-16; 18:6-15, 33; 1 Cr. 28:1-21; 29:1-9, 22-23, 28)

El niño de Betsabé se enfermó y murió. Al año siguiente tuvo otro niño y lo llamó Salomón.

David tenía otro hijo llamado Absalón, que era el hijo de otra de sus esposas. Dios había escogido a Salomón para que fuera rey después de su padre David, pero Absalón quería ser rey y no quiso esperar a que su padre muriera para serlo. Así que, secretamente, juntó hombres y vino a pelear contra su padre. Pero, como David

no quería pelear contra su hijo, huyó de Jerusalén y se fue a otra ciudad.

Absalón y sus hombres lo siguieron y se encontraron con los soldados de David en un bosque. Allí pelearon y los soldados de Absalón fueron derrotados y huyeron. Absalón iba montado en una mula y cuando ésta pasó debajo de un árbol, a Absalón se le enredó el cabello en las ramas y quedó colgado. Luego vino un soldado de David, que vio a Absalón colgado del árbol y lo mató. David se puso muy triste cuando supo que su hijo había muerto. Después de esto, David regresó a Jerusalén.

Cuando David ya era viejo, llamó a Jerusalén a todas las autoridades de Israel y a todos sus soldados. Cuando todos estaban reunidos, David les dijo:

—Escúchenme, hermanos míos. Yo tenía el propósito de construir casa para nuestro Dios y ya había preparado todo para construirla. Pero Dios me dijo: “Tu no vas a hacer casa para mí porque eres hombre de guerra y has matao a mucha gente”. Pero Dios me eligió de entre todos los hijos de mi padre para que, por siempre, fuera rey sobre Israel. Y de entre mis hijos (porque Jehová me ha dado muchos hijos) escogió a mi hijo Salomón para que se siente en el trono sobre Israel. Y me dijo: “Tu hijo, Salomón, va a construir mi casa. Yo confirmaré su reino para siempre, si él se esfuerza en poner por obra mis mandamientos y mis decretos, como lo ha hecho hasta hoy”.

Entonces David le dijo a su hijo Salomón:

—Tu, Salomón, hijo mio, reconoce al Dios de tu padre y sírvele con todo tu corazón y todo tu ánimo; porque Dios conoce los corazones de todos, y entiende la intención de nuestros pensamientos. Si tú lo buscas, lo hallarás; pero si lo dejas, él te dejará para siempre. Mira, Dios te ha elegido para que construyas casa para él; así que, esfuézzate y hazla.

Como David ya era viejo, puso a su hijo Salomón como rey y le entregó todo lo que había juntado para la casa de Dios. Y los jefes de las tribus de Israel y los padres de cada familia dieron ofrendas de oro, plata, metal, hierro y pedras preciosas, y todos se gozaron por haber contribuido voluntariamente a la construcción de nuevo templo..

Poco tiempo después David murió.

Salomón recibe mucha sabiduría porque se la pide a Dios

(1 Reyes 3:5-14, 16-22, 24-28)

Cuando el reino ya estaba seguro en la mano de Salomón, sucedió un día que él tuvo un sueño en el que Dios se le apareció y le dijo:

—Píde lo que quieras y yo te lo daré.

Y Salomón le dijo a Dios:

—Dios mío, tú me has puesto a mí, tu siervo, por rey en lugar de David mi padre, y soy muy joven. Estoy en medio de tu gente, a la cual tú escogiste. Te pido, pues, que me des mucha sabiduría para juzgar a tu gente y saber lo que es bueno y lo que es malo.

A Dios le agradó que Salomón pidiera esto, y le dijo:

—Porque has pedido esto, y no pediste una larga vida ni riquezas sino que pediste inteligencia para gobernar bien a esta gente, yo te digo que ya he hecho lo que me has pedido. Ya te he dado un corazón sabio y entendido, tanto que no ha habido antes otro como tú, ni después de ti se levantará otro como tú.. Y además, te daré las cosas que no pediste: riquezas y honor, tales que entre todos los reyes no habrá ninguno como tú en toda tu vida.

Esto fue lo que Salomón oyó en su sueño.

Tiempo después vinieron dos prostitutas y se presentaron ante el rey. Los dos traían niños en sus brazos; el niño de una estaba vivo y el niño de la otra estaba muerto. Entonces dijo una de las mujeres:

—¡Ay, señor mío!, esta mujer y yo estábamos en la misma casa y yo tuve un hijo. Y al tercer día, ella también tuvo un niño, y vivíamos juntas, nadie más, sólo nosotras dos. Una noche el hijo de esta mujer murió porque ella se acostó sobre él. Entonces ella se levantó mientras yo dormía, tomó a mi hijo que estaba cerca de mí y los puso a su lado, y a su hijo muerto lo puso a mi lado. Cuando me levanté por la mañana para darle el pecho a mi hijo, me di cuenta que estaba muerto. Pero cuando lo vi bien, vi que no era mi hijo.

Entonces la otra mujer dijo:

—No es cierto. ¡Mi hijo es el que vive, y tu hijo es el muerto!

Y la otra contestó:

—¡No! ¡Tu hijo es el muerto y mi hijo es el vivo!

Y así discutían delante del rey.

Luego el rey le dijo a un soldado:

—Traigan un machete y partan al niño vivo en dos; denle la mitad a una y la otra mitad a la otra.

Entonces la mujer que era la verdadera madre del niño vivo, como quería mucho a su hijo, le dijo al rey:

—¡Señor mío!, mejor que le den mi niño a esta mujer, pero no lo maten.

Y la otra dijo:

—Pártenlo, así no se quedará ni conmigo ni con ella.

Entonces el rey ordenó:

—Denle el niño a la mujer que no quiere que lo partan, porque ella es su madre.

Y la mujer se fue contenta con su hijo.

Cuando todos los israelitas supieron de este juicio dado por el rey, comenzaron a respetarle, porque vieron que Dios le había dado esta sabiduría para juzgar.

Salomón construye el templo de Dios y después su corazón se desvía del camino de Dios

(1 Reyes 5:5-6:38; 7:13-51; 8:1-6, 10-11, 65-66; 11:1-13)

En el tiempo en que fue rey, Salomón comenzó a construir un nuevo templo. El tabernáculo que tenían estaba hecho de cuero y tablas; pero ahora iban a construir un templo grande de piedra y de madera. Para esto Salomón llamó a miles de hombres de otras naciones para que trabajaran en la construcción del templo. Además mandó llamar a treinta mil israelitas, de los cuales más de tres mil tenían a su cargo a los obreros.

Al cabo de siete años terminaron el templo y lo recubrieron de oro por dentro. De la misma manera como se había hecho el tabernáculo, así fue hecho el templo; tenía dos cuartos con un velo en medio, y adentro pusieron muebles como los que tenía el templo anterior.

Cuando la obra estuvo terminada, Salomón juntó a todos los israelitas para celebrarlo, y mandó a los sacerdotes a traer el arca de Dios que estaba en el tabernáculo. Cuando trajeron el arca y la pusieron en el nuevo templo, éste se llenó de la gloria de Dios, y alabaron a Dios con cantos. Salomón pidió la bendición de Dios

sobre el nuevo templo y los sacerdotes quemaron miles de borregos y toros como ofrendas a Dios. Todos estaban muy contentos por las bendiciones que habían recibido de Dios y por el gran rey que tenían.

Durante su vida, el rey Salomón amó a muchas mujeres extranjeras que no creían en Dios, y cuando envejeció, sus mujeres hicieron que desviara su corazón a los dioses de ellas y se alejara de Dios. Además, construyó templos para los dioses de sus esposas; por esto Dios se enojó con Salomón y le dijo:

—Como no has guardado mi pacto ni has obedecido los mandamientos que yo te di, te quitaré el reino y lo quitaré de la mano de tu hijo también. Pero no lo haré mientras vivas, por amor a tu padre David. Así que cuando mueras, tu hijo será rey, pero sólo reinará sobre dos tribus: Judá y Benjamín; las demás tribus tendrán otro rey.

El reino es dividido en dos partes

(1 Reyes 11:43; 12:17, 20, 26-30; 14:22-24, 30-31; 15:1-3, 6, 8, 11-14, 15:25-16:33)

De acuerdo a lo que Dios había dicho, cuando Salomón murió, su hijo Roboam reinó solamente sobre dos tribus, la de Benjamín y la de Judá; a esta región donde vivían, se le llamó Judá.

Sobre las otras diez tribus de los israelitas reinó Jeroboam, y toda la región sobre la que era rey se le llamó Israel.

De esta manera dos hombres reinaron sobre todos los israelitas, y fueron enemigos durante toda su vida.

El templo que Salomón había construido se encontraba en una ciudad llamada Jerusalén, en Judá; y tanto la gente de Israel como la gente de Judá, iba allí a presentar sus ofrendas y sacrificios en la casa de Dios. Esto le molestaba a Jeroboam; así que, mandó hacer dos becerros de oro y los puso uno a cada lado de su tierra, y le dijo a la gente:

—¡Israelitas, aquí tienen a los dioses que sacaron de Egipto a nuestros padres!

Y esto hizo que la gente pecara, porque comenaron a adorar ídolos.

En Judá, donde reinaba Roboam, la gente también comenzó a adorar ídolos en los cerros para adorarlos, y Roboam no hizo nada para

detenerlos. Y hubo guerra continuamente entre Roboam y Jeroboam. Cuando Roboam murió, su hijo Abiam reinó en su lugar. Abiam cometió los mismos pecados que su padre había cometido. A la muerte de Abiam, quedó como rey su hijo, Asa. Este rey hizo bien y mandó destruir todos los ídolos que había en Judá; por esto Dios lo bendijo y le ayudó.

Cuando Jeroboam murió, su hijo quedó como rey en Israel. Él también hizo lo malo como su padre. Después murió asesinado por uno de su pueblo, llamado Basa, y Basa reinó en su lugar. Luego Basa mató a todos los hijos de Jeroboam. Después de muchos años, Basa murió y su hijo quedó como rey, pero no reinó por mucho tiempo porque fue asesinado y el asesino reinó en su lugar. De esta manera, varios de los reyes de Israel fueron asesinados.

Después de un tiempo, reinó un hombre llamado Acab. Este rey hizo lo malo delante de Dios, aun más que todos los anteriores, porque cometió todos los pecados que Jeroboam había cometido. Tomó por esposa a Jezabel, hija de Et-baal, rey de los sidonios, y sirvió al ídolo llamado Baal y lo adoró. Hizo un templo para Baal en Samaria, y también hizo otro ídolo que se llamaba Asera.

Dios alimenta a su profeta Elías

(1 Reyes 17)

Dios llamó a un hombre llamado Elías para que fuera su profeta. Entonces lo mandó a que hablara con el rey Acab. Elías fue con el rey y le dijo:

—Vengo a decirle una cosa y es tan seguro como que el Dios de Israel, a quien yo sirvo, está vivo: que no va a llover ni hará rocío en la tierra hasta que yo diga.

Y Dios le dijo a Elías:

—Vete de aquí y escóndete en el arroyo de Querit que está al otro lado del Jordán. Puedes tomar agua del arroyo y yo mandaré a unos cuervos para que te den de comer allí.

Elías hizo todo lo que Dios le había ordenado. Se fue, pues, a vivir cerca del arroyo de Querit, y los cuervos le traían pan y carne en la mañana y en la tarde, y él tomaba agua del arroyo.

Pasados algunos días, el arroyo se secó porque no había llovido, y Dios le dijo a Elías:

—Vete al pueblo de Sarepta que se encuentra cerca de Sidón y quédate allí a vivir. Aunque no es un pueblo de israelitas, hay una viuda allí que te va a dar de comer.

Elías obedeció y se fue a Sarepta. Al llegar a la puerta de la ciudad, vio a una mujer viuda que estaba por allí recogiendo leña. Él la llamó y le dijo:

—Por favor, regáleme un poco de agua para tomar.

Cuando ella iba a traérsela, él la llamó otra vez y le dijo:

—Y también un pedazo de pan, por favor. Entonces ella le contestó:

—Le voy a decir la verdad: delante de su Dios, le digo que no tengo ni un pedazo de pan; sólo tengo un poco de harina en un bote y un poco de aceite en un frasco. Ahorita estaba yo recogiendo un poco de leña para ir a cocinar un pan para mí y para mi hijo, para que lo comamos y luego nos muramos de hambre.

Elías le dijo:

—No tenga miedo; vaya y haga lo que iba a hacer, pero primero hágame una pequeña torta con esa harina y tráigamela, y luego haga otra para usted y para su hijo. Escúcheme, el Dios de Israel ha dicho esto: “No faltará aceite en su frasco ni harina en su bote hasta el día que vuelva a llover sobre la tierra”.

Se fue, pues, la mujer e hizo todo lo que Elías le dijo, y así comieron, él, ella y su hijo, durante muchos días. Y en el bote no faltó harina, ni aceite en el frasco, tal como lo había prometido el Señor por boca de Elías.

Sucedió, después de estas cosas, que el hijo de la viuda se enfermó y la enfermedad fue tan grave que se murió. Entonces ella le dijo a Elías:

—Hubiera sido mejor que usted no viniera a mi casa, porque sólo ha venido a sacar a la luz mis pecados y hacer morir a mi hijo.

Y él le contestó:

—Déme a su hijo.

Entonces Elías tomó al niño en su brazos y lo llevó al cuarto donde estaba hospedado, lo puso sobre su cama, y oró a Dios:

—Dios mío, ¿por qué has afligido a la viuda que me ha hospedado, matándole a su hijo?

Después se echó sobre el niño tres veces, y oró a Dios otra vez:

—Dios mío, por favor, permite que el alma del niño vuelva a su cuerpo.

Dios oyó la oración de Elías y el alma del niño volvió a entrar en él y resucitó. Entonces Elías tomó al niño, lo llevó a donde estaba su madre y le dijo:

—¡Mire! ¡Su hijo vive!

Y la mujer le dijo a Elías:

—Ahora sí sé que usted es un hombre de Dios y que de veras habla la palabra de Dios.

Elías se enfrenta con los profetas de Baal

(1 Reyes 18:1-2, 5, 10, 17-41, 45)

Por más de tres años no llovió, tal como Elías había dicho a Acab, y toda la gente en Israel sufría hambre, y el ganado y los borregos también.

Durante ese tiempo, Acab mandó a buscar a Elías, pero no lo encontró. Tiempo después, Elías fue a hablar con Acab, y cuando éste lo vio, le dijo:

—¿Así que tú eres el que causas problemas a Israel?

Y él le respondió:

—Yo no he causado problemas a Israel, sino tú, porque has desobedecido los mandamientos de Dios y has seguido a los Baales. Ahora, haz esto: manda que reúnan a toda la gente de Israel en el monte Carmelo, y también que estén presentes los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y los cuatrocientos profetas de Asera que Jezabel tu esposa mantiene.

Entonces Acab mandó avisar a todos los israelitas y a los profetas y se reunieron en el monte Carmelo. Allí Elías le dijo a toda la gente:

—¿Hasta cuándo van a vacilar en su forma de pensar? Si Jehová es Dios, síganlo; y si Baal lo es, pues vayan detrás de él.

Pero la gente no respondió ni una palabra. Entonces Elías les volvió a decir:

—Soy el único profeta de Dios que ha quedado; en cambio, los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta. Ahora vamos a ver quién es el Dios verdadero. Traigan dos bueyes para que los profetas de Baal escojan uno, lo corten en pedazos y lo pongan sobre la leña, pero no le prendan fuego. Yo haré lo mismo con el otro buey; lo pondré sobre la leña sin

prenderle fuego. Cuando tengan listo al buey para el sacrificio, ustedes llamarán a sus dioses y yo llamaré a Jehová Dios, y el Dios que responda mandando fuego, ése es el verdadero Dios.

A esto toda la gente respondió:

—Muy buena proposición; hagámosla.

Entonces los profetas de Baal tomaron el buey y lo prepararon para el sacrificio, y comenzaron a llamar a su dios, haciéndolo desde la mañana hasta el mediodía, decían:

—Baal, respóndenos.

Pero no se oía voz ni había quién respondiera. Y siendo ya mediodía, Elías se burlaba de ellos y les decía:

—Griten más recio, porque quizá está platicando o tiene algún negocio; probablemente se ha ido de viaje, o tal vez está durmiendo y hay que despertarlo.

Entonces gritaron más recio y se cortaban con cuchillos hasta que la sangre les chorreaba. Así pasó el mediodía y siguieron llamando a Baal hasta que el sol se puso. Todavía no había ninguna voz que les respondiera.

Entonces Elías le dijo a toda la gente:

—Acérquense.

Y toda la gente fue a donde él estaba. Luego él reparó el altar de Dios que estaba destruido y escarbó un surco alrededor del altar; después acomodó la leña y cortó el buey en pedazos y lo puso sobre la leña. Entonces les dijo:

—Llenen cuatro cántaros de agua y derrámenla sobre el buey y sobre la leña.

Cuando acabaron de echar el agua sobre el altar, Elías les pidió que lo hicieran otra vez, y lo hicieron. Pero él les dijo:

Háganlo por tercera vez.

Y echaron agua la tercera vez, hasta que el agua escurría alrededor del altar y el surco se llenó. Entonces Elías oró a Dios:

—¡Oh Señor Dios! Muestra hoy que tú eres el Dios verdadero y que yo soy tu siervo y que he hecho todas estas cosas por orden tuya. ¡Oyeme, oh Dios! Respóndeme para que esta gente sepa que tú eres Dios y lo que tú deseas es que confíen otra vez en ti.

De repente cayó fuego del cielo y quemó al buey, la leña, las piedras, el polvo, y aun secó toda el agua que estaba en el surco. Cuando la

gente lo vio, se arrodilló hasta poner sus rostros en el suelo, y dijeron:

—¡Jehová es el Dios verdadero!

Y Elías les contestó:

—Agarren a los profetas de Baal, que no escape ninguno.

Los agarraron, y Elías los llevó al arroyo y allí los mató. Entonces Elías le dijo a Acab:

—Vete a tu casa, porque va a venir una gran lluvia.

Y mientras iba por el camino, comenzó a caer un fuerte aguacero.

Dios consuela a Elías

(1 Reyes 19)

La esposa de Acab, que se llamaba Jezabel, era una fanática adoradora del ídolo Baal. Cuando su esposo le contó que Elías había matado a todos los profetas de Baal, le envió un mensajero a Elías para decirle:

—Jezabel me ha enviado a decirte que ha jurado matarte antes de mañana a estas horas.

Elías, al ver el peligro en que se encontraba, se levantó y se fue al desierto, y cuando se cansó, se sentó debajo de un árbol y, deseando morir, dijo:

—¡Ya basta, Dios mío! ya no aguanto más. Déjame morir.

Y acostándose en la sombra debajo del árbol, se quedó dormido. Luego vino un ángel, le tocó y le dijo:

—Levántate y come.

Entonces él miró y vio un pan que había sido cocido en comal, y también un vaso de agua. Comió, bebió y se volvió a dormir.

El ángel regresó por segunda vez, le tocó y le dijo:

—Levántate y come porque vas a hacer un viaje muy largo.

Elías se levantó, comió y bebió, y luego con la fuerza que aquella comida le dio, caminó cuarenta días y cuarenta noches. No tuvo hambre ni comió otra vez; porque lo que Dios le había dado era suficiente.

Cuando llegó al monte Sinaí, se metió en una cueva. Allí Dios vino a hablar con él, y le dijo:

—Elías, ¿qué estás haciendo aquí?

Y él contestó:

—Señor, he trabajado duro para tu obra y para ti. Mi gente te ha abandonado; han tumbado tus altares y han matado a espada a todos tus profetas. Sólo yo he quedado; y ahora andan buscándome a mí también para matarme.

Entonces Dios le dijo:

—Sal fuera y párate en el cerro delante de mí.

Mientras Elías estaba adentro, Dios pasó ante la cueva. Primero vino un viento poderoso y grande que partía los montes y quebraba las peñas, pero Dios no habló por medio del viento. Tras el viento vino un terremoto, pero Dios no habló por medio del terremoto. Tras el terremoto vino un fuego, pero Dios no habló por medio del fuego. Tras el fuego, vino una voz muy suave y delicada. Cuando Elías la oyó, se cubrió la cara con su manto, salió y se paró a la entrada de la cueva. Entonces oyó una voz que le decía:

—Elías, ¿por qué estás aquí?

Y él contestó:

—Porque me quieren matar a causa del celo que he tenido por tu obra y por ti. Mi gente te ha dejado; ha tumbado tus altares y ha matado a espada a tus profetas, y yo soy el único que queda; y me buscan para matarme.

Entonces Dios le dijo:

—Anda, regrésate por el mismo camino, y cuando llegues, busca a Jehú porque yo le he escogido como rey sobre Israel; él se encargará de matar a todos los que adoran a Baal. También he escogido a Eliseo para ser profeta en tu lugar. No tengas miedo; hay siete mil hombres entre tu gente que nunca se han arrodillado delante de Baal ni lo han besado.

Y saliendo de allí, Elías encontró a Eliseo arando con su yunta. Entonces, quitándose su manto, lo puso sobre Eliseo, mostrando de esta manera que él tomaría su trabajo. Elías seguía su camino cuando Eliseo vino corriendo detrás de él, diciéndole:

—Te ruego que me dejes despedirme de mi padre y de mi madre, y luego te seguiré.

Y Elías le dijo:

—Ve, pues, pero recuerda que no soy yo quien te ha escogido para hacer este trabajo.

Eliseo regresó, tomó su yunta de bueyes y los mató. Con el arado hizo fuego y coció la carne de los animales y se la dio a la gente para que comieran. Hizo esto como señal de que

había dejado su trabajo para servir a Dios. Después se fue a hacer el trabajo para el que Dios le había escogido por medio de Elías.

Dios se lleva a Elías

(2 Reyes 2:1-18)

Elías estaba con Eliseo cuando Dios se lo llevó. Iban saliendo de Gilgal cuando Elías le dijo a Eliseo:

—Quédate aquí porque Dios me envía a Betel.

Pero Eliseo le contestó:

—Delante de Dios y delante de ti, te digo que voy a ir contigo.

Fueron, pues, a Betel y los jóvenes profetas de Dios que estaban en Betel salieron a recibirlos y le dijeron a Eliseo:

—¿Sabes que Dios se va a llevar hoy a tu maestro?

Eliseo les contestó:

—Sí, lo sé, pero no digan nada.

Entonces Elías le volvió a decir:

—Eliseo, quédate ahora aquí, porque Dios me ha enviado a Jericó.

Pero él le respondió:

—Voy contigo.

Vinieron, pues, a Jericó y los jóvenes profetas del verdadero Dios que estaban en Jericó le dijeron a Eliseo:

—¿Sabes que Dios va a llevarse hoy a tu maestro?

Él les respondió:

—Sí, lo sé; pero no digan nada.

Y Elías le dijo:

—Te ruego que te quedes aquí porque Dios me ha enviado al Jordán.

Y Eliseo le respondió:

—Voy contigo.

Así que se fueron los dos, y cincuenta de los profetas jóvenes los fueron siguiendo. Cuando llegaron a la orilla del Jordán se pararon, y los profetas jóvenes se pararon a lo lejos. Allí Elías, tomando su manto, lo dobló y golpeó las aguas del río, las cuales se apartaron y los dos pasaron en tierra seca.

Cuando se encontraron en el otro lado del río, Elías le dijo a Eliseo:

—Pide lo que quieras que haga por ti antes de que Dios me quite de tu lado, porque te vas a quedar solo.

Eliseo le dijo:

—Te ruego que venga sobre mí una porción doble del poder que tú tienes.

Y Elías le contestó:

—Has pedido una cosa muy difícil, pero si tú me ves cuando yo sea quitado de ti, sabrás que Dios te lo ha concebido. Pero si no me ves, no lo vas a recibir.

Y sucedió que mientras ellos iban hablando, de repente apareció un carro de fuego con caballos de fuego y los separó. Entonces Elías subió al cielo en un remolino y al ver esto, Eliseo gritó:

—Padre mío, es el carro de Israel y los que manejan los caballos!

Y Eliseo nunca más lo volvió a ver.

Tomando el manto de Elías que se le había caído, Eliseo golpeó el agua del río y dijo:

—Jehová, ayúdame como ayudaste a Elías.

Cuando hizo esto, el agua se dividió y pudo pasar Eliseo. Los profetas jóvenes que habían estado viendo todo, dijeron:

—!Eliseo ha recibido tanto poder como Elías!

Salieron a encontrarle y a darle honor, y le dijeron:

—Hay aquí entre nosotros, tus servidores, cincuenta hombres fuertes. ¿No crees que sería bueno mandarlos para buscar a tu maestro? Quizá el Espíritu de Dios lo ha levantado y lo ha dejado en algún monte o en algún valle.

Pero él les dijo:

—No creo que sea necesario que vayan.

Sin embargo, ellos le seguían insistiendo hasta que dijo:

—Que vayan pues.

Entonces fueron enviados cincuenta hombres y durante tres días buscaron a Elías pero no lo encontraron. Cuando regresaron a Jericó en donde Eliseo se había quedado, les dijo:

—Les dije que no fueran, porque iba a ser en vano que lo buscaran.

Naamán va con Eliseo para curarse

(2 Reyes 5)

Había un hombre en Siria que se llamaba Naamán. Este hombre era general del ejército del rey de Siria, y era un hombre muy valiente y muy querido por el rey, ya que por medio de él

habían conquistado a todos sus enemigos. Era un hombre verdaderamente valiente, pero tenía lepra.

Había en casa de Naamán una muchachita israelita que había sido llevada como esclava y trabajaba para la mujer del general. Un día le dijo a la señora:

—En Samaria hay un profeta de Dios, y si su esposo fuera a pedirle que lo sanara, él lo haría.

Naaman se enteró de lo que la muchacha había dicho, y después fue a contárselo al rey de Siria, y el rey le dijo:

—Está bien, vete a Samaria y habla con el profeta. Yo te daré una carta para que se la entregues al rey de los israelitas.

Entonces Naamán se fue. Llevaba consigo mucho dinero, diez mudas de ropa como regalo para el profeta y también la carta, en la cual decía: “El portador de esta carta, Naamán, es uno de mis oficiales. El tiene lepra y te lo envió para que lo sanes de su lepra.”

Pero cuando el rey de los israelitas leyó la carta, rompió su ropa porque tuvo miedo, y dijo:

—Yo no soy Dios para que pueda matar y dar vida. ¿Por qué me envió a este hombre? Yo no puedo sanarlo de su lepra. Fíjense cómo busca pretextos en contra mía.

Al saber que el rey tenía mucho miedo, Eliseo le mandó decir:

—¿Por qué has roto tu ropa? ¿Por qué tienes miedo? Mándame al enfermo y sabrá que sí hay profeta de Dios en Israel.

Y fue Naamán con sus caballos y con su carro, y se paró a la puerta de la casa de Eliseo. Entonces Eliseo envió a Giezi, su sirviente, para decirle:

—Ve, lávate siete veces en el río Jordán y sanarás.

Pero Naamán se fue muy enojado, diciendo:

—Yo pensé que él saldría y que invocaría el nombre de su Dios y que señalaría la parte enferma, y la lepra desaparecería. Los ríos de mi tierra son mejores que todos los ríos de Israel; así que, si son ríos lo que necesito, me lavaré en aquellos y seré curado.

Y se fue muy enojado.

Pero sus sirvientes lo convencieron, diciéndole:

—Señor, si el profeta le mandara hacer algo muy difícil, ¿no lo haría? Pues sólo le dijo que fuera a lavarse al río Jordán y sería sanado.

Entonces Naamán bajo y se zambulló siete veces en el Jordán, de acuerdo a lo que el profeta de Dios le había dicho, y sanó.

Luego regresó a la casa de Eliseo, él y toda su comitiva y le dijo:

—De verdad, ahora sé que no hay Dios en todo el mundo excepto en Israel. Le suplicó que reciba algún regalo mío.

Pero Eliseo le dijo:

—Vive Dios, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré.

Aunque Naamán le insistió para que lo tomara, Eliseo no quiso. Entonces Naamán le dijo:

—De aquí en adelante no haré ofrendas a otros dioses, sino sólo a Jehová.

Y Eliseo le dijo:

—Ve en paz.

Y Naamán se fue. Había caminado unos kilómetros, cuando Giezi, el sirviente de Eliseo, se dijo:

—Mi patrón tuvo piedad de Naamán, ¿por qué no tomó nada de lo que le ofreció? Voy a alcanzarlo y tomaré algo de lo que Eliseo no quiso tomar.

Entonces Giezi fue tras de Naamán, y cuando éste vio que venía corriendo tras él, paró su carro y le preguntó:

—¿Qué buscas?

Y Giezi contestó:

—Nada. Mi patrón me manda decirle que acaban de llegar a su casa dos profetas jóvenes que vienen del cerro, y le ruega que les dé tres mil monedas de plata y dos mudas de ropa.

Naamán le dijo:

—Toma seis mil monedas de plata y estas dos mudas de ropa.

Giezi los tomó y regresó a su casa donde escondió todo. Después entró a donde estaba Eliseo, quien le preguntó:

—¿De dónde vienes, Giezi?

Y él contestó:

—No he ido a ninguna parte, señor.

Entonces Eliseo le dijo:

—Yo vi con el pensamiento cuando el hombre bajó de su carro para escucharte. No es bueno lo que hiciste; por eso la lepra de Naamán

se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre.

Y Giezi salió de la presencia de Eliseo, completamente leproso.

El profeta Jonás

(2 Reyes 14:25; Jonás)

Hubo un profeta de Dios llamado Jonás. Un día Dios le habló diciendo:

—Jonás, ve a Asiria, a la gran ciudad de Nínive y anuncia públicamente lo que les sucederá porque su maldad es ya tanta que ha llegado hasta mi presencia.

Pero Jonás no quiso ir; así que huyó y pensó: “Si me voy lejos, a Tarsis, Dios ya no me va a pedir que vaya a Nínive.”

Entonces Jonás bajó al puerto de Jope, una ciudad situada a la orilla del mar, y allí encontró un barco que estaba listo para viajar hacia Tarsis; pagó su pasaje y se subió para irse a Tarsis.

Pero Dios estaba viendo lo que Jonás hacía; entonces hizo levantar una gran tempestad en el mar, tan fuerte que la tripulación pensó que el barco se iba a romper. Los marineros tenían much miedo, y cada uno llamaba a su dios. Para no hundirse, echaron al mar toda la carga que llevaban.

Mientras tanto, Jonás había ido al fondo del barco para dormir. Entonces vino el capitán del barco y le dijo:

—¿Qué haces aquí, dormilón? Levántate y clama a tu dios, a ver si tiene misericordia de nosotros y nos salva.

Los marineros se decían unos a otros:

—Vamos a echar suertes para saber quién es el culpable de que nos suceda esto.

Echaron suertes y le tocó a Jonás; entonces le preguntaron:

—Dinos por qué nos ha venido esta desgracia. ¿Qué negocio te traes? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu tierra y quénes son tus padres?

Y Jonás les contestó:

—Soy israelita y mi Dios es Jehová, Dios de los cielos, que hizo el mar y la tierra. Él me mandó ir a Nínive, pero no quise ir a decirles lo que Dios me dijo que dijera. Así que me vine con ustedes.

Entonces los hombres le dijeron:

—¿Por qué has hecho esto? ¿Qué podemos hacer contigo para que el mar se tranquilice?

Y Jonás respondió:

—Pues échame al mar y el mar se calmará. Yo sé que tengo la culpa de que les haya venido encima esta tremenda tempestad.

Los marineros su pusieron a remar con todas sus fuerzas para acercarse a tierra, pero no lo lograron porque el mar se embravecía más. Entonces echaron a Jonás al mar y el mar se calmó.

Cuando echaron a Jonás al mar, vino un enorme pez que se lo tragó. Dios lo había enviado, y Jonás estuvo en la barriga de pez por tres días y tres noches y no murió.

Allí en la barriga del pez, Jonás se arrepintió y oró a Dios, diciendole:

—Señor, yo pensé que me iba a ahogar, pero tú me oíste y me salvaste. Era tu plan que me echaran al mar. Pensé que ya me había desechado y que nunca más vería tu templo; pero no me dejaste morir. Por tu misericordia estoy vivo. Ahora sí, haré lo que tú quieras.

A los tres días Dios hizo que el pez se acercara a la orilla del mar y vomitara a Jonás en tierra seca.

Y Dios le volvió a decir a Jonás:

—Anda, ponte en camino a Nínive, la gran ciudad, y anuncia allí lo que te voy a decir.

Rápidamente Jonás se puso en camino a Nínive, que era una ciudad muy grande; para recorrela, había que caminar tres días. Jonás entró en la ciudad y caminó todo un día diciendo a gritos:

—Dentro de cuarenta días Nínive va a ser destruida,

Así decía Jonás por todo lados que iba. La gente escuchó y les dio miedo, tanto que ayunaron y rogaron a Dios que no los destruyera. Su rey también ayunó y se arrepintió de sus pecados. Luego dijo a la gente:

—Si ya no hacemos el mal que estábamos haciendo, quizá Dios no nos destruya y tal vez no perdone.

Dios vio que la gente de Nínive de veras quería dejar su mala conducta, y por eso decidió no castigarlos como les había dicho.

Pero a Jonás no le gustó que Dios ya no iba a castigar a la gente de Nínive y se enojó mucho. Así que, habló con Dios y le dijo:

—Mira, Señor Dios, esto mismo decía yo que iba a pasar cuando todavía estaba en mi tierra. Por eso no quise venir y fui a Tarsis, pues sé que tú eres un Dios piadoso, que no te enojas fácilmente, y que es tanto tu amor, que anuncias un castigo y luego los perdonas. Por eso, Señor te ruego que me quites la vida; más me vale morir que seguir viviendo.

Pero Dios le respondió:

—¿Crees que está bien que te enojés tanto?

Entonces Jonás salió de la ciudad, y en las afueras hizo una enramada y se sentó a la sombra esperando ver qué pasaría a la ciudad. Mientras estaba allí sentado, Dios hizo que creciera una planta con hojas grandes para que le diera sombra y se sintiera mejor. Y Jonás estaba muy contento por la sombra que le daba la planta. Pero al amanecer del día siguiente Dios hizo que un gusano se comiera la raíz de la planta, y cuando salió el sol, la planta se secó. Entonces Dios mandó un viento caliente y, como el sol le daba en la cabeza a Jonás, él sentía que se desmayaba y quería morir.

—Más me vale morir que seguir viviendo — decía.

Entonces Dios le dijo a Jonás:

—¿Crees que está bien que te enojés porque se secó la planta?

Y él respondió:

—Me enoja porque me estoy muriendo con este calor.

Y Dios le dijo:

—Tú ni sembraste la planta ni la hiciste crecer. En una noche nació y a la otra se murió, y sin embargo le tienes compasión. Con mayor razón debo yo tener compasión de Nínive, esa gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben distinguir entre su mano derecha y su mano izquierda, y también hay muchos animales.

El profeta Oseas

(Oseas 1:2-2:3, 16, 17; 3:1-5; 5:1-4; 6:11; 7:1; 9:17; 11:5-7; 14:1-8)

Durante el reinado de Jeroboam, fue el profeta Oseas quien dio a la gente de Israel los mensajes que recibió de Dios. Él hizo esto por cuarenta años.

Un día Dios le dijo a Oseas:

—Ve y cástate con una mujer prostituta, para que tus paisanos se den cuenta de que para mí son como una mujer prostituta, porque se han apartado de mí y adoran a los ídolos.

Luego Oseas fue y tomó a una mujer llamada Gomer, y ella quedó embarazada y dio a luz un hijo.

Entonces Dios le dijo a Oseas:

—Ponle por nombre Jezreel a tu hijo, porque yo haré que se acabe el reino de Israel; y en ese día serán vencidos en el valle de Jezreel.

Después, Gomer dio a luz una hija y Dios le dijo a Oseas:

—Ponle por nombre a tu hija Lo-ruhama, que quiere decir: no compadecida, porque yo ya no me compadeceré más de la gente aquí en Israel.

Tiempo después, nació otro hijo de Oseas y Dios le dijo:

—Ponle por nombre Lo-ami, que quiere decir: no gente mía, porque ustedes ya no serán mi gente ni yo seré su Dios.

’Aun con todo esto, el número de los israelitas llegará a ser como la arena del mar que no se puede medir ni contar. Y en el lugar en donde les fue dicho: “Ustedes no son mi gente”, les será dicho: “Ustedes son hijos del Dios viviente”. Y se juntarán los hijos de Judá y de Israel, y nombrarán un solo jefe.

’Porque tu gente no me honra, por eso son como tu mujer, a quien quieres mucho pero que se ha ido a vivir con otro hombre y no tiene vergüenza. Si no dejan a los ídolos, los voy a castigar. Pero el día vendrá en que quitaré de su boca los nombres de los ídolos, y nunca más serán mencionados.

Y Dios le dijo otra vez a Oseas:

—Ve y busca a tu esposa, tráela contigo y ámala, aunque ella sea adúltera; porque así es mi amor para con la gente de Israel, los cuales adoran a otros dioses.

Entonces Oseas fue y compró a su esposa; la trajo a casa y le dijo:

—Tu serás mía durante muchos días; no te dormirás con otro hombre, y yo también te seré fiel.

Después de esto, Oseas dijo a la gente:

—Esto es un señal de que llegará el día aquí en la tierra en el cual nuestros descendientes ya no tendrán rey ni altares a Dios, ni quemarán sacrificio a Dios ni a los

ídolos, ni habrá sacerdotes entre ellos. Pero mucho después de esto, buscarán al Señor su Dios otra vez, y entonces adorarán a su verdadero rey, el descendiente de David que ha de venir.

Un día Oseas les dijo a los sacerdotes:

—Ustedes que son sacerdotes, sufrirán más porque son responsables por haber desviado al mal los corazones de la gente. Con todo esto, Dios les dice: “Quiero bendecirlos mucho, pero no puedo porque no dejan de pecar”.

Y Oseas dijo a la gente:

—Ustedes que viven en Israel, ya no vivirán más aquí, pues con sus hijos y nietos vivirán en otra tierra, vagando errantes entre muchos pueblos.

’Y Dios les dice esto: “Los asirios serán sus reyes, debido a que no quisieron volver a mí. Yo seré quien mande a los asirios para que los conquisten y los lleven presos a su pueblo y destruyan toda su tierra. Todo esto les va a suceder porque no quisieron honrarme”.

’Pero a pesar de todo esto, Dios quiere que sepan que a los que le pidan perdón, él les perdonará. Deberán hablarle de esta manera: “Señor, perdóname, ten lástima de mí; déjame volver a mi tierra y te honraré. Ya no creo que son los asirios los que nos pueden libertar; tampoco creo que podemos salvarnos a nosotros mismos. Ya no adoraré mas a los ídolos, porque sólo tú eres Dios y sólo tú nos amas”.

También Oseas les dijo:

—Sólo de esta manera se salvarán. Así ha dicho Dios.

El profeta Amós

(Amós 1:1-2:6; 5:20-27; 6:14; 9:11-12)

Amós fue un pastor de borregos que vivió cerca de Belén, en Judá. Un día, Dios lo escogió para que fuera profeta en Israel y que diera su mensaje a los israelitas y a los que vivían en Judá. Esto es lo que dijo Dios por medio de Amos:

—A todas las naciones que están a su alrededor, las castigaré por el mal que les han hecho a ustedes, mis escogidos. Por eso castigaré a los sirios y a los filisteos y a la gente que vive en Damasco, en Gaza, en Tiro, en Edom, en Amón y en Moab. Pero no me olvidaré que ustedes también pecaron. En vano

me traerán ofrendas, porque no las recibiré. Llévense sus cantos, pues no escucharé sus alabanzas, ya que ustedes no son fieles.

'Si no dejan de pecar serán llevados presos a otra tierra, donde serán los sirvientes de los que viven en aquel lugar, y toda su tierra quedará destruida.

'Pero llegará la hora en que sus nietos me honren y me sirvan como fui honrado en los días del rey David. Lo haré así para que también todas las naciones me honren.

Así dijo Dios y esto fue lo que Amós le dijo a su gente en Israel.

Los israelitas son llevados a Asiria

(2 Reyes 17:5-6, 24-41)

Tiempo después, los de Asiria pelearon contra Israel y se llevaron presos a los israelitas que vivían allí. De esta manera fue cómo los israelitas se dispersaron, y sólo unos pocos quedaron en Israel.

Al poco tiempo, el rey de Asiria trajo a otras gentes para vivir en la tierra de los israelitas, en la región que se llamaba Samaria. Estas gentes venían de Babilonia y de otros lugares. Pero al principio, cuando comenzaron a habitar la tierra de los israelitas, como no adoraban a Jehová Dios, él mandó leones que los atacaban. Entonces ellos se fueron a decirle esto al rey Asiria, quien mandó que regresara alguno de los sacerdotes de los israelitas para que enseñarle a esta gente la ley de Dios. Fue así cómo uno de los sacerdotes que había sido llevado preso a Asiria, fue traído de nuevo a Samaria, y les enseñó cómo debían de adorar a Jehová Dios.

Pero cada grupo tenía sus propios dioses, y los pusieron en los templos de los lugares altos que los israelitas habían hecho. Allí hicieron sacrificios a sus dioses, algunos hasta quemando a sus propios hijos en el fuego como ofrenda a sus dioses.

Así aquella gente adoraba a Jehová y al mismo tiempo seguía sirviendo a sus ídolos. Sus hijos y sus nietos hicieron lo mismo, y así lo hacen hasta el día de hoy.

El profeta Isaías

(Isaías 1:1-6, 11-13, 18-31; 2:1-11; 6:1-13; 7:1-25; 9:1, 6-7; 11:1-9; 35:5-6; 40:3-8; 42:8; 44:6, 9-20; 52:13-53:12; 55:1-13; 61:1-3)

Dios escogió a un hombre llamado Isaías para que fuera su profeta en la tierra de Judá. Isaías predicó la palabra de Dios durante los reinados de Usías, Jotam, Acáz y Ezequías, y así le dijo a su gente:

—Esto dice Dios: “Ustedes son mis hijos, a quienes yo he cuidado siempre, pero ustedes ya no quieren respetarme. Fíjense cómo el buey conoce a su dueño y el burro el pesebre de su dueño, pero ustedes que son mi gente no entienden ni me conocen. Son gente pecadora, que se olvida de mí, su Dios.”

También Dios dijo por medio de Isaías:

—Israel, para qué me sirven tus muchos sacrificios. Ya no me traigan más ofrendas vanas, si es que no van a dejar de pecar. Vengan a mí y los limpiaré. Aunque sus pecados son muchos, yo los perdonaré y los bendeciré.

'Pero si no quieren dejar de pecar y obedecer lo que yo les digo, sus enemigos vendrán y los matarán; porque yo Dios los enviaré.

'Todos los que se arrepientan y vuelvan a mí, serán salvados. Pero los que no quieran arrepentirse morirán, a causa de no querer mi ayuda.

En otra ocasión Dios le dijo a Isaías estas palabras acerca de Judá y Jerusalén:

—En los últimos tiempos, Jerusalén será la ciudad más importante, y me templo será allí cabeza de todo el mundo. Vendrá mucha gente de todas partes, diciendo: “Vamos a Jerusalén, al templo de los israelitas, para oír los mandatos de Dios, porque allí él no enseñará sus caminos.”

Así van a decir porque Dios vendrá a reinar en Jerusalén y todas las guerras se acabarán.

Isaías volvió a decirle a la gente:

—¡Oh, descendientes de Jacob!, Dios los ha dejado porque adoran a los imágenes y no a él. Y cuando llegue el día en que Dios los castigue, de nada les servirá esconderse en las cuevas. No se salvarán, porque se han rebelado contra el Señor. Pero llegará el día en que sólo a él honrarán.

En el año en que murió el rey Uzías, el profeta Isaías tuvo una visión en la que vio a

Dios sentado sobre un trono alto y bellissimo. Su vestidura larga llenaba todo el templo. Volando a su alrededor había unos seres celestiales; cada uno tenía seis alas; con dos se cubrían la cara, con dos se cubrían los pies y con las otras dos volaban. Y decían:

—El Señor Jehová Dios es santo; toda la tierra está llena de su grandeza.

—Mientras los seres cantaban —dice Isaías— los pilares del templo temblaron y el templo se llenó de humo. Entonces exclamé en mi visión: “¡Ay de mí!, que soy un hombre pecador como todos los demás. Voy a morir, porque soy impuro y he visto con mis ojos al Dios Todopoderoso.”

’Entonces uno de esos seres voló hacia mí, llevando en su mano un carbón encendido, tomado del altar de Dios. Con él tocó mi boca y dijo: “Mira, esto ha tocado tus labios, y tu culpa ha sido quitada.”

’Después oí la voz del Señor que decía: “¿A quién enviaré a predicar mi palabra?”

’Entonces contesté: “Aquí estoy yo, envíame a mí”. Y Dios me respondió: “Anda, pues, y dile a esta gente: Ustedes oyen bien pero no entienden; ven pero no comprenden. Por eso les pondré más duros sus corazones y no podrán obedecer; cerraré sus ojos y no podrán comprender. Todo esto haré porque no quieren dejar lo malo que hacen y por eso no se salvarán.”

’Yo le pregunté: “¿Hasta cuándo se arrepentirán, Señor?” Y él contestó: “Hasta que las ciudades estén destruidas y sin habitantes y la tierra quede hecha un desierto; hasta que yo haya corrido a los que viven aquí. Pero unos cuantos regresarán a vivir aquí, porque mi gente es como un árbol que el ser cortado queda sólo el tronco. Y ese tronco vuelve a retoñar.”

Durante el tiempo en que Acaz era rey en Judá, el rey de Siria y el rey de Israel reunieron a sus tropas y fueron a destruir Jerusalén, pero no pudieron tomarla.

Entonces Dios mandó a Isaías a decirle a Acaz que no tuviera miedo, porque no pasaría lo que estos reyes habían planeado. Isaías fue y le dijo:

—Así le dice Dios: “No tengas miedo, Acaz. Los dos reyes no te van a vencer. Te dará una señal: Una virgen tendrá un hijo y le pondrá por nombre Emanuel, que quiere decir: Dios está

con nosotros. Así que, antes de que el niño aprenda a rechazar lo malo y a escoger lo bueno, la tierra de los dos reyes a los que les tienes miedo será abandonada y su gente destruida.”

’Pero más después, Dios castigará mucho a nuestro pueblo, porque vendrá el rey de Asiria con tantos soldados que se comerán todo lo que hemos sembrado. Destruirán los viñedos, matarán a los borregos, ganado y chivos; y nos llevarán prisioneros a su tierra.

En otra ocasión, Isaías le dijo a su gente:

—Dios me ha dicho que no siempre habrá oscuridad y angustia en la tierra de Zabulón y en la tierra de Neftalí; pues al fin, él llenará de gloria el camino del mar, del otro lado del río Jordán, en Galilea donde viven los que no son israelitas. El pueblo que andaba en oscuridad verá gran luz, y los que viven bajo la sombra de la muerte, luz brillará sobre ellos porque llegará a ellos el escogido de Dios.

’Un niño nacerá para nuestro bien y mandará sobre todo el mundo. Se llamará Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Con la autoridad con la que gobernó nuestro antepasado David, así gobernará para siempre, con justicia, tratando a cada quien como le corresponde.

’El Espíritu de Dios estará sobre un descendiente de Isaí, y le dará sabiduría y fuerza. El no juzgará como nosotros lo hacemos, según lo que vemos y oímos, sino que juzgará con justicia. En su reino vivirán juntos el lobo y el borreguito; el tigre y el cabrito se acostarán uno al lado del otro, el becerro, el león y el animal doméstico andarán juntos y un niño los cuidará. La vaca y la osa pastarán, sus crías se echarán juntas, y el león comerá paja como el buey. No harán más daño a nadie, porque la tierra entera se llenará del conocimiento de Dios, así como las aguas cubren el mar.

’Los ciegos podrán ver y los sordos oirán; los cojos saltarán como venados y los mudos cantarán. Esto es lo que hará el Señor.

’De nuestro pueblo se levantará uno que gritará en el desierto: “¡El Señor viene!; dejen de pecar y obedezcan su palabra, para que puedan seguir el camino a donde él los guiará. Muy pronto Dios nos enviará al que viene a salvar a todo el mundo.”

’Después oí una voz que me decía: “Grita”, y yo pregunté: “¿Qué debo gritar?” Y la voz me

respondió: “Di que toda la gente es como la hierba y toda su gloria como la flor del campo. La hierba se seca y la flor se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece para siempre.”

’Dice el Señor Dios: “Yo soy Jehová, así es mi nombre, y yo no permitiré que ningún otro reciba la gloria que a mí me pertenezca; no permitiré que adoren a los ídolos. No hay ningún otro dios aparte de mí. No conozco a ningún otro.”

’Los hombres que fabrican ídolos viven en vano porque el más hermoso ídolo que hagan no sirve para nada. Los que las hacen, ellos mismos son testigos de que los ídolos no ven ni entienden, y deben sentir vergüenza de haberlos hecho. El herrero toma el cincel, trabaja en las brasas, le da forma con golpes de martillo, y todo lo hace con fuerza de su propio brazo. Trabaja tan duro que le da hambre y sed y hasta se desmaya. Pero todo esto es de balde.

’Èl tallador de madera tiende su regla, marca el trozo de madera, lo labra con el cepillo, le da forma de hombre, y cuando termina de hacer el ídolo lo lleva a su casa y lo adora como su dios.

’También el hombre va y corta un árbol, y de la misma madera hace leña y fabrica un ídolo y después se arrodilla ante él. La mitad que le sirve para leña la echa al fuego, se sienta a un lado y se calienta; allí coce su comida y come hasta quedar lleno, y dice: “Esta leña arde tan bien que ya ha calentado la casa”. Luego agarra la otra mitad con la que hizo la imagen y se arrodilla ante ese ídolo y le dice: “Ayúdame, porque tú eres mi dios”.

’Tal hombre es un tonto; no tiene ni sentido ni entendimiento para comprender que una parte del tronco la quemó en el fuego y sobre sus brazos coció pan, asó carne y se la comió. Entonces ¿por qué tiene que arrodillarse delante de la otra parte de la misma madera? Es sólo un pedazo de madera, y la otra parte ya son solamente cenizas. El necio corazón del hombre le aparta de la verdad para que su alma no sea libre. No se da cuenta de que se engaña a sí mismo.

Todo lo anterior se lo decía Isaías a su gente porque Dios se lo revelaba.

Isaías también habló sobre el que vendría un día y sería rey de Israel:

—Muchos se asombrarán del siervo de Dios porque se desfigurará su rostro más que el de cualquier hombre. Nosotros lo vamos a ver, pero no habrá nada en él que nos atraiga o que no llame la atención. Será despreciado y desechado por los hombres; hombre de dolores, sabrá lo que es sufrir, y nosotros le daremos la espalda.

’En verdad él llevará nuestras enfermedades y se encargará de nuestras tristezas. Diremos que está recibiendo el castigo de Dios mientras sufra, será maltratado por nuestra rebeldía y golpeado por nuestros pecados. El castigo que nosotros merecemos, él lo recibirá para librarnos del enojo de Dios, y por su sufrimiento seremos curados. Todos nos desviamos como borregos, cada uno se fue por su propio camino, pero Dios cargará en él el pecado de todos nosotros. Será objeto de burlas, y aunque sea maltratado, se quedará callado. Será llevado como borreguito al matadero, y como un borrego cuando lo trasquilan, no abrirá la boca.

’À él lo juzgarán sin motivo y no habrá quien lo defienda; será herido y quitado de este mundo. Pero ninguno se dará cuenta de que es castigado para pagar los pecados de mi gente. Aunque nunca pecó ni engañó a nadie, Dios lo hará sufrir. Pero después de haber puesto su vida en ofrenda por el pecado, tendrá larga vida y verá a sus descendientes. Verá el fruto de su sufrimiento y quedará satisfecho. Dios le dará un lugar muy importante, porque él llevó el pecado de nosotros; fue confundido con los pecadores, pero en realidad él estaba cargando nuestra culpa.

Dios también dijo lo siguiente a través de su profeta Isaías:

—A todos lo que quieran vivir, vengan y les daré vida; y la recibirán sin pagar nada.

’No compren comida con la que no se llenan, ni gasten su dinero sin quedar satisfechos. Mejor entiéndanme y comerán lo mejor; crean en mí y vivirán. Entonces y cumplirá las promesas que le hice a su abuelo David, y mandaré un rey que será como un testigo entre las naciones, un jefe y maestro de todos. Él llamará a las naciones desconocidas y vendrán corriendo a mí, porque yo, el Señor, lo he honrado.

'Busquenme mientras puedan encontrarme; llámenme ahora que estoy cerca. Que el hombre malo deje su manera de vivir y el pecador cambie su modo de pensar y regresen a mis caminos, porque soy su Dios y les tenderá misericordia, pues los perdonaré completamente. Porque mis pensamientos no son como sus pensamientos, ni sus caminos como mis caminos. Así como el cielo está más alta que la tierra, así mis pensamientos y mi forma de ser son más altos que los suyos.

'Yo envió la lluvia y la nieve desde los cielos y no regresan hasta que humedecen la tierra para que pueda dar lo que ustedes siembran; de esta manera, los que trabajan en el campo tienen comida y semilla para sembrar. Mi palabra es semejante a eso, porque no sale en balde de mi boca, sino que hace lo que yo quiero, lo que es bueno.

'Con alegría saldrán y no tendrán miedo porque mi enviado guiará a todos aquellos que vuelvan a mí; vivirán felices y no tendrán miedo. En lugar de ser inútiles, me servirán, y me honrarán para siempre.

Isaías también les dijo que el enviado de Dios hablaría de esta manera: "El Espíritu de Dios mi padre, está sobre mí. Él me ha escogido y me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a consolar a los tristes, a libertar a los que están presos, a dar vista a los ciegos y sanar a los enfermos. También me ha enviado a anunciar que llegará el día en que Dios los perdonará y los vengará de sus enemigos."

El profeta Miqueas

(Miqueas 1:1-12; 2:12-13; 3:11; 4:2-4; 5:2)

Miqueas les habló duro a los israelitas de sus pecados, y les dijo:

—Nuestro Dios los va a castigar por el mal que hacen, porque las autoridades adoran a los ídolos y hacen sufrir a sus hermanos, aceptando soborno. Los sacerdotes sólo trabajan por dinero y los profetas venden su palabra. Por eso serán destruidas las ciudades de Samaria y Jerusalén con todo y los ídolos que tienen, y ustedes serán llevados cautivos a otros países.

'Pero Dios me ha dicho que, después de todo eso, vendrá el día que él volverá a juntar lo que quede de la gente de Israel, y los traerá de nuevo a su tierra.

'En los últimos días, cuando el Señor reine sobre todo el mundo desde Jerusalén, se acabarán todas las guerras y pleitos en el mundo. Entonces cambiarán sus espadas por arados y sus lanzas por hoces. Y nadie más hará la guerra, porque se habrán acabado todos los pleitos y no habrá más temor. Así dice Dios.

También Miqueas dio este mensaje de Dios a la gente de Israel:

—Aunque el pueblo de Belén es muy pequeño aquí en esta región, será honrado, porque de allí saldrá el que gobernará para siempre a todos los descendientes de Abraham.

El profeta Joel

(Joel 1:1-2:14, 28-32)

Este es el mensaje que el Señor mandó a Joel para toda la gente de Israel:

—Ustedes van a sufrir porque todo lo que tienen será destruido, y ustedes serán llevados presos a otros países

Y también les dijo esto:

—Dios los bendecirá mucho si se arrepienten; si dejan de pecar y regresan a él de todo corazón, porque él es muy bueno y tarda para enojarse. Le gusta perdonar y ya no se acuerda de nuestros pecados.

Y acerca de lo que iba a suceder cuando viniera el Espíritu Santo, Dios le dijo a Joel lo siguiente:

—En los últimos días mandaré mi Espíritu a la gente en todo el mundo, y sus descendientes predicarán mi palabra. Los viejos soñarán sueños y los jóvenes verán visiones de la manera en que Dios los guiará. Y también mandaré mi Espíritu a sus vivientes, hombres y mujeres, en aquellos días, y hablarán mi palabra. Haré milagros en el cielo y en la tierra, y entonces todos en la tierra tendrán temor. El cielo se pondrá rojo como si fuera sangre, y habrá fuego y muchísimo humo. El sol se oscurecerá por el humo, y la luna también se pondrá roja antes de que venga el día grande y espantoso en que juzgaré a la gente. Y todo aquel que me pidiere ayuda, se salvará.

El profeta Abdías

(Abdías 1:1-4, 10, 19-21)

Dios habló por medio del profeta Abdías, diciendo que iba a destruir a la gente de Edom, los descendientes de Esaú, porque habían robado a los israelitas, no importándoles que tuvieran los mismos abuelos. Por eso iban a ser castigados, y serían vencidos por sus enemigos y luego los israelitas tomarían su tierra.

El profeta Nahúm

(Nahúm 1:1-2)

Dios habló por medio del profeta Nahúm, diciendo que Nínive, la gran ciudad de los asirios, sería destruida porque habían perseguido a los israelitas en Samaria, y éstos eran los escogidos de Dios

El profeta Habacuc

(Habacuc 1:1-2:8)

Habacuc vio que su gente continuaba pecando mucho; entonces le rogó a Dios que les castigara, y Dios le dijo que mucha gente de Babilonia iba a venir y los conquistaría. Entonces Habacuc le dijo a los israelitas:

—El Señor me ha dicho que vendrá gente de Babilonia a sacarlos de esta tierra, porque ustedes han pecado delante de él. Pero después destruirá a la gente de Babilonia por lo que nos hayan hecho a nosotros, que somos sus escogidos.

’Los malos, en su orgullo, piensan que pueden salvarse por si mismos; pero el hombre justo confía en Dios y por su fe vivirá para siempre.

El profeta Sofonías

(Sofonías 1:4-6; 2:1-13)

Dios habló a la gente por medio del profeta Sofonías y les dijo:

—Ustedes serán quitados de la tierra, con todo y sus burros, su ganado y todo lo que tienen, porque no me honran, sino que adoran ídolos.

También Dios le dijo:

—A todos ustedes, los que no me respetan y se arrodillan ante los ídolos, los voy a acabar,

tanto los que viven en Jerusalén como en toda la tierra. Solamente dejaré vivos a aquellos que todavía son fieles a mí.

Y Sofonías les dijo:

—Hermanos, dejen de pecar antes de que venga sobre ustedes el enojo de Jehová. Busquen a Jehová, todos ustedes que son humildes de corazón; obedézcanle y hagan lo bueno. Humíllence, quizás así se salven en el día del enojo de Jehová. Porque Dios no solamente acabará con nosotros, sino también destruirá a las naciones de los filisteos, los moabitas y los amonitas, que se han burlado de nosotros, sus escogidos.

El profeta Jeremías

(2 Reyes 24:10-20; 25:1, 7-21; Jeremías 1:1-3; 19:1-10, 14-15; 20:1-6; 23:3-6; 24:1-10; 29:1-14; 30:1-3; 31:31-34; 32:1-5; 38:6-13; 39:1, 11-14; 40:6)

Dios escogió para profeta a un sacerdote de los israelitas, llamado Jeremías, que vivía en Judá; él le decía a la gente de aquella región los mensajes que Dios le daba.

Un día, Dios le dijo:

—Ve con el alfarero a comprar una vasija de barro y luego sal al valle de Ben-hinom, junto con los ancianos del pueblo y los jefes de los sacerdotes. Allí diles los mensajes que yo te dé.

’Diles que yo, su Dios, traeré mal sobre este lugar porque me han dejado y han ofrecido perfumes a otros dioses. Construyeron un altar a Baal para quemar con fuego a sus hijos como ofrenda al mismo Baal; esto nunca se los he ordenado yo. Por esto, en los días que vienen, sus enemigos los matarán a machetazos y yo destruiré la ciudad, de tal manera que causará espanto a quien la vea. Como sus enemigos los rodearán y matarán, daré sus cuerpos a los zopilotes y a los perros, y los que queden tendrán tanta hambre que se van a comer la carne de sus propios hijos. Cualquier gente que pase por ahí se va a asombrar por todas las plagas que enviaré.

’Después de que les digas esto, quiebra la vasija delante de los ancianos y diles: "Así quebrará Dios a esta gente y a esta ciudad, como quien quiebra un vaso de barro que ya nunca podrá unirse y quedar como estaba antes".

Así le dijo Dios a Jeremías.

Jeremías fue y se paró en la entrada del templo y le dijo a la gente:

—Así ha dicho Dios: “Voy a castigar a todos los de esta ciudad y a la gente de los pueblos vecinos, de todas las formas que les he dicho; y lo haré porque han endurecido sus corazones para no oír mis palabras.”

Pasur, el sumo sacerdote, oyó a Jeremías profetizando estas cosas y mandó que lo golpearan, y lo puso en el cepo que estaba en la puerta de Benjamín, cerca del templo.

Al día siguiente, Pasur sacó a Jeremías del cepo y entonces Jeremías le dijo:

—Esto te dice Dios: “Verás venir a los ejércitos de Babilonia y verás morir a tus amigos. Entregaré al rey de Babilonia toda la riqueza de la ciudad, y todas tus cosas de valor pasarán a manos de tus enemigos. Y tú, Pasur, y todos los que están en tu casa, se irán como prisioneros a Babilonia, allí morirán y serán enterrados, tú y todos aquellos que te creyeron cuando profetizaste con mentiras.”

’Pero además, Dios te dice: “Tiempo después yo mismo traeré a los que hayan quedado de mis escogidos, que se encuentran regados en otros países, y volverán a ser una sola nación; también llegará el día en que un descendiente del rey David será su rey, y él gobernará con justicia a toda la gente del mundo.” También Dios dijo que cuando él reine, salvará a nuestros descendientes y vivirán en paz, sin que nadie les moleste.

Varios años después, el rey de Babilonia, llamado Nabucodonosor, fue a Judá. Y tal como Jeremías lo había profetizado, llegó y peleó contra los israelitas. Los soldados de Nabucodonosor apresaron a muchos israelitas y se los llevaron con todo y su rey, llamado Joaquín, porque éste no quiso pelear. Además del rey, se llevaron a tres mil líderes de Judá, siete mil guerreros y mil de los mejores artesanos. Pero a la gente pobre, ni caso le hicieron.

Entonces Nabucodonosor escogió a un nuevo gobernador para gobernar a los que quedaron en Judá. Fue el sobrino del rey Joaquín. Su nombre era Sedequías y tenía la edad de 21 años cuando lo nombraron gobernador.

Los soldados se llevaron también todas las cosas hechas de oro y plata del templo y del

tesoro del rey, y tal como Dios había dicho, hicieron pedazos todas las cosas de oro que servían y adornaban el templo hecho por Salomón.

Cuando los soldados se llevaron a los israelitas, Dios le dio una visión a Jeremías. En esta visión vio dos canastas de higos puestas delante del templo. Una de las canastas tenía higos muy buenos y la otra tenía higos podridos, tan malos estaban que no se podían comer.

Dios le dijo:

—¿Qué ves, Jeremías?

Y Jeremías respondió:

—Higos, higos buenos para comer e higos tan podridos que no se pueden comer.

Entonces Dios le dijo:

—Los higos buenos son mi gente que mandé a Babilonia; a ellos los cuidaré y los traeré de regreso a su pueblo, con sus hijos y sus nietos. Y les daré un corazón nuevo para que me conozcan y me amen. Los higos podridos son Sedequías, el gobernador actual de Judá, junto con sus funcionarios y los demás que quedaron en Jerusalén. A ellos les enviaré a sus enemigos para que los maten. Otros morirán de hambre y de pestilencia hasta que desaparezcan de la tierra que les di a ellos y a sus antepasados.

En ese tiempo Jeremías le escribió una carta a la gente que se encontraba presa en Babilonia, en la cual les decía:

“A ustedes que fueron llevados por Dios a Babilonia, Dios les dice que allí donde están deberán construir casas, casarse y tener muchos hijos e hijas, y también nietos. Deberán trabajar y pedir a Dios por la paz del país donde están, porque no van a regresar a su propia tierra hasta después de setenta años. No se dejen engañar por los falsos profetas que están entre ustedes, y no dejen de creer en Dios, porque todo lo que él ha dicho se cumplirá.”

En otra ocasión Jeremías le dio a la gente este mensaje de Dios:

—Vendrá un día en que haré un pacto con sus nietos. Aunque se hayan hecho dos grupos, yo los veo como uno solo. Este nuevo pacto no será como el que hice con sus antepasados cuando los saqué de Egipto, porque ellos, por su pecado, rompieron mi pacto. No, este pacto será diferente, ya que pondré mi ley en sus corazones y yo seré su Dios y ellos serán mi gente. Y ninguno enseñará a su prójimo, diciéndole: “Ven

a conocer a Jehova”, porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande. Perdonaré la maldad de ellos y ya no me acordaré más de su pecado.

Después de eso, Dios le dijo a Jeremías que los babilonios tomarían la ciudad de Jerusalén y se llevarían preso al gobernador, porque éste no honraba a Dios.

Entonces Jeremías fue y se lo dijo al gobernador, y éste ordenó que fuera echado en la cárcel, donde después le hizo sufrir aun más, metiéndolo en un pozo muy hondo que se encontraba en el patio de la cárcel. En el pozo no había agua, sino sólo había lodo, y cuando lo metieron, Jeremías hundió hasta las rodillas.

Nadie de la gente de su tierra se compadeció de él; sin embargo, un hombre de Etiopía sí se preocupó y fue ante el gobernador a rogarle que sacara Jeremías del pozo antes de que se muriera de hambre. Así el gobernador ordenó que lo sacaran del pozo, pero que permaneciera en la cárcel.

Algunos años después, el gobernador de Judá se levantó contra el rey Nabucodonosor. Por eso el rey envió a su capitán de la guardia, quien quitó a Sedequías de gobernador y lo llevó a Babilonia. Después regresó a Jerusalén, quemó el templo que Salomón había construido y tiró la muralla que rodeaba a Jerusalén. Tomó presos a más israelitas y además se llevó las cosas que se utilizaban en el templo. A todos los israelitas pobres los dejó allí para que cuidaran los viñedos y los olivares.

Jeremías todavía estaba en la cárcel cuando los babilonios vinieron de nuevo, y el capitán de la guardia de Nabucodonosor lo dejó en libertad y no se lo llevaron preso, sino que se quedó en Judá dando los mensajes de Dios.

El profeta Ezequiel

(Ezequiel 1:1-3; 2:6-7; 7:23-27; 33:7-11; 36:16-36)

Había un sacerdote en Judá que se llamaba Ezequiel, el cual Dios había escogido para que fuera su profeta. Cuando Nabucodonosor vino a Judá y se llevó cautivos a muchos de los israelitas, también Ezequiel fue llevado entre ellos a Babilonia. Allí Dios le reveló lo que iba a suceder, diciéndole:

—No tengas miedo si la gente te regaña o si te odia, porque tú les tienes que decir lo que yo te diga; no le hace si te quieren oír o no, porque son rebeldes.

Así que, Ezequiel les dijo a los israelitas en Babilonia que Jerusalén iba a ser destruida porque ellos habían dejado a un lado a Dios y habían adorado a los ídolos.

Al igual que otros profetas, Ezequiel dijo también que Dios castigaría a los que molestaran a los israelitas. Dios dijo que haría esto para que todo el mundo supiera que él es Dios y que no hay ningún otro.

Otro día Dios le dijo a Ezequiel:

—Te voy a enseñar lo que debes decirle a tu gente. Les dirás que van a ser castigados si no arrepienten y dejan sus ídolos y sus otros pecados, porque yo le he dicho al pecador: “Pecador, vas a morir”. Y si tú no les hablas del castigo que recibirán si no dejan sus pecados, ellos van a morir por sus pecados, y tú también serás culpable de su muerte. Pero si tú les adviertes que van a ser castigados si no dejan de pecar, y ellos no te hacen caso y siguen pecando, ellos morirán por sus pecados pero tú serás libre, y no tendrás ninguna culpa por su muerte.

También Dios mandó a Ezequiel que dijera a la gente lo siguiente: “Porque yo vivo, no quiero que los pecadores mueran; al contrario, lo que quiero es que dejen de pecar y realmente vivan. Así que, todos ustedes que son descendientes de Israel, si no quieren morir, dejen de hacer lo malo.”

En otra ocasión Dios le dijo a Ezequiel:

—Cuando los israelitas vivían en su tierra, la profanaban con su manera de vivir. Por eso me enojé tanto con ellos que los saqué de su tierra y los mandé a vivir entre los demás países y naciones. Pero en todos los lugares donde llegaban, ofendían mi santo nombre, porque la gente de esos países decía: “Estos son la gente de Dios y han tenido que salir de su tierra”. Esto me ha dolido mucho; pero llegará el día en que haré que regresen a su tierra, y limpiaré sus corazones para que no sean idólatras. Ellos tienen duro el corazón, por eso no me quieren obedecer; pero cambiaré sus corazones de tal manera que van a desear obedecerme. Les mandaré mi Espíritu y él les ayudará a que anden en mis caminos y guarden mis mandamientos. Vivirán en la tierra que les

prometí a sus abuelos; todos estarán muy unidos en su manera de pensar y tendrán un solo rey. Haré todo esto, no porque ustedes lo merezcan, sino porque yo los he escogido y yo soy su Dios.

’Les bendeciré en gran manera, y ya no tendrán hambre. Se multiplicarán, y así las otras naciones alrededor de ustedes sabrán que yo reconstruyo lo que está derribado, y vuelvo a plantar lo que está desierto.

Daniel interpreta el sueño del rey Nabucodonosor

(Daniel 1:1-17; 2)

Cuando los israelitas llegaron a Babilonia, el rey le dijo a uno de sus sirvientes:

—Escoge de entre los jóvenes israelitas a los más inteligentes y bien parecidos físicamente y enséñales nuestro idioma y nuestras costumbres, para que sirvan aquí en el palacio.

Así pues, el sirviente escogió a algunos jóvenes israelitas; entre ellos habían cuatro que venían de la tribu de Judá, llamados Daniel, Ananías, Misael y Asarías. Estos empezaron a aprender el idioma de los babilonios y sus costumbres. El rey había ordenado que les enseñaran durante tres años y que les dieran de comer de lo mismo que el rey comía. El sirviente del rey que estaba encargado de estos cuatro jóvenes les puso nombres babilonios: a Daniel le puso Beltsasar y a los otros tres les puso los nombres de Sadrac, Mesac y Abed-nego. Estos cuatro jóvenes rechazaron la comida que les dieron, porque no era el tipo de comida que Dios había ordenado que comieran los israelitas.

Así que no la probaron, porque no querían desobedecer a Dios. El sirviente del rey que les traía la comida les dijo:

—Si no comen bien van a enflaquecer, y si el rey los llega a ver tan flacos, me va a castigar.

Entonces Daniel y sus compañeros respondieron:

—Le rogamos que haga la prueba durante diez días, dándonos sólo legumbres para comer y agua para beber. Cuando hayan pasado los diez días, verá si estamos flacos o no.

El sirviente aceptó la idea y probó con ellos durante diez días. Cuando habían pasado los diez días, Daniel y sus amigos se veían mucho mejor que los otros muchachos que comían lo

mismo que el rey; además, no se habían enflaquecido. Y por haber obedecido, Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias. A Daniel, además, le dio la capacidad de explicar el significado de los sueños y las visiones.

Una noche, Nabucodonosor tuvo un sueño y se asustó mucho. Por la mañana, mandó llamar a los magos de su reino para que le explicaran el significado de su sueño. Cuando llegaron al palacio y se presentaron delante del rey, él les dijo:

—He tenido un sueño y estoy muy preocupado; por eso quiero saber el significado del sueño. Si me dicen el sueño y su significado, les daré muchos regalos y los honraré; pero si no me dicen el sueño ni su significado, los mandaré matar.

Y no hubo quién pudiera explicar el sueño del rey. Entonces los magos le dijeron:

—Oh, Rey, díganos el sueño; sólo así podremos decirle qué significa. Porque no hay ningún hombre en el mundo que pueda explicar lo que usted soñó, sin saber el sueño.

Como no pudieron decirle lo que había soñado, el rey se enojó y dio órdenes para que mataran a todos los hombres sabios de Babilonia; y el capitán de la guardia, que se llamaba Arioc, buscó a Daniel y a sus compañeros para matarlos junto con los demás. Cuando Daniel se enteró de lo que pasaba, fue con el rey a pedirle que le diera un poco de tiempo y después él le podría decir el sueño y su significado, y el rey le dio permiso.

Entonces Daniel fue a su casa y les contó a sus compañeros lo que le había pasado con el rey, y también les dijo que le había dado tiempo para explicar el sueño. Así que, Daniel y sus amigos pidieron a Dios que tuviera misericordia con ellos, revelándoles el sueño. Por la noche, Dios reveló a Daniel lo que el rey había soñado y Daniel le dio gracias a Dios por esto.

A la mañana siguiente Daniel fue a hablar con Arioc y le dijo:

—No mates a los sabios. Llévame delante del rey, y yo le diré el significado de su sueño.

Entonces Arioc llevó luego a Daniel delante del rey, y cuando Daniel entró, el rey le preguntó:

—¿Tu crees que me puedes decir el sueño que tuve y lo que significa?

Y Daniel le contestó:

—Ningún hombre, por muy sabio que sea, puede decirle tal cosa; ni yo puedo. Pero hay un Dios en el cielo que revela cualquier misterio, y ahora él le ha dicho por medio de su sueño lo que va a pasar en el futuro, hasta el fin del mundo. Esto es lo que usted vio en el sueño: vio una gran estatua de un hombre. Esta estatua estaba delante de usted; su cabeza era de oro puro, su pecho y sus brazos de plata, su vientre y sus muslos de cobre, sus piernas de hierro y una parte de sus pies era de hierro y la otra parte era de barro. En su sueño vio también que del lado de un cerro salió una gran roca que golpeaba a la estatua en los pies y la despedazaba toda, y como paja se la llevaba el viento. Pero la roca creció hasta que llenó toda la tierra. Este es el sueño; y ahora le diré lo que significa.

'Oh Rey, usted ha dominado a muchos reyes y a sus reinos porque el Dios del cielo le ha dado poder y sabiduría. De manera que, la cabeza de la estatua es usted, porque ha llegado a dominar sobre la gente de todo el mundo. Cuando su reino se acabe, y también los reinos de sus descendientes, vendrá otro reino el cual tendrá menos poder y sabiduría que el suyo. Este reino fue representado en la estatua como el pecho y los brazos. Después de este reino vendrá otro que dominará también sobre todo el mundo. El vientre y los muslos lo representan. El cuarto reino que vendrá dominará también sobre todo el mundo. Las piernas de hierro en la estatua representan el poder que tendrá. En el sueño usted también vio que los pies eran parte de barro y parte de hierro; esto quiere decir que el rey de este reino tendrá algo de fuerza y algo de debilidad. La piedra que despedazó a la estatua significa que Dios levantará un reino para siempre, y entonces se acabarán todos los gobiernos que estén aquí en el mundo. Esta es lo que significa su sueño, rey Nabucodonosor.

El rey estaba tan maravillado que hasta se postró ante Daniel, y dijo:

—En verdad que tu Dios es el Dios de los dioses y el Rey de los reyes.

El rey le dio a Daniel el alto puesto de ser gobernador sobre toda la provincia de Babilonia. Daniel se acordó de sus amigos israelitas y le pidió al rey que los pusiera como sus ayudantes para que se encargaran de todos los asuntos de la provincia de Babilonia.

La historia de los tres hombres que no les quemó el fuego

(Daniel 3)

El rey Nabucodonosor mandó hacer una estatua de oro, de treinta metros de alto y tres de ancho, y la paró en un llano. Cuando ya estaba hecha, mandó llamar a sus consejeros, a los jefes del gobierno, a los capitanes del ejército, a los gobernadores de los estados y a las autoridades de todos los pueblos de las provincias de su reino, para que vinieran a la dedicación de la estatua que había hecho.

Cuando todos estaban reunidos de pie ante la imagen que había hecho el rey, su mensajero anunció en voz alta:

—Escuchen todos. Cuando oigan el sonido de la trompeta y de todos los demás instrumentos, arrodíllense y adoren a la estatua. Cualquier persona que no se arrodille para adorarla, será echado inmediatamente dentro de un horno ardiendo.

Estaban allí presentes los tres compañeros de Daniel: Sadrac, Mesac y Abed-nego. Cuando se oyó el sonido de los instrumentos, toda la gente, sin importar su nacionalidad, se arrodilló y adoró a la estatua de oro que el rey había hecho. Pero los tres amigos de Daniel no se arrodillaron ni adoraron la imagen del rey.

Algunos hombres le fueron a decir al rey que unos israelitas no habían obedecido la orden; entonces Nabucodonosor se enojó y mando traer a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Cuando llegaron, les dijo:

—¿Es verdad que ustedes no honran a mi dios, ni adoran la estatua de oro que mandé hacer? Les voy a dar una oportunidad más. ¿Están dispuestos a arrodillarse y adorar a la estatua al oír el sonido de la trompeta? Porque si no la adoran, en ese momento serán echados adentro de un horno ardiendo, y no habrá dios que los pueda librar.

Entonces los tres respondieron:

—A nosotros no nos preocupa qué nos va a pasar, porque si nos echan al horno ardiendo, nuestro Dios puede librarnos. Pero aun si no nos librara, nosotros no serviremos a sus dioses ni adoraremos a la estatua de oro que usted ha hecho.

Al oír esto, Nabucodonosor se enojó mucho y mando que el horno fuera calentado siete

veces más de lo normal. También le ordenó a hombres muy fuertes de su ejército que amarraran a los tres hombres para echarlos al fuego.

Como habían calentado demasiado el horno, cuando los soldados lanzaron a los amigos de Daniel al fuego, las llamas salieron del horno y mataron a los soldados.

Nabucodonosor estaba observando todo. De repente se levantó de prisa, muy asustado, y les dijo a sus consejeros:

—¿No fueron sólo tres hombres los que echamos al horno ardiendo? Pues yo veo a cuatro hombres que se pasean desatados, tranquilamente, en medio del fuego, y el aspecto del cuarto es como el de un dios.

Entonces Nabucodonosor llamó a los tres amigos de Daniel, diciendo:

—¡Sadrac, Mesac, Abed-nego, siervos del Dios altísimo, salgan del horno y vengan aquí!

Los tres salieron de en medio del fuego y cuando llegaron junto al rey, todos los jefes, gobernadores, capitanes y consejeros se acercaron para verlos; y se admiraban al ver que el fuego no había quemado sus cuerpos ni su pelo ni su ropa, y que ni siquiera olían a humo.

Entonces, Nabucodonosor le dijo a la gente:

—De ahora en adelante vamos a respetar al Dios de estos jóvenes. Ellos confiaban completamente en él cuando me dijeron: “No vamos a arrodillarnos delante de ningún ídolo, porque nosotros creemos en el Dios vivo y sabemos que no hay otro dios”. Y en verdad, su Dios cuidó de ellos, enviando un ángel para salvarlos del fuego. Ahora yo, rey de esta tierra, ordeno que cualquier gente que no respete al Dios de estos hombres, no importa de dónde sea o qué lengua hable, será despedazado y su casa destruida. Porque ningún ídolo puede hacer lo que el Dios de estos jóvenes hace.

Después de esto, el rey les dio a Sadrac, Mesac y Abed-nego puestos más importantes en el gobierno de Babilonia.

Daniel explica otro sueño al rey Nabucodonosor

(Daniel 4:4-19, 24-37)

Una noche Nabucodonosor tuvo otro sueño y mandó llamar a todos los sabios de Babilonia para que le explicaran el significado de lo que

había soñado. Cuando ya estaban reunidos, les dijo el sueño, pero ninguno pudo decirle el significado. Así que, llamó a Daniel y le contó el sueño. Le dijo:

—Soñe que veía un árbol muy alto en medio de la tierra. Este árbol se hacía fuerte y crecía más y más alto, hasta el cielo, de tal forma que toda la gente del mundo podía verlo. Sus hojas estaban frescas y verdes y tenía fruto abundante; había alimento en él para todos. Debajo de su sombra se echaba el ganado y los borregos, y en sus ramas los pájaros hacían sus nidos. También vi que un ángel bajaba del cielo y gritaba fuertemente: “Tiren ese árbol, corten sus ramas, y derramen sus frutos; que se vayan todas las bestias que están bajo su sombra y los pájaros que viven en sus ramas. Pero no corten su cepa ni su raíz porque este mal le durará siete años; su mente será cambiada y será como un animal, para que la gente sepa que hay un Dios en el cielo que tiene poder sobre los reyes y que ordena todas las cosas.”

’Esto es lo que vi y oí en mi sueño. Tú, pues, Beltsasar, dirás su significado. Tú puedes hacerlo porque contigo está el espíritu del Dios Santo.

Daniel se sentó preocupado y por una hora se quedó en silencio, espantado por el significado del sueño. Por fin le dijo al rey:

—El árbol que vio en su sueño es usted, oh Rey. Dios hará que usted pierda la razón, y por siete años quedará loco. Comerá hierba del campo como un buey, y será pastoreado junto con las bestias del campo. Su espalda se mojará con el rocío del cielo hasta que hayan pasado siete años y hasta que usted entienda que el Dios del cielo gobierna sobre todos los reyes. Después de este tiempo, volverá a ser normal y reinará de nuevo. El significado de no cortar la cepa de las raíces del árbol es que después de este tiempo usted volverá a reinar. Por tanto, oh Rey, acepte mi consejo y no siga pecando; deje de hacer maldades y trate de ayudar a los necesitados, pues tal vez de esta manera pueda seguir viviendo en paz y prosperidad.

Un año después, Nabucodonosor andaba paseando por la terraza de su palacio en Babilonia, y pensaba: “Yo, con mi gran poder, he construido la gran Babilonia, y a causa de mi grandeza todos me honran.”

Pero todavía no acababa el rey de pensar esto, cuando vino una voz del cielo que dijo:

—Oye, rey Nabucodonosor, este mensaje es para ti: Desde hoy este reino ya no es tuyo.

En ese mismo momento el rey se volvió loco y lo separaron de la gente; comía hierbas como los bueyes, y se mojaba con el rocío que caía del cielo. Su pelo le creció como plumas de águila y sus uñas como las de las garras de los pájaros.

Después de siete años, Dios le devolvió la razón al rey Nabucodonosor, y entonces el rey dijo:

—Alabo y glorifico al Rey del cielo, el que hace justicia a todos, el que tiene poder para todo, hasta para humillar a los que son orgullosos.

Daniel explica el significado de la escritura en la pared

(Daniel 5)

Años después un descendiente de Nabucodonosor, que se llamaba Belsasar, llegó a ser rey.

Un día Belsasar hizo un gran banquete a mil de sus funcionarios y, junto con ellos, tomó mucho vino. Con el efecto del vino mandó que trajeran los vasos de oro y de plata que su abuelo Nabucodonosor había traído del templo de Jerusalén. Los vasos fueron traídos y tomaron más vino en ellos, alabando a los ídolos de oro y de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra.

En medio de la fiesta apareció una mano de hombre, que escribía sobre la pared del palacio. Todos se asustaron y el rey comenzó a gritar en voz alta que vinieran los magos y adivinos, pero cuando ellos vinieron no pudieron decir el significado de lo que la mano había escrito. Entonces el rey mandó llamar a Daniel.

Cuando Daniel llegó y leyó la escritura en la pared, le dijo al rey:

—Usted, como descendiente del rey Nabucodonosor, debe saber perfectamente cómo el Dios altísimo le humilló cuando su corazón se llenó de orgullo. A pesar de todo esto, y aunque lo sabía bien, usted no ha sido humilde de corazón, sino que se ha llenado de orgullo contra el Señor del cielo. En la fiesta de esta noche, usted ordenó que trajeran los vasos del templo

de Dios y tomó vino en ellos con sus funcionarios y con sus amantes. Y no sólo eso, sino que también, junto con sus invitados, se puso a adorar a ídolos de plata y de oro, de bronce y de hierro, de madera y de piedra, ídolos que no ven ni oyen ni entienden, y usted no quiso honrar al Dios verdadero. Por esto, la escritura en la pared dice que Dios lo ha juzgado a usted y a su reino, y los va a entregar esta noche a los medos y a los persas.

En esa misma noche vino Darío, el rey de Media, con sus soldados; mató a Belsasar y tomó al reino en su poder.

Dios libra a Daniel de los leones

(Daniel 6:1-27; 9:2-17)

Darío dividió el reino en ciento veinte estados; en cada uno puso un gobernado, y sobre éstos puso tres presidentes, de los cuales Daniel era uno. Pronto Daniel demostró ser más capaz que los demás gobernadores y presidentes, y el rey decidió ponerlo sobre todos ellos. Esto hizo que los demás se pusieran celosos, y comenzaron a buscar la ocasión en la que Daniel hiciera algo mal, para acusarlo con el rey.

Dijeron:

—Vamos a espiarlo y si encontramos algo de qué acusarlo, luego luego se lo diremos al rey.

Pero por más que lo espionaron, no pudieron encontrar ninguna falta, porque él era fiel y honrado. Tres veces al día se arrodillaba y oraba a Dios.

Al fin, estos gobernadores fueron con el rey y le dijeron:

—Oh Rey, los gobernadores hemos acordado pedirle que haga una ley y la firme. La ley es ésta: Cualquier persona que durante los siguientes treinta días haga alguna petición a su dios o a otro hombre que no sea usted, será echado a un foso con leones.

El rey le gustó lo que le propusieron y firmó la ley, tal y como ellos le dijeron.

Aunque Daniel se enteró de lo que decía esta ley, se fue a su casa, se arrodilló y oró a Dios, porque era su costumbre hacer oración tres veces al día. Entonces se reunieron los gobernadores y los presidentes; fueron a la casa de Daniel, y lo encontraron allí orando. Inmediatamente fueron a decirle al rey que

Daniel no había obedecido su ley, sino que seguía orando tres veces al día a su dios.

El rey, al oír esta acusación, se puso muy triste, pues Daniel era un hombre muy útil para el reino, y buscó la manera de salvarlo. Pero como no podía cambiar su orden, mandó que lo trajeran, y esa misma tarde lo echaron al foso de los leones. Luego pusieron una gran roca en la entrada del foso y el rey la selló con su anillo real, de modo que nadie podía rescatarlo.

Después el rey se fue a su palacio, pero no comió. Y cuando se acostó, no podía dormir por estar pensando en lo que había pasado con Daniel. Al día siguiente se levantó muy temprano y fue corriendo al foso de los leones. Cuando llegó, le gritó a Daniel:

—Daniel, siervo del Dios viviente, ¿pudo tu Dios librarte de los leones?

Y Daniel le contestó:

—Oh Rey, mi Dios mandó un ángel que ceró la boca de los leones para que no me hicieran daño, porque delante de él soy inocente; y también delante de ti yo no he hecho nada indebido.

Cuando el rey oyó la voz de Daniel, se alegró mucho y ordenó que lo sacaran del foso. Cuando lo sacaron vieron que no tenía ni un rasguño, porque había confiado en Dios.

Luego el rey ordenó que trajeran a aquellos hombres que habían acusado a Daniel, y que los echaran al foso junto con sus hijos y sus mujeres. Y aún no llegaban al fondo del foso cuando los leones los agarraron y los destrozaron.

Después el rey regresó a su casa y escribió una carta a todos los que vivían en su reino, contándoles cómo Dios había salvado a Daniel, y recomendando que todos creyeran en el Dios viviente, el Dios de Daniel.

Daniel estaba en Babilonia cuando leyó lo que el profeta Jeremías había escrito, y de esta manera entendió que los israelitas iban a permanecer setenta años presos, y durante ese tiempo Jerusalén quedaría desolada. Daniel ya era viejo y sabía que pronto se cumpliría ese tiempo que Dios había señalado. Por eso, en sus oraciones todos los días, le decía a Dios:

—Oh Señor, oye la oración de tu gente. Reconocemos que hemos pecado mucho delante de ti y no hemos obedecido tu palabra; pero te pido, Señor, que nos perdones y que nos libres

de las manos de los babilonios, así como sacaste con gran poder de Egipto a nuestros antepasados. Permítenos volver a nuestra tierra y que así tu nombre sea honrado por medio de nosotros, porque ahora todo mundo se burla de Jerusalén y de nosotros que somos tu gente.

’Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración y los ruegos de tu siervo y no dejes que tu templo se quede en ruinas como ahora se encuentra.

Los israelitas regresan a su tierra

(Esdras 1:1-2:2, 64-65; 3:1-3, 10-12; 4:1-6, 21, 24; 5:1-2; 6:7-8, 14-17; Hageo 1:1-15; Zacarías 1:1; 4:6-9; 9:9; 12:10; 13:7)

Muchos años después de que los israelitas habían sido conquistados, hubo un rey en Persia que se llamaba Ciro, y para que se cumpliera lo que Dios había dicho por medio del profeta Jeremías, Dios tocó el corazón de este rey y él les dijo a los israelitas que vivían en Persia:

—Jehová, Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha ordenado que le construya en Jerusalén un templo. Así que, todos los que quieran regresar a su tierra a reconstruir el templo pueden hacerlo cuando gusten; los que no quieran regresar, ayuden con dinero y cosas que necesiten los que sí van a regresar. Además deberán ayudar con ofrendas voluntarias para la casa de Dios que se va a construir.

Entonces salieron los jefes de familia de las tribus de Judá y Benjamín, los sacerdotes, los levitas, y todos aquellos que se animaron para ir a construir el templo de Dios en Jerusalén. Y todos los que se quedaron en Persia, les ayudaban con lo que necesitaban, aparte de lo que ofrecían voluntariamente para la construcción del templo.

El rey Ciro les devolvió todos los vasos de oro y plata que Nabucodonosor se había robado del templo hacía ya muchos años. Así que, un buen grupo de israelitas regresó a su tierra. Entre ellos iban como líderes un hombre llamado Zorobabel, quien después fue nombrado gobernador de Jerusalén, y un sacerdote llamado Josué. En total, todos los que regresaron eran cincuenta mil hombres.

Al llegar a Jerusalén, lo primero que construyeron fue el altar en donde presentaban sus ofrendas a Dios cada mañana y cada tarde,

porque tenían miedo de las gentes de los pueblos cercanos. Luego comenzaron la construcción del templo.

Cuando empezaron a poner los cimientos del templo, los sacerdotes se pusieron de pie con trompetas y los levitas con platillos, y la gente cantaba, alabando y dando gracias a Dios, diciendo:

—Dios es bueno porque para siempre es su misericordia sobre Israel.

Y toda la gente aclamaba con gran gozo, alabando a Jehová porque se echaban los cimientos de la casa de Dios.

Pero hubo un problema cuando ya estaban construyendo las paredes del templo, porque llegaron algunos hombres de Samaria y les dijeron:

—Les ayudaremos a reconstruir el templo, porque nosotros creemos en el mismo Dios que ustedes.

Esto no le gustó a Zorobabel, porque sabía que no era verdad y que los samaritanos adoraban sus ídolos. Así que, Zorobabel no les permitió trabajar en la reconstrucción del templo. Esto hizo que los samaritanos se enojaron mucho, y fueron a quejarse con el rey de Persia, que ahora era Artajerjes. El rey mandó que se dejara de trabajar en la reconstrucción del templo. De esta manera la obra quedó parada durante dieciséis años, hasta que comenzó el reinado del rey Darío.

En este tiempo vivían dos profetas de Dios; uno se llamaba Hageo y el otro Zacarías. Estos dos profetas daban a la gente los mensajes que Dios les revelaba.

Hageo le dijo a la gente que, debido a que no adoraban ni obedecían a Dios, la tierra no producía y por eso pasaban hambre. Pero después les habló acerca de la promesa que Dios les había hecho de estar siempre con ellos. Al escuchar esto, todos se animaron y decidieron seguir trabajando en la construcción de la casa de Dios.

El profeta Zacarías, que era sacerdote además de ser profeta, animaba a la gente a terminar la construcción del templo. Un día Dios le dio a Zacarías este mensaje para Zorobabel:

—Dile que no es por medio de ejércitos ni por la fuerza, sino con mi Espíritu que sus

manos terminarán este templo, así como él lo comenzó.

La construcción del templo tardó cuatro años, a partir del día en que Zorobabel y los israelitas comenzaron a trabajar de nuevo. En esos días gobernaba en Peris un rey llamado Darío, el cual pagó todos los gastos de la construcción del templo que los israelitas hicieron en Jerusalén.

Cuando el templo ya estaba listo, los israelitas ofrecieron muchos animales como ofrenda a Dios y le dieron gracias por sus bendiciones.

Dios volvió a dar otros mensajes a Zacarías acerca de cosas que iban a pasar después. Le dijo:

—Dile a la gente de Israel que se alegre, porque va a venir un rey para salvarlos y para hacer justicia; él será un hombre humilde y vendrá montado en un burro.

También le dijo:

—Toda la gente verá a él, que le han matado.

Y en otra ocasión le dijo:

—Después de la muerte del pastor, todos los borregos de su rebaño se dispersarán.

Dios salva a los israelitas de ser destruidos en Persia

(Ester 1; 2:1-10, 15-18, 21-23; 3:1-9; 19; 10:3)

Cuando el rey Darío murió, muchos israelitas vivían todavía en Persia. El nuevo rey se llamaba Asuero, y también era llamado Jerjes. Este hombre gobernó sobre ciento veintisiete estados, desde la India hasta Etiopía.

En el tercer año de su reinado, el rey Asuero ofreció un gran banquete a los funcionarios de su gobierno. Todos se reunieron en Susa, que era la capital del reino, y durante siete días hicieron fiesta, a la que también toda la gente que vivía en Susa fue invitada. El lugar donde se juntaron a comer era muy lujoso. Los bancos estaban hechos de oro y plata, lo mismo que los vasos y platos. Las mujeres se reunían aparte para comer con la reina, que se llamaba Vasti.

El séptimo día, ya para acabarse la fiesta, estando medio borracho, el rey Asuero mandó traer a la reina Vasti. Él quería mostrarle a todos los funcionarios y a la gente lo bella que era la

reina, pero la reina Vasti no quiso obedecer la orden del rey; entonces él se enojó mucho. Luego mandó llamar a los sabios y les preguntó qué se debía hacer con la reina Vasti de acuerdo a ley, ya que no había querido cumplir la orden del rey, y ellos le dijeron:

—Si le parece bien a usted, haga una ley real, en la cual se explique que Vasti ya no es la reina y que ya no se le permitirá verle más. Y en su lugar, el rey buscará a otra para hacerla reina, una que sea mejor que Vasti. Además la ley que usted haga deberá darse a conocer en todo su reino para que todas las mujeres respeten y obedezcan a sus maridos y no sigan el ejemplo de Vasti.

La idea le pareció buena al rey y siguió el consejo de los sabios. Así que envió cartas a todos los estados, a cada uno en su propio idioma, para que todo mundo conociera la orden.

Había en Susa un hombre israelita llamado Mardoqueo, originario de Jerusalén, que había sido traído junto con los cautivos que Nabucodonosor había sacado de Judea. Este hombre había criado a una muchacha llamado Ester, que era su prima. Mardoqueo la había criado porque sus padres habían muerto. Era una muchacha muy linda y agradable, y la había adoptado como hija suya.

Cuando los oficiales comenzaron a buscar una muchacha bonita para que fuera la esposa del rey, Ester también fue llevada a la casa del rey. Cuando Asuero conoció a Ester, le gustó tanto que decidió hacerla su esposa. Pero ella no le dijo a nadie de dónde venía ni de que raza era, porque Mardoqueo le había aconsejado que no lo dijera. Entonces el rey llevó a Ester a su casa y la amó más que a todas las demás. Puso sobre su cabeza la corona de reina, y cuando se casaron se hizo un gran banquete.

En aquellos días Mardoqueo oyó que dos oficiales del rey se habían enojado con el rey y estaban planeando matarlo. Mardoqueo fue y se lo dijo a Ester, y ella se lo dijo al rey. Cuando el rey lo supo, mandó que colgaran a aquellos dos hombres. Todo esto que sucedió fue escrito en el libro de la historia del reinado de Asuero.

Después de estas cosas el rey le dio un puesto alto en el gobierno a un hombre llamado Amán. Por eso todos los que estaban a la puerta del palacio se tenían que arrodillar e inclinar ante Amán, porque el rey así lo había ordenado.

Sin embargo, Mardoqueo no se arrodillaba ni se inclinaba, y eso hizo que Amán se enojara mucho. Pero a Amán le pareció muy poca cosa hacerle algo a Mardoqueo, sino que pensó que sería mejor destruir a todos los israelitas que vivían en el reino de Asuero; o sea, a todos aquellos que fueran de la raza de Mardoqueo. Así que, Amán fue a hablar con el rey y le dijo:

—Los israelitas viven entre nosotros y se encuentran esparcidos entre los pueblos en todos los estados de su reino; sin embargo, ellos no obedecen sus leyes ni les hacen caso. Si le parece bien a usted, ¿por qué no escribe una orden para que sean destruidos, y yo entregaré mucho dinero para que el tesoro del rey crezca.

Entonces el rey se quitó su anillo de la mano y se lo dio a Amán, y le dijo:

—Mira, yo no quiero tu dinero. Ve y haz lo que mejor te parezca.

Inmediatamente Amán mandó llamar a los secretarios del rey y les dictó un mensaje para que fuera enviado a todos los gobernadores de los estados, a cada uno en su propio idioma. Al final del mensaje puso el nombre del rey Asuero y luego lo selló con el anillo del rey. Y por medio de mensajeros las cartas fueron enviadas a todos los estados del reino en las que se ordenaba matar y destruir a todos los israelitas, desde el más pequeño hasta el más viejo, niños y mujeres. Todos deberían ser matados el día trece del mes de Adar, y los que mataran tendrían el derecho de quedarse con todo lo que perteneciera a ellos. De modo que, se hicieron muchas copias del escrito en el idioma de cada estado del reino, para que todo mundo estuviera preparado para aquel día.

Cuando Mardoqueo supo lo que Amán estaba planeando, se puso muy triste. Se vistió con ropa de yute, puso ceniza en la cabeza y se sentó enfrente de la puerta del rey, ya que no era permitido pasar de la puerta del rey vestido con ropa de yute. También en todo el reino, cuando la orden del rey se dio a conocer, los israelitas comenzaban a estar de luto, ayunaron y lloraron mucho.

La reina Ester se enteró de que Mardoqueo estaba en la puerta del rey vestido con ropa de yute y le envió, con sus sirvientes, ropa para que se vistiera y se quitara la ropa de yute, pero él no quiso. Entonces mandó a uno de sus sirvientes a

preguntarle a Mardoqueo qué le pasaba, y por qué estaba así.

Mardoqueo le contó al sirviente todo lo que había sucedido, y le habló también del dinero que Amán había ofrecido al rey si le daba permiso de matar a los israelitas; también le entregó una copia del escrito que Amán había publicado. Le dijo todo esto para que Ester supiera qué estaba pasando y para que fuera a interceder por su gente ante el rey. Así, el sirviente regresó y le contó a la reina todo lo que Mardoqueo le había dicho.

Y Ester le dijo:

—Regresa con Mardoqueo y dile que nadie puede entrar a ver al rey a menos que él lo llame, y si alguien lo hace, hay una ley que esa persona debe morir. La única forma de salvarse es que el rey extienda el cetro de oro que tiene en su mano a la persona que entró. Dile, además, que hace como un mes que el rey no me ha llamado a su presencia.

Entonces Mardoqueo le respondió a Ester por medio del sirviente y dijo:

—No pienses que tú te vas a escapar porque estás dentro del palacio, mientras que matan a todos nuestros hermanos israelitas. Si tú guardas silencio en una ocasión como ésta, Dios nos librará por algún otro medio pero entonces tú y tus parientes morirán. Además, puede ser que Dios te haya puesto en esa posición en el palacio para poder ayudarnos en esta situación.

Ester mandó a su sirviente otra vez para decirle a Mardoqueo:

—Trataré de hacerlo, pero antes, ve y reúne a todos los israelitas que viven en Susa para que ayunen por mí; que no coman ni beban nada durante tres días y tres noches. Yo también haré lo mismo, y después me presentaré delante del rey aunque él no me haya llamado, y no importa si muero.

Mardoqueo luego luego se fue e hizo todo lo que Ester le había dicho. Todos los israelitas se reunieron y ayunaron durante tres días y tres noches.

Al tercer día Ester se puso su vestido de reina y entró al lugar en el que se encontraba el rey. Él estaba sentado en el trono frente a la puerta, y cuando vio que la reina estaba en el patio, le dio la bienvenida y le extendió su cetro de oro. Entonces Ester entró, tocó la punta de cetro y el rey le preguntó:

—¿Cuál es tu deseo, reina Ester? ¿Qué es lo que quieres pedir? Aun la mitad de mi reino te daré si me la pides.

Ester le respondió:

—Mi petición es que el rey me honre con su presencia hoy y venga con Amán a una comida que he preparado.

Y el rey ordenó:

—Llamen a Amán para que venga al banquete al que la reina Ester nos invita.

Así que, ese mismo día el rey, acompañado por Amán, asistió a la comida que la reina les había preparado. Entonces el rey le preguntó a Ester:

—¿Qué es lo que deseas? Dilo y te será dado; aun si lo que quieres es la mitad del reino, te la daré.

Ester le respondió:

—Mi petición es que mañana venga con Amán a otra comida que les prepararé, y entonces le explicaré mi deseo.

Amán se fue a su casa, contento y con su corazón lleno de alegría. Pero al salir, se encontró con Mardoqueo en la puerta del palacio y como éste no se inclinaba para honrarlo, se enojó mucho; pero se aguantó el coraje y siguió hasta su casa. Allí le contó a su esposa y a sus amigos la forma en la que el rey le había honrado. Y también les dijo:

—La reina Ester me invitó hoy a una comida con el rey; ninguna otra persona fue invitada. Y mañana ella va a preparar otra comida, a la cual estoy invitado también. Sin embargo, todo esto no me sirve de nada cuando me encuentro con Mardoqueo, el israelita; pues él no se inclina delante de mí ni me honra.

Entonces su esposa y sus amigos le dijeron:

—Pues, prepara una horca y mañana dile al rey que te permita colgar a Mardoqueo en ella, y una vez que lo hayas hecho, te podrás ir contento a la comida con el rey.

A Amán le pareció muy buena la idea y mandó construir una horca.

Aquella noche, el rey no podía dormir; así que mandó que le trajeran el libro en donde estaban escritos los sucesos importantes de su reino para que se los leyeran. Empezaron a leer y llegaron a la parte en donde estaba escrito cómo Mardoqueo había descubierto a dos oficiales del rey que estaban planeando matarlo, y cómo los había denunciado.

Entonces el rey les preguntó a sus sirvientes:

—¿Qué recompensa recibió Mardoqueo por lo que hizo?

Y sus sirvientes respondieron:

—Nada, no se le dio ninguna recompensa.

Luego el rey preguntó:

—¿Quién está esperando en el patio ahorita?

En ese momento, Amán había llegado al palacio y se encontraba en el patio, fuera de la casa del rey. Había venido a pedirle permiso para colgar a Mardoqueo en la horca que había construido. Entonces los sirvientes le respondieron al rey:

—Amán es el que está afuera.

—Que pase —ordenó el rey.

Entonces Amán entro, y cuando se acercó, el rey le preguntó de repente:

—¿Qué debo yo hacer para un hombre al que quiero honrar?

Amán pensó luego que el rey deseaba honrarle a él, así que le contestó:

—Yo sugiero que traigan uno de los trajes del rey y un caballo de los que usted monta, con una corona en la cabeza. Luego, que sea llamado uno de los hombres más importantes de su gobierno para ponerle el traje al hombre al que usted desea honrar. Después, montado en el caballo, que lo lleve por la plaza principal anunciando a todos: “Así hace el rey para honrar a un hombre al que quiere agradecerle algo.”

Y el rey le dijo a Amán:

—Me parece bien lo que has propuesto. Toma, pues, el traje y el caballo, y ve a hacer todo lo que has dicho a un hombre israelita que se llama Mardoqueo, y no dejes de hacer todos los detalles que acabas de decir.

A Amán no le quedaba otra salida. Así que tomó el traje y el caballo, y fue y vistió a Mardoqueo y lo llevó montado en el caballo por la plaza de la ciudad, gritando delante de la gente: “¡Esto es lo que el rey hace a un hombre al que quiere honrar!”

Después de esto, Mardoqueo regresó a su lugar en la puerta del palacio y Amán se fue rápidamente a su casa, completamente avergonzado y con la cabeza cubierta.

Al rato los sirvientes del rey llegaron para llevarlo a la comida que la reina Ester había

preparado. Durante la comida el rey le volvió a preguntar a Ester:

—¿Qué es lo que deseas pedir, reina Ester? Cualquier cosa que sea, se te concederá.

Entonces la reina respondió:

—¡Oh Rey!, si de veras he ganado su favor y si le agrada, salve mi vida y la vida de la gente de mi raza; porque yo y mi gente hemos sido vendidos a aquellos que nos quieren destruir, los cuales no pararán hasta lograrlo completamente.

El rey Asuero la interrumpió y le preguntó:

—¿Qué dices? ¿Quién es el que se ha atrevido a amenazarlos así?

Y Ester le contestó:

—Nuestro enemigo es el malvado Amán.

Al oír esto, Amán se asustó y se quedó paralizado de miedo delante del rey y la reina. El rey, entonces, se levantó enojadísimo. Salió del lugar de la comida y se fue al huerto del palacio, mientras Amán se quedó y empezó a rogarle a Ester por su vida, porque vio que el rey estaba resuelto a castigarlo. Al estarle rogando, todo desesperado, a la reina, Amán se cayó en el sillón en donde estaba Ester. En eso regresó el rey y cuando vio la escena pensó que Amán quería acostarse con la reina. Entonces se enojó más y mandó a sus soldados que lo agarran.

Luego uno de los soldados le dijo:

—Amán había preparado una horca para matar a Mardoqueo, y está en el patio de su casa.

—¡Cuélguenlo allí inmediatamente! —ordenó el rey.

Entonces los soldados colgaron a Amán en la horca que él mismo había preparado para Mardoqueo.

Ese mismo día el rey Asuero dio a la reina Ester la casa de Amán, y Mardoqueo se presentó delante del rey, porque Ester le había dicho al rey el parentesco que había entre ellos.

Entonces el rey le dio a Mardoqueo el anillo que le había dado antes a Amán, y Ester lo puso a administrar la casa de Amán.

Después Ester volvió a hablar con el rey y se tiró a sus pies. Le rogó que cambiara la orden que Amán había dado para destruir a los israelitas, diciéndole:

—Si le agrada, oh Rey, haga un decreto en el que se cancelen las órdenes que Amán envió a todo el reino para destruir a mi gente, porque yo no podría aguantar ver la destrucción de toda mi gente.

Entonces el rey le dijo a la reina Ester y a Mardoqueo:

—Escriban a su gente lo que les parezca bien y firmenlo con mi nombre y sellenlo con mi anillo, ya que la ley que Amán hizo está firmada con mi nombre y sellada con mi anillo y no se puede cancelar. Pero lo que podemos hacer es enviar una nueva ley en lugar de la primera.

Entonces los secretarios del rey fueron llamados y escribieron todo lo que Mardoqueo les dijo. Así un nuevo mensaje fue enviado a los gobernadores de los estados y a todos los israelitas que vivían en el reino del rey Asuero. El documento fue escrito en el idioma que se hablaba en cada lugar y en él autorizaba a los israelitas a defenderse de sus enemigos cuando fueran atacados. Así que el mensaje llegó a toda la gente que vivía en el reino.

Llegó el día en que los enemigos de los israelitas esperaban atacarlos y destruirlos; sin embargo, sucedió todo lo contrario, porque los israelitas derrotaron a los que querían destruirlos. Los israelitas se reunieron en sus ciudades en cada estado del reino para agarrar a todos sus enemigos y matarlos. Colgaron a los diez hijos de Amán, y después descansaron y celebraron la victoria con fiestas y alegría.

Mardoqueo llegó a ser el segundo hombre en importancia en el reino, después del rey Asuero, y fue muy importante entre los israelitas porque por él ellos ya vivían en paz.

Más israelitas regresan a su tierra, junto con Esdras y Nehemías

(Esdras 7:1, 6-28; Nehemías 1:1-2:8, 17-20; 4:10-23; Malaquías 1:1, 6-8; 2:8-9, 13-16; 3:7-10, 3:13-4:6)

Hacia muchos años que los primeros israelitas habían regresado a Jerusalén. El nuevo rey que gobernaba en Persia se llamaba Artajerjes; era hijo de Asuero. También allí en Persia vivía un sacerdote llamado Esdras. Era un sacerdote que conocía mucho la ley de Moisés. Un día este hombre le pidió permiso al rey para regresar a Jerusalén, y el rey le dio permiso a él y a todos los que quisieran regresar a su tierra, porque Dios estaba con Esdras. Además, el rey les regaló mucho oro y plata para que adornaran el templo.

Entonces Esdras reunió a todos los que querían regresar; en total se juntaron mil ochocientos hombres, éste fue el segundo grupo que regresó a Jerusalén. Caminaron durante cuatro meses, y cuando llegaron a Jerusalén, comenzaron a arreglar el templo. Esdras llamó a muchos sacerdotes para que sirvieran a Dios como antes; además se puso a leer la palabra de Dios a su gente, para que hicieran lo que Dios quería.

Entre los sirvientes del rey Artajerjes había un hombre israelita llamado Nehemías. Trabajaba como copero del rey. Un día oyó que los muros de Jerusalén todavía no habían sido construidos, y esto lo puso muy triste. Entonces le rogó a Dios que el rey le diera permiso para regresar a su tierra; fue con el rey y le pidió permiso ir a Jerusalén para seguir con la construcción de los muros. El rey le dio permiso y ordenó nuevamente que se terminaran de construir los muros de Jerusalén, y puso a Nehemías como gobernador de Judea.

Tan pronto como llegó a Jerusalén, Nehemías juntó a sus compañeros para comenzar el trabajo. Cuando ya estaban trabajando en la construcción del muro, vinieron a molestarlos tres hombres que no eran israelitas. Venían a burlarse de lo que los israelitas estaban haciendo y también a provocarlos para pelear. Entonces los israelitas que estaban construyendo tenían que estar listos para defenderse en caso de que los atacaran. Así que, con una mano trabajaban y con la otra sostenían una lanza. De esta manera sus enemigos tenían miedo de acercarse, mientras Nehemías seguía animando al pueblo a trabajar.

En ese tiempo había también un profeta escogido por Dios, que se llamaba Malaquías. Dios habló de esta manera a la gente de Israel por medio de él:

—El hijo honra a su padre y el criado respeta a su patrón. Y si yo soy su padre, ¿por qué no me honran? Y si yo soy su patrón, ¿por qué no me respetan? Ustedes, los sacerdotes, se burlan de mí cuando me ofrecen animales ciegos, cojos y enfermos. ¿Está bien lo que hacen? Ustedes me han apartado del buen camino, y han hecho caer a muchos con lo que enseñan y hacen. Por tanto, yo haré que la gente no los respete y que los desprecie, porque no han seguido mis mandamientos.

'Ya no puedo aceptar las ofrendas de los que han dejado a sus esposas. No aceptaré sus sacrificios, porque quiero que sean fieles a la mujer con que se casaron, para que sus hijos me honren. También, ahora piensen en lo que están haciendo, porque yo odio a los que no cumplen sus promesas y dejan a sus esposas.

'Desde los días de sus padres, se han apartado de mis leyes y no quieren obedecerlas. Vuelvan a mí y yo volveré a ustedes. Pero ustedes dicen: "¿Y por qué debemos volvernos?" Yo les digo que han robado lo que me pertenece, porque no me dan ofrenda de lo que tienen. Traigan la décima parte de lo que tienen y verán mi bondad. Les daré muchas bendiciones, bendiciones en abundancia.

'Sus palabras contra mí han sido muy duras, porque ustedes dicen: "¿Para qué nos sirve servir a Dios?"; "de qué nos aprovecha hacer todo lo que él nos manda?"; ¿de qué nos sirve sentirnos culpables delante de él? si hemos visto que a los malos les va bien, y que los malvados prosperan."

'Yo, su Dios, les digo que los que me honran serán como un tesoro especial para mí; los perdonaré como un hombre que perdona a su hijo. También vendrá un día ardiente como un horno en que todos los malos y orgullosos arderán como zacate, pero los que me honran se salvarán.

'Acuérdense de la ley que le di a mi siervo, Moisés.

'Yo les enviaré a ustedes al profeta Elías antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. Él hará que se reconcilien los padres con los hijos y los hijos con los padres, porque si esto no sucede, yo vendré y castigaré la tierra destruyéndola por completo.

La historia de un hombre llamado Job

(Job 1:1-2:10)

En la tierra de Uz hubo un hombre que se llamaba Job. Job era perfecto y recto porque creía en Dios. Era muy rico; tenía siete mil borregos, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientos burros y muchísimos mozos. Tenía también siete hijos y tres hijas. Todos los días Job oraba a Dios pidiendo por sus hijos, por si habían pecado.

Un día Satanás, es decir, el diablo, se presentó delante de Dios y Dios le preguntó:

—¿De dónde vienes?

—De andar recorriendo toda la tierra.

Entonces Dios le dijo a Satanás:

—¿No te has fijado en mi siervo Job? En la tierra no hay otro hombre tan perfecto y tan recto como él. De veras cree en mí y no tiene pensamientos malos.

Satanás le respondió:

—Job sabe que tú cuidas de él, de su casa y de todo lo que tiene; por eso cree en ti. Lo has bendecido mucho; pero si le quitas todo lo que tiene, verás cómo te niega.

Y Dios le dijo a Satanás:

—Puedes probarlo; todo lo que él tiene está en tus manos, pero su vida, no la toques.

Entonces Satanás se fue de la presencia de Dios.

Poco después llegó un mozo de Job a donde estaba, y le dijo:

—Estaban los bueyes arando y los burros comiendo cerca de ellos cuando llegaron algunos ladrones y mataron a mis compañeros, llevándose a los animales. Yo pude escapar para traerle a usted estas noticias.

El mozo todavía estaba hablando cuando llegó otro que le dijo:

—Fuego de Dios cayó del cielo, quemando y consumiendo a los borregos y a los demás mozos. Solamente yo pude escapar para traerle estas noticias.

Este mozo todavía estaba hablando cuando llegó otro que dijo:

—Vinieron algunos enemigos y se robaron los camellos y mataron a mis compañeros. Solamente yo pude escapar para traerle estas noticias.

Y mientras el mozo hablaba, llegó otro que dijo:

—Sus hijos y sus hijas estaban comiendo en casa de su hermano mayor. En eso vino un gran viento que derrumbó la casa. Todos murieron; solamente yo pude escapar para traerle estas noticias.

Job se puso muy triste. Se hincó en la tierra y le dijo a Dios:

—Nací sin nada y cuando muera no podré llevarme nada. Todo me lo diste tú, Dios mío, y todo me lo has quitado. Honrado sea tu nombre, Dios mío.

En esos momentos Job no desconfió de Dios.

Otro día Satanás se volvió a presentar delante de Dios y Dios le dijo::

—¿De dónde vienes?

Satanás le respondió :

—De andar recorriendo toda la tierra.

Entonces Dios le dijo a Satanás:

—¿No te has fijado en mi siervo Job? En la tierra no hay otro hombre tan perfecto y recto como él. Tiene mucha fe en mí y está apartado del mal. Y aún confía en mí, a pesar de que tú le quitaste todo lo que tenía.

Satanás le respondió a Dios:

—Pero si Job se enfermara, verías cómo te niega.

Dios le dijo a Satanás:

—Él está en tus manos, pero no lo mates.

Sataná salió de la presencia de Dios y fue a tocar a Job, haciendo que le diera un terrible sarna desde la planta del pie hasta la cabeza, por lo que Job fue a sentarse en medio de un montón de cenizas y se rascaba con un pedazo de barro de una olla rota. Entonces su mujer le dijo:

—Si Dios te hace sufrir tanto, ¿todavía lo vas a seguir honrando? ¿Por qué mejor no lo maldices y te mueres de una vez? Así dejarás de estar sufriendo.

Pero él le contestó:

—Hablas como alguien que no conoce a Dios; porque si recibimos las cosas buenas que él nos da, debemos también recibir las cosas malas.

Aun con todo esto Job no desconfió de Dios ni pecó contra él.

Job no niega a Dios a pesar de su sufrimiento

(Job 2:11-13; 3:1-3, 26; 4:1; 5:6-8; 6:24, 30; 8:1-22; 10:2; 11:1-6; 13:4; 16:1; 19:25; 23:12; 31:1-35; 38:1-39:30; 42:1-17)

Cuando supieron de todo lo malo que le estaba pasando a Job, tres de sus amigos vinieron a consolarlo. Pero cuando lo vieron, no lo reconocieron y lloraron a gritos. Se sentaron con él en la tierra durante siete días y siete noches, pero ninguno le habló, porque veían que sufría muchísimo.

Después Job empezó a hablar y dijo:

—Hubiera sido mejor no haber nacido; así no estaría sufriendo ahora. Si pudiera morirme sería mejor, porque estoy sufriendo muchísimo y no sé por qué. Pues que yo sepa, no he hecho ningún mal ni soy flojo.

Entonces uno de sus amigos que estaba sentado con él le respondió:

—Estás sufriendo mucho porque niegas haber pecado. ¿Por qué no confiesas a Dios tus pecados? Así acabarán tus angustias.

Job le dijo:

—Dime, ¿qué mal he hecho? En vano crees tú que he pecado, porque no he hecho nada malo.

Otro de sus tres amigos le dijo así:

—Si en verdad fuera recto, Dios te hubiera ayudado y no hubieran muerto tus hijos. Pero sabemos que si olvidamos a Dios, siempre vamos a sufrir.

Jab le respondió así:

—Yo no digo que nunca he pecado. Yo sé que soy pecador; pero si Dios me dijera por qué tengo que sufrir ahora, estaría contento.

Entonces el otro amigo de Job empezó a hablar y le dijo así:

—Tal vez tengas muchos pecados; y si Dios te castigara por todos ellos, no aguantarías. Por eso Dios tiene misericordia de ti y no te castiga por todo.

Entonces Job respondió:

—Ustedes hablan en vano, porque no entienden nada. Ustedes son como doctores que no saben qué medicina necesita el paciente. Es mejor que no hablen más. Quiero oír lo que Dios me va a decir, porque yo sé que no he hecho ningún mal. Sé que mi Salvador vive; y aunque yo muera, sé que vendrá el día en el que veré a Dios con este cuerpo. Para mí vale más oír lo que Dios dice que comer.

’Sé que serán castigados por Dios aquellos que miran con malos deseos a otras mujeres, pero yo no he hecho eso. No he dicho mentiras, no he engañado a otros ni he tratado de quitarles lo suyo. No he deseado a las mujeres de mis vecinos, ni he maltratado a mis mozos; no he engañado a los pobres, sino que he sido bueno con ellos. He dado a los pobres lo que necesitan. No he puesto mi confianza en el dinero, sino que siempre la he puesto en Dios. Nunca he honrado al sol ni a la luna como a dioses. He perdonado a mis enemigos, no los he

odiado, y siempre he ayudado a mis compañeros. Que diga Dios si es verdad lo que ustedes dicen, de que estoy sufriendo por las cosas malas que he hecho.

Entonces vino un remolino y de en medio del remolino, Dios le habló a Job diciéndole:

—¿Quién eres tú para dudar de lo que yo hago?; tú no sabes nada. Todo lo que yo hago es bueno. Yo domino sobre todo: la gente, los animales, los pájaros y todo lo que hay en los cielos. Tú no sabes cómo fundé los cielos y la tierra y todo lo que hay. No sabes cómo mantengo la tierra sin que caiga. No sabes cómo detengo el mar para que no cubra al mundo. Tú no puedes hacer que amanezca. No sabes cómo se hace el día y la noche ni cómo se forma el granizo. No sabes de dónde viene el viento, la lluvia y el rocío. Aunque dijeras: “¡Que lleva!”, no podrías hacer llover. No sabes cómo son las estrellas. No entiendes cómo los pájaros encuentran alimento para sus crías ni cómo el caballo tiene tanta fuerza. No sabes cómo los gavilanes pueden volar tan alto, ni entiendes por qué las águilas hacen sus nidos tan alto, y cómo pueden ver desde allí lo que quieren comer y de repente bajan y lo agarran. Si no sabes ni entiendes ninguna de estas cosas ¿insistes todavía en discutir conmigo?

Entonces Job respondió:

—Por mucho tiempo he oído de ti, pero ahora veo que no pienso como tú piensas. Tu eres grande y sabio. Ya sé que sin ti no puedo hacer nada; por eso me arrepiento.

Después Dios les dijo a los tres amigos de Job que estaban con él:

—Estoy enojado con ustedes porque no han dicho la verdad acerca de mí, como lo hizo mi siervo Job. Ahora tomen siete becerros y siete carneros para que me los ofrezcan y pídanle a Job que ore por ustedes. Tan solo así los perdonaré por no haber hablado de mí con la verdad.

Los amigos de Job hicieron lo que Dios les había mandado y Dios aceptó la oración de Job. Después de que Job oró por sus amigos, Dios quitó su aflicción y le dio el doble de todas las cosas que había tenido antes. Así fue cómo Job llegó a tener catorce mil borregos, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil burros. Tuvo también otros siete hijos y tres hijas.

Después Job vivió 140 años más y llegó a ver a sus nietos y bisnietos.

Algunos cantos de los israelitas

Salmo 1

Felices son los que no hacen caso de los consejos de los malvados, ni van por el camino de los pecadores ni se juntan con los que se burlan de Dios.

Ellos son felices porque hacen lo que Dios quiere. Noche y día están pensando en la ley de Dios.

Los que son así, son como un árbol plantado a la orilla de un río que da fruto siempre, año tras año, y sus hojas ne se marchitan ni se caen.

¡Todo lo que hacen les sale bien!

Pero los que no creen en Dios no son así. Son como la paja del trigo que el viento se lleva fácilmente. No se salvarán ni podrán estar con aquellos que adoran y honran a Dios.

Los que aman a Dios son guiados por él y por eso les va bien. Pero aquellos que no creen en Dios ni quieren ser guiados por él, se pierden.

Salmo 23

El Señor es mi pastor, por eso no me falta nada. El me hace descansar en buenos pastos y me lleva por arroyos de agua tranquila. (El Señor me cuida como un pastor cuida a sus borregos; me lleva por donde hay buenos pastos y arroyos de agua tranquila. Por eso me no falta nada.)* Me reanima y me lleva por buenos caminos para que su nombre sea honrado.

Cuando llegue el día en que vaya a morir, no tendrá miedo, porque sé que el Señor va a estar cerca de mí; con su vara y con su bastón de pastor me cuidará.

Él prepara la mesa para que yo coma delante de mis enemigos. Soy el invitado de honor: me pone aceite en la cabeza y llena mi copa hasta el borde. Su bondad y su amor estarán conmigo todos los días de mi vida, y en su casa viviré para siempre.

*Opción: Se puede utilizar la sección entre paréntesis en lugar de las dos primeras oraciones.

Salmo 51

Oh Dios, ten compasión de mí, porque tú eres bueno y nos amas. Por favor, perdona todo lo malo que he hecho. Reconozco que he hecho mal; he pecado sólo contra ti porque te he

desobedecido, y tienes razón en acusarme y castigarme. Pues desde que mi madre me concibió yo ya era pecador. Pero a ti te gusta la gente sincera y me has ayudado a entender esto. Por eso te pido que me limpies y me perdones.

No me apartes de ti ni me quites tu Santo Espíritu. Déjame sentir otra vez que tú me has salvado, y seré feliz de nuevo. Entonces, con la ayuda de tu Espíritu, les enseñaré a otros que han pecado, cómo obedecerte.

Líbrame del castigo que merecen los asesinos, y te cantaré alabanzas. Porque sé que tú no quieres que te ofresca animales, sino que quieres que no sea orgulloso y que reconozca que he pecado y te necesito.

Salmo 115:1-13

Que la gente no nos honre a nosotros, sino que te honren a tí por su gran amor y porque eres el Dios verdadero.

¿Por qué dejar que la gente se burle diciéndonos: “¿En dónde está su Dios?”

Nuestro Dios está en el cielo y él hace todo lo que quiere hacer. Los ídolos de la gente están hechos de oro y de plata y son cosas que el hombre ha hecho con sus manos. Tienen boca pero no pueden hablar; tienen ojos pero no pueden ver; tienen nariz pero no pueden oler; tienen manos pero no pueden agarrar nada; tienen pies pero no pueden caminar. Ni un solo sonido sale de su garganta. Igual a ellos son los que los hacen y también los que creen en ellos.

Gente de mi pueblo, confíen en el Señor; él es el que nos ayuda y nos protege. Ustedes, los sacerdotes, confíen en el Señor; él es el que nos ayuda y nos protege. Todos los que honran al Señor, confíen en él; él es el que nos ayuda y nos protege. Muchas veces él no ha ayudado; nos bendice a nosotros y a nuestros hijos. El Señor bendice al que le honra, sea grande o pequeño.

Los consejos de Salomón a los padres y a los hijos

(Proverbios 1:7-8; 3:12; 6:20, 23; 10:1, 19; 13:1, 3, 24; 15:5, 20; 17:25, 27-28; 19:18; 20:7; 21:11; 22:6, 15; 23:13-14, 24; 25:28; 29:15, 17, 20; Eclesiastés 4:13)

La sabiduría comienza con el temor a Dios, pero los tontos desprecian la sabiduría y la enseñanza.

Oye, hijo mío, los consejos de tu padre, y no desprecies la enseñanza de tu madre.

Como el padre castiga al hijo a quien quiere, así Dios castiga a sus hijos porque los quiere.

Obedece, hijo mío, las órdenes de tu padre, y no olvides la enseñanza de tu madre, porque las órdenes de tu padre son como lámpara y la enseñanza de tu madre como luz. Tenemos que recibir consejo si queremos ser sabios.

El hijo sabio alegra al padre, pero el hijo necio hace sufrir a su madre.

El que habla mucho, peca fácilmente, pero el que controla su lengua es sabio.

El hijo sabio recibe el consejo de su padre, pero el burlón no escucha los regaños.

El sabio piensa bien lo que habla, pero el malo sólo busca la violencia.

El que no castiga a su hijo que ha hecho una cosa mala, no lo quiere; en cambio, el que ama a su hijo, lo corrige luego de que ha hecho una cosa mala.

El tonto desprecia la corrección de su padre, pero el que hace caso a la corrección llegará a ser sabio.

Si el hijo es sabio, alegra al padre; pero si el hijo es necio desprecia a su madre.

Si el hijo es necio, entristecerá al padre y su madre dirá: “en vano lo di a luz”.

El que es sabio no habla mucho ni se enoja rápido, y aun al tonto se le toma por sabio si no habla. Así son los que refrenan su lengua al hablar; son sabios.

Castiga a tu hijo mientras haya esperanza de que aprenda, y no dejes que su vida se eche a perder.

El hombre justo es honrado y sus hijos son dichosos siguiendo el camino de su padre. Se conoce a un joven por lo que hace, y se sabrá viendo si sus acciones son buenas y justas o no.

Enséñale al niño el buen camino, y después, cuando ya sea grande, no se apartará de él.

La tontería está en el corazón del muchacho, pero si es corregido con vara, mejorará y dejará de hacer cosas malas.

No tengas miedo de corregir al muchacho, porque unos cuantos golpes con vara no lo van a matar. Pero si lo corriges lo librarás de morir.

El padre de un hijo bueno y con buen juicio tiene razón para estar feliz.

Como ciudad sin defensas es el hombre que no se controla a sí mismo.

La vara y la corrección dan sabiduría, pero el muchacho consentido avergonzará a su madre.

Corrige a tu hijo, y podrás vivir tranquilo y él dará alegría a tu corazón.

¿Has visto algún hombre que no piensa lo que habla? Más se puede esperar de un tonto que de él.

Más vale un muchacho pobre pero sabio que un rey viejo y tonto que no acepta consejos.

APÉNDICE

Breve resumen de los cuatrocientos años entre la reconstrucción de Jerusalén y la venida de Jesucristo al mundo

Durante esta época, uno de los reyes griegos quiso prohibir que los israelitas adoraran a Dios, y por eso mandó construir un altar en el templo de Jerusalén para hacer que los israelitas ofrecieran sacrificio a un ídolo. Esto indignó tanto a los israelitas que se levantaron y se rebelaron contra los griegos, y desde entonces se gobernaron ellos mismos durante cien años.

Fue durante este tiempo que los israelitas construyeron sinagogas, o sea lugares donde la gente se reunía para oír la palabra de Dios cada sábado. Estas sinagogas también sirvieron de escuelas. En cada sinagoga se elegían líderes, que eran los encargados de escoger a los hombres que debían leer la palabra de Dios y orar cada sábado. También eran encargados de hacer justicia y castigar a los que desobedecían los mandamientos de Dios.

En este mismo periodo se formó un grupo de israelitas que se llamaban fariseos. Este nombre quiere decir: separado. Ellos se hicieron responsables de preservar la palabra de Dios en forma escrita para que no se perdiera. Algunos de ellos comenzaron a copiar las escrituras, copiándolas a mano porque todavía no había máquinas. En esto hicieron un buen trabajo, pero pronto comenzaron a hacerse orgullosos y empezaron a interpretar las leyes a su conveniencia y escribir nuevas leyes, a las que les daban más importancia que a las leyes que Dios había dado al pueblo israelita.

Hubo también otro grupo, conocido como los saduceos. Estos, a diferencia de los fariseos, que eran muchos, eran pocos pero muy cultos y algunos de ellos, muy ricos. Algunos eran descendientes del jefe de los sacerdotes llamado Zadoc, que había servido en el tiempo del rey David. A este grupo no le importaba ser sacerdotes para servir a Dios, sino sólo querían serlo para poder ordenar y tener autoridad sobre el pueblo. Los saduceos no creían en lo que estaba escrito acerca de la resurrección, ni en los ángeles ni en las almas; pues sólo creían en lo que estaba escrito en la ley. No aceptaban las tradiciones de sus antepasados y decían que cada quien podía interpretar la ley de Dios como quisiera.

En el tiempo en que los griegos dominaban todo el mundo, la gente aprendió a hablar un solo idioma, que era el griego; y la ley de Dios y los libros de las profetas, que estaban escritos en hebreo, fueron traducidos en esta época al griego.

Años después, los romanos conquistaron a los griegos y el imperio romano comenzó a extenderse por todo el mundo imponiendo fuertes impuestos y no teniendo compasión de ninguno de los pueblos que conquistaban., Los romanos ya tenían más de sesenta años gobernando sobre los israelitas cuando vino al mundo el Señor Jesucristo.

INDICE

Prólogo.....	ii
<i>Sumario:</i>	
Dios comienza a crear el universo	1
Dios hace al primer hombre y la primera mujer	1
El primer hombre y la primera mujer pecan	2
El primer asesinato	3
El gran diluvio	4
Dios hace que la gente no hable el mismo idioma	5
Dios escoge a Abraham	5
Abraham y Lot se separan	6
Dios hace un pacto con Abraham	7
Abraham ruega a Dios por la gente de Sodoma	8
Dios destruye Sodoma pero salva a Lot	9
Un pleito empieza en la casa de Abraham a causa de sus dos hijos	10
Dios pone a prueba la fe de Abraham	10
Buscan esposa para Isaac	11
Jacob y Esaú	13
Isaac es engañado por su hijo	13
El sueño de Jacob	14
Jacob encuentra esposa	15
El nombre de Jacob es cambiado por el de Israel	16
José es odiado por sus hermanos	17
José no es vencido por el pecado porque honra a Dios	18
Lo que le pasa a José estando preso	18
José interpreta los sueños del faraón	19
José como gobernador de Egipto	20
José pone a prueba a sus hermanos	21
Jacob llega a Egipto con toda su familia	22
Dios cuida al niño Moisés	23
Moisés es llamado por Dios para ayudar a los israelitas	24

Moisés va a hablar con el faraón de Egipto	25
Dios manda nueve plagas a los egipcios	26
Dios manda la décima plaga y los israelitas salen de Egipto	27
Dios da leyes para la celebración de la Pascua	28
Los israelitas cruzan el Mar Rojo	28
Dios alimenta a los israelitas en el desierto	29
Dios da agua a los israelitas en el desierto y los ayuda a vencer a sus enemigos	30
Dios da los diez mandamientos a los israelitas en el cerro Sinaí	30
Los israelitas prometen obedecer los mandamientos de Dios	31
Dios enseña a los israelitas cómo construir el tabernáculo	32
Los israelitas hacen un ídolo para adorar	33
Los israelitas construyen el tabernáculo	34
Dios castiga a dos sacerdotes	35
Dios enseña a los israelitas lo que pueden comer	35
Cómo se purifica la mujer después del parto, e instrucciones acerca de la lepra ...	36
El Día del Perdón	36
Dios da más leyes e instrucciones a la gente de Israel	37
Bendiciones por la obediencia y consecuencias de la desobediencia	37
Los israelitas llegan a la frontera de Canaán	38
Coré quiere ser sacerdote aunque no fue escogido	39
Dios tiene misericordia de los israelitas aunque éstos se quejan	40
Dios no le permite a Balaam maldecir a sus escogidos	41
Mueren algunos israelitas por adorar a los ídolos de Moab	43
Los madianitas mueren por haber engañado a los israelitas	44
Las tribus de Rubén y Gad se establecen al oriente del río Jordán	45
Los últimos consejos de Moisés a los israelitas	45
Josué toma el cargo de nuevo líder de los israelitas	46
Los israelitas entran en Canaán	47
Jericó es destruida	48
El pecado de Acán	48
Los gabaonitas engañan a Josué	49
Los últimos consejos de Josué a los israelitas	50

Dios nombra jueces para libertar a Israel	51
Un ángel habla con Gedeón	52
Dios ayuda a Gedeón a escoger a su ejército	53
Gedeón conquista a los madianitas	53
La historia de Jefté	54
Dios anuncia el nacimiento de Sansón	55
La boda de Sansón	56
La gran fuerza de Sansón	57
Sansón y Dalila	58
La historia de Rut, una mujer de otro país	59
Dios le habla a Samuel	60
Samuel llega a ser juez	61
Saúl, el primer rey de los israelitas	62
David vence a Goliat	63
Saúl fracasa por no obedecer a Dios	64
Saúl tiene mucho miedo al ser abandonado por Dios	65
El reino de David	65
David declara su hijo Salomón rey en su lugar	66
Salomón recibe mucha sabiduría porque se la pide a Dios	67
Salomón construye el templo de Dios y después su corazón se desvía del camino de Dios	67
El reino es dividido en dos partes	68
Dios alimenta a su profeta Elías	68
Elías se enfrenta con los profetas de Baal	69
Dios consuela a Elías	70
Dios se lleva a Elías	71
Naamán va con Eliseo para curarse	72
El profeta Jonás	73
El profeta Oseas	74
El profeta Amos	75
Los israelitas son llevados a Asiria	76
El profeta Isaías	76
El profeta Miqueas	79

El profeta Joel	79
El profeta Abdías	80
El profeta Nahúm	80
El profeta Habacuc	80
El profeta Sofonías	80
El profeta Jeremías	80
El profeta Ezequiel	82
Daniel interpreta el sueño del rey Nabucodonosor	83
La historia de los tres hombres que no les quemó el fuego	84
Daniel explica otro sueño al rey Nabucodonosor	85
Daniel explica el significado de la escritura en la pared	86
Dios libra a Daniel de los leones	86
Los israelitas regresan a su tierra	87
Dios salva a los israelitas de ser destruidos en Persia	88
Más israelitas regresan a su tierra, junto con Esdras y Nehemías	92
La historia de un hombre llamado Job	93
Job no niega a Dios, a pesar de su sufrimiento	94
Algunos cantos de los israelitas	95
Los consejos de Salomón a los padres y a los hijos	96
Apéndice: Breve resumen de los cuatrocientos años entre la reconstrucción de Jerusalén y la venida de Jesucristo al mundo	98